OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES

XII

GRATA COMPAÑÍA

PASADO INMEDIATO

LETRAS DE LA NUEVA ESPAÑA

letras mexicanas

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

letras mexicanas

OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES

XII

OBRAS COMPLETAS DE
ALFONSO REYES

XII



ALFONSO REYES

Grata compañía

Pasado inmediato

Letras de la Nueva España

letras mexicanas

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 1960
Segunda reimpresión, 1997

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14200 México, D. F.

ISBN 968-16-0346-X (obra completa)
ISBN 968-16-1445-3 (tomo XII)

Impreso en México

CONTENIDO DE ESTE TOMO

I. *Grata compañía* reúne artículos que van de 1912 a 1946. Su primera sección se refiere a temas europeos no ibéricos; la segunda, a temas ibéricos y de nuestra América.

II. *Pasado inmediato* recoge ensayos fechados en 1937, 1939, 1941; pero en el que da título al libro se aprovecharon páginas de 1913, 1914, 1916. (Ver *Obras completas*, IV, págs. 581 y 582 y apéndice núm. 8, *d* y *h*.) Y en la "Recordación de Urbina", se refundieron pasajes escritos en una reseña de 1918. El orden de los ensayos se ha ajustado, en esta reimpresión, a la estricta cronología.

III. *Letras de la Nueva España* lleva un proemio que explica los orígenes de este libro, elaborado en 1946 a instancias de don Jaime Torres Bodet, entonces Secretario de Educación Pública en México. Con esta obra pueden relacionarse:

a) *Resumen de la literatura mexicana (siglos xvi-xix)*. México, Archivo de Alfonso Reyes, serie C, núm. 2, 1957, también preparado a instancias del señor Torres Bodet, a la sazón Embajador de México en Francia, y que se reserva para un tomo futuro donde se recojan todos los folletos de dicho Archivo.

b) *Introducción* a las *Obras Completas* de Ruiz de Alarcón, tomo I, edición al cuidado de A. Millares Carlo, México, Fondo de Cultura Económica, 1957, pp. ix-xix, introducción que no se ha considerado necesario desprender del volumen en que aparece, y menos después de mis varios estudios alarconianos anteriores, que dan ya toda la sustancia de estas páginas. (Ver mis *Obras Completas*, VI, pp. 89-135, 318-328 y 413-425, así como los pasajes sobre Alarcón en esta misma obra, *Letras de la Nueva España*.)

I

GRATA COMPAÑÍA

Noticia

1. Edición anterior

Alfonso Reyes//Grata Compañía // Tezontle // México. 1948. 8º, 224 pp.

2. Observaciones

En la presente reimpresión se suprime el segundo fragmento de los "Recuerdos de Unamuno", allá reproducido por error, pues consta ya en *Reloj de Sol:* "Unamuno dibujante" (*Obras Completas,* IV, pp. 390-391). Las ilustraciones de este fragmento, aunque corresponden a aquel viejo artículo, se repiten aquí tales como se encuentran en la edición anterior de *Grata compañía,* a objeto de que no se pierdan, dada su extrema curiosidad.

Con la página sobre Unamuno aquí conservada debe, pues, relacionarse ese viejo artículo y, además, el que inmediatamente lo precede: "Hermanito menor" (*Obras Completas,* IV, p. 389), "Sobre la nueva *Fedra* (*Ibid.*, pp. 117-121, así como "Mis relaciones con Unamuno" (*Marginalia,* 2ª serie, México, 1954, pp. 49-52) y el folleto del catedrático de Salamanca don Manuel García Blanco, *El escritor mexicano Alfonso Reyes y Unamuno* (México, Archivo de Alfonso Reyes, serie F, núm. 1, 1956).

1

I. LAS "NUEVAS NOCHES ÁRABES" DE STEVENSON *

Es UN verdadero deleite estudiar a Stevenson. Es un autor múltiple y abarca todos los tonos de la escala entre la producción del inventor romántico y la del ensayista: desde Scott y Dumas hasta Montaigne y Pepys. Ahora quiero referirme a sus cuentos árabes y a uno solo de sus aspectos, porque, como él mismo decía, el que escribe un estudio corto necesita hacer una condensación lógica y eficaz de sus impresiones; necesita adoptar un punto de vista, y suprimir todas las circunstancias neutrales y, lo que no puede vivificar, omitirlo.

El conjunto: Stevenson —educado sobre todo en la escuela de la imitación o, para llamarla con la sugestiva palabra de Terencio, la *contaminación*— logró, en el pleno desarrollo de su arte literaria, trasfundir en sus *Noches árabes*, no el sabor asiático que resulta fácilmente imitable por todo escritor dueño de su estilo (y para Stevenson lo hubiera sido sobremanera), sino el alma de aquella mágica ficción oriental, su esencia y su secreto estético.

> No necesitaba —escribe Sidney Colvin— ser o parecer especialmente original en la forma y en el modo de literatura que intentaba. Por la sola elección de asuntos, sabía siempre proporcionarse y proporcionar a su lector el placer de evocar, como una tonada familiar, alguna armonía de evocaciones literarias.

El estilo: Es verdad: el estilo, profundamente considerado —"el estilo es el hombre mismo"—, se obtiene por un reflejo natural del temperamento en el espejo de las palabras. Mas, digámoslo así, para que la superficie de las palabras brille como espejo y refleje, pulida, al hombre interior, un lento trabajo de depuración se necesita, un estudio largo y amoroso de los giros y de los vocablos, un constante interro-

* *Biblos.* México. III-1913. Ver *Obras Completas,* I, apénd. Nº 12.

garse. En este concepto, el estilo, aun a pesar nuestro, cobra ademán y fisonomía especiales, correspondientes al ritmo de nuestra vida. Y en este concepto, el estilo de Stevenson es tan discernible de otro cualquiera como él mismo lo es de otro hombre.

Mas hay otra idea del estilo: el estilo como procedimiento para tratar los asuntos que el autor se propone. Así como en el primer sentido el estilo se califica de amanerado o natural (por más que ambos puedan ser igualmente naturales), de enfático o sencillo, de fuerte o débil (cualidades todas del temperamento), en este segundo se lo califica de adecuado o inadecuado: y ésta es cualidad de mera disciplina y cultura. Aquí es donde hay que exigir del escritor ductilidad, humildad para acatar el tono mismo de sus asuntos. Y esto lo sabía hacer Stevenson: acudir a la solicitación del asunto y dar a su estilo los atavíos, *únicamente*, de la especie literaria en que se empleaba, según el carácter en ella descubierto por los reiterados productos del arte y la experiencia. Así era posible mudar un poco el estilo con los asuntos (y quien no lo hace no sabe escribir) a pesar de la identidad fundamental e inconsciente, a pesar de seguir siendo el mismo hombre, a pesar de ser el mismo estilo; un estilo, en el caso, particularmente elegante y a veces sazonado con sabrosos regionalismos. Así, por la asimilación de los caracteres literarios y humanos impresos ya desde antes en el asunto, era posible provocar una armonía de asociaciones.

Ese estilo, pues, tan sencillo y tan apropiado —aquello dependía de esto—, ese estilo de ecos, como con justicia podemos llamarle por las sugestiones y recuerdos de que está tramado; ese estilo que sigue al asunto con la fidelidad de una sombra, es producto del ejercicio y del estudio, del mucho sentir, pensar y leer. No se encuentra en plano diverso de la literatura ideológica y complicada: es su natural prologación: es el río que se desliza en el cauce abierto por aquélla. Ocurre, considerándolo, aquella definición del arte, no menos exacta por provisional, que Stevenson escribió en cierta carta a un joven que se proponía abrazar la carrera artística: la carrera del arte consiste solamente en el gusto y el registro de la experiencia ("tasting and recording of

experience"). Y éste, que es el problema del arte, es también el problema del conocimiento.

Tal estilo —que es, para la novela, lo que a la crítica el de Sainte-Beuve, el más propio para decirlo todo— es dón exclusivo de los disciplinados. Para llegar a esto, algunos tienen que pasar antes por el *Sturm und Drang,* la famosa tormenta y tempestad ideológicas. Pero Stevenson ¿habrá nacido ya sabiendo que, según su máxima, el estilo es economía? Raleigh ha observado que Stevenson poseyó la rara facultad de hablarnos de sí mismo, en sus muchos ensayos personales, sin introducir al lector en familiaridades incómodas: triunfo de la disciplina, sin duda.

El espíritu: Así como en el estilo se descubre una "externalidad" sencilla y elegante, tan propia para el relato, así en el espíritu de las historias (*New Arabian Nights*) una feliz combinación de los más comunes sentimientos, voluntariamente lograda, y sobre todo un concepto sencillo del mundo, producen el efecto estético más clásico y puro. Porque la invención no se ha de mezclar con la crítica si se quiere un efecto clásico, y el arte de ficción sólo se equilibra cuando se asienta sobre elementos ideológicos no discutidos ya. Si a la invención ha precedido el *Sturm und Drang,* éste deberá haberse calmado ya. En este sentido, lo clásico es lo sencillo y lo inmediato. Pero a ello sólo se llega por lo complicado y lo mediato. A menos que se haya nacido griego.

Bien sé yo que a la hora presente la misma novela va haciéndose cada vez más crítica, y que su particular encanto empieza a residir, más que en los acontecimientos narrados, en las ideas que cruzan por las charlas y en las teorías propuestas, ya en los diálogos de los héroes, ya en los monólogos del autor. Hay que citar, como ejemplo de la nueva especie, *The Sacred Fount* de Henry James, obra maestra de la carencia absoluta de *asunto* (en el sentido *subrayado* de la palabra), libro construido con una serie de conjeturas y análisis psicológicos a veces torturantes.

Se produce, en cierto modo, un general *Sturm und Drang* de la literatura. Hay quien suspira ya por la novela de episodios, a la que tendremos que volver. Atravesamos uno de aquellos instantes de gestación en que la crítica rehace todos

los moldes o, por lo menos, todos los deshace; y hemos mezclado los géneros.

Stevenson —aun cuando en las edades críticas pueda ello parecer excesivo, por haberse dado al término "clásico" una significación sagrada y terrible— realizó arte clásico por medio de su "externalidad". Yo no creo que el cuento, en su más rancio y espiritoso concepto, alcance mayor perfección que la de un buen cuento para niños. Distingamos: hay otro género de cuentos, que son propiamente *novelas cortas,* los cuales se rigen por leyes muy diversas. Además, se juzga generalmente que el cuento para niños llena su misión cuando satisface a los niños. Y yo quiero hablar aquí del cuento para niños que satisface a los hombres, aun cuando pudiera no satisfacer a los propios niños; * del cuento para nuestras horas de niño, pero que todavía es literario. Tales son los cuentos árabes de Stevenson.

Si ofrecéis a alguien que escriba un cuento de inspiración árabe pero de asunto contemporáneo, comenzará por llenar su lenguaje de arabismos (obra fácil y material), y a cada paso de su historia jurará por Alá y por los corceles jadeantes. De mí sé decir que, aun cuando no caería en tan grosero error, los aspectos del cuento árabe tradicional me dominarían y a cada instante trataría de evocarlos. Suponed, por ejemplo, que voy a introducir en mi historia la figura de un muchacho panadero. He aquí, sin engaño, cómo os la pintaría yo:

—Era de ojos grandes; y tenía la piel atezada como si lo hubieran nutrido con dátiles. Usaba una camiseta rayada de rojo y azul, que revelaba la musculatura del busto y dejaba desnudo el cuello. De las ceñidas mangas salían dos fuertes muñecas, por donde bajaba el vello casi hasta la primera falange de los dedos. Calzón suelto y blanco que escasamente llegaría a los tobillos; los pies desnudos; una banda roja en la cintura y un rodete de lienzo en la cabeza, cual un rudimental turbante, adonde reposa la canasta por arte de gracioso equilibrio.

* Como parece haber sido el caso con la célebre *Isla del tesoro,* a raíz de su publicación en el periódico de Henderson *Our Young Folks' Weekly Budget,* más tarde abreviado en *Young Folks.*

Como notaréis, se trata de un personaje que, sin dejar de ser nacional, podría también ser oriental. El estilo mismo de la pintura indica a las claras que el autor, preocupado con su tema, quiere traernos vagas evocaciones de Arabia. Los dátiles morenos, la camiseta rayada, las velludas manos, el calzón, el turbante y hasta el gracioso equilibrio, son palabras llenas de finas sugestiones asiáticas. Y sin embargo, el tipo descrito puede ser de los que vemos a diario por la calle. Pues bien: yo os confieso que lo he descrito según los grabados de una enciclopedia que solazó mi infancia. La imagen se me ha quedado viva en el recuerdo; debajo, se leía: *panadero árabe.*

Apreciemos ahora, por el contraste, de qué manera aborda Stevenson el problema. Uno de sus cuentos árabes comienza así:

"El Rvdo. Mr. Simon Rolles habíase distinguido en las Ciencias Morales y estaba notablemente adelantado en el estudio de la Teología. Su ensayo *Sobre la doctrina cristiana de las obligaciones sociales* le atrajo, en el instante de su publicación, cierta fama en la Universidad de Oxford; y era cosa sabida en los círculos clericales e ilustrados que el joven Rolles tenía en preparación una obra considerable —un folio, se decía— sobre la autoridad de los Padres de la Iglesia."

¿Qué semejanza puede haber entre esto y las *Mil noches y una noche?*

Y más adelante, cosas tan contemporáneas como ésta:

> Yo, señor —continuó el cura—, soy un recluso, un estudiante, una criatura que vive entre frascos de tinta y folios patrísticos. Un reciente suceso ha descubierto vívidamente mi locura a mis propios ojos, y ahora trato de instruirme en la vida. Por *la vida* —añadió— no quiero decir las novelas de Thackeray; sino los crímenes y las posibilidades secretas de nuestra sociedad, y los principios de la sabia conducta ante los acontecimientos excepcionales. Soy lector paciente. ¿Puede ello ser aprendido en los libros?

No busquemos, pues, en los signos externos el arabismo de los cuentos de Stevenson. Si ellos son clásicos, dentro de la concepción árabe, es por el procedimiento de completa "externalidad", absolutamente episódico; por la suave ironía

que los adorna del principio al fin y que nos hace imaginar al autor trabajando en sus figulinas con una sonrisa. Aquí Stevenson, como Jane Austen, es superior al ambiente en que coloca sus personajes, y el punto de vista cómico es el signo de aquella superioridad: como de sí misma solía decir Jane Austen, Stevenson trabaja aquí sobre un diminuto trozo de marfil. Su ironía es la misma que se nota en muchos lugares de los cuentos árabes. Toca levemente, y de un modo elemental, la psicología de sus personajes, prefiriendo sugerirla con imágenes visuales: con los folios y los frascos de tinta del Rvdo. Mr. Rolles; con el ajedrez y las afeminadas maneras de Harry Hartley; con la flauta de Francis Scrymgeour. Esto produce rapidez, facilita el fluir del cuento.

Sin paradoja puede decirse que este cuento es cuento sin ideas y, entendiéndolo bien, sin sentimientos. No llega a ninguna novedad ideológica, y nunca rebasa aquel límite de emoción indispensable para mantener en el lector un interés vivo y *flexible* (nunca trágico y asolador). En las más siniestras escenas del Club del Suicidio no falta una sonrisa oportuna que venga a ponernos por encima del cuento mismo. Trátase, pues, de un cuento objetivo que va creando elegantes situaciones escénicas y desarrollando una intriga puramente exterior. El cuento árabe es un cuento físico.

Comparemos ahora: Un hombre, en el cuarto de un hotel —cuenta Stevenson—, se halla sentado al borde del lecho y contempla con mirada fija y amarga el baúl adonde lleva oculto un cadáver que el acaso puso en sus manos. ¡Imposible abandonarlo sin riesgo! Y piensa que va a viajar toda la tierra, con la funesta carga, hasta que el polvo vuelva al polvo. En las *Noches* tradicionales, un Califa, pobremente vestido con los harapos de un pescador, está sentado en el suelo y dorando al fuego un pescado. Hierve el aceite; y a la vez que el Califa vuelve el pescado en la sartén, se pregunta, con aguda curiosidad, ¿quiénes podrán ser aquellos huéspedes hermosos para quienes él, disfrazándose, ha consentido en servir de cocinero y para quienes su viejo guardián ha encendido, sin su permiso, las ochenta antorchas y ochenta arañas del palacio?

En Stevenson: Un empellón, y un malaventurado mucha-

cho que sale de una puerta hasta media calle. Un portazo. El muchacho lleva las ropas desgarradas, y signos de maltratos recientes en todo el cuerpo. Su ama le había encargado llevar a cierto punto una cajita cuyo contenido él ignoraba. Sintiéndose perseguido, huye, salta una barda, cae en un jardín: la caja ha derramado sobre la yerba una rica colección de diamantes. No falta un viejo bribón que le robe la mitad del tesoro suponiendo, fundadamente, que el muchacho mismo es un ladrón. Arrójalo después a las calles de Londres con una injuria y un puntapié y, cuando el muchacho se pone a andar, va goteando diamantes de los destrozados vestidos, con escándalo de la vecindad. En las *Noches* tradicionales: El bellísimo Alí-Nur se ha resuelto al fin a vender a su esclava Dulce-Amiga; la hace pregonar en el mercado. Al instante se ofrece a comprarla el visir Ben-Saui, poderoso rival del padre de Alí-Nur, cuya sola presencia hace que los mercaderes desistan de ofrecer posturas mayores. Alí-Nur, entonces, se apodera violentamente de su esclava y la reprende en público, con el fin de hacer creer que aquello es una mera comedia, fingida para castigar a Dulce-Amiga. Ben-Saui se irrita y dice que su trato va en serio. Los mercaderes se cambian guiños elocuentes que significan: "Apoyemos a Alí-Nur." Alí-Nur cae sobre el visir, lo arroja al suelo y lo magulla. Y el gozo de los mercaderes se derrama en un rumor de desahogo.

Al instante, y a pesar de la profunda diferencia entre los episodios, se descubre la unidad de tratamiento. Hay algo pictórico y plástico en ambos casos. Ambas obras han surgido de un mismo arte, sin querer entrar en apreciaciones de mérito relativo: de un arte que parece preferir, para todos los motivos patéticos o risueños, los solos elementos visibles, y combinarlos en bellos equilibrios. La intriga se desarrolla con la sana regularidad de un juego mecánico. Aun cuando sonrían los ligeros, he de definirlo en la mejor forma que encuentro: es un arte cinematográfico.

Stevenson pudo, penetrado ya de este espíritu, y aun habiendo renunciado a lo maravilloso (lo maravilloso, he aquí un muro que esconde el secreto verdadero del cuento árabe), escribir cuentos contemporáneos de inspiración arábica. Los

efectos maravillosos están sustituidos por un procedimiento más moderno y elaborado de la intriga, y por la virtud de excentricidad que el autor poseía. Pues Stevenson, como decían en su tiempo, parecía, gracias a su sutileza de duende, más bien que una criatura humana, uno de aquellos espíritus de aire y fuego de los árabes. Era como ha de ser el típico narrador de historias: fantástico, audaz y amigo de viajes y aventuras. Los dulces samoanos lo veneraron casi bajo el nombre de *Tusitalia*, que quiere decir, en su dialecto, *El Narrador de Historias*.

México, IV–1912.

II. "ORTODOXIA", DE CHESTERTON *

Yo —DICE Chesterton al comenzar su libro *Ortodoxia*— escribí una serie de ensayos contra las doctrinas más a la moda sobre el valor de la existencia y de la conducta, y a todas las declaré "herejías" en el sentido más amplio de la palabra; a todas las deseché por considerarlas perniciosas y disolventes. Los críticos me objetaron entonces que comenzarían a tomar en serio mis censuras una vez que yo mismo me hubiera arriesgado a formular, por mi cuenta, una interpretación positiva de la vida: semejante reto no podía ser más temerario tratándose de mí, que estoy siempre más que dispuesto a escribir un libro. Y, en efecto, me senté a escribir, y de aquí la presente obra. Como la mayoría de mis contemporáneos, lo que menos me figuraba yo era ser ortodoxo. Había yo recorrido todos los caminos de la paradoja religiosa, y al término de mi viaje me encontré con que había venido a parar nada menos que en la Iglesia Romana. No de otro modo aquel piloto que, habiendo equivocado el rumbo, arribó a la vieja Inglaterra figurándose que había descubierto una nueva isla del Mar del Sur. ¡Oh grata emoción de llegar a lo desconocido, lleno de sobresaltos, y de descubrir a poco, entre lágrimas de regocijo, que no hemos hecho más que regresar a la casa paterna!

La obra de Chesterton es una autobiografía espiritual en que, por caminos caprichosos, nos va describiendo las pequeñas experiencias, las decepciones y las meditaciones que acabaron por precipitar en su ánimo la necesidad de volver a la ortodoxia; o mejor dicho, que le volvieron a ella sin haberse él percatado. No es una obra de optimismo en el valor más modesto del término, sino una obra de optimismo heroico. He aquí cómo puede formularse su pensamiento:

—Quien ama el mundo, debe procurar reformarlo. El amor a las cosas tales como son conduce al "conservatis-

* *El Imparcial*, Madrid, 1917.

mo", y ser conservador, en el torrente de la existencia, es ir hacia atrás. Aun para ser conservador hay que reformar: reformando a diario un objeto es como se lo hace durar; abandonarlo a sí propio es dejar que lo devore el tiempo.

Y he aquí su posición frente a los optimistas y los pesimistas vulgares:

—Los optimistas son como esos funcionarios públicos que se creen obligados a mentir para ocultar los errores de la administración a que sirven: para ellos todo está bien, exceptuando a los pesimistas. Por su parte, los pesimistas son como consejeros que abusasen de su derecho de censura para con la vida; se les ha pedido consejo, las fuerzas del reclutamiento están en sus manos, y ellos las aprovechan para disuadir al ciudadano y alejarlo de su bandera. (Porque la lealtad de la vida es como la lealtad militar: antes de escoger, ya estamos —juramentados— bajo el pabellón del mundo.) Para esos pesimistas vulgares todo está mal, con excepción de ellos mismos. Conviene, evitando los dos extremos, insistir en que todo está mal, pero todo puede llegar a estar bien: eso ha hecho siempre la Europa revolucionaria, huyendo del conformismo sedentario del Asia como del mayor de los males. Hay que predicar, pues, a las sociedades, la necesidad de una reforma constante, la vida siempre alerta, la perenne posibilidad de perderse; en suma: el dogma del Pecado Original y de la Caída.

Y compárese esto con los procedimientos del gobierno inglés, fundados en la psicología nacional: allí el reclutamiento, la propaganda militar, se han hecho al revés que en los otros pueblos: en vez de ofrecer victorias fáciles, se ha insistido en la probabilidad de la derrota. Así, los zepelines sobre Inglaterra han sido el medio mejor de propaganda.

Chesterton no sigue una línea sistemática, sino que va considerando aspectos distintos de la vida, y haciendo, por decirlo así, brotar una chispa de ortodoxia de todas las piedras de la calle: teorías de la humildad y del orgullo, de la fe y de la desconfianza en sí mismo, valor de lo maravilloso en la educación de la conciencia, y enseñanzas extraídas de los cuentos de hadas para los niños, definición de la locura y de la cordura, simbolización de la noción del peca-

do mediante la noción de la locura, tesis del milagro, comentarios sobre la vida de Cristo, solución pagana al problema de la conducta fundada en el equilibrio o "término medio", paradójica solución cristiana que permite arder, lado a lado y sin contrariarse, a las pasiones opuestas: verdadera selva de ingenio por la que sopla una ráfaga de inquietud. Y todo con una gracia abundante y cierto aire de buena compañía que se descubre en el estilo ligero.

La novedad con que aborda los asuntos es siempre una grata sorpresa, y para los lectores estragados, un verdadero alivio. ¡Qué cosa es oírlo empezar el estudio de la "Era Victoriana" inglesa con estas palabras!:

—De dos modos puede intentarse una sección en la historia literaria: o bien como se corta un queso Gruyère, y ateniéndose a las masas y los agujeros que resulten, o bien como se corta la madera a lo largo del hilo, siempre que se crea que existe tal hilo.

... O emprender en estos términos el estudio de George Bernard Shaw:

—La idea que se tiene de Shaw es la de un señor capaz de escribir un prólogo enorme para una comedia diminuta. Y en efecto, Shaw es un hombre muy "prefatorio", en quien el comentario precede siempre al hecho. Es lo del Evangelio: en el principio era el Verbo. A su tiempo, llegaremos a la Encarnación; pero, en el principio, era el Verbo.

Hombre de temperatura filosófica, Chesterton, fiel a su fundamental educación periodística, procura traer prontamente sus discusiones al terreno de lo cotidiano, lo callejero: en vez de aludir a la génesis lejana de una doctrina, alude al último poeta de Londres que la ha proclamado en sus versos y, siempre que puede, acude, para ilustrar sus ideas, a la última polémica literaria o al último acontecimiento de que habla el *Times*.

Novelista en quien la novela policiaca cobra trascendencia metafísica, es un Stevenson más nervioso que el antiguo y más adecuado al gusto de los contemporáneos. En *El hombre que fue Jueves*, describe las persecuciones y sorpresas de la mente coordinadora, a caza, por los alrededores del Támesis, de la mente disgregadora. Escritor de múltiple

actividad, interviene siempre en toda campaña intelectual de Europa, y es un George Bernard Shaw con menos acritudes y más sonrisas que el otro.

Hay, en Londres, quien no puede pasarla sin leer, en el periódico de la semana, las últimas humoradas o las últimas afirmaciones de Chesterton. Él es como la pila eléctrica que alimenta a miles de lámparas. Tiene fama de gran comedor, y su obesidad —a que él suele aludir en sus libros— es ya famosa.

1917.

III. "EL HOMBRE QUE FUE JUEVES", DE CHESTERTON *

GILBERT KEITH CHESTERTON es un dibujante cómico de singularísimas dotes: ha ilustrado libros de Monkhouse, de Clerihew, de Hilaire Belloc. Es un orador que aborda lo mismo el problema de las pequeñas nacionalidades que el de la posibilidad del milagro y la poca fe que en él tienen algunos modernos sacerdotes. Es un político que ha adoptado el impecable procedimiento de vivir en una Edad Media convencional, para poder censurar todo lo que pasa en su siglo. Es un gastrónomo famoso, según creo haber leído en alguna parte y me parece confirmarlo el ritmo sanguíneo, entre congestionado y zumbón, de su pensamiento; anti-vegetariano y partidario de la buena cerveza; anti-sufragista y enemigo de que nadie se le meta en casa —ni el inspector de la lúz eléctrica—, hombre saludable no pervertido en higienista, y humano sin ser "humanitarista". Es un escritor capaz de hacerse tolerar y aun desear por un periódico cuyas ideas ataca invariablemente en sus artículos (tal le aconteció durante algún tiempo en *The Daily News*). Para muchos londinenses, las notas que publicaba Chesterton en *The Illustrated London News* eran tan indispensables como el día de campo semanal; y sus polémicas en *The New Witness* son una alegría para el contrincante, cuando éste es un hombre de talento. Como autor teatral de una sola obra (*Magia*), Chesterton ha tenido cierto éxito. En su juventud hizo crítica de arte, y sobre los pintores Watts y Blake ha publicado dos libros tan indispensables como inútiles. Es poeta, verdadero poeta, de un modo valiente y personal. Lamento no poder traducir aquí sus baladas sobre el agua y el vino, tema muy español y muy medieval, por lo mismo que es de todo tiempo y todo país. La canción de Noé tiene este seductor estribillo:

* Prólogo a mi traducción de esta obra, Madrid, Editorial Saturnino Calleja, S. A., 1922.

No me importa dónde llegue el agua,
siempre que no llegue hasta el vino.

Su balada contra los vendedores de comestibles es de una radiante actualidad. Ha escrito innumerables prólogos y pequeños ensayos, cuya colección completa no ha podido reunir aún el Museo Británico. Diserta con agrado sobre todo autor en quien encuentra una confirmación de sus propias ideas, y aun sobre enemigos de talla gladiatoria, como George Bernard Shaw, que lo obliguen a combatir con respeto. Ante los demás enemigos, Chesterton adopta al instante una actitud insecticida. Es, además, filósofo y apologista cristiano. Es novelista. En sus novelas, las figuras de mujer son poco importantes. Sus personajes tienen, de preferencia, los cabellos rojos, azafranados. Es exuberante. Quiere a toda costa hacer milagros. Es, en todo, un escritor popular.

Siempre combativo, de una combatividad alegre y tremenda, tiene un buen humor y una gracia de hombre gordo, una risa madura de cincuentón. Su cara redonda, sus cabellos enmarañados de rorro, inspiran una simpatía instantánea. A veces, entre el chisporroteo de sus frases, lo estamos viendo gesticular.

Para ser un escritor popular hay que conformarse con los ideales de la época. Pero hay dos maneras de conformarse con ellos: una consiste en defenderlos; otra, la mejor, en atacarlos, siempre que sea con los argumentos convencionales de la época. Así lo hace Chesterton. Se vuelve contra las teorías heréticas en nombre de las conveniencias y el respeto a lo establecido; sí, pero con ímpetu de aventura, poética y no prosaicamente. Ataca las herejías, sí, pero en nombre de la revolución. De aquí su éxito. Su procedimiento habitual, su mecánica de las ideas, está en procurar siempre un contraste: si hay que defender la seguridad pública, no lo hace poniéndose al lado de la policía, sino, en cierto modo, al lado del motín. Si, por ejemplo, hay que demostrar la conveniencia de publicar la segunda edición de un libro (véase el segundo prólogo de *The Defendant*), no alegará la utilidad de la obra, sino el absoluto olvido en que ha caído la primera edición. Cuando escribe sobre George Bernard Shaw, comienza con estas palabras: "La gente acostumbra decir que está

de acuerdo con Shaw, o que no lo entiende. Yo soy el único que lo entiende, y no estoy de acuerdo con él." La *Pequeña Historia de Inglaterra* comienza, más o menos:

> Yo no sé nada de historia. Pero sé que hasta hoy no se ha escrito la historia desde el punto de vista del hombre de la calle, del pueblo, del lector. Y ése será mi punto de vista.

Y concede, en el desarrollo de la vida inglesa, mucha más importancia a los civilizadores romanos que a los bárbaros y peleones escandinavos; y mucha más importancia a los gremios populares de la Edad Media que a las modernas organizaciones del poder colonial y del capitalismo británico. Y la sociedad lectora de nuestro tiempo, en virtud de una ética y una estética que no voy a analizar aquí, aplaude este método de sorpresas.

Además, hay que darse cuenta de que las sorpresas de Chesterton son las sorpresas del buen sentido, y que Chesterton entra en fuego cuando estaba haciendo mucha, muchísima falta, algo de buen sentido en las letras de su país. En efecto: la literatura inglesa comenzaba a cansarse del grupo de excéntricos que, en los últimos años del siglo XIX, había sucedido a los grandes "victorianos". Chesterton se asoma al mundo con una impresión de aburrimiento. Los paradojistas ya no sobresaltan a nadie. Chesterton se vuelve hacia las virtudes infantiles, hacia los atractivos evidentes y democráticos de la vida. He aquí sus palabras:

> Los años que van de 1885 a 1898 fueron como las primeras horas de la tarde en una casa rica, llena de salones espaciosos; quiero decir, el momento anterior al té. Entonces no se creía en nada, salvo en las buenas maneras. Y la esencia de las buenas maneras consiste en disimular el bostezo. Y el bostezo puede definirse como un aullido silencioso.

Aquella gente imposible se quejaba de que la primavera fuera verde y las rosas rojas. Chesterton los llamó blasfemos, reivindicó para sí el derecho de regocijarse ante las maravillas del mundo (un derecho que sólo debe ejercerse cuando no se es bobo, un derecho peligrosísimo), y se entregó desde entonces abiertamente a las alegrías sencillas de la

calle y del aire libre. (Con malicia, naturalmente. Para encontrar divertido el mundo no basta proponérselo.)

En apariencia, Chesterton es un paradojista. Pero, a poco leerlo, descubrimos que disimula, bajo el brillo de la paradoja, toda una filosofía sistemática. Sistemática, monótona, cien veces repetida con palabras y pasajes muy semejantes a través de todos sus libros. No es en el fondo un paradojista. No niega ningún valor aceptado por la gran tradición popular; no rechaza —al contrario— el honrado lugar común; no intenta realmente desconcertar al hombre sencillo. Gusta más bien de volver sobre las opiniones vulgares y las leyendas, para hacer ver lo que tienen de razonable. No es un paradojista. Bajo el aire de la paradoja, hace que los estragados lectores del siglo XX acepten, a lo mejor, un precepto del Código o una enseñanza del Catecismo. El contraste, el sistema de sorpresas, que es su procedimiento mental, es también su procedimiento verbal. Posee una lengua ingeniosa, pintoresca, llena de retruécanos a su manera: sube, baja, salta, riza el rizo encaramado peligrosamente en una palabra, y a la postre resulta que ha estado defendiendo alguna noción eterna y humilde: la Fe, la Esperanza, la Caridad. En boca de Syme, personaje de una de sus novelas, pone una sentencia que explica muy bien su situación. La paradoja, dice Syme, tiene la ventaja de hacernos recordar alguna verdad olvidada. Y en otra ocasión, Chesterton se ha definido a sí mismo como un apóstol de las verdades a medias. Es decir, como un apóstol de la exageración. Y en verdad, Chesterton, más que un paradojista, es un exagerado. Hace años, Arnold Bennett, en *New Age,* se enfrentó con Chesterton, asumiendo una solemnidad algo asnal, y le dio unas dos o tres coces. En resumen ¿de qué lo acusaba? De exageración: este pecadillo gracioso que, si no entra al Cielo, tampoco ha merecido el Infierno; este pecado menor que también puede ser la atmósfera del Limbo. Pero la exageración es un método crítico, un método del conocimiento. Sainte-Beuve recuerda que el fisiólogo, para mejor estudiar el curso de una vena, la inyecta, la hincha. No temblemos: la exageración es el análisis, la exageración es el microscopio, es la balanza de precisión, sensible a lo inefable.

¿Cuál es el sistema de Chesterton? El que haya leído su espléndido libro *Ortodoxia* conoce la evolución de la filosofía religiosa de Chesterton. A través de todas las herejías modernas, y creyendo descubrir una novedad, se encuentra un buen día convertido al catolicismo apostólico romano, como el que, creyendo descubrir una isla del Mar del Sur, toca un día la nativa playa, de la que se imaginaba tan lejos.

Y se da entonces el caso extraordinario de un expositor de la doctrina católica que, en vez de valerse de los argumentos adustos, se vale de los argumentos alegres, como si su vino religioso se resintiera de los odres paganos. El juglar medieval adoraba, a su manera, a la virgen, haciendo lo mejor que sabía: sus juegos de saltimbanqui. Así, en Chesterton —este nuevo Padre de la Iglesia— la sorpresa humorística sustituye a la parábola cristiana. Habla de las verdades más antiguas de la Iglesia, pero con el mismo tono de voz del que describe los ritos misteriosos de la isla recién descubierta en el Mar del Sur. Así en Chesterton —este salteador de la propia bodega— aprendemos a gustar otra vez el vino de nuestros abuelos. Él confiesa alegremente haber descubierto el Mediterráneo. Y lo mejor del caso: nos convence de que el Mediterráneo estaba otra vez por descubrir. Es como uno de sus personajes, que tenía aventuras amorosas. . . con su mujer legítima. Entiende la vida.

El paganismo, según Chesterton, propone a todo conflicto una solución de falso equilibrio: el justo medio de Aristóteles. El paganismo es conciliación, o mejor dicho, transacción. Cierra los ojos a las debilidades humanas, para evitar, al menos, que estallen en males irremediables; para ver si se componen solas con ese optimismo rutinario de la naturaleza. Pero el cristianismo es guerra declarada y franca, y donde quiera aparece como una espada que parte en dos. El cristianismo, viene a decir Chesterton, es la filosofía de la izquierda. El cristianismo resuelve los conflictos haciendo luchar directamente las dos fuerzas extremas y antagónicas, para que se salve lo que ha de salvarse; haciendo chocar el bien y el mal; haciendo arder —lado a lado y sin transición— el fuego blanco del Cielo y la llama roja del Infierno. Hay, pues, que combatir.

El paganismo ponía el ideal humano en una pretérita Edad de Oro. El Cristianismo, en una futura salvación. Para el cristianismo el mal está en el pasado, está en el pecado original; y el bien, en el porvenir. Abandonarse es declinar hacia atrás. Estamos corriendo diariamente un grave peligro: hay que esforzarse por vivir al paso de la vida, hay que revolucionar hasta para ser conservador, porque las cosas tienden, espontáneamente, a degenerar de su especie.

Tal es, a grandes rasgos, el sistema católico y revolucionario de Chesterton, graciosamente matizado con una necesidad imperiosa del milagro, con una sed fisiológica de cosas sobrenaturales. Pero, periodista al fin, procura traer siempre sus discusiones a la temperatura de la calle; y en vez de dar a las ideas filosóficas el nombre con que las designa la Escuela, les da el nombre más familiar. No habla de tal tesis kantiana, sino de tal tesis defendida el otro día por el editorialista del *Times*. ¿Es esto un defecto?

En todo caso, cuando todos los valores dogmáticos de la obra de Chesterton hayan sido discutidos —su ortodoxia, que acaba por admitir, con cierta amonestación previa, algunas heterodoxias cristianas en su seno, su antisocialismo especial, su democracia caprichosa, su política algo díscola, sus teorías históricas y críticas—, Chesterton, el literato, quedará ileso. Sus libros seguirán siendo bellos libros, su vigorosa elocuencia seguirá cautivando. Sus relámpagos bíblicos, su alegría vital, su naturaleza abundante hacen de este periodista, por momentos, un inspirado.

Un reparo a su estilo: Chesterton padece de abundancia calificativa, se llena de adjetivos y adverbios. Y como no desiste de convertir la vida cotidiana en una explosión continua de milagros, todo para él resulta "imposible, gigantesco, absurdo, salvaje, extravagante". Pone en aprietos al traductor. Esto no quiere decir que Chesterton use las palabras al azar. Al contrario: capítulos enteros de su obra son discusiones sobre el verdadero sentido de tal o cual palabra: por ejemplo, sobre la diferencia entre "indefinible" y "vago", entre "místico" y "misterioso". Y construye toda una historia de las desdichas humanas sobre la ininteligencia de tal otra palabra, por ejemplo: "contemplación".

En *El hombre que fue Jueves*, encontramos, como en síntesis, todas las características de Chesterton: la facilidad periodística para trasladar a la calle una discusión de filosofía; la preocupación de la idea católica, simbolizada en una lámpara eclesiástica que el Dr. Renard descolgará de su puerta para ofrecerla a los fugitivos; el procedimiento de sorpresa y contraste empleado con regularidad y monotonía en todos los momentos de la novela: como que la novela puede reducirse a siete contrastes sucesivos, a siete sorpresas que nos dan los siete personajes de primer plano, todos aparentes conspiradores, y todos en realidad agentes de la policía que mutuamente se vigilaban sin saberlo. También encontramos aquí al crítico de arte o, por lo menos, al hombre para quien los colores de la tierra (sobre todo los que tienden al rojo) realmente existen: la novela, como en una alucinación o verdadera pesadilla, se desarrolla sobre un fondo de crepúsculos encendidos, en un ambiente de matices y tonos que parecen engendrados por los cabellos radiantes de Rosamunda, bajo aquel cielo de azafrán, en el barrio de las casas rojas, en el jardín iluminado por farolillos de colores. El polemista tampoco podía faltar: la novela misma es una polémica. Syme, héroe caballeresco, casi puede considerarse —con una imagen que sería muy del gusto de Chesterton— como un matador de dragones, como una transformación moderna de la leyenda de San Jorge. Y en fin, para que nada falte, también encontramos aquí una caricatura de la persona del autor. ¿A quién pertenecen, sino a Chesterton, esa cara enorme, esa complexión extraordinaria del personaje Domingo? ¿Por qué le da Chesterton cualidades sobrenaturales a su Domingo? Porque en él incorpora su fiebre anhelosa de milagros. Cuando Domingo va a lomos del gigantesco elefante, se siente que le tiene envidia; o mejor, que él —Chesterton— goza al describir aquella escena como si hiciera recuerdos personales. ¿Recuerdos? Sin duda: recuerdos de lo que nunca ha pasado, pero que está, simplemente, en la prolongación de la propia conducta. Si Chesterton se atreviera —no me cabe duda— andaría paseando por Londres, por Albany Street, por Piccadilly, a lomos del elefante del Jardín Zoológico. Chesterton trata la persona física de Domingo con un

amor de auto-retrato. La acaricia, la plasma, hasta que la deja redonda, redonda y elástica, redonda y ligera, como un balón, como un globo. Domingo, al igual de Chesterton, está lleno de la alegría de rodar y de rebotar. Ya se ha advertido este amor (este "amor propio") de Chesterton por los gigantones que figuran en dos o tres de sus mejores novelas.

El hombre que fue Jueves es una novela policial, pero una novela policiaco-metafísica —verdadera sublimación del género. Otro tanto pudiera decirse de todas las novelas de Chesterton (con excepción del ciclo del Padre Brown, donde, en la primera parte al menos, hay otro elemento trascendental: el crimen creado por el ambiente). El perseguidor y el perseguido cobran una significación inesperada, acaban por convertirse en principios eternos del universo. Pero por fortuna nunca se pierde, por entre el laberinto de episodios más o menos simbólicos —simbólicos siempre—, este sentimiento cómico que legitima la introducción de elementos inverosímiles en el relato, y que permite al autor saltar fantásticamente del suceso humilde al comentario trascendental, sin perder el ritmo del buen humor.

El maestro de Renan concebía el mundo como un coloquio entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, de cuyas palabras va brotando el universo, evocado de las tinieblas. Otros entienden el mundo como un organismo divisible en partes y en funciones, como un tratado divisible en capítulos. Otros lo entienden como una melodía infinita, impulso lírico desarrollado en el tiempo. Chesterton lo concibe como una novela de policía, como una caza llena de peripecias, entre dos nociones elementales; con la posibilidad —claro es— de una inexplicable, de una temerosa conciliación, que está más allá de la inteligencia de los hombres y sólo cabe en la de los ángeles.

En esta novela policial del universo, no hay delincuente, no hay delito. Dos fuerzas inocentes, casi amándose, se combaten. A veces creemos que se transforman la una en la otra, y hay como un tornasol dinámico en que los átomos de la razón giran, incendiados. De aquí una honda inquietud poética; de aquí esa íntima necesidad de gritar o cantar que sorprendemos en el corazón de todas las cosas.

Pero no se ahuyente el poco aficionado a las discusiones abstractas. Los héroes de la novela son también hombres de carne y hueso, y sólo al final se diluyen en una alegoría inmensa, tan inmensa que es ya invisible. Y si la novela es, por una parte, un ensayo caprichoso sobre el doble equilibrio (o desequilibrio en dos pies) del mundo humano, sobre las dos tendencias esenciales de la conducta, casi sobre dos estados de ánimo o sobre dos palabras únicas —Sí: No—, también es, por otra parte, una divertidísima historia de aventuras, enredo, intriga; de tan fuerte carácter plástico, que no entiendo cómo los editores cinematográficos no han sacado de aquí una preciosa obra en jornadas, como entonces se usaban.*

Y por este aspecto, la novela recuerda a los clásicos del escalofrío: a Poe, a Stevenson; y prolonga un género típico de la lengua inglesa: la aventura enigmática; la aventura donde el sentimiento ha de vibrar, pero donde la razón ha de dar de sí continuos recursos; donde el hombre combate con el cuchillo, como los marineros de la *Isla del tesoro,* llenos de pavores bíblicos y de maldiciones; pero donde el hombre ha de combatir, también, con el silogismo y el sorites, como en el tratado de Lógica de John Stuart Mill.

1919.

* El *Napoleón de Notting Hill* parece haber inspirado algún episodio de "La moneda rota".

IV. PEQUEÑA CLAVE PARA LA "PEQUEÑA HISTORIA" *

ADEMÁS de las notas que acompañan a esta traducción conviene que el lector no familiarizado con la historia inglesa recorra las siguientes líneas, donde se ha procurado extractar los hechos absolutamente indispensables para la inteligencia de la *Pequeña Historia.*

La provincia de Britania. Redondeando cifras, la romanización de la provincia de Britania abarca del año 50 a. C. al 450 de la Era vulgar. Julio César hizo un tanteo militar en la Britania el año 55 a. C., y al año siguiente volvió. La verdadera conquista romana comenzó en 43 a. C., bajo Aulio Plautio. A principios del siglo V, la Britania queda cortada de Roma por una doble causa: *1)* La conquista de las Galias por los teutones; las Galias eran el camino entre Inglaterra y Roma; *2)* Las invasiones de saxos, anglos y jutos en Inglaterra. El rey británico Vortigern los había llamado para que le ayudaran a contener la furia de los salvajes pictos de Escocia y de los piratas irlandeses; pero los aliados no salieron más de Inglaterra. Entretanto, Roma ya había dejado allí algunas simientes de cristianismo.

La era de las leyendas y la derrota de los bárbaros. La época del dominio anglosajón va de 450 a 1016. Chesterton subraya los dos grandes hechos espirituales de esta época: *1)* La enorme producción legendaria, las efervescencias de la fábula; y *2)* La lucha y triunfo final del cristianismo contra las divinidades furiosas de los bárbaros invasores. He aquí, por otra parte, los hechos políticos que sirven de fondo a estos hechos espirituales. Los dos jefes sajones, Horsa y Hengist, tratan con Vortigern y se establecen en la isla de Thanet. Poco después, Hengist asienta en Kent su reinado. El misterioso Arturo, figura mítica en quien se descubren los

* Prólogo a la obra de G. K. Chesterton, *Pequeña Historia de Inglaterra,* traducción de A. R. Madrid, Calleja, 1920.

rasgos de una divinidad céltica, combate —dice la leyenda— contra los invasores sajones, y muere a manos de ellos. Siglos después, la figura de Arturo resurgirá como centro del *ciclo bretón* de leyenda caballeresca, cristianizándose como la leyenda del Grial. En tanto, los invasores penetran y establecen centros, reinados, en el Norte (Northumbria), en el Sur (Sussex), en el Este (Essex), en el Oeste (Wessex). El catolicismo avanza sobre ellos en dos olas, que al principio parecen chocar y al fin se funden en la línea ortodoxa: *1)* Una ola viene del Ocidente, de Irlanda, de la catedral de Glastonbury, donde las primeras aguas cristianas se habían conservado sin merma. *2)* Otra ola viene del Oriente, con la misión romana de San Agustín. Éste, en 597, convierte a los sajones de Kent, y es el primer arzobispo de Cantórbery. Propagación de monasterios y gran actividad conventual. Egberto, rey de Wessex, unifica a Inglaterra bajo su cetro. Pero, a principios del siglo IX, sobrevienen nuevas invasiones danesas que amenazan "desbautizar" la tierra. En 871, el "buen sajón", que dice Dickens —Alfredo el Grande—, derrota, tras de varios años de lucha, a los daneses y hace bautizar a su jefe Guthrum. Los daneses triunfarán al fin, puesto que ya en 1016 el rey de Inglaterra es un danés —Canuto—; pero Canuto gobernará en nombre de Cristo; de suerte que el verdadero triunfo de Alfredo —explica Chesterton— consiste en haber impuesto el bautismo a los invasores.

San Eduardo y los reyes normandos. Años 1016 a 1189. Era que va de la conquista normanda hasta la cruzada de Ricardo Corazón de León. La transición del rey danés de Inglaterra al conquistador normando de Inglaterra es la historia de un pretexto diplomático que favorece una invasión militar; y esto acontece conforme a la diplomacia del tiempo, que era cierto código de honor sobre la palabra empeñada y los deberes de armas. He aquí la historia: Eduardo el Confesor prometió su sucesión al heredero del ducado de Normandía. Harold, otro posible sucesor de Eduardo, ofrece respetar aquella promesa. Pero, a la muerte de Eduardo, se declara rey, faltando a su palabra. Guillermo —vasallo del rey de Francia y duque de Normandía, llamado más tarde Guillermo el Conquistador— le obliga por las armas a ce-

derle el trono, al cual se consideraba con derecho.* Pero Guillermo —advierte Chesterton— fracasa en su intento de hacer de Inglaterra una monarquía unida, a la manera de Francia. Lo heredan sus enconados hijos: primero gobierna Guillermo II, "Rufo" o "el Rojo", llamado también "Barbarossa"; y tras éste, Enrique I o "Beauclerc", que equivale a "fino letrado". Y después Inglaterra se divide en un caos feudal, donde sobrenadan, como pueden, Esteban de Blois y Enrique II, primero de los ocho reyes de la casa Plantagenet.

La era de las Cruzadas. Chesterton describe el ambiente de las Cruzadas, y pasea por varias épocas de la historia inglesa, igualmente dominadas por la fascinación de Jerusalén. Pero se refiere, sobre todo, a la primera cruzada, la cruzada de Ricardo I, Corazón de León, sucesor de Enrique II. Dura esta cruzada de 1190 a 1194. Es la primer experiencia del alma inglesa hacia el conocimiento de lo remoto: el principio de la epopeya naval británica. Europa era entonces una sola nación, y la Tierra Santa el frente enemigo por conquistar. La preocupación de las Cruzadas dura hasta los días de Enrique VI († en 1471).

El problema de los Plantagenets. El autor retrocede al reinado de Enrique II, que precedió a Corazón de León, y aun alude de paso a Guillermo II, el Rojo, y sus disputas con el arzobispo Anselmo, a Fulk de Anjou —que figura bajo Enrique I, Beauclerc— y a Esteban de Blois, predecesor de Enrique II. Éste gobierna de 1154 a 1189. Entre los sucesos de su reinado sobresale la contienda que sostuvo con Tomás de Becket, arzobispo de Cantórbery desde 1162, quien quería imponer al monarca ciertas prerrogativas eclesiásticas. En 1170, los hombres de Enrique II dan muerte a Becket. La leyenda lo transforma en Santo Tomás de Cantórbery. Y Chesterton, para estudiar el carácter de este hecho, prefiere examinar lo que de él queda en las tradiciones del siglo XIV, según el testimonio literario de Chaucer (*Cuentos de Cantórbery*). La muerte de Becket —dice— es el primer acto hacia el quebrantamiento del poder central en Inglate-

* Ver: A. R., *Los trabajos y los días*, 1945, p. 223: "Bayeux y sus históricos tapices", *Obras Completas*, IX, pp. 199-461.

rra: enajena al rey el amor del pueblo. Este descrédito moral de la monarquía se nota más en la época del segundo hijo de Enrique: Juan sin Tierra. (Y el autor salta aquí el reinado de Ricardo Corazón de León, de que ha tratado en el anterior capítulo, y en torno al cual ha construido su "teoría de la cruzada".) Juan gobierna de 1199 a 1216. En este tiempo, los barones obtienen de él la Carta Magna (1215), que establece constitucionalmente los privilegios de los nobles y ciertas garantías jurídicas, en detrimento del poder despótico del rey. Bajo Enrique III, sucesor de Juan, los barones, capitaneados por Simón de Montfort, exigen la confirmación de la Carta Magna y, por la violencia, obligan al rey a acatarla. Montfort funda así una especie de poder parlamentario frente al rey. Pero es derrotado y muerto por las huestes del rey en la batalla de Evesham (1265).

En la tradición poética de los tiempos medios, Francia es "la dulce Francia"; Castilla, "Castilla la gentil"; Inglaterra, por antonomasia, "la alegre Inglaterra". *¿Qué quiere decir la alegre Inglaterra?* Aquí Chesterton diserta sobre los aspectos risueños de la vida medieval, y describe, especialmente, la organización de las libertades populares, mediante el sistema de los gremios y privilegios y sus muchas ventajas; la aparición de la clase campesina y las nuevas condiciones de la vida rural; las propiedades comunales de gremios, parroquias y monasterios; el gran desarrollo anónimo del arte, todo característico de los últimos siglos medios. La organización del Parlamento a que se refieren las últimas líneas del capítulo tuvo lugar bajo Eduardo I —sucesor de Enrique III— el año 1295.

La nacionalidad y las guerras con Francia. El autor estudia aquí las causas que determinaron la formación de los sentimientos nacionales en la Europa medieval y los primeros efectos que esto produce en el reinado de Eduardo I, sucesor de Enrique III. En 1291 se celebra en Northam un parlamento sobre la sucesión escocesa, y Eduardo, el árbitro, decide, como en la fábula, apropiarse el objeto de la disputa. Entre los pretendientes, John Balliol y Robert Bruce, da la razón al primero, pero recordándole que es su vasallo. El incipiente nacionalismo escocés acaba por irritarse ante las

obligaciones del vasallaje, y Escocia se subleva. Wallace es el campeón de los sublevados. Entre éstos iban Robert Bruce, el nieto (futuro rey de la Escocia independiente), y Comyn, sobrino de Balliol. Balliol había sido desterrado a Normandía. Bajo Eduardo II (1323) se firma una tregua con Escocia. Pero la causa escocesa triunfará con Robert Bruce, el nieto, bajo Eduardo III (1328). Hasta aquí el nacionalismo escocés. Bajo el mismo Eduardo III, que asciende al trono en 1327, el nacionalismo francés tiene una poderosa manifestación: en 1337, Eduardo III comienza la campaña de Francia, campaña provocada también por un conflicto de pretensiones dinásticas. Las guerras con Francia afirman el sentimiento patriótico, que ya se revela claramente en la victoria de Azincourt (1415), bajo el rey Enrique V. Este abril del sentimiento patriótico, coincide —dice Chesterton— con el octubre de la sociedad medieval. El capítulo recorre, más o menos, el período de 1272 a 1431, año en que muere Juana de Arco, la heroína de Francia.

La guerra de los usurpadores. El autor retrocede un poco para destacar otros aspectos de la época, y luego adelanta algunos años más. De suerte que el capítulo abarca desde la monarquía de Ricardo II (1377) hasta la caída de Ricardo III y la subida de los Tudores (1485). Primero, una sublevación del pueblo, de los labriegos, y después, una serie de usurpaciones y riñas por la corona, dan carácter al ciclo. La sublevación acontece en 1381, bajo Ricardo II, provocada por las cargas impuestas a la población campesina y los males y pobrezas de la larga guerra de Francia. El rey está dispuesto a transigir, pero el Parlamento se lo impide. El Parlamento, que había brotado de los gremios del pueblo, es ya una secta aristocrática. El rey ya no es intocable. El duque de Gloucester se hace jefe de la oposición parlamentaria. El rey, en 1397, se apodera del duque, que muere en la prisión, castiga a los amigos de éste e inaugura, con el golpe de Estado a que se refiere el autor, un gobierno despótico, desconociendo ciertos actos anteriores del Parlamento. Poco después, el rey destierra a Francia a Enrique de Hereford ("Bolingbroke"), hijo del duque de Lancaster. En 1399 conduce una expedición a Irlanda, dejando de re-

gente al duque de York. Enrique de Hereford vuelve de Francia, obtiene la sumisión del duque de York, y cuando Ricardo II regresa, ha perdido el reino y se ve obligado a abdicar. El Parlamento erige en monarca a Enrique de Hereford, primer rey de la casa Lancaster, que gobierna bajo el nombre de Enrique IV. Éste y los demás monarcas de su casa (Enrique V y VI) se esfuerzan por gobernar bajo el consejo del Parlamento. En tiempos de Enrique VI, el duque de York —que alegaba pretensiones al trono— rivaliza en el poder con el conde de Somerset, y esta rivalidad acaba por engendrar la Guerra de las Rosas (1450-1471): la Blanca (Lancaster) contra la Roja (York). Las dos casas se disputan el trono. Con el apoyo de Warwick triunfa York. Los monarcas de esta casa son Eduardo IV, Eduardo V y Ricardo III. Contra éste se levanta Enrique Tudor, y lo derrota en la batalla de Bosworth (1485). En adelante, el Tudor gobierna con el nombre de Enrique VII.

La rebelión de los ricos (1485-1553). Salvo una alusión a la política económica de Enrique VII, el autor dedica este capítulo a los reinados de Enrique VIII y Eduardo VI. Es la época del Renacimiento en la cultura y de la Reforma religiosa. Comienza a crearse una nueva aristocracia inglesa. Cambian los fundamentos económicos de la sociedad, en merma de las comunidades populares y monásticas y en beneficio de los señores. Enrique VIII (el rey Barba Azul) se constituye defensor del Papa, ya en lo diplomático ante el rey de Francia, ya en lo teológico ante Lutero. En 1509, cuando empezó a reinar, Enrique VIII se había casado con Catalina de Aragón. En 1528 sobreviene una crisis que divide su reinado en dos partes: Enrique se empeña en divorciarse, para contraer matrimonio con Ana Bolena. El Papa, que estaba a la sazón en manos de Carlos V —sobrino de Catalina—, niega el permiso del divorcio. Entonces Enrique VIII se declara cabeza de la Iglesia anglicana, rompe con Roma y se divorcia de propia autoridad. En cuanto al fondo, se mantiene, si cabe decirlo, ortodoxo, y persigue a los luteranos. Confisca los bienes de los monasterios y clausura éstos, por ser los últimos reductos de la autoridad papal. El levantamiento popular que esta política produjo (Peregrinación

de Gracia, 1537) es sofocado con dureza. Entretanto, el rey se ha casado secretamente con Ana Bolena (1533), a quien después hace coronar como reina. En 1536 muere su primera esposa, Catalina. Y el 19 de mayo del mismo año, hace ejecutar a Ana Bolena por adulterio, y al día siguiente se casa con Juana Seymour. Del primer matrimonio había nacido María; del segundo, Isabel; del tercero, Eduardo, que será su sucesor inmediato. Juana Seymour muere. Enrique se casa entonces con Ana de Cleves, y a poco deshace su matrimonio. Se casa con Catalina Howard, y después, la manda ejecutar por infiel. Finalmente, se casa con Catalina Parr, que se las arregla, como Jerezarda, para salvarse, y aun logra sobrevivir a su terrible esposo. De paso, y según los trances de su política público-doméstica, ha ido desprendiéndose de sus ministros y consejeros: Wolsey, Moro, Cromwell. Estos dos mueren decapitados; aquél, preso. Enrique VIII muere en 1547, y le sucede su hijo Eduardo VI, que queda bajo el protectorado del conde de Hertford (de la casa Seymour), quien pronto se nombra duque de Somerset y hace barón a su hermano Eduardo de Seymour. Éste alcanza gran valimiento en la Corte, y el de Somerset lo hace ejecutar por cargos de traición al rey. Los nobles se apoderan de la tierra para mantener los ganados, que rinden más que las cosechas, y con esto, arruinan y saquean al pueblo. Eduardo VI es ya protestante.

España y el cisma de las naciones (1553-1603). Reinados de María Tudor y de Isabel (María, hija de Enrique VIII y Catalina, la primera mujer; Isabel, hija de Enrique VIII y Ana Bolena, la segunda mujer). María es católica, y persigue y quema a los protestantes; pero no devuelve a la Iglesia su antiguo poder. Sus persecuciones están como simbolizadas en los nombres de los tres mártires de Oxford: Crammer, Ridley y Latimer. El primero (1489-1556) fue arzobispo de Cantórbery. Él sugirió a Enrique VIII la idea de atenerse, para su proyectado primer divorcio, no a la autoridad del Papa, sino a la opinión de los letrados de Inglaterra. En adelante, le ayudó siempre a deshacerse de sus mujeres. Trabajó después, bajo Eduardo VI, por la Reforma, y contribuyó a formar el Libro de Oraciones en lengua inglesa. El segundo

(1485-1555) sancionó, como individuo universitario, el primer divorcio de Enrique VIII. Obispo de Worcester, predica la Reforma, por lo cual sufre algunos castigos. Bajo Eduardo VI renuncia al episcopado y se dedica a la predicación y beneficencia. El tercero (1500-1555), obispo de Londres, imbuido en las ideas reformistas, fue capellán de Crammer y de Enrique VIII. Quiso defender las pretensiones de Lady Juana Grey al trono de Inglaterra. María Tudor hizo decapitar a Juana Grey en 1554. En 1558, Inglaterra pierde Calais, ante el ataque del duque de Guisa. Bajo la reina Isabel, Inglaterra cobra conciencia de su fuerza. Derrota a la Armada Invencible (1588), y aparece ya como una potencia cismática, al lado de otras naciones del Norte. La reina Isabel fue llamada la Reina Virgen, sin duda, como dice Dickens, por "el profundo disgusto con que veía que se casara la gente".

La era de los puritanos. Desde la segunda mitad del siglo XVI, bajo la reina Isabel, comienza a crecer el movimiento puritano, empeñado en "purificar" a la Iglesia de los abusos papales. Bajo los Estuardos (1603 a 1688), el puritanismo se desarrolla. En 1620, una partida de puritanos (los "Padres peregrinos") embarca hacia la Nueva Inglaterra, en busca de la libertad religiosa: había comenzado la lucha entre los Estuardos y los puritanos, de que habla Chesterton; culmina en la decapitación de Carlos I. Los sucesos entre Inglaterra y Escocia a que al autor se refiere, pueden resumirse así: en tiempos de la reina Isabel, María Estuardo, la reina de los escoceses, tenía pretensiones al trono de Inglaterra. El Papa, que desconocía a Isabel, apoyaba a María Estuardo. Ésta era esposa del heredero de Francia y contaba con el apoyo de Francia. La situación se agrava cuando su esposo asciende al trono francés (Francisco II). John Knox y otros reformistas propagan el protestantismo en Escocia con cierta ferocidad. Francisco II y María Estuardo son católicos, y envían tropas francesas a Escocia para defender los monasterios. Dominado el protestantismo en Escocia, las tropas francesas podrían continuar combatiendo en Inglaterra, y acaso conquistar a Inglaterra. La congregación de los protestantes de Escocia pide y obtiene el auxilio militar de Isa-

bel. Muerto Francisco II, María vuelve a Escocia. La lucha, sorda, se prolonga entre la católica María y la protestante Isabel. Los descontentos de Escocia se pasan a Inglaterra, donde Isabel los protege, más o menos abiertamente. Del matrimonio de María con Lord Darnley nace Jacobo, futuro rey de Inglaterra. Muere Darnley; el pueblo considera a María cómplice de su muerte. Y María, que tenía el defecto contrario al de Isabel, se casa con Bothwell. Los nobles escoceses se unen para defender de Bothwell a Jacobo el heredero; y acaban por poner presos a Bothwell —que muere loco— y a María, que es obligada a abdicar, dejando en el poder a su hermano el conde de Murray. María logra escapar, y se refugia en Inglaterra (1568), donde vivirá prisionera, de castillo en castillo, diecinueve años más, tratando en vano de defenderse de las acusaciones que pesaban sobre ella. En torno a ella se agita la conspiración. Hay levantamientos católicos, sangrientamente reprimidos. El Papa y otros soberanos piensan en derrocar a Isabel, poniendo a María en su lugar. El duque de Norfolk, que deseaba casarse con María, tercia en el complot, y acaba en el cadalso (1571). Y mientras estos sucesos abrían el abismo entre protestantes y católicos, llegan de París las nuevas de la noche de San Bartolomé y la matanza de hugonotes (1572). Finalmente, en uno de tantos complots, María aparece claramente comprometida, y es juzgada y decapitada (1587). Al año siguiente, Isabel derrota a la Invencible. A Isabel sucede, en 1603, Jacobo I, hijo de María Estuardo, y con él ascienden al trono de Inglaterra los Estuardos: Jacobo I, 1603-1624, Carlos I, 1625-1649. Tras la decapitación de éste, hay una interrupción, en que gobiernan con título de "Lord Protector", Oliver Cromwell primero y, después, su hijo Richard; y luego, expulsado éste, se reanuda el gobierno de los Estuardos con Carlos II, 1660-1685, y termina con Jacobo II, depuesto en 1688 y muerto en 1701.

El triunfo de los Whigs. I. La Restauración (1660-1688). Los Estuardos Carlos II y Jacobo II. *a)* Su política religiosa, de católicos escépticos, no comprendida por un pueblo cada vez más protestante y, en todo caso, muy partidario ya de su Iglesia nacional "anglicana". El pueblo cree ver conspira-

ciones en todos los centros católicos. *b)* Su política internacional, inclinada a Francia, los convierte en jefes de la oposición de sus propios gobiernos. El solo nacimiento del hijo de Jacobo II, al ofrecer la posibilidad de un heredero que continúe la política de los Estuardos, hace que los nobles acudan a Guillermo de Orange, nieto de Carlos I. *II. La Revolución.* Guillermo de Orange (en el trono, Guillermo III), príncipe holandés, desembarca en Torbay, el 5 de noviembre de 1688. Jacobo II huye a Irlanda. Una hija de Jacobo II, Ana, sucede a Guillermo en 1702. A la muerte de ésta, asciende al trono un príncipe alemán de Hannover, Jorge I (1714). El paso de Guillermo a Jorge, con la transición de la reina Ana, es para Chesterton el paso de la época en que el Parlamento necesita todavía de un monarca fuerte, a la época en que ya le conviene mejor un hombre débil en el trono. Y Chesterton pone como ejemplos de la conducta de los nobles de aquel tiempo a Churchill (Marlborough) y a Henry St. John (Bolingbroke). Churchill (1630-1722) representa la traición a Jacobo II, la traición a los irlandeses en Limerick (1691) y a los escoceses en Glencoe (1692). En el ministro Bolingbroke (1678-1751) se encarnan la tendencia monarquista y la inclinación a Francia. El examen de su política y la de Chatham nos lleva a los reinados que siguieron al primer Jorge: Jorge II (1727), Jorge III (1760). Chesterton advierte que la política inglesa, con los Whigs del siglo XVIII —los aristócratas liberales—, se acercaba a Prusia.

La guerra con las grandes Repúblicas. Tras algunas consideraciones sobre el carácter sinceramente retórico de la época, en torno a las figuras de políticos y oradores (Nelson, Patrick Henry, Burke, Junious, Walpole), el autor hace ver cómo estos Whigs —sólo liberales en el sentido aristocrático de la palabra— se ponen en lucha contra la República yanqui y contra la República francesa. Todo esto bajo Jorge III, cuyo reinado va de 1760 a 1819. La declaración de la independencia yanqui se hizo el 4 de julio de 1776. Al llegar a Napoleón, a la guerra de España y la colaboración de Inglaterra, a los nombres de Wellington y de Nelson, el asunto de la *Pequeña Historia* se nos vuelve familiar y sobra todo comentario cronológico.

La aristocracia y los descontentos. Transición del siglo XVIII al XIX, que llega hasta la era de la reina Victoria. (Jorge III, 1760-1819; Jorge IV, 1820-1830; Guillermo IV, 1830-1836; Victoria, 1837-1901.) La clase propietaria lucha contra la aristocracia, y ambas se echan en cara la situación de la clase obrera, la cual —a su vez— lucha como puede por un poco de bienestar. Esto se resuelve en una guerra parlamentaria en torno a las reformas que propone uno y otro bando. Chesterton alude especialmente: *1)* a la aprobación de las Bases Fabriles, de 1862 en adelante, que tendían a mejorar la situación del obrero, en cuanto a las condiciones higiénicas del trabajo, la edad, las horas útiles, etc. Este movimiento se prolonga por todo el siglo. *2)* A la derogación de las Leyes de Cereales, sobre exportación e importación de granos. Las leyes para regular el comercio de cereales datan de Eduardo III. A principios del siglo XIX, los economistas están convencidos de que estas regulaciones artificiales no hacen más que sacrificar el interés común al supuesto interés de algunos terratenientes. En 1836 surge en Manchester un movimiento para derogar este cuerpo de leyes, y se forma al objeto una liga librecambista (Anti-Corn Law League). Poco a poco fueron bajando las tarifas de importación (1843-1846), no sin que esto causara trastornos políticos y vaivenes ministeriales, y para 1869 tales tarifas quedaron abolidas. Posteriormente, el partido conservador ha obtenido que se impongan, transitoriamente, tarifas moderadas. Entretanto, el progreso industrial ha convertido a Inglaterra en taller del mundo. Las industrias agrícolas, ya florecientes bajo Jorge III, se desarrollan aún más cuando, en 1767, Brindley une por un canal a Manchester y a Liverpool, abriendo la era de los transportes acuáticos. (Llegó a haber unos tres mil canales navegables.) Hacia mediados del siglo XVIII, la industria del hierro y el carbón revoluciona al mundo, dando a Inglaterra una primacía definitiva. James Watt, en 1765, transforma el motor de vapor, de simple juguete, en corazón de toda industria. Y el invento acaece precisamente cuando ya el trabajo de mano no bastaba a la demanda fabril. Durante la guerra napoleónica, Inglaterra se alza con el monopolio de las industrias textiles. Toda esta prosperidad —dice

Chesterton— sólo va aprovechando a la oligarquía; y le parece que Cobbett lo previó así y trató de levantar al pueblo contra el industrialismo. Lo cual produce una serie de incendios y saqueos de graneros y talleres, que —continúa el autor— la historia calla, y que en todo caso fueron reprimidos. En este cuadro político, Irlanda, mal gobernada y ansiosa de autonomía, es tal vez la figura más patética, en quien el malestar cobra dignidad de reivindicación religiosa. Y Chesterton examina la política de Pitt, y la encuentra justificada en sus medidas de guerra contra Napoleón, y equivocada en sus medidas de conciliación con Irlanda. Para Chesterton, Pitt es el creador de una falsa política de seudounión con Irlanda. Fue Pitt quien realizó, en 1800, la unión de la Gran Bretaña con Irlanda (que ya antes se le había unido y vuelto a separar). Esta unión fue el remedio de Pitt contra la rebelión irlandesa de 1798, y Pitt la logró comprando a los miembros del Parlamento irlandés. Irlanda, amén de los graves males económicos que Pitt vio claramente, padecía la necesidad: *1º*, de una emancipación religiosa, y *2º*, de una autonomía política. De aquella primera necesidad fue el portavoz Daniel O'Connell (1775-1847), que, en 1829, logró el triunfo de los católicos irlandeses (libertad religiosa), y en 1841 luchó en vano por destruir la unión con Inglaterra. La Irlanda católica lo llama el "Libertador". De la segunda necesidad (Home Rule), el instrumento fue Charles Stewart Parnell (1846-1891), miembro de la Cámara de los Comunes (1875), que desarrolló una estrategia de obstrucción continua en defensa de la autonomía de Irlanda. En 1886, equilibrada la proporción entre liberales y conservadores, da su apoyo a Gladstone, provoca así la caída de los conservadores, y obtiene que se presente a la Cámara un proyecto de Home Rule para Irlanda; pero el proyecto fracasa. En todo caso, logró arrancar al Parlamento muchos beneficios para Irlanda, y sus partidarios lo llamaban "el rey irlandés sin corona". William Ewart Gladstone (1809-1898), miembro del Parlamento desde 1832, con intermitencias, y primer ministro en 1868, es aliado de Parnell desde 1886, y en adelante sigue combatiendo por el Home Rule de Irlanda (1893; segundo fracaso). En George Wyndham (1863-1913), conservador,

ve Chesterton la continuación de la política de simpatía para Irlanda. En este matrimonio mal avenido, el irlandés —místico— se subleva; el inglés —humorista— tolera y sonríe.

La vuelta de los bárbaros. Para Chesterton, la Revolución Francesa todavía no llega a Inglaterra. La era victoriana fue una era de inmovilidad, a pesar de pequeños cambios conscientes y cambios inconscientes algo más considerables. Tipo de los primeros: *1º* El plano de reforma electoral de 1832, arrancado por el pueblo al Parlamento, que sólo aumentó la fuerza de la clase media y debilitó al trabajador: "Tratamiento homeopático de la Revolución", dice Chesterton. *2º* En 1866, Benjamin Disraeli (conde de Beaconsfield, 1804-1881) extendió los beneficios de la reforma a los artesanos. Pero, para Chesterton, esto no fue más que un engañabobos: ya la clase obrera era lo bastante débil para que se la dejara votar sin peligro, y ya la oligarquía había descubierto el secreto de falsear con el soborno las elecciones. *3º* En 1884, se votó un Plan de Reforma de carácter ya social, en que por primera vez se concedía al pueblo algo de lo que en 1832 se le había escatimado: la plena ciudadanía; y por primera vez el pueblo irlandés fue admitido representativamente en el Parlamento del Reino Unido. Pero Chesterton cree ver la mentira fundamental del nuevo sistema en el hecho de que uno de los primeros actos del nuevo Parlamento —hijo de las reformas— fue la creación de numerosos talleres de pobres, que contemporáneos tan ilustres como Carlyle y Thomas Hood llamaban "la Nueva Bastilla". *4º* La Ley sobre la Mendicidad (1834), cuyos antecedentes datan de los tiempos de la reina Isabel, y aun se remontan más allá, y que regula la recaudación de fondos de caridad, es para Chesterton un sistema en virtud del cual la pobreza aniquila la ciudadanía y la reduce a la esclavitud práctica. Tipo de cambio inconsciente: las Trade Unions, resurrección del gremio medieval, traen una visión nueva de las realidades sociales. La clase dominante, para resistir al socialismo, le hace concesiones: la más importante, las Leyes de Seguros del Trabajo. Ahora bien: en esto, como en otras tendencias de la época, Chesterton advierte la dominadora influencia de Prusia, que ya, tras de sus triunfos sobre Dinamarca

(1864), sobre Austria (1866) y sobre Francia (1870-71), es omnipotente. Ya antes, la política oriental de Inglaterra la había llevado a favorecer a Turquía contra Rusia (guerra de Crimea, 1853-56), suponiendo que Rusia era su verdadero enemigo. Disraeli continúa esta política oriental. En 1875 adquirió, para Inglaterra, los primeros derechos sobre el Canal de Suez. En 1876 proclamó a la reina Victoria emperatriz de la India. En el Congreso de Berlín (1878), que arregló provisionalmente la cuestión balkánica, Disraeli obtuvo lo que por el momento pareció una derrota de Rusia y un triunfo de Inglaterra. Pero Chesterton recuerda que este Tratado de Berlín era un cuadro de pavorosas amenazas futuras (la guerra balcánica: la guerra europea). La influencia de Alemania se dejaba sentir sobre Inglaterra tanto en materia de reformas sociales como en materia de cultura. La guerra de 1914 vino a despertar a la Gran Bretaña de sus sueños germanizantes.

Y el libro concluye en un alegato por la Edad Media, por Francia, por el catolicismo, y por una política gremial que contrarreste todo socialismo a la alemana.

1920.

V. CHESTERTON Y LA HISTORIA INGLESA *

I. *A los lectores de la traducción española*

El traductor de la *Pequeña Historia de Inglaterra* podía aventurarse, en bien del público y a solicitud del editor, a poner al frente de su traducción y a sembrar al pie de las páginas algunas notas explicativas, pero no a estropear el libro de Chesterton convirtiéndolo en un antipático Manual. La *Pequeña Historia,* por su carácter de comentario, da por conocido el suceso que comenta, y puede resultar confusa para los lectores que no recuerden ya sus nociones de historia británica. Conviene no abordar la obra sin refrescar algunos nombres y fechas, que sirvan como de osatura o puntos fijos de referencia, y permitan por lo mismo esas excursiones aventureras, idas y venidas y confrontaciones de hechos lejanos, que forman la trama de la *Pequeña Historia.*

Para tal objeto, no recomendamos la obra clásica de Green. Sería un desacato a Chesterton. Chesterton parece que escribe en vista de Green como de un fantasma enemigo. Green desconcertó a los jóvenes de su tiempo con una sorpresa que era signo de nueva orientación —de desviación, diría Chesterton— en los estudios ingleses.

Era lo tradicional dedicar el primer capítulo a la descripción, más o menos vaga, de la vida entre los antiguos británicos. Los libros de historia inglesa comenzaban, invariablemente, por los druidas y su sociedad sacerdotal; la piedra encaramada en la piedra, que denuncia una civilización bárbara y ciclópea; las figuras rituales y simétricas de menhires y dólmenes; la adoración del sol y de la serpiente, que los primitivos de toda la tierra tienden a asociar en un mismo culto; la superstición del roble y del muérdago, que anuncia ya el árbol de Navidad; las características generales de la raza celta, esta gran vencida de la Historia; la independencia y bravura de aquellos hombres, hábiles caballistas y diestros

* *Indice,* Madrid, nº 3, 1921 y nº 4, 1922.

en el manejo de los carros de guerra, por quienes pudo decir Julio César lo que de sus nietos diría Napoleón dieciocho siglos más tarde: "¡Qué absurda gente! ¡Nunca se dan cuenta de que han sido derrotados!"

Pero he aquí que, contrastando con estas vagas noticias, y trastornando los hábitos de varias generaciones, Green (también Freemann en su *Conquista normanda*) pretende disipar de pronto las nieblas que ocultan a los abuelos ingleses, y los presenta bajo la radiante luz de la historia, en un escenario inesperado... ¿Dónde diréis? No en Inglaterra, como hasta aquí era costumbre, sino en la península danesa, en la región del Slesvig actual.

Para Freemann, para Green, los sajones de aquella comarca son los verdaderos ingleses, y no los británicos de la Inglaterra prehistórica. Con ayuda de la inevitable *Germania*, de Tácito, y solicitando suavemente los hechos, llegamos a lo que deseábamos, y logramos describir con relativa abundancia de noticias la vida remota del Slesvig: si hoy dehesas apacibles, casas de madera negra, lindos pueblecitos espejados en las aguas violáceas —entonces extensiones salvajes llenas de arenales y brezos, ceñidas a lo largo de la costa por bosques sombríos, y abiertos sólo de tarde en tarde en praderas que se deslizan hasta el mar o se deshacen en pantanos y tremedales.

Allí habitaban, pues, los rudos sajones a quienes un día llamaría en su auxilio el monarca de la isla británica para que le ayudaran a combatir contra las hordas vecinas. Porque aquellos rudos sajones eran como unos soldados de alquiler y gente buena para matarse. Con todo, se les concede —insospechadamente— aptitud para sustituir nada menos que los asientos de la sólida civilización romana. ¡Oh confusión y laberinto!

Hacia el siglo v —viene a decir en efecto Green—, los sajones de la península danesa se mudan de casa y, con su nacionalidad a cuestas como Eneas con el Paladión y la familia, llegan a Inglaterra. Cierto que los romanos habían llegado antes a Inglaterra, donde no perdieron el tiempo. Pero ese antecedente le parece desdeñable a Green. Los sajones daneses limpian y barren su nuevo suelo, hasta no dejar en él

ni huella de sus antiguos habitantes... Y, mediante este acrobatismo histórico, sorteamos y escamoteamos los cuatro y casi cinco siglos de trasfusión de sangre romana por las venas del pueblo inglés.

No acudamos a Green. Tampoco hace falta un libro de tanto aparato. Para dar gusto a Chesterton, acudamos a su autor favorito: Dickens ha escrito una *Historia de Inglaterra para los niños,* que puede ser útil a los hombres. No es muy científica: no trae notas, ni viene provista de fardos bibliográficos ni crítica de las fuentes; no está muy al día. Pero no necesitamos más. Tampoco es fácil encontrar otra de más grata lectura. Ojeándola, nos convencemos de que Chesterton, con preciarse de atender más a las tradiciones legendarias que a los documentos oficiales, todavía ha aprovechado con harta moderación la extraordinaria densidad mitológica de la historia inglesa.

II. *Chesterton y el coro*

Poco tiempo antes de la Guerra, los críticos de Chesterton habían comenzado a quejarse de la influencia que ejerce sobre él Mr. Hilaire Belloc. Es éste un gran constructor de libros, creador de teorías sociales, escritor vario que recorre, con autoridad, el campo de las actividades humanas, desde la poesía hasta la estrategia; lógico de conmovedora diafanidad —si es que puede la lógica, como yo lo creo, conmover—, y reaccionario católico que representa un ángulo especial, diminuto e intenso, de la opinión inglesa.

Para los coleccionadores de almas, no carece de atractivo el caso de esta sociedad intelectual entre dos hombres tan distintos en apariencia. ¿El secreto de esta sociedad? Chesterton es realmente tan sistemático como Belloc, bajo la envoltura engañosa del paradojista. A ambos los une la guerra. En el horizonte espiritual del uno y del otro se dibuja, coronada por un resplandor, la silueta de San Pedro de Roma. Un día, Belloc alargará en tratado una feliz ocurrencia de Chesterton; otra vez, será Chesterton quien abrevie en relámpago una lenta teoría de Belloc. Así, como en la pareja de la *Ilíada,* mientras uno apresta el escudo, otro arma la flecha.

Y Chesterton, que es, ante todo, un arrebatado, parecía perder con el contagio del reaccionario Belloc. El vino de Chesterton —decía más o menos la crítica— se avinagra sensiblemente. De espumoso que era, se va volviendo poco a poco acedo. ¡Y todo por discolería política! Todo por el empeño de encontrar sistemáticamente malo cuanto haga y sueñe la Inglaterra moderna, la Inglaterra protestante. Hasta sus procedimientos artísticos como que se tuercen en esa atmósfera de disgusto. Chesterton —hombre capaz de bailar, como Zaratustra, sobre su propia cabeza— se ponía monótono. ¿Habría entrado, tan pronto, en decadencia?

Pero vino el año fatídico de 1914, y entonces Inglaterra apreció la ventaja de contar con escritores del temple de Chesterton —custodios del sentimiento religioso, propulsores de la emoción mística, enamorados de la gran tradición latina, amigos de Roma y de Francia, elocuentes a los ojos del pueblo por lo mismo que piensan como a truenos y a sobresaltos, que adoptan actitudes proféticas, que tiemblan con furores bíblicos, que invocan el milagro y el castigo de Dios, que son —en suma— unos verdaderos cruzados. Hombres que, a la hora de la exaltación nacional, fecundan el sentido público con reiteradas cargas de pasión y esperanza; y, fundiendo en un símbolo todos los sentimientos sagrados (y los sentimientos oportunos) recuerdan, cierto, que hubo un vencedor de Azincourt, pero que hubo también un oscuro soldado inglés, de quien cuentan las hazañas que rompió en dos su lanza, e hizo con los dos fragmentos una cruz para Juana de Arco. El Chesterton de las *Cartas a un viejo garibaldino* reconoce los errores ingleses, pero saca como del fondo de la vida esa orgullosa afirmación, sin la cual ni el hombre tiene dignidad ni los pueblos tienen honor. Se enfrenta con el viajante de comercio que, pelitaheño y sonriente, se empeña en romperle las puertas de su casa, y le dice así:

—Yo soy ese inglés que ha torturado a Irlanda, que ha sido torturado por el sudafricano, que conoce sus equivocaciones; que se siente abrumado por sus faltas. Y yo le digo a usted, oh Ser Intachable, con una verdad tan honda como mi propia culpa y tan inmortal como el recuerdo mismo de mi culpa, que por aquí, por esta puerta, usted no pasará.

Y los críticos coreaban: —"¡La Guerra nos ha devuelto a Chesterton, al legítimo Chesterton!"

Pero Chesterton cayó enfermo. El vuelo se interrumpió en el arranque. El público literario esperaba con inquietud. De aquella dolencia simbólica ¿cuál Chesterton saldría vencedor? ¿Chesterton el bueno o Chesterton el malo?

El 18 de octubre de 1917, la casa Chatto and Windus, de Londres, lanzó una nueva obra de Chesterton: la *Pequeña Historia de Inglaterra,* obra destinada a correr profusamente, y que alcanzó en dos meses cinco ediciones. El instante era crítico para la nación y para el escritor, y he aquí que la obra estaba destinada, precisamente, a exponer el concepto que de la nación tenía el escritor. Si triunfó Chesterton el bueno o si triunfó el malo, decídalo quien tenga mayor necesidad de relacionar sus hábitos mentales con los tópicos de la pugna entre el catolicismo y la protesta. Aquí cambiaremos el plano de la discusión, conformándonos con el placer de entender y gustar.

La nueva obra de Chesterton era un paso necesario en el camino ya emprendido. Hasta la política de Chesterton —política de poeta— resulta ahora más amable y más comprensible. Por momentos insiste mucho en el catolicismo romano; pero, en el fondo, aun los descreídos pueden estar con él: para Chesterton ser católico —además del punto dogmático— es algo como no ser vegetariano, ni enemigo del buen vino, ni hipócrita; algo como ser persona decente, y proceder —en cuanto a educación y cultura— de la tradición grecolatina.

Su *Historia* resulta tan heroica como una novela de caballería, tan hermosa como un cuento de hadas; tan lejana de cuantas historias se han escrito hasta aquí, como puede estarlo la más aburrida cátedra universitaria de los platanares del Iliso. ¿Que no es, en verdad, una historia, sino una exposición de ciertos modos personales de ver? (Y aun de desear, porque a veces —dicen— se olvida un tanto de los hechos.) Pues con no poner el libro de texto en ninguna escuela primaria, todo se arregla.

(Sólo me quejo de su estilo desmadejado; de lo poco que se cuida de atar unas ideas con otras, y de lo que tarda, a veces, en explicaciones accesorias.)

III. *Chesterton y el espíritu de la pesadez*

Chesterton aborda la historia con una arrogancia de salteador. Asalta la historia. Mejor dicho: entra por la ventana en el gabinete de la historia. "Yo no soy un especialista —dice—. Yo voy a escribir la historia de Inglaterra, no desde el punto de vista de los autores, sino desde el punto de vista de los lectores; es decir: desde los ojos del pueblo."

Ante esto, el crítico del Suplemento Literario del *Times* se escandaliza. Y se entabla aproximadamente este diálogo:

—¿Con que usted aborda la historia sin más título que el de ser uno de tantos, uno del público? Pues si por sólo esto se considera usted capacitado para escribir de historia, se abren ante usted mil campos inexplorados: allí está la seductora química, la astronomía arrebatadora, la ardua matemática, la pintura misma (digo, la gran pintura: no esos dibujitos ridículos que pinta usted, de tertulia entre sus amigos). A título de hombre del público, también puede usted considerarse calificado para tomar el mando del Ejército y la Armada. Ánimo, pues: ¡San Jorge y ventura!

Pero Chesterton continúa impertérrito:

—Andan por ahí unas historias de Inglaterra que pretenden ser populares, cuando son realmente antipopulares, porque están escritas o para embaucar al pueblo, o sin tomar para nada en cuenta la acción del pueblo en la vida del país. Green, por ejemplo, se figura que al pueblo puede uno ponerle y quitarle nombres como motes. Un capítulo de su historia se llama: "La Inglaterra puritana." Inglaterra nunca fue nación puritana. Según esto, Irlanda fue puritana cuando Cromwell obtuvo victorias militares en tierra irlandesa; o Francia fue hugonota cuando subió al trono Enrique el Navarro.

Nueva interrupción del crítico anónimo:

—¿Que nunca fue puritana Inglaterra? Y sin embargo, hacia el final de la obra asegura usted que nuestro pueblo, ante la enseñanza de la Guerra, ha rectificado su situación, y ha vuelto adonde se encontraban un día sus remotos abuelos, deshaciendo para esto las "sucias telarañas de cuatrocientos años".

Y Chesterton, sin escuchar:

—Donde más se nota la ausencia de sentido popular de esas pretendidas historias populares es en su visión de la Edad Media. Yo he visto en una historia popular un retrato de Esteban de Blois con un yelmo de alabardero: un yelmo de esos que, en los deplorables cuadros históricos, ostentan los alabarderos que presenciaban, por ejemplo, la ejecución de María Estuardo. Leve error de más de cuatro siglos. Peor aún que plantarle a Carlos I el casco de un guardia tomado de una instantánea del *Daily Sketch* que representase, por ejemplo, la aprehensión de la espantable sufragista Mrs. Pankhurst. Y aún hay más: en esos manuales tendenciosos se omite metódicamente cuanto atañe a la civilización medieval —construida a base de libertades populares— por temor de hacerle saber al pueblo que un día fue pueblo; que un día —después de la otra derrota de los bárbaros— el pueblo, con la creación de gremios y pequeños grupos independientes, comenzó la restauración lenta y segura de la propiedad personal del pobre y de la libertad personal de las familias. En suma: lo que hoy debiéramos hacer, pena de caer en lo que llama mi amigo Belloc, proféticamente, el futuro Estado Servil.

Y el crítico, espantado:

—¿De modo que usted, Chesterton, piensa más o menos como Lenin? (Lector: exagero, pero no miento; este diálogo ha existido. Chesterton es, en Inglaterra, un reaccionario. Véase lo que son los reaccionarios ingleses.)

—El pobre hombre del pueblo —continúa Chesterton— sabe vagamente que hubo unas Cartas de los barones, pero ignora que hubo otras Cartas, privilegios y derechos, de los carpinteros, zapateros y toneleros. La sociedad de nuestros días es como una "casa grande", junto a la cual el pueblo vive, en calidad de bestia, relegado a las dependencias y lugares oscuros. Le cuentan que su abuelo fue chimpancé; que su padre fue un semi-hombre cogido y domesticado por los cazadores aristocráticos; y con esto el pueblo vive agradecido de la vida casi humana que le permiten disfrutar, y con la esperanza de dejar tras de sí una descendencia animal algo más evolucionada... ¡Ay, el pueblo lo perdió todo el año

de 1381! Entonces el pueblo inglés estaba organizado en poderosos gremios locales. Un día el rey convocó a algunos representantes de los gremios para consultar su opinión sobre ciertos impuestos. Los representantes así reunidos ya no se disolvieron más: de aquí nació esa calamidad que se llama el Parlamento. El Parlamento traicionó a los gremios populares de que había surgido; se puso al instante de parte de los ricos. Los ricos, de hecho, se habían "levantado" contra los pobres, contra los gremios del trabajo. Y, en 1381, los pobres, a su vez, se levantaron contra los ricos, capitaneados por Wat Tyler (especie de "tejedor de Segovia"). Era aquella la última campaña (la última, porque del alzamiento bajo Enrique VIII, conocido con el nombre de "Peregrinación de Gracia", nunca pudo esperarse mucho); era aquella la última campaña que la sabiduría de la Edad Media libraba contra la locura de los tiempos modernos. La última batalla del catolicismo popular...

El crítico, sin poder contenerse:

—¿Catolicismo? ¿Catolicismo que acabó dando muerte al Arzobispo de Cantórbery?

Chesterton aparta con la mano el hecho estorboso (él no tiene la culpa de que los hechos sean absurdos), y prosigue:

—El Lord Mayor de Londres tuvo que parlamentar con los rebeldes. Hizo venir a Wat Tyler, y lo mató a traición. "¡Han muerto a nuestro Capitán!" gritaba el pueblo. Y el joven Rey Ricardo II, casi un niño, tuvo entonces un impulso de inspirado, magníficamente monárquico, digno en verdad del Hombre Coronado de la Edad Media: adelantó su caballo, y gritó sobre la multitud con voz de clarín: "¡Yo soy vuestro Capitán!" Y él mismo encabezó el motín. Fue la última vez que el Rey (el gobierno) se sintió con valor para enfrentarse a los ricos (la aristocracia). El Rey hizo promesas al pueblo. No pudo hacer más. El Parlamento lo obligó a quebrantar sus promesas. El Rey estaba ya sometido a una poderosa casta social: ya no era el ente sobrenatural, ungido por Dios desde su alto trono. Y así fue como el pueblo perdió para siempre la batalla en 1381. Y, después de eso, me pongo tan afligido que me importa muy poco el desarrollo del capitalismo y el imperialismo en la Inglaterra moderna: esa

Inglaterra desviada que, desde el siglo XVIII, vivía imitando a Prusia y adorando en ella, hasta que la Guerra vino a desengañarnos.

El crítico:

—De suerte que usted juzga el siglo XVIII bajo la impresión sentimental de la presente Guerra. De suerte que usted, Chesterton. . .

Pero ya ha advertido el lector que el crítico anónimo, a pesar de sus precisiones, se equivoca fundamentalmente. Se equivoca, porque parece dar por supuesto que Chesterton está "contando" la historia de Inglaterra, cuando, en realidad, lo que hace Chesterton es "cantar" (no "contar") la historia de Inglaterra. Inútil rectificar al que canta, como no sea por razones de mera afinación musical. Ya Charles Lamb se quejaba de los escoceses. No puede uno decirles: "Me estoy muriendo de calor", porque rectifican al punto: "Si fuera verdad que se está usted muriendo, no estaría usted aquí bebiendo cerveza."

IV. *Chesterton y Roma*

—Bien —decía cierto viajero americano, contemplando el sitio de la célebre batalla de Hastings, que abrió paso, el año de 1066, a la conquista de Inglaterra por Guillermo el Normando—, bien: ya veo que este país no es más que una pequeña isla, frecuentemente conquistada por sus invasores.

Los primeros conquistadores de Inglaterra, los romanos, llegaron a la Isla, como quien llega al fin del mundo, a la última Tule, el año de 43 a. c. Ya antes, entre 55 y 54, Julio César se había asomado a aquella tierra desconocida.* La

* *Julius Caesar's ship arrive*
From Gaul in B. C. Fifty-Five.
No doubt our cooks were better then;
For the next year he came again.
Time passed till A. D. Forty-Three.
Again the Romans here we see,
For peaceful ends.
Until at last, A. D. four ten,
They call the legions home again.
Darkness descends.

Geoffrey Moss, *A box of dates for children.* Londres. Cobden-Sanderson,

dominación romana se mantuvo desde entonces hasta principios del siglo v, y entonces la antigua Britania quedó cortada de Roma por la conquista teutónica de las Galias y las invasiones de sajones, anglos y gente de Jutlandia. ¿Qué población encontraron los romanos? Chesterton se declara indiferente a este punto de "mera curiosidad":

—No sabemos —viene a decir— si los británicos de entonces eran iberos, cimbrios o teutones; sólo sabemos que poco tiempo después ya eran romanos. La antigua Britania fue completamente romana durante cuatrocientos años cabales: mucho menos tiempo ha sido tierra de protestantes, y muchísimo menos ha sido país industrial. Y entiéndase que la tutela romana no significaba postergación alguna, como la del ilota bajo el espartano o la del negro bajo el norteamericano, no: Roma, la ciudad misma, era tan pequeña con relación al imperio, que su pequeñez fue la mejor garantía de un vasto experimento cívico. El acero romano era, al mismo tiempo, un imán. No había dado Roma conquistadores a Britania, cuando ya ésta daba emperadores a Roma. Los vestigios romanos, que de tiempo en tiempo aparecen, más que aclarar nuestro entendimiento del pasado, lo enturbian considerablemente: nos hacen mirar como distante lo que está próximo. Lo importante para Inglaterra no es poseer vestigios romanos, sino ser un vestigio romano: bajo los mantos de color de nuestras flores campestres, yacen los matices del mosaico romano.

Como se ve por estas palabras de Chesterton que entresaco y combino, insiste éste en establecer la ascendencia románica de Inglaterra. Tal es la primera parte de su tesis. La segunda —ya se adivina— será establecer la ascendencia católica de Inglaterra. Más tarde, la irrupción del puritanismo y del protestantismo le aparecerán como una dislocación de la historia inglesa, como una dislocación que la guerra de 1914, poniendo a Inglaterra al lado de la civilización latina, ha venido a rectificar. Por eso el anónimo del *Times* decía que la *Historia* de Chesterton es un ingenioso intento para convertir, en interés del catolicismo, la pasión patriótica suscitada por la gran guerra. Ya dijo Luciano, cuando los de su tiempo se soltaron improvisando historia, con motivo del

fracaso del ejército de Severiano en Armenia, "que la guerra es madre de todo, como que de un golpe ha producido tantos historiadores".

Chesterton, en todo caso, no es el único que trabaja por Roma. Sir Arthur Quiller-Couch, en una serie de conferencias (Universidad de Cambridge, 1913 a 1914), establecía también la ascendencia romana de la literatura inglesa: los creadores de tal literatura —decía— nunca dudaron, ni pretendieron disimularlo, que estaban conquistando la lengua inglesa para traerla al gran cenáculo europeo, a la civilización de Grecia y Roma.

—Si os empeñáis —dice más o menos— en mantener que somos un pueblo teutónico (y yo lo niego rotundamente), entonces convendréis conmigo en que somos el único pueblo teutónico que heredó de Roma los métodos y capacidades de colonizar. Miro hacia el pasado: mis ojos no descubren el Norte, sino el Mar Mediterráneo y la luz de Italia. De la prosa anglosajona, de la poesía anglosajona, nuestra prosa y nuestra poesía actuales sólo proceden en un sentido estrictamente lingüístico, no espiritual.

Las páginas de Quiller-Couch son, en lo literario, el complemento de las que Chesterton dedica al aspecto general y político de la cuestión romana. Quiller-Couch se queja del desvío que los estudios literarios han sufrido en Inglaterra durante los últimos treinta años, al apartarse del precepto "antiquam exquirite matrem", en términos semejantes a los que Chesterton emplea para quejarse de los teutonizadores de la Universidad inglesa. Y Quiller-Couch se burla de la facilidad con que Freemann declara que "a la llegada de los sajones, los pocos romanos que andaban por Inglaterra juntaron su dinero y se refugiaron en las Galias", del mismo modo que Chesterton se burla de las declaraciones de Green sobre "la esclavitud romana que, si realmente existió en Inglaterra, ha de haber sido odiosa". Después, con palabras que el mismo Chesterton podría suscribir, concluye:

—El celta británico que Roma educó por cuatro siglos nunca fue exterminado; ni siquiera lo fue el misterioso ibero. Pictos, daneses, normandos, frisones y hugonotes franceses, todos estos y otros pueblos han venido a caer después a

Inglaterra. Y si la mezcla de sangre es una vergüenza, al precio de ella hemos comprado la gloria del catolicismo. Y nada hay más falso científicamente, ni más dañino desde el punto de vista de las artes o de la política, que la suposición de que pertenecemos, por la raza, a la familia teutónica. Me atrevo a afirmar que, en nuestra sangre, la parte esencial es aquella gota de púrpura que heredamos del múrice de la Roma imperial.

(Quiller-Couch, examinando, con gracioso encarnizamiento, un pasaje de Freemann —en que éste admite la probable extinción de los elementos célticos primitivos, bajo el peso de la invasión sajona— repara en la frase: "The women doubtless would be largely spared"; frase, dice Quiller-Couch que, aparte de ser un deplorable endecasílabo, sugiere una idea del todo aristofánica, y muy otra de la que el pobre Freemann quiso expresar. "Como que me recuerda —añade— el caso de aquella jovencita de Cornualles, a la que preguntaron si había sido alguna vez bautizada y contestó, sonrojándose: —Tengo mis razones para suponer que lo he sido un poco." Me complazco, para regocijo de Sir Arthur Quiller-Couch, en buscarle la descendencia a la desdichada frase de Freemann: A. F. Pollard, en *The History of England: a study in political evolution*, capítulo primero, escribe: "The English hordes —quiere decir, las anglosajonas— cannot have been as numerous in women as in men; and in that case some of the British women would be spared." Frase que acusa su derivación, hasta por conservar el ritmo endecasilábico de la otra.)

Green, teutonista extremo, afirma que no hay, para un inglés moderno, lugar más sagrado que los alrededores de Ramsgate, donde, en el siglo v, desembarcaron los invasores nórdicos procedentes del Slesvig. Tal es —exagera Green, desdeñando la época romana— el principio de la historia inglesa.

—Tal es —objeta Chesterton, exagerando como de costumbre— el principio del fin.

¿Cómo se efectuó, en efecto, el paso de la época romana a la propiamente medieval? Había, en la antigua colonia, dos fuerzas modeladoras: la civilización y la religión. Ha-

bía, en la antigua sociedad, dos niveles: el de ciudadanos iguales y el de esclavos iguales. Poco a poco, el poder eclesiástico empieza a crecer a expensas del poder imperial. Y la esclavitud se debilita, a la vez, con la disolución del Imperio y la consolidación de la Iglesia. Un día el esclavo ya no pertenece al ciudadano convertido ahora en señor feudal, sino a la tierra: el esclavo se ha transformado en siervo. Pueden encerrarlo, pero no pueden "dejarlo fuera". Su sumisión tiene algo de privilegio: por pertenecer a la tierra, la tierra casi ha comenzado a pertenecerle. De aquí ese intenso localismo que caracteriza los tiempos medios y que es el embrión del sentimiento nacional. Pero este proceso suponía una "descivilización" y un abandono paulatino de las letras, las leyes, las carreteras romanas, a la vez que una exacerbación caprichosa del sentimiento local. En los límites del Imperio, como en Inglaterra, la vecindad de pueblos salvajes convertía fácilmente este estado en una barbarie definida. La población latina se agrupa en ciudades (las ciudades son más antiguas que los condados y pueblos) como York, Chester, Londres. Las ciudades están comunicadas por aquellas venerables carreteras que son los huesos del esqueleto de la Britania. Pero, al desmayar Roma, los huesos se quiebran al peso de la barbarie. Para defenderse de la barbarie, los británicos compran los servicios de las hordas rudas y combativas del Slesvig. Éstas, llamadas a combatir contra un enemigo determinado, combaten naturalmente contra todo el mundo... ¡El principio del fin! Un siglo de trepidaciones estrella en mil pedazos el vetusto suelo romano.

A través del libro, sin embargo, Chesterton confiesa una y otra vez que la romanización no fue tan intensa como a él le hubiera gustado. Un soldado romano del siglo III, por ejemplo, bien podía no ser un romano, y ni siquiera un italiano. Así —dice—, Guillermo de Normandía fracasa en su intento de hacer de Inglaterra un orbe armonioso como la monarquía unida de Francia. La conquista normanda se deshace en un caos feudal. Los reyes nunca logran ser más que los barones, y por eso, alguna vez, los barones se alzan a reyes. La misma Carta Magna que los nobles hacen firmar a Juan sin Tierra en el siglo XIII es un compromiso, una transacción en-

tre las mil fuerzas del localismo medieval y el poder del centro. Inglaterra, en todos los siglos, aparece desgarrada en mil partes como los contornos de su litoral, y en mil zonas como su tierra partida entre colinas y ríos. Inglaterra se conserva siempre muy medieval, y difícilmente se pliega a las rotundeces de la política romana. Es en suma, individualista. En las lenguas romances, "yo" se escribe siempre con minúscula: en inglés, con mayúscula. Contra esta preferencia por la primera persona del singular, Roma parece oponer una marcada preferencia por la primera persona del plural: Roma tiende a abarcar bajo un protector y complaciente "nosotros" a todos los pueblos que conquista, complacencia y protección que es también orgullo. Y Chesterton pasa sobre este extremo crítico —tan delicado para la tesis de la Inglaterra romana que viene construyendo—, sin tomar partido. No sé si lo hace por estrategia, o porque el defecto de romanización que de aquí pudiera resultar queda compensado, a sus ojos, por el exceso de medievalismo. Porque nótese que, a los ojos de Chesterton, "Roma" y "Edad Media" son dos nociones que se confunden o se sustituyen, en una vaga síntesis subconsciente, que bien pudiera ser la silueta de la Catedral.

Y es que Chesterton, en el fondo, a pesar de sus sobresaltados procedimientos de escritor, prefiere a todo la congruencia, la rotundez romana. Y en este punto, es fácil que piense de Inglaterra lo que de la educación de su hijo pensaba la viuda de Shelley:

—Lo llevaremos —le decía un amigo en cierta ocasión— a una escuela donde lo enseñen a conducirse de acuerdo con sus propias ideas.

—No, gracias —repuso al instante la viuda—. Así fue educado su padre. Pero yo para mi hijo preferiría una escuela donde lo enseñaran a conducirse de acuerdo con las ideas de los demás.

VI. VERMEER Y LA NOVELA DE PROUST *

ENTRE LOS lectores de Proust ¿quién alguna vez no se ha preguntado cuáles podían ser los estudios, los descubrimientos de Swann sobre la vida y la obra de Vermeer de Delft? El nombre de este pintor, evocando plácidos interiores flamencos, vuelve de tiempo en tiempo, como aquel ley-motivo musical de Vinteuil que era, casi, la sangre, la nutrición ideal del amor de Odette.

Los Goncourt nos hubieran dado las ideas del ensayo sobre el maestro de Delft, envueltas entre las páginas de la novela. Marcel Proust sabía más. Y deja que el nombre del pintor ande por los entretiempos de la acción novelesca, como una verdadera manía rítmica. Nos aficionamos a sus sílabas. Las repetimos interiormente: Vermeer de Delft. Odette nunca se interesó en las monografías artísticas de Swann. Proust tampoco. Esta indiferencia comunica tal objetividad al personaje, lo arranca a tal punto de las manos de su creador, que hasta nos parece que Swann, fino amateur, gustaba de Vermeer de Delft a pesar de Proust, y sin que éste pudiera evitarlo. Y se va adueñando de nosotros la curiosidad de descubrir los pasos y los pensamientos de Swann, en esas horas de independencia en que Marcel Proust lo deja solo, entregado al examen de sus papeles sobre Vermeer de Delft.

Es fácil figurarse que Proust escogió el nombre de Vermeer de Delft por razón de pura eufonía. Pero sólo mientras no se conoce —siquiera por haberla entrevisto en reproducciones y en historias de arte— la obra del maestro; obra que, por lo demás, no es fácil haber disfrutado directamente en su pequeña totalidad, porque está dispersa en todo el mundo. El más leve contacto con Vermeer de Delft confirma, en efecto, la sospecha de que, en la novela de Proust, todo es necesidad, trama vegetativa e íntima, como la de las fibrillas en el tejido de la piel. La obra de Vermeer de Delft —reposo

* *Social*, La Habana, 1923; *Monterrey*, nº 14, Buenos Aires, VII-1937, etc.

y perfección— es como otra clave para la psicología de Swann. El dolor y el amor de Swann, y hasta su indolencia divertida, se explican mejor a la vista de los cuadros de Vermeer de Delft. Ellos nos dan el mundo soñado en que Swann quisiera vivir:

Mon enfant, ma soeur,
songe à la douceur...

El caballero judío, al contemplar la vida, va frecuentemente auxiliado por imágenes de arte. Ya sabemos que el recuerdo de una frase musical fomenta y orienta su amor. Y la misma Odette de Crécy ¿no se ha apoderado de su ánimo en cuanto él ha creído encontrarle cierto parentesco con las mujeres de Botticelli?

Pero conviene, además, recordar que Swann era un *snob*:

Letters four do form his name.

Un pintor, pues, descubierto de hecho en el siglo XIX, tenía que interesarle en extremo. ¿No dio Swann, en su ejemplar vida, el valor de reglas de la conducta a algunas consideraciones de mero esnobismo y aun —digamos— de novelería? En tanto que Ortega y Gasset nos da el estudio sobre el esnobismo que no estoy seguro de que nos haya ofrecido, podemos decir que la sátira de Thackeray ha crecido hasta un tamaño mayor que el natural, y que puede fundarse una filosofía de la vida —de los estímulos de la vida— donde Thackeray sólo vio un motivo pintoresco de burla. No de otros modos Jules de Gaultier funda una filosofía del idealismo sobre los extravíos imaginativos de Madame Bovary, la soñadora provinciana.* Vermeer —Bürger lo llamaba "esfinge"—, aunque muy oscuro y difícil de penetrar en su vida, por la falta de documentos, es todo luminosidad en su obra, y ha de haber sido una gran moda en tiempos de Swann, como volvió a serlo en París hace pocos años, cuando se exhibió la admirable cabecita del Mauritshuis del Haya. Las teorías de Einstein pueden detener al *snob* relativo (al *snob* de raza no le arredran); pero los ingenuos y arrebatadores amarillos de Vermeer de Delft ¿a quién ahuyentan?

* Toda la teoría del bovarismo está en estas palabras de una mujer de Galdós: "Rara es la que no se ha creado una representación falaz de su persona para poder vivir" (*La estafeta romántica*, XXVI).

A los ojos de un hombre analítico e inquisitivo, como Swann, tenía que ser una tentación el estudio de un pintor tan admirable como difícil de asir para el biógrafo. Pintor puro, casi sin historia, hecho para irritar a Taine. Apenas sabemos de él lo esencial: que nació y murió; se casó hacia los veintiún años; se llenó de hijos; llegó a maestro, y fue jefe de su gremio dos veces. No salió de Delft al parecer. No sabemos si al fin fue Rembrandt su maestro, o si Fabritius fue su "cher maître". ¿O quizá más bien Leonardo Bramer, aquel rembrandtista vecino suyo? Sus cuadros andaban disimulados con otras firmas. ¿Será verdad que, un poco desestimado y apretado por las necesidades de su numerosa familia, consentía en hacer pasar sus cuadros por obras de Hooch, Metsu, Nicolás Maes y Terborch? Cierto es que sus interiores más bien dan idea de vida cómoda, y él no era un imaginativo: él pintaba lo que veían sus ojos y, sobre todo, aquel ángulo del taller que tenía una ventana a la izquierda. Cierto que fue maestro del gremio. Hay además —para regocijo del erudito que debió de ser Swann— el peligro de confundirlo con su mayor, Van der Meer de Haarlem, y con su menor, Van der Meer de Utrecht. Medio siglo después de muerto, ya parece olvidado; hasta que, mediado el XIX, un expatriado francés, Thoré, comienza a juntar las vagas noticias de su vida y trabajos. Novedad y misterio: ¡cuántos atractivos para un investigador!

No sólo para el curioso de noticias: también para el conocedor de pintura, como sin duda lo era Swann. Nos quedan de Vermeer de Delft unos treinta y siete cuadros; a lo más, treinta y ocho. Entre éstos, sólo hay un ejemplo de verdadero paisaje; sólo un asunto religioso; sólo un retrato propiamente dicho; sólo una escena callejera; sólo una cocina; sólo un cuadro de tema clásico. ¿Es posible que sean los únicos?

Finalmente, la misma calidad estética de los lienzos de Jan Van der Meer podía despertar, en la sensibilidad de Swann, las excitaciones de alguna afinidad secreta. Veamos:

Mujeres flamencas, con el pañuelo a la cabeza y un apacible contentamiento en la cara, que hasta empieza a ser melancólico; mujeres casi sin asociación anecdótica, sin ambiente que evoque la idea de la necesidad o la pasión; mujeres

apariciones, entregadas a labores domésticas tan elementales como atarse un collar de perlas, leer o escribir una carta, coger un jarro de agua o de leche, tocar instrumentos de música, pesar el oro (una tarea familiar, entonces). Y aunque yo no he visto el lienzo del "Ama y la Criada" (Colección Frick, de Nueva York), no creo que la señora esté disponiendo la minuta; sino que es de noche (la luz es contrastada y caliente) y la señora ajusta a la sirvienta las cuentas diarias. La luz, con una excepción conspicua —la "Encajera", del Louvre; acaso algún otro lienzo—, entra siempre por la ventana de la izquierda, junto a la cual centellea, en la sombra, un espejito de marco negro. El fondo, un muro blanco; y como dejen en libertad al pintor y no le exijan que ponga algún ridículo Cupido a guisa de fresco, él colgará en el muro el adorno que más le gusta: un mapa, un mapa con panoramas minúsculos tal vez. Esto, y algún tapiz arrugado, y tal cofrecillo, jarro o joya, tratados con miniaturismo amoroso, son los elementos que nos quedan en la memoria. Honrada caracterización de materias: el pan es pan, vino el vino. El blanco del muro no se confunde con el blanco de la leche ni con el blanco de la cofia, y todos —reconoce la crítica— están hechos con magia blanca; de un blanco rival de los negros que usa Franz Hals. Y Vanzype dice: término luminar que está entre la realidad y el sueño. En el "Cristo en casa de Marta y María", se ven las interrogaciones que vuelan de unos ojos a otros. Imaginamos fácilmente al maestro —en su taller y visto de espalda, como él mismo se representa—, cuando, con una señita casi imperceptible, impone la inmovilidad a su mujer, Catalina Bolnes, y procede a transfigurarla. Porque este arte —para usar la lengua de Clyve Bell—, siendo "representativo", y figurándolo todo al modo realista, es a la vez profundamente "significativo", y todo lo transfigura en objeto de naturaleza ideal: su quietud lo arranca a cualquier pretexto de acción, a cualquier asociación humana de valor moral o novelesco.

Vermeer es un caso perfecto de "pintor a secas". Casi todo lo que de él sabemos está en su pincel. Los renacentistas italianos asombran, a la vez, como hombres: una rica personalidad respira y jadea en sus cuadros. Otros pintores —no

Vermeer— pueden inspirar al novelista de acción, por sus cuadros o por su obra. (¿Pero al novelista contemplativo?) Este mundo puro de arte se baña en luz con una facilidad invasora. Cazada en luz, la muchachita, escorzada y tímida, va a escaparse, cuando el pintor la deja cuajada, con el pañuelo azul y amarillo enredado a la cabeza, el pendiente de oreja, voluminoso, gris y claro, la mejilla hija de la caricia, los ojos dulces bajo una cuenca abultada, y aquel labio inferior que alguien ha encontrado tan maravilloso como aquel tulipán de Darwin.

El ejecutor testamentario de Vermeer fue Van Leeuwenhoek, inventor del microscopio. El pintor y su amigo el sabio han de haber pasado muchas horas juntos, contemplando las maravillas de la luz que circula por la contextura minuciosa de todas las cosas.

Y este halo de ilusión microscópica, de luz penetrada hasta los átomos, ¿no recuerda, acaso, el arte mismo de Marcel Proust? Este procedimiento de apariciones extáticas, que paulatinamente la luz analiza y descifra, hasta metamorfosear los cuerpos en almas ¿no es, con mucho, el procedimiento de Marcel Proust? ¿No nos ha dejado, así, el novelista, algo como el santo y seña de su obra, al deslizar entre otros nombres el nombre en apariencia accesorio de Vermeer de Delft?

Swann regresa a casa, ya pasada la media noche, agobiado de amor y celos. Ha perseguido por todo París a Odette; la ha sometido a torturantes interrogatorios, prestándole, provisionalmente, todas las depravaciones y perfidias. Vuelve con un asco inmenso de la vida. Quisiera un mundo mejor, más silencioso y más inmóvil, más plenamente visible, más sano y robusto de líneas, ajeno a la dolorosa acción, extraño a las inacabables angustias del bien y el mal. Sobre su mesa —suprema curación y desquite de sus pasiones, especie de oración para un descreído que no sabe rezar— lo esperan las reproducciones de sus cuadros amados. Swann hubiera querido penetrar el alma de Odette con el rayo blanco, sereno, plácido de Vermeer de Delft.

Madrid, 29-XI-1923.

Doce años después de escrito el artículo anterior, que se publicó por entonces en la revista *Social,* de La Habana, aparece en París un artículo de René Huyghe, "Affinités Electives. Vermeer et Proust" (*L'Amour de l'Art,* enero de 1936). El estudio del autorizado crítico es precioso y bien documentado. Y, a no ser por lo inverosímil que la cosa me parece, yo mismo hubiera creído que partió de mi estudio anterior, pues es notable la semejanza de los principales puntos de vista, y hasta la que hay entre ciertas expresiones que ambos usamos igualmente. También Huyghe señala la paridad entre los motivos musicales y los motivos pictóricos que acompañan la evolución del amor de Swann por Odette de Crécy, y las razones de mundanidad y esnobismo que, dado el carácter del personaje y dado el carácter de su creador, explican la atención hacia la obra del pintor flamenco. Quiere decir, simplemente, que yo no me había equivocado. Recomiendo a los aficionados el pequeño ensayo de Huyghe, que se ha dado el trabajo de recoger todas las alusiones a Vermeer en la obra de Proust.

Buenos Aires, II-1936.

VII. LA ÚLTIMA MORADA DE PROUST *

He ido a vivir unos días más allá del Hotel Majestic, en el 44 de la Rue Hamelin. Aquí pasó Marcel Proust los últimos años de su vida. Aquí murió. Aquí escribió las últimas páginas de ese gran documento contra la sociedad de su época, donde desfilan tantos hombres y tantas mujeres sin corazón; donde tantas veces se confunde la sensibilidad con la "nerviosidad", donde las enfermedades hacen veces de emociones. Obra asfixiante y blanda, que se apodera de nosotros con todas las atracciones de un vicio secreto. Cuando cerramos uno de aquellos gruesos tomos, nos quedamos como desilusionados: después del hartazgo de lectura, vienen las náuseas de la droga. Gran tema para un moralista, el discutir hasta qué punto es honesta una lectura que sólo incita a seguir leyendo, y no a ser mejor ni a vivir mejor.

Proust trabajaba en el quinto piso, en un cuartito interior, forrado de corcho, donde no pudo entrar, durante tres años, la mano profana del aseo. Porque el microbio es el condimento esencial de cierta cocina. El ruido sobresaltaba a Proust, como a Lamartine, como a Flaubert, como a Juan Ramón. Una interrupción en el proceso de escribir podía causarle un colapso, como la interrupción de un proceso fisiológico elemental. Gómez de la Serna dice que, en el estilo de Proust, se oye hasta el zumbido de la mosca que anda por el cuarto.

En el Romancero hay unos cristianos que

daban cebada de día
y cabalgaban de noche,
no por miedo de los moros,
mas por las grandes calores.

Marcel Proust dormía las horas de sol (el sol en París: este eufemismo), y trabajaba siempre de noche, no por miedo de la luz, sino de los ruidos de la ciudad. Aunque ¡quién sabe!

* *Valoraciones,* La Plata, V-1928.

Hay una raza de hombres cuya religión es inversa, y se funda toda en la ocultación del sol. Ellos pretenden descender de los verdaderos civilizadores, puesto que de la ocultación del sol nacieron el techo y la casa, la cortina y los visillos de las ventanas, el sombrero, la sombrilla. El vecino del sexto piso tenía encargo de no hacer ruido. Marcel Proust había dotado a toda la familia de arriba de unos buenos pies de gato, de unas zapatillas de lana sorda que apagan el ruido de los pasos.

Tengo estos detalles de su conserje, con quien hice buena amistad a los pocos días que habité en la casa. En la callecita, de balcón a balcón, vuelan las palomas. Es una callecita estrecha y plomiza, sin vistas al espacio libre, donde jueguen los ojos. Es toda para vivir de interior (así vivía Proust); para darse cuenta de que existe la calle sólo por los pregones de los vendedores ambulantes: tal el personaje de Proust.

El conserje lo recuerda como a un hombre muy bondadoso y muy popular por su caridad en el sexto piso, el piso de los humildes. De pocas palabras, pero conocido y estimado de todos; hombre de la vecindad, del barrio, a quien, sin embargo, se veía poco; nictálope, ciego de día y sólo aventurado a vivir de noche. Solía visitarlo Ramón Fernández, un escritor mexicano formado en París, descendiente del diplomático de Manuel González. Proust dejó un hermano, que habitaba en el 2 de la Avenue Hoche, un cirujano, cuya hija también escribe; y había tenido un secretario que era aficionado a pintar, y que un año antes de la muerte de Proust partió para México, donde parece que vive todavía.

El conserje me muestra un gabán usado, y me dice:

—Es del secretario; lo dejó un día aquí, y nunca se acordó de recogerlo.

Una noche, ya muy enfermo, Proust descansó la pluma y dijo a Madame Albarret, la mujer que lo atendía, la esposa del chauffeur de taxi que Proust usaba de preferencia:

—Hoy he escrito la última línea de mi obra. Demain, je ne serai plus.

A los dos días, las flores fúnebres llenaban la entrada de la casa y salían hasta media calle.

El piso en que Proust vivió está ya modificado. Porque, como nadie podía entrar en aquel cuarto, la telaraña de la

incuria lo tenía inhabitable, y hubo que reformarlo todo para volverlo a alquilar.

El conserje considera con emoción a este hombre que viene del otro lado del mundo a pedirle recuerdos de Marcel Proust; acaricia una vieja arca de madera, y me dice:

—Él me la dio. La guardo como una reliquia. Era un hombre santo. No se le sentía vivir, y ahora se siente tanto su ausencia...

Y yo pienso que a la sombra de Marcel Proust debe de importarle mucho la opinión del conserje, porque Proust siempre hizo mucho caso de lo que hablaban los criados, los lacayos, los mozos de ascensor, los mayordomos y gente así. En su obra se toma siempre muy en cuenta la impresión que el amo causa entre la servidumbre, y las murmuraciones de escaleras abajo parecen haberle preocupado de veras. A veces, en un rincón del Ritz, se quedaba hasta las profundas horas de la madrugada, esperando que los mozos del comedor vinieran a contarle los "potins" de la gente elegante. Sus personajes casi se sienten deshonrados cuando el maître d'hôtel del balneario no hace caso de ellos.*

...Y me concentro para oír el zumbido de la mosca de Proust: la mosca viciosa del escritor, la mosca reacia, que se abreva en tinta de escribir, a cada reposo de la mano.

* M. Proust, *Quatre lettres... à ses concierges.* Skira, 1945. Ver también G. Rivane, *Influence de l'asthme sur l'oeuvre de Marcel Proust.* París, La Nouvelle Édition, 1945.

VIII. PROUST Y LOS GUSANOS DE CUATRO DIMENSIONES *

En su último capítulo, Proust presenta a sus personajes cargados de sí mismos, como si arrastraran una larga cauda de tiempo: las tres dimensiones del espacio, y la cuarta del tiempo. Todos los instantes se hacen presentes, y cada hombre es, de pronto, la suma de todos los hombres que ha sido. El perdido tiempo se junta, se acumula todo en un momento, desde otro sistema de referencia einsteiniano en que el correr y el desaparecer de las cosas se reducen a quietud y a permanencia constante. Es grande la tentación de interpretar esta visión estética conforme a los postulados de la nueva física; es decir, conforme a la representación nueva del mundo natural. He aquí, casualmente, unas palabras de A. S. Eddington, astrónomo de Cambridge, en su obra *La naturaleza del mundo físico*. Estas palabras parecen un comentario directo del último capítulo de Proust:

> Tenemos la costumbre de pensar en los hombres prescindiendo de su duración. Cuando, hace poco, me he representado a mí mismo en un esquema gráfico, sin duda os sorprendió, al principio, que yo haya comprendido en mi representación a la vez mi infancia y mi vejez. Pero es que representarse a un hombre sin su duración es hacer una abstracción de igual índole que representarse a un cuerpo sin su interior. Tales abstracciones son habituales, y un cuerpo sin su interior (es decir, en pura superficie) es una concepción geométrica de todos conocida. Pero hay que distinguir entre lo que es una abstracción y lo que no lo es. Los "gusanos de cuatro dimensiones" (los seres vivos, y en particular los hombres) de que venimos hablando, parecerán, a los ojos de la gente, seres terriblemente abstractos, y en verdad aquí no hay tales abstracciones, sino meramente ideas a que estamos poco acostumbrados. Lo que sí es una abstracción es hacer una sección en ese gusano, y representarse al hombre actual sólo en el momento presente. Y como las secciones pueden

* *Monterrey*, nº 6, Río de Janeiro, X-1931.

hacerse en varios sentidos, la abstracción será diferente según los distintos observadores. Y cada uno de estos observadores atribuirá a la sección una *contracción de Fitz-Gerald* que no coincidirá con la percepción de los demás. Pero el origen común de todas estas diferentes abstracciones es el hombre no abstracto, el hombre que dura en el tiempo.

Compárense ahora las anteriores palabras con estas líneas de Proust, en la *Albertine disparue* (I, 100):

> Para entrar en nosotros, todo ser a tenido que obligarse a tomar la forma, a plegarse al cuadro del tiempo; como sólo aparece ante nosotros por minutos sucesivos, nunca ha podido entregarnos por sí mismo un solo aspecto cada vez, una sola fotografía... Como que deriva de la memoria, y la memoria de un solo momento no está enterada de lo que ha pasado desde la vez anterior.

IX. GOETHE Y AMÉRICA *

En el *Calendario de Goethe para 1910*, de Otto Julius Bierbaum, asegura Herman Krüger, entre burlas y veras, que siempre es posible escribir sobre *Goethe y...* —añadiendo aquí cualquier tema, porque todos parecen haber tentado más o menos aquella robusta curiosidad.** Y practicando su paradoja, Krüger escribe una página breve y bien documentada sobre *Goethe y la aeronáutica*. Seguramente no es más atrevido escribir sobre *Goethe y América*, tema en el cual confieso no conocer ninguna investigación anterior, aunque estoy seguro de que existen. Mis contribuciones son escasísimas, pero son de primera mano. Aquí las dos sin mucha elaboración, como miembros desarticulados, esperando que el tiempo las organice. A lo mejor, por buscar en los rincones goethianos, habré olvidado algún pasaje fundamental y de bulto. Por lo que valgan, he aquí mis anotaciones. La mayoría proceden de cierto apresuradísimo ensayo (*Rumbo a Goethe*) que, no sin temeridad, envié a la revista *Sur*, de Buenos Aires, por corresponder a su invitación y por no faltar a la cita del centenario. De entonces acá, he añadido unas cuantas referencias. Ahora, para ponerlas en orden, reproduzco y combino algunos pasajes de aquel ensayo, dispensándome de indicarlos.

Hasta donde alcanzo, América a los ojos del joven poeta sólo es una palabra. Dos veces se nombra a América en la *Stella*, drama de juventud, y lo mismo se pudo haber nombrado a Turquía o Arabia: Cecilia, abandonada por su esposo Fernando, ha forjado, de acuerdo con su hija Lucía y para explicar su situación ante el mundo, la historia de que Fernando desapareció en un viaje a América.

* *Monterrey*, nº 9. Río de Janeiro, VII-1932.

** Años después de escrito este artículo, encuentro en una revista argentina la siguiente nota: Probablemente la aportación más rara a la literatura para el centenario de Goethe es la disertación de Würzburg: "Los dolores de muelas de Goethe y sus dentistas." Un capítulo de este trabajo lleva el siguiente título: "Las muelas en la poesía de Goethe." "Goethe —dice el autor— no fue únicamente el gran héroe espiritual, libre de todos los defectos humanos. ¡No! También tuvo dolores de muelas..."

Más tarde, cuando aquella armoniosa naturaleza se siembra en Weimar como en suelo neutro donde prosperar libremente, comienzan a abrirse los horizontes, de suerte que puede decirse sin exageración que Goethe el sedentario viajó más sin salir de la Sala de Juno que cuanto había viajado antes —y no era mucho— el Goethe agitado y wertheriano de la primera manera. En Weimar, el laboratorio se organiza, y la captación de noticias de todo el mundo comienza a desarrollarse en regla. Las publicaciones de toda Europa llegan a la mesa del hombre ilustre. Los sabios de todos los puntos cardinales se las arreglan para gastar un par de días en la corte de Carlos Augusto, aldea versallesca. Entonces, por entre el tumulto de las demás, rompen las visiones de América.

Ya para entonces, Goethe, que leía con asiduidad su Montaigne, ha traducido, en el *Diario de Tiefurt* —año de 1783, nº 38, hoja manuscrita que circulaba en la corte de la Duquesa Amalia—, las dos canciones de caníbales brasileños que aparecen en los *Ensayos* (I, XXI). Más tarde las recogerá en su revista *Arte y Antigüedad* (1826), corrigiendo un poco la segunda canción, lo cual indica el interés con que las miraba.*

Entre los numerosos huéspedes de Weimar, algunos habían tenido contacto con América. Goethe los ponía invariablemente a contribución, con aquel su método característico de aprender en la conversación de los entendidos lo que no podía aprender directamente sobre la naturaleza.

J.-G. Seume, poeta y vagabundo que fue soldado en América y oficial en Rusia, aparece en Weimar por primera vez en 1801. Sus poemas, asegura el canciller Müller, "perturban la imaginación de Goethe". El altivo y honrado pre-romántico Juan Godofredo escribía a la pata la llana, y el contenido de sus palabras casi sólo tenía valor con referencia a la calidad de su persona. Aunque nunca llegó a entrar en combate, hizo la campaña del Canadá y tenía mucho que contar: véase su *Vida*. No una sino varias veces y en épocas distintas lo encontramos en la casa de Goethe.

También pasó por Weimar el naturalista y bibliógrafo

* Ver: A. R., "Poesía indígena brasileña", en *Norte y Sur*, pp. 108-111.

norteamericano Joseph Green Cogswell, ciudadano de Boston, amigo de los ilustres Bancroft y Ticknor, con quien Goethe departió a su sabor, apasionándose tanto por las cosas del Nuevo Continente, que llegó a decir a su amigo el pintor Meyer: "Si tuviéramos veinte años menos, ahora mismo nos hacíamos a la vela con rumbo a la América del Norte." Cinco años más tarde, soñando todavía en lo mismo, y viendo cómo se ha ido complicando en Alemania la vida de la cultura durante los últimos tiempos, dice a Eckermann: "Aunque quisiera ahora irme a América, sería ya demasiado tarde, porque allá también han cambiado mucho las cosas." (Eckermann hace decir textualmente a Goethe: "Allá también hay ya demasiada claridad." Creo entender que habla, irónicamente, de la culturización excesiva hecha por el racionalismo, por el llamado progreso de las luces —Aufklärung—, pues de otro modo no se entiende que se queje de la "claridad" de América cuando acaba de quejarse de la confusión y complicación de Europa.)

Yo tenía sospechas de que el coronel de ingenieros W. L. von Eschwege, mineralogista que vivió en el Brasil y en Portugal y amigo y frecuentador de Goethe, no habría dejado de contarle sus impresiones de Sudamérica. Ahora, mejor informado gracias a las investigaciones de F. Sommer (*Wilhelm Ludwig von Eschwege, biografía de un alemán en el extranjero, con memorias sobre la historia de la civilización de Alemania, Portugal y el Brasil en los años 1777-1855*, publicado en alemán por el Deutsches Auslandsinstitut, Stuttgart, 1928), puedo añadir que el Barón de Eschwege viajaba por la Alemania central a fines de 1821, haciéndose acompañar por un criado negro, Sebastián, que llamaba la atención de la gente; que fue por Weimar varias veces, entre 1822 y 1824, y en Weimar se casó con una dama de la corte. Ya directamente o ya por intermedio del médico de corte Rehbein, trató con Goethe la venta, primero, de siete diamantes brasileños y, después, de otros noventa y dos para la colección del Gran Duque, a quien ofreció varios granos y pepitas de oro y un colmillo de "cobra" venenosa. Goethe llegó a intimar bastante con él; lo convidaba a su mesa, bebían juntos vinos del Rin, y el minero deleitaba al poeta con sus narraciones del fa-

buloso Brasil. Goethe hasta llegó, según su Diario, a cambiarse cartas con afamados mineralogistas respecto a las piedras del Brasil que conoció gracias a Eschwege; y, entre sus libros más a la mano, tenía siempre el *Diario del Brasil* y el *Cuadro geognóstico del Brasil,* obras del propio Eschwege. Hay, pues, todo derecho a pensar que adquirió cierta familiaridad con la naturaleza brasileña. Cuando Eschwege parte para Lisboa, el poeta le escribe pidiéndole noticias sobre alguna erupción volcánica de que hablan las gacetas, noticias que se aprovecharán en una monografía científica, o bien solicita de él algunas monedas portuguesas y brasileñas para el museo del Gran Duque. Más tarde, recibirá de él la recomendación de una planta brasileña contra el mal de la hidropesía.

También estuvo en Weimar C. F. von Martius, el de la *Flora Brasiliensis,* que vino al Brasil en 1817, misión científica costeada por el rey de Baviera, y aquí permaneció tres años, explorando y estudiando la tierra en compañía de Spix. (Carvalho, *Bibliotheca Exotico-Brasileira,* III, 331-338.) Goethe, que se interesó vivamente por los estudios de Martius en asunto de botánica americana, aprovechó la teoría de éste sobre el desarrollo en espiral, usándola a su modo en la edición franco-alemana de la *Metamorfosis de las plantas.* Allí la hizo producir audazmente sus últimas conclusiones, aplicando, como decía Buffon de Plinio, "aquella facultad de pensar en grande que tanto multiplica la ciencia". En un prólogo de 1822, anuncia con entusiasmo una nueva variedad de palmera encontrada en el Brasil por Martius, y en 1824, hace una minuciosa reseña de la obra del sabio botánico *Genera et species palmarum,* donde declara que, al leer tal obra y viajar sobre las hojas del libro, acaba por sentirse "compenetrado con la naturaleza del Brasil". Más adelante habla, en términos de verdadera emoción, del viaje de Spix y Martius por el vasto y majestuoso continente de América, y se refiere también a la *Fisonomía de las plantas,* de Martius. Esta reseña se encuentra en las *Obras* de Goethe publicadas por Ph. Reclam Jun., Leipzig, XL, 83-85, y tengo especial agrado en señalarla, porque escapó a la diligencia del profesor Roquette-Pinto, de João Ribeiro y demás brasileños que

buscaban días pasados el nombre del Brasil en la pluma del autor del *Fausto*. Debo la indicación al profesor A. O. Schulz, que también me ha comunicado lo siguiente: en el vol. XLIV de la propia edición, entre los *Paralipomena de la teoría de los colores, Menudencias de ciencia natural* y *Estudios de mineralogía y geología,* aparece la memoria sobre *Problemas de la Geología e intentos de solución,* donde, a propósito del origen de las montañas primarias de la Alemania septentrional, leemos estas palabras:

> Por eso la montaña primitiva es tan respetable, porque en todos los lugares tiene el mismo aspecto y porque no se pueden distinguir granito y gneis del Brasil, *de los cuales tengo ejemplares en mis manos,* de los del norte de Europa.

Sobre las visitas de Martius a Goethe en los años de 1828, 1830 y 1831, hay varias referencias en Eckermann y en Soret. En cuanto a la semejanza geológica y paleológica entre los continentes, otro día hemos oído a Goethe disertar sobre los troncos fosilizados, advirtiendo que lo mismo se encuentran en Europa que en América, después de los 21°, "dando la vuelta al mundo como con un cinturón". (Eck., 5-IV-1829.)

Así como poseía granitos del Brasil y conocía los diamantes y las monedas brasileñas, también poseía, en su propia colección numismática —sección de dinastías efímeras o desaparecidas—, unas graciosas moneditas de Colombia y otras con las armas de Iturbide, emperador de México, en que se veían el cacto y el águila de Anáhuac. (Müller, 8-III-1824.)

Pero no sólo las plantas, los fósiles y los objetos de museo, también la obra humana en América da asunto a sus meditaciones. Entre sus *Reflexiones y aforismos sobre las ciencias naturales,* encuentro una mención de "las noventa confesiones cristianas diferentes de Nueva York, que todas adoran a Dios y al Salvador a su modo, sin vivir en mala inteligencia unas con otras". Así parecía de lejos, o así sucedía entonces. Y entre sus *Reflexiones morales,* a propósito de "Lo accidental" y de la persistencia de los caracteres de las razas, esta observación: "Las naciones europeas, trasplantadas a otra parte del globo, no se despojan de su carácter

y, al cabo de varios siglos, es fácil reconocer en la América del Norte al inglés, al francés, al alemán." El 1º de septiembre de 1829, le habla al joven Eckermann de las productivas colonias negras que los ingleses han establecido en América, y de cierta hipocresía con que les sacaban partido, mientras por otra parte, por temor de la competencia, predicaban contra la trata de esclavos. Müller cuenta que, otras veces, Goethe describe la colonización de América en términos tales que Julia de Egglofstein se sentía deseosa de hacer un viaje al Nuevo Mundo; y, cuando está de vena, entretiene a su sociedad con cierto relato sobre la hilandera solitaria de la Luisiana. Y es bien conocido el pasaje de Eckermann en que el anciano se declara dispuesto a soportar otro medio siglo de existencia, si ha de ver realizados estos tres sueños: un canal del Danubio al Rin, un canal de Suez y un canal de Panamá o cualquier otro punto de América que permita la comunicación del Golfo de México y del Océano Pacífico. "Y mucho me asombraría —añade— que los Estados Unidos dejaran escapar la ocasión de apropiarse semejante empresa." (21-II-1827.) Un día, como no encuentra asunto de qué hablar con los curiosos que lo visitan, se pone a decir lo primero que se le ocurre sobre los Estados Unidos, lo cual prueba que se le ocurrían muchas cosas. (Eck., 19-IV-1830.) Finalmente, entre sus *Xenias Mansas* hay ésta, consagrada a los Estados Unidos:

> Tú, América, lo pasas mejor
> que nuestro viejo continente:
> ni tienes castillos en ruinas,
> ni tienes basaltos,
> ni te turban en lo interior,
> al tiempo que vives,
> las inútiles remembranzas,
> las contiendas vanas.
> ¡Goza tu hora con fortuna!
> Y si dan en poetizar tus hijos,
> líbrelos el hado propicio
> de fábulas de hidalgos, bandidos y fantasmas.

Que viene a ser todo un programa "vanguardista" ofrecido a un pueblo sobre el cual no pesa el estorbo de las tradi-

ciones ni la retórica acumulada por siglos de literatura. Algún crítico llega a considerar estas palabras como una anticipación al espíritu de Walt Whitman.

Pero la verdadera influencia de América sobre Goethe, a la cual sólo puedo aludir aquí de pasada, está representada en Alejandro de Humboldt, hombre también de estirpe goethiana y amicísimo del poeta. Farinelli ha dicho muy bien que Goethe viajó por España en la persona de Guillermo de Humboldt, el hermano mayor. Nosotros podemos asegurar que Goethe viajó por América en la persona de Alejandro, el hermano menor. Si el poeta fijó en el muro de su cuarto un mapa de España para seguir la trayectoria de Guillermo, también —fiel siempre a su estilo de esquemas y representaciones visuales— trazó por sí mismo un diseño de las montañas de América y de Europa, marcando las líneas de las nieves perpetuas, para poder seguir el *Voyage équinoxial* de Alejandro. Goethe admira a los hermanos Humboldt, celebra que se hayan formado a sus ojos, reconoce (y lo más hermoso es que, por su parte, Alejandro confesaba lo mismo, porque sus dos naturalezas mutuamente se fomentaban) que en un rato de conversación con Alejandro aprende más que en varios años de estudio. El día en que recibe cartas de Alejandro es para él un día de fiesta, y cuando tiene la suerte de poder retenerlo unas horas en Weimar, se queda de buen ánimo para todo el mes. Casi todo une a Goethe y a Alejandro de Humboldt y casi nada los separa. A él le debe cuanto sabe sobre Colombia y Cuba y sobre el posible canal de Panamá. Alejandro recorrió durante cinco años nueve mil leguas de tierra americana —en total, seis naciones: Colombia, Venezuela, Cuba, Ecuador, Perú y México— y fundó las bases de nuestra geología y nuestra sociología. Alejandro es como una proyección de Goethe hacia nuestra América, y en él vislumbramos algo de lo que Goethe hubiera encontrado en nuestra América.

¿Qué pensaría Goethe de América? ¿Qué representación tendría de América este admirador de Chateaubriand que ponía la *Atala* sobre su cabeza, declarándola, con *Pablo y Virginia,* una de las mayores obras de la moderna literatura de Francia?

Siempre fue América una utopía, la esperanza de una república mejor, y en seguirlo siendo está su sentido. Por los días del descubrimiento, los humanistas han desenterrado la Atlántida de Platón, cuyas promesas parece que van a cumplirse. La novela política a lo Tomás Moro es el reflejo del descubrimiento en la mente de Europa. Montaigne, a quien algo se le alcanzó del Brasil, considera con simpatía al autóctono americano, y adelanta algunos rasgos del "hombre natural" de Rousseau. Los conquistadores mismos, aunque codiciosos, o tenían ímpetu de catequistas o, en el peor caso, sentíanse obligados a fingirlo: luego reconocían un impulso espiritual a la empresa. Poco después, en busca de libertad religiosa y de otra moral más apurada, embarcaban unos peregrinos rumbo a la América del Norte. En la misma España de ahora, el anhelo hacia América encuentra todavía un eco en las páginas de Emilio Castelar, de Miguel de Unamuno y, singularmente, de José Ortega y Gasset, que sufre y siente a América como un problema personal.

Goethe no podía sustraerse a esta imantación general de América que perdura de siglo en siglo. América le parecería, sin duda, tierra más abierta que Europa, más dispuesta a recibir la obra del hombre. En todo caso, es indiscutible que, más que en la nuestra, pensaba en la América sajona. Durante mucho tiempo, nuestra América había estado aherrojada, más que por ninguna fuerza material, por una filosofía aisladora que creaba cierto vacío a su alrededor. Cuando sobrevino la independencia, no todos podían entendernos porque carecían de elementos de juicio. Goethe se acuerda del trecho de historia que ha vivido (guerra de Siete Años, separación de los Estados Unidos, Revolución Francesa, época napoleónica, y más tarde presenciará todavía la revolución de Julio), y no viene a su espíritu la inmensa trepidación de la independencia hispanoamericana. (Eck., 25-II-1824.) La realidad política de los Estados Unidos da un perfil más claro, más seguro. Sus tierras son tierras de promisión para el que anhele recomenzar la vida, tras de salir maltrecho y herido de sus experiencias en Europa. Esto sólo quiere decir que, en aquel instante, la idea americana parecía refugiarse en la zona septentrional del Nuevo Mundo, porque

a todos nos va tocando la vez en la gran marea de la historia. América representaba, pues —tras el fracaso de la primera—, la segunda salida de Don Quijote, la segunda y la definitiva:

Soñemos en Wilhelm Meister, dispuesto a rehacer su felicidad en el Nuevo Mundo. En las manos de Filina, buena costurera, las tijeras están temblando a la sola idea de cortar los vestidos para la futura colonia. Lidia se siente maestra de primeras letras para las generaciones que han de venir. El grave Montano sólo piensa en laboreos y minas. Atrás quedan los flaqueos y los sufrimientos, los años de aprendizaje sentimental y los años de veleidosos viajes. La barca se desliza río abajo. Una leve brisa seca, en las mejillas de Félix, las lágrimas jubilosas con que fue devuelto a la vida. De pie en la proa, Wilhelm Meister —Goethe— cruza los brazos, y lleno de confianza en América, contempla el horizonte.[1]

Notas complementarias

1. En la sección "The Editor Perenthesizes" de la revista trimestral *Books Abroad* (Norman, enero de 1933), se me recuerda que, a propósito del interés de Goethe por América, pude citar también aquel pasaje del *Tagebuch* de Sulpiz Boisserée en que se hace decir al poeta (2 de agosto de 1815):

—¡Cuánto no podría y debería aprovechar quien, durante los últimos cuarenta o cincuenta años, hubiera logrado mantenerse ajeno a toda influencia exterior! ¡Qué habría acontecido si, hace unos treinta años, hubiese yo emigrado a América en compañía de algunos amigos y nunca hubiera oído nombrar siquiera a Kant, etc., etc.!

Y el editor no puede menos de estremecerse a la idea de que, a fines del siglo XVIII, hubiera cabido a América la honra de conferir ciudadanía a Mr. John W. Goethe, que yo por mi parte, atrayéndolo a mi lengua, he llamado ya Juan Lope de Goethe.

(Esto me lleva a pensar que, hace algunos años, un grupo de jóvenes estudiantes mexicanos divagaba sobre el pro-

[1] Sobre América en el *Wilhelm Meister,* véanse, sobre todo: *Años de aprendizaje,* IV, xvi; VII, iii; VIII, iii y vii, y *Años de viaje*, III, iii, ix, xi y xii.

yecto, que algún día cruzó la mente de Nietzsche, de instalarse en Oaxaca, en busca de un clima propicio a sus dolencias. Y uno de ellos concluyó así:

—No sé lo que hubiera pensado Porfirio Díaz.)

2. "—6 de abril—. Es de pilares, de buena caoba, la litera del capitán del vapor. El vapor carguero alemán, que nos lleva al Cabo Haitiano. La litera cubre las gavetas, llenas de mapas. En la repisa del escritorio, entre gaceteros y navegadores, está Goethe todo, y una novela de Gaudy. Preside la litera el retrato de la mujer, cándida y huesuda. A un rincón, la panoplia es de una escopeta de caza, dos puñales, un pistolín perrero, y dos pares de esposas —'que uso para los marineros, a veces'. Y junto, hay un cuadro bordado de estambre, 'del estambre de mi mujer'—, que dice en letras góticas:

In allen Sturmen,
in allen Noth,
Mög er dich berschirmen
Der treue Gott".

Martí, *Páginas de un diario* (archivo de Manuel Sanguily), La Habana, Molina y Cía., 1932.

3. "Quien no sabe excusar ni admirar es ínfimo. De Nájera no podría decir Goethe, como en el libro de los proverbios del *Diván*, que a la poesía la echa del mundo el poeta. Su alma es elegante y altiva."

Martí, artículo sobre Gutiérrez Nájera, en *Patria*, 26-I-1895.

(Comunicaciones de J. de J. Núñez y Domínguez, México, Museo Nacional.) *

4. La señora Erna Arnhold, autora de un libro sobre *Las relaciones berlinesas de Goethe* (Gotha, 1925), me escribe de Los Ángeles, en 18 de septiembre de 1946, recordándome el *Diario de Viaje* del duque Bernardo Carlos (1792-1862), hijo menor del gran duque de Weimar Carlos Augusto, que tuvo la intención de emigrar a los Estados Unidos y que había hecho a este país una visita de 1825 a 1826. A su regreso a Weimar en 1826, Goethe compuso en su honor un poema destinado a una lectura en la Logia Amalia (15 de

* Estas tres notas, en *Monterrey*, nº 10. Río de Janeiro, III-1933.

septiembre de 1826): "¡Ya se iza la vela! ¡Ya se hincha la vela!", en que el poeta describe el nacimiento de una colonia americana, como él lo sueña y lo imagina. Me hace saber asimismo que, según el *Manual de Goethe* del doctor Julius Zeitler (Stuttgart, 1917), un tal Horacio C. White trató, por 1884, el tema de Goethe y América.

5. El señor Victor Wittkowski —autor de un extenso artículo sobre el indio brasileño en la obra de Goethe, donde hace ver que el poeta no se limitó a traducir las canciones de los caníbales brasileños sobre el texto de Montaigne, sino que añadió algo por su cuenta— me envía de Río de Janeiro, con carta de 30 de noviembre de 1946, una página que publicó en la prensa carioca: *Um artigo de Goethe sobre palmeiras e paisagens do Brasil.* Refiérese aquí a los siguientes puntos:

1817. G. lee con interés los escritos de Mawes sobre el Brasil y sus piedras preciosas.

1821. G. examina los dibujos para el *Viaje brasileño* del príncipe Maximiliano de Neuwied y deja, en sus *Anales,* testimonio de su admiración por aquellos lejanos parajes.

1822. G. conoce a W. L. von Eschwege, ingeniero y director de minas brasileñas, cuya colección de piedras preciosas, después clasificada y valuada por Soret, el preceptor suizo del príncipe heredero de Saxe-Weimar, fue adquirida por el gran duque Carlos Augusto por intermedio precisamente de G., su amigo y ministro. Constancia de estas joyas en los *Anales* de Goethe.

13 de septiembre de 1823: C. F. F. von Martius (1794-1868), el célebre explorador que en 1817 llegó al Brasil en la comitiva de sabios que acompañaba a la princesa y futura emperatriz brasileña María Leopoldina, y allí permaneció hasta 1820, y cuya obra de viajero en compañía del naturalista J. B. von Spix (1781-1826) es ya clásica, visita a G. El *Diario* de éste trae constancia de esta visita y de los dos fascículos de Martius sobre *Genera et species palmarum,* que el poeta comentó en una reseña de 1824.

4 de octubre de 1828: nueva visita de Martius a G., en que le explica su teoría de la tendencia de la planta a la espiral.

1829: G. ruega a Martius por carta que le explique más detenidamente tal teoría, y le envíe alguna muestra, a la vez que le reitera su afición al *Viaje brasileño* (Munich, 1823).

Estas lecturas, y la *Fisonomía de las plantas*, en que Martius trata también de las palmeras, influyeron en los dibujos con que G. acompaña su *Metamorfosis de las plantas* y, en general, derramaron estímulos sobre su mundo de artista, poeta, etnólogo.

Recuerda el señor Wittkowski que el interés de G. por el Brasil fue simbólicamente premiado cuando von Martius y Noes von Esenbeck le comunicaron (21 de mayo de 1821) que una de las especies vegetales descubiertas por el príncipe Neuwied fue bautizada "Goethea". Y, en el epígrafe de su artículo, recuerda otro hecho que vale por un reconocimiento de América: el cartel fijado por el Ejército Americano de Weimar, ordenando que se respete la casa donde vivió, trabajó y murió Goethe, "quien personifica el espíritu germánico de libertad".

X. JUAN JACOBO SALE AL CAMPO *

I

Ella decidió irse a París. Así pues, cuando el joven Rousseau, advertido de no sé qué presentimientos, abandona en Lyon al músico Nicolaz (a quien él llamaba Le Maître, confundiendo el nombre con el oficio) y regresa apresuradamente a Annecy, no encuentra ya en casa a Mamá Warens. Entonces se hospeda en el cuarto de su brillante amigo Venture de Villeneuve, cuya gozosa suerte envidia, a quien festejaba todo el pueblo y a quien las señoras se disputaban. Y para no morirse de aburrimiento y de pena, acude al único remedio que conocía: salir al campo. Aquí sobreviene aquel episodio delicado de que él nos da cuenta en sus *Confesiones*, y que los eruditos conocen por el nombre del idilio de las cerezas.

Una familia entera, la familia Serand —el padre, Eloy, de la Sociedad Florimontana, archivero de la Alta Saboya, y sus dos hijos Francisco y José—, se ha consagrado con una paciencia cariñosa a establecer los hechos del idilio de las cerezas, los lugares, fechas, horas, personas y otros pormenores, dando así el esqueleto oculto al árbol cuya frondosidad admirábamos en las páginas de las *Confesiones*. Louis Courtois, maestro sumo en cronología rousseauniana, queda completado y rectificado.

Me dejo guiar obedientemente por los hermanos Serand. Consulto también a Dufour y a otros amigos de Annecy. El poema está ahí, latente. Basta despejarlo de la documentación parasitaria y, apoyándose ya en los hechos precisos, tomar la mano de Rousseau.

No olvidemos que Rousseau tenía dieciocho años. Sus rasgos corresponderían más o menos a los que él mismo se atribuye cuando habla de sus dieciséis: "Sin ser lo que llaman

* *Nosotros*, Buenos Aires, IV a XII-1934.–*Revista de Revistas*, México, 27-I-1935.–*Rueca*, México, verano de 1944.

un guapo mozo, yo tenía buen talle, un lindo pie y una pierna fina, aire despejado, fisonomía animada, boca menuda, cejas y cabellos negros, los ojos pequeños y algo hundidos, pero que irradiaban con fuerza el fuego que me encendía la sangre." Grande ha de haber sido el destello de esos ojos hundidos, cuando, ya viejo, encorvado y ensombrecido de penas y manías, Rousseau no podía menos de pensar que, a juzgar por el brillo que aún conservaba su mirada, sin duda en la juventud lanzaría rayos. En suma: los rasgos del retrato que posee el Comandante Favre, en Annecy, retrato que todos los aficionados recuerdan. Es la hora en que Dafnis todavía no sabe lo que quiere de Cloe. Todavía la Mamá Warens no ha intentado la dulce providencia de poner orden en aquellos desarreglados sentidos, tan dados a morder en el aire.

II

Tentado de la belleza de la aurora y de aquel lirismo deambulatorio, el sábado 1º de julio de 1730, Juan Jacobo, madrugador, sale de Annecy antes de las cuatro de la mañana. Apenas apuntaba el sol que, en ese lugar y esa época, asoma precisamente a las cuatro y un minuto. La naturaleza, vestida de lujo desde muy temprano, dice adiós a la primavera. Los ruiseñores, ya al final de la partitura, atacaban su último crescendo. Y él, sin saberlo, también se disponía a poner término a la etapa más feliz de su vida, con un recuerdo tramado todo en cosas brillantes y transparentes, como inspiración de la musa del rocío.

Entonces la gente sabía andar. Y Juan Jacobo singularmente, que fue simpre gran andarín. Todavía en sus últimos años solía hacer sus dos o tres leguas en una tarde. Y aun sospecha Budin de Saint-Pierre que se mató de una de esas caminatas a pie y sin sombrero. ¡Qué no haría en sus años mozos!

Un par de horas después, encontramos a Juan Jacobo siempre caminando y soñando, y alejándose de la villa sin darse cuenta. Los ríos buscan la cuna del valle. Y los paseantes solitarios que conocen su oficio —y sobre todo cuando empiezan ya los calores— suelen ladearse a la vertiente de

sombra e ir siguiendo, por entre las lomas del aire, el tenue cauce de frescura. Por esa calle de viento iba Rousseau. Pero hay otro indicio mejor para seguir sus pasos, y es su afición a los paisajes abruptos, a los precipicios, los torrentes, los bosques negros. Es indudable que, saliendo de Annecy por el camino real de Vignières, rebasó el castillo de la Peisse sin sentir, y se metió por la garganta de Saint-Clair buscando, con brújula segura, las emociones del abismo. Entró por la vereda en cornisa y pasó el puente. A los diez minutos, encontróse junto al arroyo Melèze, que en aquel tiempo todavía se cruzaba a vado. Tal vez se disponía a seguir por la ribera derecha y rumbo a Digny, solicitando el vallecito sombrío que desde allí se descubre. En este momento —nosotros sabemos ahora que eran las seis y media de la mañana— oyó unas voces que lo llamaban por su nombre y un alegre ruido de caballos.

III

La señorita de Graffenried, una joven y muy amable hija de Berna, desterrada de su país por locuras propias de su edad —tendría a la sazón veintiún años—, había conocido a Juan Jacobo en casa de Madame de Warens. No sabiendo qué hacer de su vida, y como se encariñaran con ella las hijas de la viuda Galley, se había quedado para acompañar a la mayor, Claudina, que era todavía más linda que ella y un año más joven. Se querían y estaban hechas para quererse, mientras un amante no se atravesara entre las dos. Aquella mañana habían salido a caballo rumbo a Thônes, castillo de la familia Galley y, naturalmente, en vez de seguir la ruta romántica, optaron por la menos expuesta: por la derecha del lago de Annecy, arriba de Menthon hasta Bluffy, y de allí cortando por traviesa hasta el mismo puente de Saint-Clair. Pasado el cual, no hubieran sabido cómo hacer para que sus caballos tomaran el vado del Melèze, sin la buena fortuna que puso a esa hora, en el mismo sitio, al más servicial de los muchachos que han andado caminos.

Azotar los caballos era muy arriesgado para las damas y para el caballero. Él prefirió meterse en el agua hasta

media pierna, y cruzar el vado tirando las bridas del caballo de Mlle Galley, mientras el otro seguía dócilmente a su compañero. Las muchachas se cambiaron una mirada —esas señas de las mujeres que los hombres no vemos nunca— y cuando Juan Jacobo se despedía, lo invitaron a acompañarlas, tranquilizando sus escrúpulos sobre lo que diría la señora Galley, que ni estaba en la granja de Thônes ni se enteraría de nada.

Cuando, en calidad de prisionero de guerra y a grupas del caballo de la Graffenried, tuvo que abrazarse a ésta para seguir la marcha, el corazón le saltaba a Juan Jacobo. Y ella se dio cuenta, naturalmente. Y dijo que a ella, de miedo de caer, le acontecía lo mismo. Y aunque esto, en aquella situación, parecía una invitación a comprobarlo con su propia mano, por nada del mundo quiso Juan Jacobo romper el encanto frágil de la aventura. Y sus brazos siguieron bien quietos y cintos, rodeando el talle de la linda bernesa, "aunque a la verdad —dice él para disculparse— iban bien apretados".

A partir de este instante —observan los hermanos Serand— la naturaleza toda desaparece a los ojos del sensible muchacho. Hay que perdonarlo si no se da cuenta de las caprichosas montañas donde anda cabalgando, del rumor del Fier que corre abajo, de los remecidos bosques de abetos, de la primorosa caída de Morette, junto a la cual pasaron los tres conversando en íntima y animada compañía, como si de toda la vida se conocieran.

A las ocho y media se desayunaban ya en el castillo. Hacia las cuatro, tras de merendar, volvieron grupas. Después de las seis se separaron de nuevo donde se habían encontrado, y Juan Jacobo llegó de noche a casa, por ahí muy cerca de las nueve, y poco antes de que regresara su compañero de cuarto, el venturoso Ventura. De aquellas diecisiete horas, cinco anduvo solo Juan Jacobo, y las otras doce asegura él que le valieron por siglos de familiaridad en su trato con las muchachas. Si no era cuando se quedaba solo con una de las dos, porque esto embarazaba un poquillo la conversación, dándole un sabroso paso forzado de que él también sabía gustar ¡tan goloso de todo!

Y ahora desandemos el camino, para entretenernos en ver de cerca el escenario, las figuras y sus acciones.

IV

El castillo de La Tour, en Thônes, propiedad de la viuda Galley, restaurado hacía un siglo, constaba de una casa de dos pisos con patio y fuente, granja y graneros, horno y cañamar, huerta, tierra y bosque; y al término del jardín del frente había una capilla. La habitación de los señores apenas tenía en el piso bajo dos piezas y una cocina, y en el alto se completaba con cuatro alcobas, sin contar la torrecilla por donde subía la escalera. Sillas a la delfina forradas de raso; lecho con cortinas a la imperiala, de esos que recuerdan tronos, en linoseda anaranjada; cuadros en óvalos dorados; espejo con su marquito negro; tocador de luna con dos cajones y sus dos veloneras; seis sillas de nogal; tal cofre alemán con sus herrajes —componían toda la comodidad de la estancia. Pero los huéspedes, que venían llenos de campo y estaban por el ambiente rústico, prefirieron la cocina con su larga mesa, sus pobres bancos a cada lado y, en la cabecera, el escabel de tres pies que Juan Jacobo reservó para sí. Allí hicieron desayuno, almuerzo y merienda, cocinando ellas y sirviendo él de marmitón. El granjero, como de propósito, estaba ausente.

Todos los besos de las muchachas fueron para los niños de la granjera. Estas caricias desperdiciadas, el joven Rousseau parecía beberlas en el aire. Los peces se aman a través del agua y sin contactos. En aquel ambiente flotaba, sobreentendida, una intención.

No hubo vino, ni manera de haberlo en todos aquellos pobres contornos. En el fondo, los tres contaban un poco con el vino para más pronto deshacer las fronteras. Pero él les dijo que no necesitaban vino para embriagarlo, única galantería de palabra que llegó a permitirse. "Aunque hallo —dice— que las muy pícaras veían bien que aquella galantería era verdad."

Cierto que fue necesaria la conjunción de una hora propicia para devolver toda su facilidad a aquella naturaleza de

tímido, de perseguido. A los doce años Juan Jacobo no se decidía a abordar la tienda de un pastelero —hazaña sin duda nunca vista— por miedo a que todo el barrio lo notara y lo comentara. Y más tarde, en la horrorosa vejez —cuyas únicas alegrías parecen haber sido la música, la botánica y la compañía de Saint-Pierre— llegará a verdaderos delirios de agorafobia. En vano, tratando de disciplinarse, visitará los sitios más frecuentados, para acostumbrarse a la indiferencia. ¡Pobre anciano! Dijo bien Sainte-Beuve: "¡Pobre Rousseau!"

Pero aquel día de juventud todo andaba solo, todo era fácil y sencillo. Todo era casto. Y así, esta alegría de agua clara, este regocijo a poca costa, tuvo para él un sabor de sensualidad incomparable. La palabra "sensualidad" parece aquí inadecuada, pero es la que vino a la pluma de Rousseau.

V

Como medida de economía, parte del café del almuerzo se guardó para la merienda, que había de ser con crema y pasteles. Y entre una y otra cosa, para mantener el apetito despierto, se fueron a coger cerezas a la huerta. Empieza aquí la escena escogida. Algunos han creído ver en ella, más que un recuerdo verdadero, la reminiscencia de cierta aguada de Baudoin —"Cerezas y enamorados"—, obra que había de ser célebre más tarde. ¡Qué más da! Rousseau, si se inspiró en otro arte, le devolvió con creces la deuda, provocando a su vez, con las escenas de sus obras y de su vida, una frondosa primavera de grabados y estampas. Sobre "el primer beso de amor", de *La nueva Eloísa,* Alexis François ha podido reunir una serie justamente célebre. El "Rousseau en Suiza, perseguido y sin asilo" podría fundar otra semejante, aunque menos linda. Ved las estampas que trae Monglond en su *Pre-romanticismo francés.* Y todos recordamos haber visto alguna ilustración que representa la llegada de Juan Jacobo a Berna, tras la condenación del *Emilio.* Juan Jacobo salta del coche en que ha venido huyendo, besa el suelo y, nuevo Ulises, exclama: "¡Oh cielo protector de la virtud, loado seas! ¡Llego a una tierra de libertad!" Y es que el ciudadano de Ginebra ha nacido para la estampa. Él mismo

¿no tenía una colección que gustaba de hojear, junto al fuego, allá por los años de 1763? Esta colección fue vendida en subasta, tres años más tarde, en Inglaterra —Courtois ha contado los pormenores— cuando Rousseau, lleno de ideas torvas, resolvió deshacerse de cuanto no le era indispensable.

El idilio de las cerezas está contado en breves palabras:

> Yo trepé a un árbol, y les arrojaba racimos. Ellas, a través de las ramas, me iban devolviendo las semillas. Un momento en que Mlle Galley recogía su delantal y alzaba la cabeza, se me presentó tan bien y tuve tal tino, que le eché un racimo por el seno. Todos reímos. Y yo decía para mí: —¡Ay, que mis labios no sean cerezas! ¡De buena gana los hubiera tirado yo!

Porque sabréis que los pensamientos de Rousseau, aprovechándose de ser invisibles, ya habían volado, tejiendo entre las dos muchachas toda clase de fantasías a dúo, muy al gusto de Casanova. Una, tan suelta y desterrada como él; la otra, tan desconocida y lejana, criatura de hogar, de viuda rica, mimada entre tres hermanos y una hermana menor, criatura que para él —vagabundo con ribetes de mal nacido— venía a quedar al otro lado de las barreras sociales, como poco después acontecería a los héroes de Stendhal. Pronto Rousseau se había confesado sus preferencias por Mlle Galley, que era la más tierna, la más leve y suave, menudita y muy bien formada: "Para una muchacha —explica—, el mejor momento." Y aunque se reconocería también dichoso con alcanzar a Mlle de Graffenried, más le gustaría para confidente que para amante. ¡Oh desordenado corazón!

Y con todo, nada de lo que os figuráis llegó a suceder. En un instante de soledad, mientras Mlle Galley bajaba los ojos y él respiraba con afán, sin saber cómo, se encontró besándole la mano. Ella retiró la mano sin prisa, como la Galatea que huye, y se le quedó mirando sin enojo. Y no hubo más.

El tiempo corría. Para llegar a Annecy con la noche, hubo que cabalgar otra vez. Juan Jacobo toma su sitio, a grupas de la Graffenried, y el sol de la tarde los baña en su oro desvaído. "La inocencia de las costumbres —dice aquí el maestro— tiene también su voluptuosidad que vale por la

otra, porque ella no admite intervalos y sabe obrar continuamente."

VI

Sueños, todo sueños. Acude a despertarlo el vulgar Ventura, recordándole que se han agotado los recursos. "¡El amigo de Mlle Galley reducido a pedir limosna!" Mme de Warens está ausente. Se siente solo. En la callecilla Perrière, las ventanas de casa Galley están cerradas. Nunca más se encontrará con sus amigas de una hora, y sólo corresponderá con ellas a través de Esther Giraud, pobre costurera del pueblo. Claudina Galley, diez años más tarde, se casa con un senador de setenta y pico, y muere antes de la aparición de las *Confesiones*, ignorando los sentimientos que había inspirado. La otra muere recogida en un convento, y era tal vez —perdóneme la sombra de Juan Jacobo— la que a mí, pobre pecador, más me interesaba y me atraía. A ambas las recuerda, pocos meses antes de bajar él mismo a la tumba. "Puedo decir —escribe— como aquel prefecto del pretorio que, caído en desgracia bajo Vespasiano, se fue tranquilamente a acabar sus días en el campo: setenta años pasé en la tierra, y de ellos sólo siete he vivido." ¡Oh dulces memorias de Annecy! De este idilio sólo queda ya la imagen del cuadro de Baudoin y, en alguna parte del espacio y del tiempo, la gota de cereza de un beso caído en una mano.

1934.

XI. EN TORNO A LA ESTÉTICA DE DESCARTES *

Para Francisco Romero, filósofo que fue militar.

1. DESCARTES se planta en mitad del mundo como Robinsón en su isla. Para comenzar, lo damos por perdido todo. Dudamos como Pirrón, como Sexto, como Montaigne. Pero San Agustín y San Anselmo nos tenderán la mano. Adelante. Lo primero es hacer la cuenta de los instrumentos rescatados en este naufragio con que empieza la vida. Lo primero es inventariar los datos elementales, con un ánimo de desconfianza metódica. La vida es sueño, puede ser, pero alguien la está soñando, y éste es un dato positivo. Pienso, luego existo: punto de partida que no puede engañarnos, salario mínimo, suma depuración higiénica, residuo último que queda en los repliegues del yo, después de lavarlo de todas las algas adventicias. Para este atletismo de la introspección, Descartes tenía el entrenamiento de la soledad y las largas horas en la cama: al fin niño y adolescente enfermizo, a quien se ha dejado rumiar a sabor y vivir de su propia sustancia, durante las lentas jornadas de la crisis. Luego, los ocios del cuartel; los encierros en la "estufa" de Alemania; los arrebatos de soledad que alternan con la vida mundana. Goethe, en su *Teoría de los colores*, nos recuerda hasta qué punto Descartes aprovecha los privilegios de su nacimiento para verlo todo: fiestas de la Corte, del Estado, de la Iglesia y de la Milicia; ocasiones en que se reúnen los hombres, acontecimientos notables de la época. Sin duda lo guiaba un secreto aviso de que todo es útil para el hombre de meditación.

2. Pero la introspección no es más que la etapa preparatoria. Ahora, hay que asomarse al mundo. Ahora, hay que sujetar al mundo con la cabeza, gran pecado angélico. Como la desviación sentimental nos acecha en todas las vueltas del camino, un nuevo esfuerzo de depuración nos lleva

* *Escritos en honor de Descartes*, Universidad de La Plata, 1938.

a preferir los materiales cuantitativos a los materiales cualitativos. Haremos del mundo una armazón matemática. Y entonces, como premio de nuestros afanes, descubriremos que la armazón, una vez construida, suelta por sí sola los ramajes que han de revestirla: el árbol era geometría, y la geometría —finalmente— era algarismo. El número lo contenía todo, como en semilla. No es ésta una filosofía que juega con la matemática, sino una matemática que se atreve a la filosofía. Gran precursor, Descartes, de los logísticos que han hecho con el órgano aristotélico lo que los físicos de hoy en día han hecho con su realidad: poblarla de nuevas dimensiones.

3. Pese a Pascal, resulta que el espíritu de finura y el espíritu de geometría tienen vasos comunicantes. La sensibilidad es asunto de ritmo y grado, pasible de conmensuración. El discípulo de los jesuitas de La Flèche, armado con la dialéctica de la escuela y empujado por aquella sed que lo llevaba a buscar cifras mentales hasta en las figuras de la esgrima y del baile (la gente de su clase era ya una aristocracia desencantada, amiga de jolgorios y fiestas), se encuentra con la espada al cinto entre los ejércitos liberales de Holanda, donde la espada se le vuelve herramienta de cálculo, subiendo a la dignidad del astrolabio y la brújula. Discurso de las armas y las letras, página tántos: basta con el *Cogito, ergo sum;* basta con la espada para abrirse paso por todo; la erudición y la enciclopedia están de más. Lo que importa es una actitud; es decir, una guardia; lo que importa es un método; es decir, una esgrima. Hora graciosa de la historia, hora única aquella en que el Príncipe Mauricio de Nassau alternaba las maniobras militares con la teórica de Simon Stevin. El de Orange mandaba pegar en las esquinas, en vez de proclamas patrióticas, problemas de física: el Señor Rector del Colegio de Breda y el oficial Descartes se detenían y se encontraban en plena calle, trazando en la pared esquemas y números.

4. Fue la estética, fue la música más especialmente, lo que llevó a Descartes de la mano hacia su concepción sobre la armonía matemática del universo. Pitágoras, Copérnico, Kepler, Galileo y Leibniz, cada uno por su atajo, llegan a la

misma encrucijada. Cierto es que, más tarde, la espada metafísica partirá en dos el universo, a los ojos de la asombrada Elisabeth, princesa palatina, que ve despeñarse de un lado el cuerpo y del otro volar el alma, sin referencia posible entre la necesidad, ley del cuerpo, y la libertad, ley del alma. Pero, con todo, el *Tratado de las pasiones* ata el cuerpo al alma en el nudo de la glándula pineal; pero, con todo, la antropología cartesiana admite la constante correspondencia de alma y cuerpo. Y, en materia estética singularmente, ¿cómo romper la cadena de la sensación y del movimiento voluntario, que eslabona el atributo extenso con el atributo pensante? (Ya se sabe que, para Descartes, pensar, querer y sentir son la misma cosa.) ¿Echaremos mano de la constante asistencia sobrenatural de Dios, recurso oratorio de Malebranche? Los cartesianos se pierden en juegos verbales y en metáforas. ¿Declararemos entonces que esta acción mutua entre alma y cuerpo es sólo aparente? Dejémoslo ahí: trabajemos sobre la apariencia, sobre el fenómeno. Cuando Descartes se ocupaba de estética, tampoco había vislumbrado aún su profunda zanja metafísica. Su metafísica, después de todo, no era la pieza esencial del sistema. La atravesó como se salva una etapa, como las humanidades de La Flèche, como el derecho, como la esgrima y la danza, como la geometría y la física. Lo esencial es aquella busca, a veces dolorosa, aquel discurso sobre sí mismo que, de tiempo en tiempo, se acerca al barranco de Monsieur Teste: la inutilidad de comunicar el propio pensamiento. Lo esencial es el método, es decir: la marcha. Filosofía de la exploración, filosofía de viajero: Francia, Holanda, Austria, Alemania, Italia, los países escandinavos. . . Filosofía del rayo de luz que se va quebrando en refracciones. (La Dióptrica.) Fue la estética, fue la música. El filósofo que, diez años más tarde, separará sin remedio el cuerpo y el espíritu, afirma todavía que "las cosas sensibles se prestan extraordinariamente para conocer las suprasensibles". Más tarde, encontraremos que el mundo es un juguete mecánico, que Dios lanza el resorte y se aleja. Por ahora, en la panteísta juventud, todo está vivo.

5. El problema se plantea así, a grandes rasgos: Descartes no llegó a constituir una estética, una política ni una mo-

ral. En el orden de la religión, la moral y la política, Pascal, Malebranche y Spinoza parten de él a su manera, y ya se arrancan francamente de la doctrina cartesiana, o ya la abandonan sin confesarlo. En cuanto a la estética, hay que esperar a que Krantz, en el siglo XIX, se atreva a una interpretación cartesiana demasiado vaga y general, o a que, en nuestros tiempos, Gustave Lanson estudie la conducta del héroe de Corneille a la luz de la actitud cartesiana, y más bien en lo que ésta significa como testimonio del sentir clásico frente al torrente de las pasiones y el deber de atajarlas. Pero nada de esto trae precisiones sobre la idea de lo bello en Descartes. A este respecto, sólo nos da vislumbres una paginita perdida, a los comienzos del ensayo sobre la música, que apareció en Holanda por 1618. "Antes de ocuparse propiamente de la música, roza la cuestión de la esencia del arte en general. ¿Dónde podrá estar la causa de que las cosas exteriores impresionen agradablemente nuestros sentidos? Su efecto, contesta, se tiene que mantener dentro de ciertos límites; la excitación no puede superar cierto grado. Por eso el estallido del trueno es demasiado violento para que un músico pudiera utilizarlo; una luz demasiado intensa sobreexcita el ojo y es imposible que produzca una sensación agradable. Además, el objeto que actúa sobre el sentido no debe confundirlo, es decir, debe mostrar alguna proporción entre cada una de sus partes, fácilmente perceptible por la razón; entonces es cuando el objeto puede despertar el sentimiento de lo bello, pero esta proporcionalidad no debe ser demasiado sencilla, porque la impresión sería débil y desaparecería en seguida. Si oímos el mismo tono dos veces, quedamos indiferentes; la primera sensación agradable la sentimos con la octava, cuyos tonos se hallan en relación recíproca de una a dos; el agrado sube de pronto al oír la quinta, que para Descartes es la consonancia más grata. A esto se debe también que no pueda ser usada tan frecuentemente como la octava, del mismo modo que nos empachamos mucho antes, si no comemos sino azúcar o golosinas, que si aplacamos nuestra hambre con pan, a pesar de que todo el mundo reconoce que no sabe tan bien como un dulce." (A. Hoffmann, *Descartes*, trad. E. Ímaz.)

6. Analicemos las anteriores palabras. Ante todo, para que la impresión sea grata o bella, debe mantenerse dentro de ciertos límites: noción matemática del grado. Por eso, en el desarrollo estético de ciertos investigadores (en la poesía, Góngora, Browning, Mallarmé y hasta el mexicano Díaz Mirón, segunda manera) hay un momento en que el fenómeno, sin perder categoría estética, supera la belleza, se extralimita, deja de ser bello y, sin embargo, está todavía en los confines de la escala, en los confines del espectro, como el sonido que ya no se oye o la luz que ya no se ve. Es todavía estética, pero ya no es necesariamente belleza. Un paradojista diría, por eso, que ya es estética pura. La impresión recibida, para ser estética, no debe confundirnos; y para no confundirnos, debe ofrecer cierta "proporción entre sus partes" (siempre el sentido matemático), lo que la hará "fácilmente perceptible por la razón". "Razón", aquí tiene un significado muy lato, que todos entendemos en cuanto olvidamos el vocabulario técnico de la filosofía. Pensemos, por ejemplo, en Mozart, cuya música, gracias a esa proporcionalidad de que habla Descartes, tiene cierto efecto "persuasivo". Ante una frase de Mozart que se desenvuelve y se resuelve, nos sentimos tentados a exclamar: "¡Tiene Ud. razón!" Pero esta proporcionalidad "no debe ser demasiado sencilla", porque entonces caeríamos en lo anodino, en lo sandio. Ni hay que abusar de los mejores efectos, porque el demasiado dulce empalaga. Los efectos deben graduarse, dando pausas, tiempos y espacios para que se evapore cada granito de perfume. De aquí el arte, todo el arte, la "fermosa cobertura", que decía el Marqués de Santillana, palabra que parece superficial y es profunda. El arte es un apretar en formas la materia. Podríamos divagar largamente. Descartes, aquí como en todo, cumple su función esencial de punto de partida.

Buenos Aires, II-1937.

XII. BREVE APUNTE SOBRE LOS SUEÑOS DE DESCARTES *

AHORA que la técnica freudiana y los procedimientos sonambúlicos del suprarrealismo han puesto de moda el ocuparse de los sueños —al punto que Dunne ha traído, de los llamados sueños premonitorios, nuevos argumentos para su teoría del tiempo estable— es curioso recordar que Descartes no dejaba de tener sus preocupaciones oníricas. Estaba impresionado con sus fantasmas; narraba sus pesadillas y se entretenía en buscar, a su modo, los elementos de la realidad que se habían filtrado, por los resquicios de la subconsciencia, hasta el reino de sus imaginaciones nocturnas.

El 10 de noviembre de 1619, la ardiente crisis en que se debate Descartes se resuelve en una certeza consoladora. El filósofo ha encontrado "los fundamentos de una ciencia maravillosa". Así lo declara en sus notas, aunque no sabemos si se refiere a la Geometría Analítica o al nuevo método científico. Este descubrimiento ha sido como gestado en una noche cargada de sueños augurales. Descartes nos ha contado tres sueños sucesivos. En los dos primeros se refleja su desazón; el último es ya el sueño del desahogo y el alivio, la gota que derrama el vaso. Al día siguiente, en efecto, su mente recobra el equilibrio y lo vemos libertarse —aquí sí que "de la noche a la mañana"— de todas las incertidumbres que venían amargando su vida de tiempo atrás.

Sobre el primer sueño de Descartes, dice A. Hoffmann (*Descartes*, trad. E. Ímaz, Madrid, "Revista de Occidente", 1932):

> A continuación describimos uno de estos sueños, siguiendo a Baillet (I, 81 *ss*). Perseguido por horrorosos fantasmas, Descartes se apresura entre calles para escapar a ellos. Una gran debilidad en el lado derecho le obliga a caminar enco-

* *Descartes. Homenaje en el Tercer Centenario del "Discurso del Método"*. Universidad de Buenos Aires, 1937.

gido y ladeado hacia la izquierda. Avergonzado por la forzada postura, intenta enderezarse. En ese mismo momento, un fuerte remolino lo sacude varias veces en círculo. Con gran dificultad puede salir adelante, pero parece que se va a caer de un momento a otro. Se le aparece un lugar de refugio. Junto al camino hay un colegio. Entra en el patio y se dirige a la capilla a rezar una oración. Se da cuenta de que ha cruzado, sin saludarle, a un conocido. Retrocede de prisa para darle alcance, pero un viento impetuoso le empuja hacia la capilla. Oye que le llaman en el patio por su nombre, amablemente, tratando de hacerle un favor. Y se asombra de ver que quien lo llama y sus acompañantes, que se le rodean, se mantienen tiesos y derechos sobre sus pies, mientras que él sigue con su postura encogida y vacilante, aunque el viento se ha apaciguado mucho. Entonces despertó. No tenemos ningún motivo para desconfiar de esta su referencia... Los esfuerzos de Descartes ensoñando, para conservar la dignidad y la cortesía frente a los demás, se comprenden con el carácter suyo, que ha sabido siempre conservar el dominio de sí. Pero lo importante es que ese sueño es imagen fiel del estado de su alma por entonces. Siente que el suelo se le scapa. No había salvación, ni fórmula mágica que dispersara los malos espíritus de la duda, que antes convocara complacido.

El segundo sueño vino después de una corta tregua de vigilia, y más que un sueño fue un despertar: tuvo la impresión de que venía a sacarlo del sopor un largo trueno. Abrió los ojos, espantado, y le pareció ver correr unas chispas en la oscuridad de su cuarto.

En el tercer sueño, creyó ver sobre su mesa una antología, un *Corpus poetarum,* donde se puso a leer los versos de Ausonio: "Quo vitæ sectabor iter?" ¿Cuál será el rumbo de mi vida, mi carrera? Aparece un hombre que le entrega un papel escrito: *Est et non,* sí y no, otro pasaje de Ausonio que el hombre se empeñó en mostrarle en el libro, pero que buscaron en vano. Al final del tomo, descubrió, por los adornos y viñetas, que se trataba de una edición diferente de la que él solía manejar.

La nitidez del sueño casi hacía pensar a Descartes que se trataba de una visión mística. Y en verdad, siempre consideró que aquella noche había bajado hasta él la inspiración celeste, orientándolo en la carrera filosófica, en el estu-

dio del sí y el no, del ser y el no ser, y salvándolo de un pasado de vacilaciones y errores, representado en las pesadillas de ventarrones y truenos. Tal fue la ascensión, desde las ciénagas confusas del sueño hasta la superficie de la conciencia, de la burbujilla de la vocación.

Como se ve, no se trata de uno de aquellos sueños de Claparède, en que la función positiva o compensadora de un anhelo no satisfecho aparece a primera vista y de un modo inmediato. (Tales los de Nordenskjold y sus compañeros cuando, en el curso de una expedición ártica, soñaban que comían espléndidos manjares, recibían cartas o andaban entre montañas de tabaco, cosas todas de que estaban privados.) La interpretación supone cierta iniciativa de parte de Descartes: él ha querido encontrar un buen augurio en su sueño, y ha revuelto los motivos de la interpretación hasta dar con una combinación feliz. Es posible que los psicoanalistas consideren que no se ha equivocado; lo ignoro. Pero basta saber que su interpretación ejerció un buen influjo en su ánimo y en su conducta para comprender que, de cierto modo funcional, no fue equivocada. Desde Artemidoro hasta Freud y sus discípulos, todos los descifradores de sueños están de acuerdo en que hay que ponerse en la situación única del que sueña, lo que indica que nadie puede ser mejor juez que el propio sujeto, una vez que posea sobre sí mismo todos los elementos del caso, una vez que se dé clara cuenta de lo que está pasando por él. Freud no pide a su paciente una interpretación cabal de su sueño (sería mucho exigirle), pero le pide al menos que revele, en sus particulares asociaciones, el valor afectivo de cada detalle de su sueño. Y nadie ha negado las posibilidades del auto-psicoanálisis, en ciertos monmentos de lucidez, lo que precisamente trae consigo esa aura de revelación, de inspiración sobrenatural con que habla Descartes de sus visiones.

Hay muchos hombres construidos así, que gustan de sazonar sus vigilias con el sabor de sus ensueños. Thomas Browne (1605-1682), en su *Religio Medici,* exclama: "I am happy in a dream, and as content to enjoy a happiness in a fancy, as others in a more apparent truth and reality." Y Descartes debe de haber conservado esta costumbre a lo largo de su

vida, cuando en carta a Balzac, escrita doce años después (15 de abril de 1631), decía:

> *Je dors ici dix heures toutes les nuits, et sans que jamais aucun soin me réveille; après que le sommeil a longtemps promené mon esprit dans des bois, des jardins et des palais enchantés, où j'éprouve tous les plaisirs imaginés dans les fables, je mêle insensiblement mes rêveries du jour avec celles de la nuit; et, quand je m'aperçois d'être éveillé, c'est seulement afin que mon contentement sois plus parfait et que mes sens y participent.*

Buenos Aires, IX-1937.

XIII. PRÓLOGO A BURCKHARDT *

La vida de Jakob Burckhardt cubre prácticamente toda la extensión del siglo xix, cuyas experiencias fundamentales le tocó presenciar (1818-1897). La obra de Burckhardt es uno de los legados más sugestivos que hemos recibido de aquella época. Este meditador de la historia estaba satisfecho de haber aprovechado el instante único. Su siglo le parecía un mirador privilegiado para contemplar el espectáculo humano de aquella manera panorámica que tanto acomodaba a su genio. No porque creyera en la perfectibilidad automática, debida al simple amontonamiento de las centurias, ni porque creyera en la "supervivencia del más apto" en el sentido humano y moral de la aptitud. Él mismo denuncia "la teoría del célebre y pretendido progreso", que responde a nuestro poeta asegurando que "cualquiera tiempo pasado fue peor", teoría deslizada en Hegel con cierto pudor, y crudamente expuesta en Lasaulx, para quien el siglo xix viene a ser como el esclarecimiento sumo de los destinos históricos.** Tal espejismo no podría embaucar a un schopenhaueriano de cepa, como Burckhardt. Él se limita a advetir que, en sus días, se da una conjugación de circunstancias propicias para los estudios históricos, sobre las cuales siente la necesidad de llamar la atención de sus auditores, casi por deber de catedrático.

Sobre las ventajas de su siglo, en comparación con épocas anteriores, él mismo se explica. El conocimiento, dice, es ahora más extenso y más accesible y ha alcanzado el cosmopolitismo. La cultura, no dominada ya por un punto de vista fijo, admite valoraciones más amplias, ecuánimes y cabales,

* J. Burckhardt, *Reflexiones sobre la Historia Universal.* Versión de W. Roces. Epílogo de R. Marx. México, Fondo de Cultura Económica, 1943.

** Ernst von Lasaulx, oscuro discípulo de Schelling y de Görres, aunque carente de sentido crítico y algo pueril, puso en circulación la teoría de los ciclos históricos de Platón, Aristóteles y Polibio, que no es extraña a las comcepciones de Vico, de Burckhardt y de Spengler, aunque en éstos ofrece mayor complejidad.

ecuménicas en principio. El juicio sobre la persona humana y sus aspiraciones se funda en un criterio historicista, es decir, se refiere siempre al cuadro de energías en que se desenvolvió cada existencia. La misma indiferencia del Estado que, con o sin razón, no ve ya en las labores teóricas una amenaza inminente, es favorable a los estudios. La filosofía se ha inclinado amorosamente hacia la historia, solicitando su contenido profundo. La postura laica no necesita ya perder fuerzas en el frotamiento con el dogma, pues se ha conquistado la libertad crítica. La sacudida de la Revolución Francesa por sí sola invita al examen del pasado y al intento de una nueva coherencia, abriendo cauce a la investigación de los motivos morales escondidos bajo los hechos brutos, y su documentación no se ha enfriado o perdido, según acontece para los sobresaltos remotos, sino que está todavía viva y palpitante.

Respecto a las novedades que cruzaron su época, fácil es recordarlas; y aunque Burckhardt no hizo labor de memorialista, nos deja el testimonio claro de sus reacciones, tanto en sus *Cartas póstumas* (1913, 1919) como en los apéndices que iba añadiendo a sus *Reflexiones,* y en que considera los problemas contemporáneos por sus aspectos políticos, internacionales, económicos, y por sus efectos sobre el arte y la literatura, creaciones sumas de la especie. En estas y otras páginas, inspiradas desde luego por su visión general de la historia, se funda su involuntaria y tardía reputación de profeta; que a él, en su escepticismo, le hubiera hecho sonreír.

Su primera educación, que empieza en la Suiza germánica, acaba en la Suiza francesa, beneficiándolo así con la mutua fecundación de dos lenguas y dos culturas, armonía que completará más tarde en sus viajes de adolescente, lo que le da una fisonomía semejante a la de los grandes intérpretes de la Europa transalpina: Goethe, Shelley, Stendhal, Robert Browning.*

Inercia acaso de las controversias filosóficas del Setecientos, en que vemos enfrascado a un Leibniz, Burckhardt comenzó por la teología. Pero no se siente nacido para filósofo. Los cursos de Schelling, en Berlín, parecen haberle

* J. H. Nichols, prólogo a la edición norteamericana citada más adelante.

causado cierta curiosa desazón. No es justificado inferir de aquí, como lo hace Croce, que desdeñara la filosofía, en la que expresamente reconoce el verdadero dominio de la grandeza histórica.* Durante sus cuatro años de estudios en Berlín y en Bonn, su independencia lo aleja de sus compatriotas, algo limitados y convencionales, y lo acerca más bien a la "Joven Alemania", romántica y liberal, de los años 40.

En plena adolescencia, le sorprende el estremecimiento del Romanticismo, que inyectaba sangre en la apreciación de la historia y de la conducta. A la historia se fue acercando con las cátedras de Grimm y de Ranke, aun cuando su juventud se rebelaba contra cierta flojedad e insipidez de buen tono que advertía en éste. Él mismo, en su madurez, provocaría entre sus discípulos preferidos alguna inquietud parecida, aunque fundada en otras razones y de temperatura más amorosa.

Pronto, bajo la dirección de Kugler, se aficionó a los estudios de arte, que ya nunca perdería de vista. El arte ha de servir de piedra de toque en todos sus análisis sobre las vicisitudes humanas. De repente, deja oír ciertas apreciaciones harto expresivas sobre la importancia que concede al criterio estético, apreciaciones que traslucen un poco de "amoralismo" heroico. Refiriéndose a los actos de conquista, exclama: "Estas tropelías debieran asumir, al menos, una apariencia candorosa, pues nada es más deplorable en sus efectos estéticos que las recriminaciones y los argumentos jurídicos en que suele envolvérselas." En sus *Reflexiones* se alarga, con complacencia visible y movido por la afición, sobre las artes y las literaturas, cuyo destino le preocupa singularmente. Su paseo por la poesía está inspirado en un amplio sentido comparatista. Y siempre que el tema se atraviesa, defiende la independencia de la verdad artística.

Burckhardt, como otros suizos eminentes, sintió un día la necesidad del grande aire del mundo y, como ellos, acabó también en cierto retraimiento, que le permitía mayor autarquía, vinculándolo para siempre, fuera de las estimulantes escapatorias a Italia, en la Basilea que lo vio nacer y morir,

* *La historia como hazaña de la libertad,* II, ii, Trad. E. Díez-Canedo. México, Fondo de Cultura Económica, 1942.

"la Basilea de Eneas Silvio, Erasmo y los célebres impresores, Conrado Witz y el joven Holbein".* La postura objetiva y panorámica de Burckhardt sin duda fue favorecida por la circunstancia misma de tratarse de un nativo de Suiza; país que, en el cruce de las grandes corrientes culturales de Europa, se mantiene al margen de los inmediatos intereses políticos de las Potencias. Y en cuanto a la atmósfera de calvinismo ortodoxo que se respiraba en Basilea y a la estrechez, que alguien ha llamado bostoniana, de la clase a que pertenecía el joven Burckhardt —cuya familia por varias generaciones había proporcionado catedráticos universitarios y ministros eclesiásticos—, es notorio que no lograron sofocar su fuerte personalidad y su índole de racional rebeldía o fundada en la independencia del criterio.

La crisis general, que amagaba correrse de la democracia al cesarismo; el temor al desborde de las propias pasiones, temor que acaso experimentó durante sus intervenciones políticas de 1840-44; el deseo de dominar mejor la época alejándose de su inmediatos afanes, y en busca —como él decía— de aquel punto de apoyo que pedía Arquímedes y que ha de ser, por fuerza, exterior a los acontecimientos; todo aconsejaba echarse al margen, buscar una distancia. Su ciudadela fue la Universidad de Basilea, la más antigua de Suiza, y que databa del siglo XV, cuando el concilio ecuménico juntó en aquella catedral, por varios años, al Emperador, al Papa y a todos los notables de Europa. Aquella Universidad era para él un sitio placentero, que ponía aparte en su "más que dudosa estimación de las felicidades terrenas" y que, según confiesa, se le convirtió poco a poco en una necesidad metafísica.

Cuando, en 1843, Burckhardt regresó de Alemania, la Universidad —salvada con heroicos esfuerzos tras las tribulaciones que, en los años 30, despojaron a Basilea de sus distritos rurales— apenas contaba con veintiocho estudiantes. El joven catedrático tenía que completar su presupuesto escribiendo para los periódicos. Su actitud equilibrada difícilmente podía contentar a los radicales nacionalistas y a los

* M. D. H., en el prólogo a la traducción inglesa de Burckhardt, *Reflections on History.* Londres, 1943.

intransigentes católicos, cuyas constantes trifulcas aparecían a Burckhardt como un "espectáculo sudamericano". La situación pronto llegó a ser intolerable (1845). Decidió emprender el goethiano viaje de salvación a Italia, recurso clásico para sacudirse de los fardos inútiles (1846). Abandonó la política.

> Sobre la gente de mi índole —decía— no se pueden construir los Estados. En adelante, mientras dure mi vida, prefiero ser un hombre de bien, solícito para los semejantes y buena persona privada... No puedo cambiar mi destino, y antes de que irrumpa la barbarie universal (que me parece inminente), continuaré mi aristocrático y deleitoso trabajo de cultura, para servir al menos de algo el día de la inevitable restauración... Fuera de los deberes inapelables, no quiero más experiencias con mi tiempo, si no es la de salvaguardar cuanto me sea dable el patrimonio de la vieja cultura europea.

Su moderación lo había hecho amar el sufragio limitado y las monarquías restringidas, así como desconfiaba de las nuevas democracias expuestas a las reviradas del cesarismo napoleónico. Las revoluciones, advertía a sus amigos de la Alemania liberal, "corren por su cuenta como fuerzas de la naturaleza", y nos arrastran a donde ellas quieren y no a donde nos proponíamos llegar (1847).

Con la revolución de 1848, despierta la atención de la época para el Cuarto Estado, cuando el 1789, relativamente próximo, acababa de destacar la importancia del Tercer Estado. En rigor, la crisis europea había comenzado en julio de 1830. Se oyen los ecos a lo largo de las *Reflexiones*, ya en los luminosos apéndices, ya en aquel pasaje sobre la condición que aflige y exaspera a "los que viven de su trabajo", arrastrándolos a reinvindicaciones violentas y magnetizándolos con la esperanza de alguna confederación universal que corresponda a la interdependencia económica de los pueblos.

> Demócratas y proletarios van a quedar sometidos a un terrible y creciente despotismo, aunque se defiendan con tremendos esfuerzos —sigue diciendo el melancólico profeta—, pues nuestro precioso siglo no está llamado a realizar la verdadera democracia.

Nada tendría de extraño que veamos repetido el sistema de Diocleciano, que escogía por sí mismo como sucesores a

los militares más aptos (*Constantino*, 1852). De aquí que sintiera su personal misión, en este derrumbamiento inevitable, como algo muy parecido a la de los monjes de la decadencia romana, conservadores del tesoro hereditario para el día de la futura victoria. Tal actitud lo iba alejando de sus amigos alemanes, entregados a la embriaguez de la Alemania Unida. La angustia lo consumía y a los cuarenta años había encanecido.

> Él, que se confesaba incapaz de hacer nada sin el estímulo de la amistad, se encontraba solo con sus pensamientos, en medio de una ciudad frígida, intelectualmente ajena al hervidero del mundo (Nichols).

Había que resignarse a la soledad alpestre de los grandes espíritus, en tanto que volvía a recobrar nuevo vigor en la Italia de sus amores. Y de este segundo viaje procede el *Cicerone*.

Después, Burckhardt se recluye en la biblioteca de Zurich para entregarse a sus estudios sobre el Renacimiento italiano, que al fin quedaron en una serie de ensayos fragmentarios, algunos de publicación póstuma.

Se acentúa a partir de entonces su afán de consagrarse por entero al servicio de su Universidad y aun de la cultura de su ciudad nativa, devoción que asume el carácter de una religión cívica y que, en cierto modo, compensa su desvío de toda política militante. Aun rehusa las invitaciones para dar conferencias en otras ciudades, porque ello le parecía una deslealtad, "un robo a Basilea". Tan amorosa consagración no podía ser estéril. En todos sus conciudadanos cultos se dejaba sentir, según Nietzsche aseguraba más tarde, la huella de Burckhardt. Burckhardt era un consejero y hasta un protector. Los estudiantes lo rodeaban. La gente de letras y los aficionados a las artes acudían por las noches a su humilde residencia, en los altos de la panadería, desde donde se divisaban el río, las montañas, la ciudad y sus puentes. La tertulia solía prolongarse hasta la madrugada, y los jóvenes se despedían de mala gana, para seguir rumiando los recuerdos de aquellas horas privilegiadas hasta que la aurora comenzaba a dorar la puerta de San Albano. En adelante, Burckhardt es para la posteridad el *Praeceptor Helvetiae.*

Cundía por Europa aquella profunda transformación de todos los órdenes culturales que bien pudiera fijarse hacia 1860 y que Burckhardt contemplaba desde su Belvedere. Son los tiempos de Baudelaire, Mallarmé, los Goncourt, Rimbaud, Lautréamont; del Salón de los Rechazados y la pintura de Manet, Degas, Monet; de Wagner y la mística wagneriana; de las revaloraciones de la ciencia y las expansiones de la industria; del *Capital* de Karl Marx. El tráfico, el ferrocarril, encadenan y sensibilizan todas las regiones de la tierra. La circulación es más intensa. Es la era del lucro. Burckhardt medita en los esfuerzos de ascetismo a que se verán obligados los creadores de la ciencia y del arte, para no sentirse arrebatados por el torbellino de negocios de las grandes metrópolis. Fiel a su consigna de probidad, y también a las tradiciones sencillas de la aristocracia suiza a que pertenecía, declina el honor de suceder a Ranke en la cátedra de Berlín y prefiere su modesta aula. "No me convenzo —escribe en 1863— de que sumergirnos en el caos nos haga mejores o más sabios. No siento la necesidad de predicar la Gran Alemania ni la Pequeña Alemania, pero sí de decir lo que pienso." Celoso guardián del tesoro, que veía avanzar la ola de la barbarie al punto de presentir los extremos del totalitarismo con sorprendente nitidez, se aferraba en su sacerdocio de la inteligencia y la belleza, convirtiendo su modesta celda en uno de los focos más vivos del sentimiento europeo, de donde partían los últimos fulgores de aquel universalismo que evocan los nombres de Kant, Goethe, Schiller, Humboldt.

Como todos los espíritus nobles, sufre y se angustia ante la guerra de 1870 y las amanezas que entraña para el futuro, no sin derivar una enseñanza sobre el sentido histórico. En su famosa carta de Año Nuevo, 1870, leemos:

> Lo más ominoso no es para mí le presente guerra, sino la era de guerras en que entramos y la consecuente adaptación del espíritu. ¡Cuánto, oh cuánto de lo que han amado los hombres cultos habrá que tirar por la borda a título de mero lujo espiritual! ... Piénsese sólo en la cantidad de literatura que va a quedar destruida. Lo que de aquí se salve será porque posee cierta dosis de eternidad. Y cuanto en adelante se produzca, si ha de alcanzar valor permanente, tendrá que surgir

de un sobrehumano esfuerzo de verdadera poesía... En cuanto a mí, como profesor de historia, he llegado a una conclusión manifiesta, y es la desvalorización súbita de los meros acontecimientos pasados. En adelante, mi cátedra insistirá en la historia de las ideas, sin retener más que un armazón de acontecimientos indispensables. (Alguna de las *Intempestivas*, de Nietzsche, parece inspirarse en el ejemplo de Burckhardt.)

El afán de lucro y el afán de poder —reflexiona Burckhardt— se han adueñado del mundo, y esta marea creciente producirá una era de esterilidad para la cultura. Las guerras se engendrarán una a otra en funesta continuidad. Y las profecías de Burckhardt, en cartas a los amigos, corren a grifo abierto.

> Desengáñese la triste nación alemana si sueña que pronto podrá arrimar el mosquete y consagrarse a las artes de la paz y la felicidad. Los dos pueblos más civilizados del Continente se han condenado a abdicar de la cultura. Mucho de lo que interesaba y deleitaba a los hombres en julio de 1870 les resultará indiferente en 1871.

El "mal bismarckiano", el antiguo mal de la conquista, va vehiculado ahora por las ideas nacionalistas que lo hacen más virulento, más insaciable que nunca, de modo que llegará a extinguir la confianza de los pequeños Estados, y humillará y degradará a los vencidos hasta hacerlos abdicar de su derecho a la vida. La consecuencia lógica de esta guerra sería enviar tropas hasta Burdeos y Bayona, y ocupar durante muchos años todo el territorio francés con un millón de soldados alemanes. ¿Podrán hacerlo, se atreverán a hacerlo? Pero a la hazaña de Prusia espera igual destino que a Napoleón y a Felipe II. Tras esta guerra, "en que Alemania y Francia han sido derrotadas por Prusia", sobrevendrán la melancolía germánica, por verse obligado el pueblo a seguir alimentando la hoguera con su propia sustancia, y la máquina infernal de recelos en Francia y en Rusia. Aun es de asombrar que tarden tanto en estallar las nuevas catástrofes. Los Hohenzollern, destronando a los príncipes con quienes todavía la víspera banqueteaban, han demostrado que el antiguo derecho no es respetable y están cavando su propia tumba. Su dinastía durará más o menos lo que dure una generación.

Las coronas dejarán el sitio a las capacidades extraordinarias exigidas por la enormidad del conflicto, subordinándose al Soter o salvador, el Führer, cuya fisonomía despótica Burckhardt prevé con tal lucidez que asegura: "Podría pintarlo desde ahora." "El placentero siglo XX verá otra vez al poder absoluto levantar su horrible cabeza", y además, será la era de los grandes partidos político-militares, de las corporaciones armadas. Desde 1880 preveía el recrudecimiento de las persecuciones contra los judíos. La incauta Italia, engañada por el falso sueño de erigirse en gran Potencia y en Estado militar centralizado, tendrá un triste despertar. La cuitada Francia, donde la carrera de las armas "no es ya una carrera como en Prusia", está corrompida por mercenarios, monarquistas y boulangistas. El proceso de descomposición sólo encontrará resistencias que se recluten entre los peores elementos, y así, por su acción y aun por la reacción que provoque, arrollará las herencias humanas más preciosas.

Ya viejo, escribe estas palabras de terrible clarividencia:

> Hace tiempo estoy convencido de que muy pronto el mundo tendrá que escoger entre la democracia total o un despotismo absoluto y violatorio de todos los derechos. Tal despotismo no será ejercido por las dinastías, demasiado sensibles y humanas todavía para tal extremo, sino por jefaturas militares de pretendido cariz republicano. Verdad es que cuesta mucho el imaginar un mundo cuyos directores prescindan en absoluto del derecho, el bienestar, la ganancia legítima, el trabajo, la industria, el crédito, etc., y apliquen un régimen fundado nada más en la fuerza. Pero a esta ralea de gente ha de venir a parar el poder, por efecto del actual sistema de competencias y participaciones de la masa en la deliberación política (13 de abril de 1882).

En la más reciente edición de las *Reflexiones*, aparecen estos fragmentos adicionales:

> En vez de la cultura, vuelve a estar sobre el tapete la existencia escueta. Por muchos años, al simple antojo de lo que se llaman las mejoras se contestará con la referencia a los inmensos dolores y pérdidas sufridos. El Estado volverá a asumir en gran parte la alta tutela sobre la cultura e incluso a orientarla de nuevo, en muchos aspectos, según sus propios gustos. Y no está descartada la posibilidad de que ella misma le pregunte al Estado cómo quiere que se oriente. Ante todo, habrá

> que recordar a la industria y al comercio, del modo más crudo y constante, que no son lo fundamental en la vida del hombre. Tal vez morirá una buena parte de todo ese follaje lujurioso de la investigación y las publicaciones científicas, y también de las artes; y lo que sobreviva tendrá que imponerse un doble esfuerzo... La crisis iniciada por una causa es soplada por el viento poderosísimo de muchas otras causas, sin que ninguno de los copartícipes individuales pueda decir nada acerca de la fuerza que en definitiva prevalecerá... Se adjudicará al Estado, entre sus deberes sin cesar crecientes, todo aquello que se cree o se sospecha que no hará por sí sola la sociedad. Tengo una premonición —dice a Preen— que, aunque parezca insensatez, no puedo alejar de mi mente, y es que el Estado militar que se avecina va a convertirse en una gran fábrica. Esas hordas humanas de los grandes centros industriales no pueden quedar abandonadas indefinidamente a su hambre y a su codicia. Por fuerza sobrevendrá, si hay lógica en la historia, un régimen organizado para graduar la miseria, con uniformes y ascensos, en que cada día empiece y acabe a toque de tambor.

El industrialismo invasor, que pudo embriagar a sus contemporáneos, le aparece desde 1870 como un monstruo apocalíptico. La cultura, expulsada del núcleo, será encomendada a la clase subsidiaria de los intelectuales a modo de adorno sin seriedad. No de otra suerte la nobleza salvaje de la Edad Media relegaba al oscuro clero los humildes menesteres de rezar por la salvación de los hombres. Los escritores se verán obligados a ser meros propagandistas; los artistas, a tratar temas sin consecuencia, frenando el afán peligroso y aventurero que late en el seno de todas las grandes creaciones. Confiemos en que logren salvarse algunos ascetas de la creación desinteresada. En ellos funda Burckhardt su "humilde esperanza".

Y la obra que aquí se publica denuncia la "ilusión acústica" en que la humanidad viene viviendo por varios siglos, como paradójica consecuencia de la prensa y la difusión de los conocimientos: la ilusión de figurarse que todo, hasta las fuerzas materiales, se gobierna conforme a razón raciocinante (como lo creían en su candoroso optimismo los hombres de la Ilustración); y señala lúcidamente el peligro de que tales fuerzas, en cualquier momento, se adueñen del mundo por sus propios caminos, a menos que se prevenga con tiempo

una resistencia espiritual. La doctrina cristiana sobre la corrupción del hombre —declara Burckhardt— ha llegado a extremos insoportables al llenarse de excrecencias inútiles, pero reposa en un entendimiento de la naturaleza humana mucho más profundo que la teoría del "buen salvaje" de Rousseau. El bien sólo se logra mediante un esfuerzo consciente y educado. Cuando se le escapan a Burckhardt algunas protestas contra la palabra "democracia", debemos entender que no van dirigidas contra el ideal democrático del bien común, que era su credo fundamental, sino contra todo procedimiento de abandono a los impulsos ciegos. Tal fue la ruina de Atenas, en que poco a poco los sabios quedan supeditados a los poderosos.

Aun cuando Burckhardt se guardaba, ante el público y en la cátedra, de extremar el horror de sus profecías más allá de los límites de la conciencia histórica, no es posible disimular que, en la intimidad y en cartas a los amigos, la angustia profética alcanza a veces una temperatura enfermiza, llegando a hacerle dudar de los beneficios de propagar la cultura, desde el momento en que ésta, desviada de sus fines auténticos, sólo se encamina a procurar el poder y el lucro.

La simple enumeración de los trabajos de Burckhardt marca los hitos de su desarrollo, camino de la resultante, que esto son las *reflexiones.*

Su *Época de Constantino el Grande* (1852) estudia la decadencia de la Antigüedad, estrangulación de la cultura por las potencias exacerbadas del Estado y la Iglesia, y le proporciona uno de los instrumentos que ha de aplicar al análisis de las civilizaciones. Es su primera obra y la más propiamente histórica en el sentido tradicional del género, pero donde se siente ya que el intérprete gana terreno sobre el narrador.

En su *Cicerone* (1855), vuelve al itinerario italiano a la manera del joven Mommsen. Bajo la apariencia de una simple guía monumental, y juzgando según sus ojos, sin que le cohiban los juicios de autoridad ajena ni las estratificaciones de la rutina —rasgo general de su mente—, construye una interpretación estética que se ha comparado a la de Wölfflin o a las más avanzadas de nuestros días y que es uno de los

documentos más auténticos del "impresionismo". Se ha dicho que sólo le superan Winckelmann y Ruskin. Su gusto es certero y no se embaraza en las recetas de géneros y estilos. Su clásico aplomo lo libra de aquella proclividad étnica hacia las monstruosidades y extrañezas. Se defiende del arrobo romántico ante el gótico, reivindica el gótico italiano. Su juicio parte del choque intuitivo con el objeto artístico, y sabe que el efecto estético no puede sustituirse racionalmente o mediante palabras (Croce). Nietzsche escribía a su amigo Gersdorff: "Hay que levantarse y acostarse leyendo el *Cicerone* de Burckhardt. Pocos libros hay que aviven tanto la imaginación y que mejor preparen para penetrar las concepciones artísticas." *

A continuación publicó su obra más difundida, *La cultura del Renacimiento en Italia* (1860), obra que le dio definitivamente un sitio entre los clásicos de la historia de la cultura y despejó nuevas perspectivas sobre las posibilidades del género histórico. Cumplido ya antes su deber para con el arte italiano, lo da aquí por conocido —lo que se le ha censurado— y entra con desembarazo en la psicología de la época. Algunos objetan la impaciencia con que abrevia el tránsito entre la Edad Media y el Renacimiento, donde se movía más a sus anchas. Otros lamentan que pase por alto las bases materiales del cuadro, o que le importe el saldo anacrónico mucho más que la cronología. Los cargos recaen todos fuera del contenido del libro, cuya originalidad y valor han resaltado más con los años, no obstante su desigual densidad y los leves deslices del "esteticismo". Stendhal había expandido el individualimo de los moralistas franceses en un esbozo inconexo de moral social, en unas generalizaciones seductoras y aventureras sobre la "historia de la energía", con ejemplos tomados de Francia, Alemania, Inglaterra e Italia. Burckhardt recoge esta inspiración y la proyecta sobre Italia con una estrategia ya metódica. Este libro prepara la

* "Ya a los veinte años había escrito sobre las catedrales suizas, y al entrar en Bonn escribió acerca de las iglesias del Rin... En 1847, a petición del autor, editó el *Manual de pintura* de Kugler, añadiendo una buena cantidad de material propio." G. P. Gooch, *Historia e historiadores en el siglo xix*. Trad. E. Champourcin y R. Iglesia. México, Fondo de Cultura Económica, 1942, p. 576. Según Gooch, Burckhardt entiende menos de escultura que de arquitectura, y sus opiniones sobre la pintura "son estimulantes".

visión definitiva de Burckhardt sobre el bien histórico, en relación siempre con la personalidad de los hombres.

Cuarenta años le quedaban de vida. No llegó a publicar otra obra, consagrado del todo a sus lecciones y conferencias. De ellas han resultado los dos libros póstumos, *Historia de la cultura griega* y *Reflexiones sobre la historia universal,* cursos ambos que tanto impresionaron a Nietzsche y cuya publicación Burckhardt sólo autorizó en artículo de muerte. En 1866, escribía a un correspondiente: "Ninguna de mis conferencias se imprimirá, porque como conferencias nacieron a la vida y la impresión las perjudicaría, mostrándolas como tapices vueltos de revés." Y así quedaron estas obras, en parte a medio redactar, aunque los editores póstumos les han dado la articulación indispensable, con sumo respeto y discreción según todas las apariencias.

Burckhardt comenzó a trabajar en su *Cultura griega* por 1869 e hizo su primer lectura académica en 1872. Aparte de las razones aducidas, se abstuvo de la publicación por escrúpulo profesional. No se sentía especialista en achaques filológicos. Sabía de sobra que, mientras dormían sus notas, los trabajos helenísticos iban renovando el terreno, con rica aportación de epigrafías y otros testimonios, los cuales bien podían rectificar sus fuentes exclusivamente literarias. Y en efecto, a la aparición de la obra no faltaron los celosos reparos. Gran pecado de Wilamowitz, imperdonable miopía de su parte el haberse apresurado a declarar "fuera de la ciencia" una obra imperecedera en conjunto, cuyas direcciones sigue hoy la posteridad con veneración y provecho. Cupo a Burckhardt, respecto a Grecia como respecto a Italia, la suerte de los precursores, que provocan la impaciencia de los contemporáneos y, al igual del Cid, ganan la batalla después de muertos. Burckardt

> rechaza por completo la idealización del mundo griego que Curtius había heredado de Otfried Müller, Goethe y Winckelmann. El hecho mismo de no ser especialista, de haberse acercado a Grecia ya tarde, con la vista adiestrada en otros campos, presta a su libro una espontaneidad poco común (Gooch).

En cuanto a las *Reflexiones,* que hoy aparecen por primera vez en nuestra lengua por el inteligente cuidado de

Wenceslao Roces, proceden del curso universitario, cuyas notas fueron organizadas por Jakob Oeri, sobrino de Burckhardt, con el aditamento de las conferencias finales. El libro apareció en 1905.* Los capítulos I a IV son la materia del curso universitario (1868-1885) e incorporan un curso anterior sobre la "Introducción al estudio de la historia". Entiendo que el capítulo IV, "Las crisis históricas", quedó cabalmente redactado entre los manuscritos de Burckhardt; el capítulo V, "Individuo y colectividad o De la grandeza histórica", reúne sus tres conferencias de 1870 en el Museo de Basilea; y el capítulo VI, "Sobre la dicha y el infortunio en la historia", es una conferencia leída en el propio Museo el año 1871. Esta compleja elaboración debe tenerse en cuenta al leer la obra y al juzgarla, y crea no pocos problemas al traductor, entre la tentación de clarificar algunas confusiones del texto, como lo hizo S. Stelling-Michaud en su versión francesa,** y el deber de conservarse fiel, incluso a las oscuridades posibles del original, según lo hace la traducción que presentamos. En cuanto a la traducción inglesa arriba citada, se ofrece modestamente como un auxilio para la lectura del texto alemán. Hay una reciente edición norteamericana (*Force and Freedom,* Nueva York, Pantheon Books Inc., 1943) precedida de un extenso estudio de James Hastings Nichols, que aquí hemos aprovechado. En el estudio de Nichols encontramos estas justas palabras:

> Sólo después de setenta años estamos en condiciones de comprender el Continente de 1871 como Burckhardt lo interpretó en sus días. Burckhardt entendió desde entonces nuestro mundo de 1941 mejor que muchos de nosotros.

Nichols lamenta el desagrado de Fueter y de Croce por la desconfianza de Burckhardt ante los abismos que veía abrirse, como consecuencia del camino que tomaban las democracias, lo que lleva a ambos críticos a desestimar el verdadero pen-

* Hay otra nueva edición en alemán (Berna, Editorial Hallwag, 1941), complementada con pasajes adicionales cuya inclusión se iba aplazando por su "excesiva actualidad política", al cuidado de Werner Kägi, sucesor de Burckhardt en la cátedra de historia de Basilea, con una interesante introducción, en que se declara que esta obra es "la más personal de Burckhardt", y una antología de juicios laudatorios bien seleccionados.

** J. Burckhardt, *Considérations sur l'histoire du monde.* París, Alcan, 1938.

samiento de nuestro autor, actitud que ha contribuido a falsear la imagen que de él tienen algunos, representándolo como un mero epicúreo irresponsable y desentendido de cuanto no fuera el deleite estético. En verdad, agrega Nichols, las *Reflexiones* son una "historia de los valores de la civilización occidental" y, sin proponérselo, un tratado político al modo de Platón y de Maquiavelo. Como Agustín traza el panorama de su época, amenazada por la codicia de los godos, así el ensayista suizo recoge el saldo de su tiempo cuando los nuevos bárbaros están a las puertas.

Consta que, durante la elaboración de estos cursos, Burckhardt se sintió atraído hacia cierto grupo de jóvenes alemanes que frecuentaban su aula: Erwin Rohde, el barón von Gersdorff, el catedrático Nietzsche que tenía unos veinticinco años y a quien Burckhardt ya doblaba la edad. Le unía con ellos la tendencia schopenhaueriana; aunque ellos, en su juvenil vehemencia, no se conformaban del todo con la "desesperación recatada y discreta" del maestro y, por entre la selva de sus enseñanzas, ansiaban ya salir al campo llano de alguna "ilusión salutífera" que los redimiera del pesimismo.

Burckhardt establecía la estructura y la sembraba de ideas fértiles. Y antes y después de las lecciones, discutía con sus jóvenes amigos e iba, en cierto modo, edificando unas conclusiones de seminario. No disimulaba sus inspiraciones, en este ni en ninguno de sus anteriores trabajos. Respecto al origen de la tragedia y su misteriosa relación con el impulso musical, por ejemplo, las alusiones a Nietzsche son transparentes. Los cursos desentrañaban el rumbo para la *Psyche* de Erwin Rohde (1893-94). Nietzsche recibía estímulos directos y se sentía confirmado en su aplicación del "principio dionisiaco". Allí aprendió a reírse de la "impasibilidad griega" y robusteció sus atisbos sobre el "pathos helénico" y su desconfianza, en nombre de la cultura, frente a la acción de la Iglesia y del Estado. Allí tomó pie para su camino aventurado y "zigzagueante": individualismo extremado, aristocracia y anarquía intelectuales, etc. Acaso se deba a la misma influencia su paulatina decepción de la religión wagneriana, religión que Burckhardt no compartía.

Naturalmente que Burckhardt y Nietzsche estaban des-

tinados a separarse, siguiendo cada uno la declinación de su destino. La separación no significó nunca distanciamiento amistoso. El maestro es fiel al discípulo, a quien acompaña de lejos con atención algo temerosa. Y cuando ve confirmados sus temores y recibe cierta carta en que Nietzsche declara ser Ferdinand de Lesseps, se apresura a comunicarse con el profesor Overbeck, quien acude a recoger a Nietzsche en Turín, donde éste se encontraba ya en estado de trastorno mental. Nietzsche, por su parte, sabía bien lo que se decía cuando aseguraba que los únicos capaces de entenderlo eran Burckhardt y Taine. El leve matiz de ironía que translucen algunas cartas de Burckhardt no es más que la expresión habitual de su espíritu desengañado, ante los sueños excesivos de Nietzsche. La armonía que entre ambos no se fundó nunca en el temperamento, sino en la inteligencia. Burckhardt, hombre de comprobaciones científicas, resultaría profeta del pesismo por la nitidez de sus previsiones racionales. Nietzsche será más bien profeta de predicaciones y admoniciones, al modo del Viejo Testamento.*

Los discípulos nos han dejado algunas "instantáneas" sobre el catedrático Burckhardt. Carl Spitteler habla de su fácil elocución, algo frenada a veces por la conciencia de la grevedad de los temas; de cómo entraba a toda prisa, colocándose siempre de pie frente al escritorio y nunca detrás, y atacaba el asunto sin preámbulos, conforme a la costumbre de Basilea, que parece haber tachado los exordios de su programa. No se detenía a buscar las palabras, no vacilaba, no se corregía nunca. El discurso daba la impresión de un ejercicio religioso, de una plegaria por la historia. Brillante en la metáfora, agudo en la ironía, el sarcasmo y el desdén. Sin perdón para la humana locura, pero reverente para el dolor histórico. Sutilísimo en la apreciación literaria, que solía disimular con negligencia o como sin darle importancia. Nunca intimidado por los "argumentos de autoridad". Rudolf Marx (a quien se debe la versión de las *Reflexiones* publicada en la colección Kröner) asegura que la emoción sofo-

* Sobre estos puntos, me refiero a la reseña de la traducción inglesa, a la carta de Luis Araquistáin y a la respuesta de Oscar Levy, editor de las traducciones inglesas de Nietzsche, publicado todo ello en *The Times Literary Supplement*, Londres, 8 y 15 de mayo y 5 de junio de 1943.

caba a veces su voz, cuando por ejemplo hablaba de la Madonna Sixtina de Rafael o del Hermes del Vaticano. Callaba entonces un instante, como para contener las lágrimas, y durante esos silencios sólo se escuchaba el rumor del Rin. (*Ap.* Croce, *op. cit.*)

Podemos imaginarlo como un catedrático a quien la cátedra no logró encallecer, indemne a las enfermedades profesionales; generoso al punto de no desconcertarse jamás con las objeciones, y siempre capaz de absorberlas en su vigoroso liberalismo y en su conciencia tan despierta para la complejidad de las cosas. Adiestrado en la Antigüedad y en el Renacimiento, no teme, pertrechado con tan buenas armas, lanzarse a campo traviesa por las sendas del diletantismo, único medio —según él mismo nos explica— de dominar hoy por hoy el cuadro completo de la cultura, aunque convenga ser experto en un arte determinado y penetrarse bien de que el trabajo intelectual no debe aspirar a ser un mero goce. Preocupado por todo lo humano, no hay manifestación del espíritu que lo encuentre sordo, en tanto que sus contemporáneos Riehl y Freytag no salían del pueblo alemán, que es el modo de no entender a un pueblo, aun cuando ello fomente el patriotismo y sirva a otros usos de propaganda extraños a la ciencia. Más atento a los significados que a las coordenadas de los hechos; nunca soldado raso de la erudición, sino capitán del conocimiento. Hombre sin edad, tan amigo del viejo como del joven, por plástica gracia de la inteligencia; tan apto en la compañía como en el consejo; y en suma, como tenía que ser el que supo fascinar a Nietzsche. Simpático por naturaleza, se apoderaba sin esfuerzo de sus auditorios, inquietándolos con su sinceridad y su audacia, a imagen del famoso tábano; mientras, por otra parte, suscitaba en sus discípulos el valor de la iniciativa y aun las legítimas deslealtades que el verdadero magisterio tiene la incumbencia de engendrar. Véase, en esta carta a Nietzsche, una declaración sobre su entendimiento de la historia y una revelación de su temple socrático:

> Mi pobre cabeza nunca ha sido poderosa, como la de usted, para reflexionar sobre las razones últimas, los propósitos y los fines deseables de la ciencia histórica. Sin embargo, como

maestro y conferenciante, creo poder afirmar que nunca sujeté la enseñanza a eso que responde al rimbombante nombre de historia universal, sino que siempre consideré mi materia como un asunto sintético. Me he esforzado por poner a todos en posesión de aquellos sólidos fundamentos indispensables para su propia obra ulterior, y sin los cuales ésta carecería de sentido. He hecho cuanto podía para que se adueñasen del pasado, en todas las formas y maneras, sin enfermarse con él. He querido que cosechen por sí mismos los frutos, y jamás pretendí avezar eruditos o educar discípulos en el concepto limitado del término. Sólo he deseado que cada uno de mis oyentes sintiese y supiese que puede por sí mismo buscar y asir lo que a su personalidad conviene, y que hay un deleite en hacerlo. Nada me importa que por esto se me acuse, como es muy probable, de *amateurismo*.

El libro que ahora se publica viene a ser, en concepto si no por la intención o la fecha, algo como el testamento de Burckhardt, la última proyección que dibuja sobre todas sus generalizaciones históricas, en un esfuerzo sintético parecido al de Montesquieu. Tras de investigar la historia moral del pasado helénico, el bizantino, el italiano, pasea por otras regiones y levanta "el armazón de acontecimientos indispensables". El libro se ofrece sencillamente como una introducción para convidar al estudio de la historia, e infiere, de la observación misma y no de supuestos metafísicos, algunas regularidades fenomenales que fundamentan su entusiasmo por la obra incansable de la libertad. No quiere ser entendido como "filosofía de la historia" (contradicción en los términos, dice él: la filosofía subordina, la historia coordina), porque todavía está encima la sombra de Hegel y parece que toda filosofía de la historia lleva una ambición finalista. Esta ambición, a poco que se cambien los términos y se diga "Dios" en lugar de "Razón" o "Espíritu", nos conduce otra vez a la teodicea agustiniana. Y nosotros nada sabemos sobre el objeto y el destino del universo, y ni siquiera conviene que lo sepamos. En efecto, una vida prevista dejaría por eso mismo de ser vida. La voluntad que nos anima tiene que adelantar ciegamente, entre reto, apuesta y peligro, pena de desvanecerse en la certeza absoluta de lo "previvido". Un latido de la "evolución creadora" parece cruzar esta página de Burckardt.

No esperemos, pues, de Burckhardt un tratado de historia. Su libre ensayo personal omite lo inexpresivo y sólo destaca lo que sirve para tramar el hilo de sus observaciones. Despierta sin duda el apetito por los estudios históricos, pero no prepara a ellos en el sentido propedéutico; antes da la historia por conocida. Y a ello se deben la originalidad y la fecundidad de las *Reflexiones.*

Es peligroso reducir este libro en unos cuantos párrafos. Ante todo, porque pierde su encanto, su jugosa vitalidad, como la caña prensada. En seguida, porque el pensamiento de Burckhardt es muy flexible y todo compendio tiende a la rigidez. Finalmente, porque el mismo autor ve su materia como una materia fluida, aunque, para mejor examinarla, la contemple a través de una leve cuadrícula. Con todo, intentaremos dar una exposición de conjunto. Téngase en cuenta que nos veremos precisados, por una parte, a cambiar el orden de las tesis; por otra, a cargar un poco las tintas. Y téngase en cuenta, además —circunstancias que a veces olvidan los comentaristas—, que, como ya lo explicamos más por detalle, la obra procede de un amasijo de notas para el curso, luego hilvanadas por mano ajena para la lectura corriente, y a la que se añadieron las conferencias últimas que el autor dejó redactadas. Tal vez hemos perdido algunas aclaraciones complementarias confiadas a la improvisación oral. En ocasiones, atento a despertar la imaginación histórica de sus discípulos, el maestro se limita a enumerar problemas, a señalar sugestiones, cuyo desarrollo no se propone o deja para mejor ocasión. En nota al capítulo II, escribe: "Otra vez ensayaremos establecer un código del llamado *derecho de los pueblos* (a la conquista), el cual, según Niebuhr, consiste en rezar primero un *Padrenuestro* y luego lanzarse a la carga." Burckhardt avanza como un descubridor apresurado, plantando banderas para los exploradores futuros. El vasto campo reconocido por él no ha entrado todavía cabalmente en la posesión de la historia.

Es enojoso verse en trance de cargar las tintas, de forzar la mano al autor. A través de nuestro resumen, parecerá sistemático en sus puntos de vista, exagerado en sus inclinaciones temperamentales. Estas inclinaciones, Burckhardt las

sofrena cuanto puede, en su magno empeño de objetividad científica y en su acatamiento algo escéptico de los hechos. Es más: para disipar esta ofuscación subjetiva escribió el ensayo que cierra el libro, previniéndonos contra las especies de prejuicios de que levanta un minucioso inventario: la simpatía, la impaciencia, el finalismo, la misma devoción unilateral por la cultura de que se sabía afectado; pequeño breviario de lógica histórica que recuerda los "ídolos" baconianos. En cuanto al sistematismo, Burckhardt lo corrige sin esfuerzo, porque era extraño a su naturaleza. Su probidad mental le impide escamotear los hechos que pudieran atenuar o hasta contrariar sus afirmaciones. Traza un contorno con la pluma y lo borra un poco con el dedo. Su claridad de visión le presenta de un golpe la imbricación de los fenómenos, con sus facetas cambiantes y aun opuestas. Su conocimiento histórico le impide caer en la monomanía simplificadora de otras épocas. Su fertilidad desata a un tiempo varios procesos ideológicos.

Con estas reservas a la vista, nos atrevemos al resumen.

El bien histórico —única aspiración permanente en el vaivén de la historia— es el florecimiento de la persona humana. No se trata de un desarrollo lineal y progresivo, artificialmente superpuesto al corte longitudinal y cronológico, idea que Hegel introduce como un místico supuesto previo en vez de probarla por observación o inferencia, no. La aspiración es permanente; la realización, accidentada y nunca definitiva, aparece aquí y allá, ayer o mañana, en forma de equilibrio inestable. Sólo se la puede apreciar abriendo cortes transversales en el largo episodio humano, lo que explica el plan de la obra. Asistimos a una constante lucha prometeica. Por eso —escribe Burckhardt—, "nuestras reflexiones tienen un carácter patológico". El punto de vista de Burckhardt es una "teoría de las tormentas".

Hay que examinar, pues, el suceder histórico en sus auroras y en sus anochecidas: Grecia, Constantino, el Renacimiento nos han preparado a la tarea. Dejamos de lado las confusiones de orígenes y los lentos desprendimientos antropológicos. Ellos nos alejarían del fenómeno maduro que pretendemos estudiar —las sociedades activas y creadoras— y

nos llevarían al terreno resbaladizo de lo no comprobado, a los supuestos previos de que venimos huyendo. La historia se estudia "in media res" y es el único conocimiento que no puede comenzarse por el principio.

Este viaje a través de las composiciones y descomposiciones de las sociedades se orienta conforme al efecto de tres agencias principales: el Estado, la Religión y la Cultura, tríada que no aspira al sistema, sino que sólo da un nexo a las observaciones desperdigadas, y que corresponde a la estructura de los intereses vitales como la entiende Dilthey. A falta de esta referencia a las categorías de valores, seríamos víctimas del vértigo histórico y nada entenderíamos. Por aquí llega Burckhardt a una tipología sociológica que anuncia a Max Weber ("el hombre del Renacimiento"; "el griego de la edad heroica", etc.), y a cierta definición de estilos de vida y climas de opinión; aunque —siempre laico y siempre historiador— se defiende de toda "periodización" biológica o mística. Su Grande Hombre, por ejemplo, no es producto de la Providencia, sino de la libertad.

Estables el Estado y la Religión, movible la Cultura, en ésta radica el bien histórico bajo especie de libertad, que sin aquéllas tampoco podría realizarse. El Estado es una organización de la fuerza, que acaba por sustentar el orden. La Religión, sentimiento de una dependencia sobrenatural, satisface la necesidad metafísica del hombre para obtener cuanto no puede obtener por sí mismo. Con su cristalización en Iglesia empieza el peligro, el cual aumenta conforme nos acercamos al tipo máximo, que es el proselitismo de toda Iglesia universal, siempre dotada de una escatología o doctrina del más allá. El tipo mínimo viene a ser el de cierta manera de pensar, sin dogmas, cultos ni prescripciones, que asume, sin embargo, la importancia de secta, como el estoicismo entre los antiguos y aun la misma filosofía enciclopédica de la tolerancia en el siglo XVIII, la cual tuvo sus adeptos y mártires, dotados de cierta energía mística. Esta última observación anuncia de lejos algunas tesis recientísimas: tal el libro de C. L. Becker, *La "Ciudad de Dios" del siglo XVIII*.*

Las dos agencias estables, Estado y Religión, no logran en

* México, Fondo de Cultura Económica, 1943.

cualquier tiempo su plenitud o mayoría de edad, sino sólo en los "momentos favorables de fijación". Ambas tienden en principio a la universalidad, ya política o metafísica, y tienen en último resultado efecto compulsorio. Frente a ambas, y en postura defensiva y crítica, la Cultura es el movimiento del espíritu en libertad, sin sombra de afán compulsorio; es la respuesta a nuestras necesidades terrestres e intelectuales, ya en el orden material y técnico, ya en las artes, la literatura y la ciencia. La Cultura "es el reloj que marca la hora en que la forma y la sustancia del Estado y la Religión no se cubren exactamente entre sí". Toda rigidez institucional le es hostil, a tal punto que "los universitarios y los profesores han contribuido a menudo al retardo de la ciencia". Pero la irrestañable sinceridad obliga a Burckhardt a declarar que, en ciertos instantes, el retardo moderado en la marcha de la cultura no es acaso un perjuicio.

Las tres agencias se entrefluyen, se reabsorben o disgregan, se enredan o procuran su predominancia respectiva, así como el pasado y el presente andan mezclados en cada instante. Cuando en su conjugación no hay la armonía que garantice la libertad de la Cultura, sobreviene la crisis, tal vez la muerte. La Cultura requiere un equilibrio indeciso y delicado, levísima vibración coloidal que sostiene el edificio humano.

Ante un acierto tan exquisito y efímero, Burckhardt muestra aquella desesperación intelectual que pudo inquietar a sus discípulos más ilustres, y que sólo parece aliviarse gracias al puro deleite de vivir para descubrir y afrontar la verdad. Después de todo, no disimularse el peligro es condición de la varonil templanza y gran desperezo de asepsia antes de poner manos a la obra. Gersdorff, Nietzsche, Rohde, se han entendido con un guiño y siguen escuchando al maestro.

Las anteriores investigaciones de Burckhardt nos sirven para ejemplificar y hacer visibles estas aseveraciones abstractas. Véase el caso de la Antigüedad. No pereció ésta por los destrozos superficiales del bárbaro ni por la mina subterránea del Cristianismo. Murió de su propio desajuste. El Estado se hizo un Leviatán. La pureza religiosa se refugió en la ascética y la monástica. La Iglesia, ayuna de verda-

dera fe en la mente de Constantino, se sumó a la estabilización del Estado. Y entonces el hombre agonizó, por coagulación del flujo vital de la Cultura.

Absorbente por esencia de los jugos de la Cultura, la Religión, al rebasar su órbita, fija y embalsama los antiguos despotismos teocráticos —Egipto, Asiria, Babilonia, Persia— igual que amenaza embalsamar y fijar ese futuro despotismo guerrero que Burckhardt adivina en sus profecías. Pero la Religión por sí sola no es más que el autor intelectual, y el delito no se consumaría sin la connivencia del brazo secular, del Estado. Los pueblos en tal servidumbre se entregan a la mera repetición, cercenada en ellos la facultad viva por excelencia, que es el rejuvenecimiento constante. En cambio, la libertad de pensamiento que un día disfrutaron Grecia y Roma se debió a que la Cultura era función regular de la Polis, no contaminada de aquel "virus sagrado" que ocasiona las precipitaciones funestas. La contaminación proviene de las influencias orientales. Claudica el mundo antiguo, y en adelante se vive por referencia a la idea sobrenatural, y según los intereses de una casta hierática que ataca o ayuda a los Estados conforme le sean rebeldes o sumisos.

Las reformas del Estado moderno, encaminadas a su emancipación, son bienvenidas. Pero el schopenhaueriano y wagneriano difícilmente podría engañarse. A sus ojos, el Estado, visto de cerca, revela su etimología de casta brutal y sanguinaria. ¿Admitiremos, con Hegel, que el Estado trabaja, por prescripción divina, para instaurar en la tierra el reinado de la moral? La moral aparece a Burckhardt como asunto del fuero interno, ligado a la libertad de la Cultura. La misión suficiente (y negativa) del Estado es fincar una tregua en los conflictos de las fuerzas desordenadas, superponiéndose como una fuerza mayor: nunca, prescribir el pensamiento. Pues la fuerza, en sí, es el mal, y su única justificación es encadenar la brutalidad por el temor. Engendro de la "libido dominandi" —pecado mortal verdadero según Pascal y La Rochefoucauld—, el Estado, entregado a su sola ley, que es "gozo vacío y desolado de imperio", sólo aspira al dominio y al ensanche de sus dominios. Toda la historia moderna lo demuestra: Federico II, Luis XIV, "monstruo

mongólico más que occidental"; y añadamos, Napoleón, Bismarck y cuanto ahora padecemos, que es ya una tortura sin excelsitud, como un dolor de muelas.

Pero la inagotable ingeniosidad de la vida logra abrir respiraderos por entre los herméticos bloques, y por esas cuarteaduras se insinúa algo de libertad con que la Cultura se alimente. Es un alegato fraudulento el atribuir los bienes de la Cultura al Estado, no en tales casos particulares y felices —que bien pueden darse—, sino por cuanto al concepto mismo del Estado y de su misión. Se entiende la predilección de Burckhardt por los Estados pequeños, que dejan mayor juego a la iniciativa y representan el peligro menor (atenuación inmediata: imposible negar la necesidad u oportunidad de ciertas monarquías universales). También a Nietzsche nuestros monstruosos Estados modernos le resultarán cosas de grosería y barbarie. Revolviendo tales pensamientos, se ha dicho más tarde que Goethe, en su modesto ducado de Weimar, fue el último en disfrutar la perfección de Europa. El honesto ciudadano de Basilea, hecho al cantón suizo y con la mente puesta en Atenas, siente más cerca del corazón la antigua Ciudad-Estado que no los modernos imperios nacionales, pero su predilección no le ofusca al grado de desconocer tales o cuales beneficios aportados por éstos.

Una cosa es para Burckhardt reconocer, como historiador, los hechos acaecidos; otra, absolverlos en el tribunal de su insobornable idealismo. La "grandeza histórica" no tiene para él otro sentido que la intensa vida interior, aunque lleve más allá del bien y del mal convencionales, y no se la alcanza por sólo haber sido afortunado en las guerras y en los bienes. La misma acumulación de medios materiales —sea dicho contra lo que hoy llamaremos "la falacia del rascacielos"— no facilita necesariamente los apogeos culturales, cuyas surgentes están en el espíritu.

Tales son las tres agencias del suceder histórico. Este suceder revela su carácter propio comparándolo con el suceder natural. Aunque la historia tiene que aprender mucho de la ciencia de la naturaleza —la observación, la comprobación, el acatamiento de los hechos—, también se distingue

de ésta cuanto se distinguen entre sí el fenómeno natural y el histórico. La naturaleza tiende a la organización y a la conservación de los tipos. La historia es una constante mutación cuyo principio es el bastardeo, donde opera siempre el fermento de libertad. La naturaleza es lentitud; la historia, aceleración. Así lo declara Burckhardt de modo expreso e inequívoco. Importa señalarlo así, porque una autoridad contemporánea —que merece el mayor respeto por su dignidad moral, artística y científica— acaba de atribuir a Burckhardt la tesis contraria.* Tan grave desliz nos llena de estupor. Lo atribuimos al hecho de que tal juicio —según lo revela una nota— se funda en un resumen ajeno y no en la lectura directa de Burckhardt. O acaso a que el autor objetado ha adquirido el hábito de adelantar siempre sus pensamientos en sesgo polémico, como si siempre tuviera un enemigo a la vista.

Ahora bien, como toda acción, esta mutabilidad de la historia requiere un actor. El actor es el hombre en general y, en particular, el Grande Hombre, que focaliza la fuerza colectiva. Entre las agencias abstractas de que hemos hablado, discurre una agencia individual y concreta. ¿No veis prefigurarse aquí, a través de la metáfora lamarckiana, el poema nietzscheano del Superhombre? Por aquí vino a respirar aquella necesidad de una "ilusión salutífera" que decía Erwin Rohde. Los antecedentes deben buscarse en el Príncipe maquiavélico, que lucha contra la adversa fortuna; en el Héroe gracianesco, socorrido por su estrella benéfica; en el Héroe de Carlyle, en el Representativo de Emerson, en el Grande Hombre de Burckhardt.

Las actuales preocupaciones históricas, imbuidas de doctrina política, consideran con cierta inquietud al héroe, temiendo que nos retraiga al despotismo individual y a la deificación de los dictadores; imbuidas de doctrinas económicas, lo alejan, por cuanto su idolatría puede hacer olvidar la problemática material de la historia y devolvernos a las interpretaciones románticas y místicas. Y un vago resentimiento social se subleva contra todo privilegiado —aunque lo sea en el dolor y el martirio—, y la mediocridad no logra

* B. Croce, *op, cit.*, p. 114.

un consuelo efectivo llamándose a sí mismo "áurea". Los adversarios teóricos del Grande Hombre podrán negarle su grandeza, pero no su acción determinante, así sea expresión de aquellas causas profundas que ellos alegan, entre las cuales no es menos valiosa la sola virtud de la imaginación.

Por lo demás, la noción de Burckhardt sobre los Grandes Hombres no tiene nada de providencial y extremosa; y de tal modo queda desleída en la sustancia común, que hasta admite en su galería la presencia de figuras legendarias y míticas, concreciones del pensar humano que procura apoyarse en símbolos. Cuando de personajes históricos se trata, no se los hace llover del cielo, sino brotar de la necesidad multánime de los pueblos, ya como definidores, propulsores o ejecutores de la vaga voluntad dispersa. La época los cría y los lanza por incubación y por plétora. A través de ellos y en su carne mortal, se operan *fragorosamente* "las nupcias entre lo caduco y lo nuevo". Nupcias o divorcios.

Por de contado, la relación entre el Grande Hombre y la colectividad no es una relación inmediata ni ingenuamente filantrópica. Nadie pretenda computarla a milímetros, sino en sus últimos resultados, en una manera de justicia expletiva que muy bien puede arrollar a los individuos. De modo general y esquemático, en el Grande Hombre encontramos lo que no somos y anhelaríamos ser; ideal proyección que, en la realidad efectiva, mezcla extraordinarias excelencias con gigantescos defectos, transfigurados en valor positivo por la magia de la magnitud. Tampoco ha de confudirse la grandeza histórica con el poder, que puede o no acompañarla, y contra el cual Burckhardt se mantiene siempre en una guardia vigilante.

La grandeza histórica nace de la acción política, científica, artística o filosófica, término en que toda alteza se resume. Cuando una de estas acciones, expresión de una voluntad colectiva que se conoce o que se ignora a sí propia, encuentra una idea o una forma nuevas, algo ha mudado en la conducta del hombre. Pero aquí tenemos que contar con la naturaleza, cuyas vías son parsimoniosas e intrincadas: ni siempre tiene Grandes Hombres en reserva ninguna supuesta providencia, ni siempre los genios dotados logran florecer en

la historia. Los destinos son, pues, inciertos, así como es efímero aquel equilibrio de las agencias abstractas que permite los apogeos sociales. La secreta gestación nos escapa y deja en pie todos los enigmas del optimismo. Falta saber si los Grandes Hombres lo son de veras, salvo en el caso de esos delegados de la Creación: filósofos, poetas y artistas. Falta investigar el tipo práctico: si en ausencia de Colón, por ejemplo, América hubiera caído sola de la rama o por obra de otro afortunado. Y sobre todo, queda el problema platónico que Burckhardt no aborda para no vendernos deseos por realidades, y que Nietzsche resucitará a su manera: ¿Cómo provocar el nacimiento de Grandes Hombres? *

Inclínase el historiador, reverente. Él no aporta ninguna novedad verdadera. Narra el viaje de la grandeza histórica, sin tomar pasaje en el barco. Burckhardt cede el paso a los apóstoles, con aquel súbito ahogo que delataba sus éxtasis estéticos.

En la aceleración característica de la historia, cabe todavía distinguir los procesos graduales y duraderos de los borrascosos y apresurados. Tales son las crisis, ora totales o parciales, ora verdaderas o aparentes, logradas o fracasadas: que a veces la nube simplemente pasa tronando, o se diafaniza sola, o se desfleca en tenue llovizna. Las crisis acontecen por emigraciones, invasiones, revoluciones, guerras. Traen concomitancias interiores y espirituales, transformaciones institucionales y materiales, ya benéficas, ya ruinosas. Se dan lo mismo entre bárbaros que entre civilizados, o bien por contactos de unos y otros. (Prenuncios de la "tipología" sociológica contemporánea.)

La guerra es considerada en su aspecto heroico y en sus reflejos sobre la conciencia nacional. No traspasamos la frontera de lo acontecido, ni nos entregamos por eso a los arbitrismos sobre la posible paz perpetua. El rápido trazo de las excrecencias y la modorra que pueden resultar de una larga paz, deja preparado el ánimo a la interrogación de William James sobre el "equivalente moral de la guerra". Pero, en conclusión, averiguamos que la guerra sólo es garantía de paz futura y de mejoramiento social cuando es la

* Ch. Andler, *Nietzsche, sa vie et sa pensée,* vol. II, lib. III, cap. 1, § 1.

guerra defensiva, noble y honrosa: el helenismo que se depura en las luchas contra los persas, los holandeses que sacuden el yugo hispánico. Estas guerras son siempre guerras nacionales, no profesionales o de gabinete, las cuales nunca afectan definitivamente a los pueblos.

El criterio general de la verdadera crisis, cualquiera que sea el movimiento en que se resuelva, está en la fusión de una fuerza antigua y una nueva. Es de temer que el hombre, por naturaleza, apetezca de cuando en vez un estremecimiento arriesgado. Entonces Lamartine exclama: "La France s'ennuie!" Los ejércitos de la crisis se reclutan entre los "elementos ascensionales". Cunden los anhelos de un cambio brusco. Las facilidades del tráfico aumentan la marcha del contagio. Hay confusión en la conciencia: se protesta contra el antecedente inmediato y, a lo mejor, el mal viene gestándose de muy lejos y aun radica en zonas todavía desconocidas. (Así, en los primeros instantes, la revolución mexicana no creía tener más objeto que derrocar a Porfirio Díaz.) Después se esclarecen los motivos, por suma entre los distintos órdenes del descontento. Aun pueden sobrevenir adherencias extrañas o meramente acarreadas a lomos de la crisis, o cruzamientos e interferencia de motivos. Y es el desplazamiento gradual de los "dirigentes"; y se abre el declive del terrorismo, en que la revolución devora a sus hijos.

La resultante —hecho histórico al cabo— trae buena dosis de cosas imprevisibles e imprevistas, deseables o indeseables. Se borra la imagen utópica forjada por los iniciadores. "A la luna de miel siguen los días grises y amargos." La crisis no sale según programa, sino según la masa del combustible oscuramente allegado. Por último, las energías, hasta las anárquicas, derivan hacia la disciplina, en distintos grados y caracteres, incluso la "restauración", a veces altiva y a veces timorata. Burckhardt no olvida el caso en que la casta militar sustrae al pueblo los beneficios de la crisis. Respecto a las crisis de los pueblos cultos, dotados de plenitud de recursos y conciencia más ejercitada, cede Burckhardt a una tentación harto legítima y observa, mudando la voz del historiador por la del político, que ciertas crisis hubieran podido, al menos, morigerarse y conducirse. Concluye, en

fin, que tales padecimientos son signos de vitalidad y motores del desarrollo, y que sus efectos se encaraman hasta las cimas de la literatura y las artes. Nietzsche ha de aconsejar "el vivir peligrosamente". Entretanto, Burckhardt augura: "Se alza ante nosotros la amenaza de que la crisis actual se desate en guerras descomunales." A lo largo de su jornada, este fantasma lo persigue y lo acosa. El declive le parece fatal: democracia-ceguera colectiva-cesarismo-guerras totales. Y la visión de este porvenir lo va invadiendo, según él dice, a modo de una muerte que avanza por etapas y que poco a poco lo asfixia.

Tal es la interpretación que Burckhardt nos ha legado sobre el espectáculo real de la historia. No sobre la idea de la historia, ni tampoco sobre la historia deseada o deseable. Soñar que las cosas pudieran haber ocurrido de otro modo es un juego antihistoriográfico que Croce denuncia nada menos que en Ranke, el cual se deja decir que Luis XVI hubiera atajado la Revolución Francesa en sus comienzos, si no comete el error de duplicar el número de representantes del Tercer Estado; o que la fisonomía de Europa sería diferente, si Napoleón no se obstina en perderse en el invierno ruso. No creemos que este juego haga daño, y aun es posible que sea útil como ejercicio de la mente y prueba apagógica. Cierto ensayista contemporáneo nos convida a pasear por las avenidas del cielo, donde se extienden las perspectivas de todas las historias posibles. Y el inmenso Pérez Galdós nos divierte con su personaje Confusio, que escribía una justiciera *Historia lógico-natural de los españoles*, donde las Cortes de Cádiz fusilan a Fernando VII. Como quiera, Burckhardt sólo se consintió estos escarceos en parva medida, y creemos que sólo en el caso de las crisis, para mejor revelar su mecanismo. En cambio, el sueño premonitorio parecía una forma natural de su espíritu, y sus vaticinios mantienen al lector en constante asombro.

No hace falta compartir todas y cada una de las tesis de Burckhardt (anticipémonos a la pedantería y a la pasión) para confesar sus muchas sugestiones fecundas; para admirar su concepción universal, liberada de la imantación nacional y la cronológica; para admitir su método de ataque y aná-

lisis; o reconocer su clara visión de apogeos, decadencias y analogías, que tanto ayudan a entender las mareas históricas y que rectifican los candores del evolucionismo progresista y lineal; o su psicología social, donde la sagacidad destella al rojo-blanco; o su valiente aceptación del mundo tal como nos ha sido dado; o su reserva ejemplar sobre el derecho que nos asiste para despreciar la victoria práctica.

Su pesimismo, derivado de Heráclito y de Schopenhauer, lo lleva a reconocer el mal como parte integrante de la economía del mundo. La historia, a pesar de las ilusiones ópticas, no le parece el camino de la dicha, sino del infortunio; trago amargo en que se tonifica la indomable tenacidad de la vida, cuyo destino no nos ha sido revelado. Las compensaciones son ilusorias o relativas. El bien total nunca se entrega. "No demos al mundo más respeto del que merece." Toda muerte es irreparable e insustituible y, en concepto, prematura siempre. Y, entre todas las pérdidas, la destrucción de las grandes obras del arte y la poesía es la más desesperante, por lo mismo que se ceba en nuestras creaciones más auténticas. A la falsa noticia del incendio del Louvre, Burckhardt y Nietzsche se encierran a lamentarse juntos, y desde afuera se escuchan sus sollozos. Pasa Timur, asolando los países con sus pirámides de cráneos y sus murallas amasadas de piedra y cal y cuerpos vivos. Cierto: pero la fuerza del culto que alienta en nuestro ánimo es tan esencial como sus objetos transitorios. Sólo en los cuentos de hadas la felicidad se equipara a la estabilidad. La verdadera y definitiva redención está en el conocimiento. Desde esta cumbre, la pesadilla de la historia es tan majestuosa como una tempestad en los mares. Por encima de nuestra miseria, el espíritu de la humanidad sigue renovando su morada.

"*Epimeteo.*—¿Hasta dónde llega tu imperio?

Prometeo.—Hasta donde llega mi acción. Ni más arriba, ni más abajo." (Goethe, *Prometeo,* acto I.)

México, VIII-1943.

2

I. UN DESCUBRIDOR DE AMÉRICA *

—HACE mucho, oh Boní, que quiero decírtelo y no acierto a hacerlo sin amargura: tu libro de memorias *Comment j'ai découvert l'Amérique* ha matado en mí —sea enhorabuena— las últimas esperanzas que fundaba todavía mi respeto histórico en eso que todavía llamamos la aristocracia.

Boní de Castellane (en la intimidad, o sea para todo París, Boní) es flor de familias linajudas. Es lo que llaman los madrileños "un pollo bien". Hace su rueda de pavo en torno a una rica heredera norteamericana; se casa al cabo con ella y —oh Europa incorregible— le llama descubrir la América a lo que debiera siempre llamarse abusar de América.

Boní, no te creo, no me engañas. Aseguras que procuraste la felicidad a tu mujer de América porque la rodeabas de boato y de fiestas, y todos los días le traías a casa emperadores y príncipes. Y no se te ocurre preguntarte si tus fiestas la cansarían, y si tus príncipes, como era de suponer, serían unos aburridos de marca. ¿Y eres tú quien acusa a América de no saber distinguir matices, de no entender de calidades y pagarse sólo del número? Todo le diste a tu americana: bailes, músicas, vestidos, fuegos de artificio, jardines y fuentes, todo menos la felicidad íntima, que parece que se te olvidó. Me haría falta, antes de juzgaros, leer, junto a tu libro, el que pudiera ella escribir.

Boní frecuentaba los mismos lugares que frecuentan los nuevos ricos y los últimos arribistas. Le divertían las mismas cosas. Hacía, en el fondo y en la superficie, la misma vida. Se creía muy ladino, muy embaucador de las Américas. Pero se guarda mucho de contar en su libro que él no supo distinguir de un gentleman al policía disfrazado —tan elegante como él, tan ingenioso como él, tan campeón como

* *Revista de las Indias*, Bogotá, IX-1939.

él de polo, de tennis y de bridge —que Madama le introdujo en casa, a guisa de huésped de categoría, para que fuera descubriendo, como los descubrió en efecto, los mil y un líos del marido, que iban a la cuenta de la consorte. ¡Oh ironía: el detective y el marqués no se diferencian en nada! La simulación sustituye y equivale al producto legítimo. Luego el producto no era legítimo. La aristocracia más rancia de la tierra puede llevar de la rienda y servir de palafrenero, en el paddock, a su jockey triunfante: el caballo estima con razón que arriba y abajo de la silla dos animales de la misma casta lo acompañan.

Ya lo sospechábamos, leyendo los ricos y largos capítulos de Proust: esas vanidades y ansias estériles en que se consume la vida de sus Duquesas sin alma, sólo expertas en la más grosera murmuración, y mucho menos apetecibles a la postre que aquellas garzonas que, en los vestíbulos del Hotel, entornaban los ojos y resollaban fuerte al paso de la incipiente Albertina.

—Boní: eres un personaje de Proust, tan interesante y tan antipático como muchos otros de aquella galería, aunque no tocado por el genio del incomparable maestro. Ahora vendes en las librerías, para rebañar hasta el fondo la cazuela, la historia de tus desavenencias domésticas, oh flor de príncipes; y haces de intérprete y guía en París a las viejas norteamericanas, para darles gato por liebre en las casas de antigüedades. En tu "departamento", donde las paredes están revestidas de sedas de colores, se te ve, como medio asfixiado dentro de una bombonera de lujo, entre rígido y adormilado —desde aquel ataque cerebro-espinal que te señaló para siempre—, con tu fino bigote cano, tus ojos fríos y tu vago aire de ilusionista, disponiendo espejos en los muros para duplicar virtualmente las dimensiones del modesto comedor, a cuya mesa has de sentar a D'Annunzio. Eres una triste enfermedad, y el mejor testimonio contra tu casta. Y, sin embargo, hay algo —pecador de mí— que casi te salva a mis ojos.

¿Qué es ello? Boní era un poeta en acción. Había concebido un sueño —entre balzaciano y wildiano— de arquitecto poeta. Quería transformar y ennoblecer las apariencias

del mundo, y hasta cambiar las constelaciones del cielo, conforme a ciertos principios de la lógica y la decorativa francesa. Hay que convenir en que poseía el secreto de los estilos, y un sistema del dibujo claro, fundado en dos o tres ideas precisas de la simetría y el equilibrio. Véase, por ejemplo, cómo critica la abertura, en plena Avenida de Campos-Elíseos, de la "trouée" de los Inválidos, que le parece una desviación inoportuna en el gran desfile de París. Verdad es que padece Boní las clásicas limitaciones francesas: De Italia, de España no entiende nada, y es difícil acumular más errores o vaciedades que los que, en muy pocas páginas, exhibe cuando quiere hablar de las artes meridionales. ¿Pues no cree que las corridas de toros son una muestra de "la crueldad catalana"? Amigo Enrique Díez-Canedo: estos errores ya tantas veces rectificados (perdonemos aquella andaluza de Barcelona, en Musset) me recuerdan aquel diálogo cómico "de los españoles que vuelven de Francia", donde hace usted hablar a uno de sus personajes de "las andaluzas noches de Barcelona".

Pero Boní, en fin, se recobra en cuanto se trata de arreglar un jardín francés, un castillo francés, un sarao a la francesa. Entonces todo el oro del mundo es poco para realizar el prodigio. Quisiera adecuar hasta los contornos del paisaje y el color que flota en el aire. Tanta empresa de artificialidad, arte tan heroico, requieren capitales enormes. Y tuvo que casarse con la americana rica para darse el gusto —neroniano— de iluminar cuatro o cinco veces las noches de París y alfombrar el suelo de sus calles. Leve, aéreo poema árabe; fantasía de unas cuantas horas: sólo esto puede compensar las lágrimas que lloraba una mujer, presa entre la seda y las plumas.

Todo lo pudiste un día, viejo Boní, mago de París. ¿Quién es ahora el nuevo Boní que arruina con fiestas a otra rica heredera? —Y si yo lo sé, no he de ser yo quien se anticipe a la Historia.*

París, 1926.

* Cuando Boní, ya pobre, ofreció una cena a D'Annunzio, disimuló la pequeñez de su comedor con un gran espejo mural, como lo hizo alguna vez Juan Ramón Jiménez para su cuarto de trabajo. Ver *Obras Completas*. IV, p. 272.

II. CAÍDO DEL CIELO *

LLEGÓ a México sin otra misión que la de hacer una hazaña.

La bravura es la cualidad fundamental de los hombres. Y por mucho que haya bravura en el enfrentarse del hombre con el hombre, en cruzar las espadas de las voluntades y romper lanzas de miradas hostiles (en la pelea y en la guerra en suma), hay mayor grandeza cósmica en luchar con la fuerza oscura, irresponsable, con la fuerza sin intención, la catástrofe latente que espera su hora en el seno de la nube, en el pulmón del viento, en el puño duro de la montaña, en la sirena terrible de la ola, en la invisible cuerda de la gravitación que todos llevamos atada al tobillo, como el presidiario su cadena.

Apenas humano, tan injerto entre sus dos velas, tan centauro de su avión que, cuando habla de sí mismo, se suma a su máquina y dice siempre: NOSOTROS. Apenas humano, asistido en las profundidades de arriba por el alma errante de Guynemer, el primogénito de la nueva raza del aire. En mitad del espacio, habla y dialoga a solas con su velívolo, como el guerrero de la *Ilíada* conversaba con sus corceles. Ha perdido un instante la noción de su ser terrestre. El corazón se le ha vuelto motor del aire; siente venir la metamorfosis; el pavor y el entusiasmo de ser una fuerza natural corren por sus venas y hacen brotar alas de sus talones. Y cae sobre el campo inmenso, donde el pasto seco arde y humea como para un sacrificio, entre el trueno de la multitud que lo aclama.

Sencillo jinete, apea de la silla y comparte con su caballo mitológico el último sandwich de jamón. Después, sonríe. Cuenta que se ha perdido en las veredas del aire, que todavía no hay en el cielo suficientes señales del Touring Club; que el firmamento mexicano tiene un gran declive hacia el Pacífico (tal vez afinidades asiáticas), y que eso

* *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 24-XII-1927.

lo hizo rodar un poco al Poniente, a pesar suyo; que tiene a su madre en un pueblecito, y que ella acepta, serena, la responsabilidad de haber dado a luz un hijo de otra etapa del mundo; que vendrá ella con él a pasar la Navidad y a disfrutar de las tradicionales posadas mexicanas (patio nocturno con farolillos, canciones, muchachas y piñatas); y que su madre le prepara la merienda de panecillos con jamón cada vez que él va de paseo, por unas horas, hasta el otro hemisferio.

Nada acerca ni concilia a los hombres como un gran entusiasmo. Nada más edificante que el espectáculo de una inmensa virtud. ¡Y qué inmensa, esta virtud hecha de infancia y de aire, de sonrisa, de sencillez, de sobriedad, de transparencia, toda tramada de cosas elementales y puras! Porque sólo a él mismo es permitido —tal como está el mundo— salir por esas calles con un letrero en la gorrita que diga: *No me bese usted.* No lo beséis, no lo toquéis, no lo empañéis. Es flaco y leve, asible apenas: delgado lápiz para pintar rayas en el cielo. A nuestros hermanos alados, a los nuevos hombres del aire, toca sembrar por la humanidad un poco de esa intención celeste, un poco de esa mecánica mística, de ese peso hacia arriba —de esa "levitación", diría un teólogo—, que nos haga deponer el afán por lo que sólo es materia y tierra grave. ¡No los uséis para el asesinato y la guerra!

III. UN APUNTE SOBRE EÇA DE QUEIROZ *

¿Escribir sobre Eça de Queiroz, así de improviso, prevenido con cinco minutos de anticipación, cuando mis lecturas de sus libros datan de tantos años, y cuando voy navegando por mares tan distantes? ¿Por qué no? Esto me devuelve la fresca emoción de mis años de periodista. Entonces saltaba yo de la cama todos los días con los músculos del alma contraídos, si me permitís la expresión absurda. Había que estar con toda la conciencia alerta para cualquier asunto que el azar de los días pudiera traer a temperatura de actualidad; había que tener toda la memoria movilizada, todos los recuerdos de experiencia y cultura en el primer plano del alma; había que darse todo cada día. ¡Admirable y varonil gimnasia que hoy envidio a mis camaradas de los periódicos!

Recuerdo, del hidalgo con letras, del conquistador de Oriente armado de pluma en vez de espada, del aventurero de la imaginación (puesto que ya apenas quedaban entonces, antes del aeroplano y de la exacerbación hacia el Polo, aventuras con la realidad), aquel ojo altivo, guarecido por el monóculo, por donde se mira el país de la fantasía, y aquel ojo sobrio, disimulado pero valiente, por donde se captan las humildes cosas cotidianas.

Veo en él la trasfusión, por la vena céltica, de la sangre álacre de Francia, y una mezcla arrebatadora de lágrimas con risas que, siendo fantástica, es la representación más fiel de este sueño, o mejor, de esta borrachera natural en que, ciertamente, vivimos los hombres.

La amenidad de *La reliquia,* la psicología mordiente del *Padre Amaro* o del *Primo Basilio,* el patetismo audaz de *Los Maias,* me transportan a aquellos tiempos en que los novelistas eran un poco fiscales, un poco acusadores, y venían envueltos, sin saberlo, en alguna vasta campaña de reivindica-

* *Crítica,* Buenos Aires, 8-V-1929.

ciones sociales todavía algo indefinida. El ambiente de dandismo, ya a lo Brummell, o ya a lo Wilde, en que aparece la figura de Fradique Mendes, hecha con aspectos propios del autor (o con ideales propios) y con aspectos prestados de su camarada brasileño Eduardo Prado, me devuelve a las malicias estéticas de los días en que descubrimos que no hay elegancia sin crueldad, y que a veces ella es compatible con cierto bizqueo de ridículo, tenue y admitido. Y todo ello acude en montón a mi memoria, a la vez que un rasgo curioso que quiero contaros: el "Pacheco" de Fradique Mendes tiene un antecedente —Queiroz no lo conoció— en "El diente roto" del escritor venezolano (hoy tan callado por desgracia) Pedro Emilio Coll.*

De timbre más fino que Zola, y desde luego de sustancia más literaria, mucho más pegado a la palabra; de respiración tan saludable como Flaubert, y desde luego tan ágil para mover la novela, o para agitar ideas en las cartas, siquiera de segunda mano, este humorista —que puede hombrearse con los mejores—, cuando no acierta con la idea más vívida, acierta al menos con el ritmo, con el gesto, con la finta de la idea más vívida; y en su modo de lanzar la frase hay siempre un "a fondo" y una presteza de tirador de florete. Lleva, por todos los pueblos, ese resabio de catador de fronteras, esa que llamaré melancolía consular, al modo de la que, con otro gusto, ofrece también Stendhal: esa que nos va haciendo sentir las puerilidades de los hábitos de un pueblo contrastados con los de otro pueblo, y la vanidad de los que crean bandos y ejércitos encontrados, sólo porque difieren —como en Swift— sobre la manera de romper el cascarón del huevo. "Con la muerte ibérica a la espalda" —para usar la frase de Unamuno—, subió hasta el nivel de los más altos, y alcanzó realizaciones que sólo pueden lograr con menor esfuerzo los hijos de ambientes más venturosos. Ya desde la cima de su arte, dejó caer de sus manos la que considero su obra maestra: *La ciudad y las sierras.* El tema de esta novela originalísima es —lo diré en equívoco— el de un *À rebours* al revés. Jacinto —su Des Esseintes— vuelve al agua clara de la naturaleza después de pasar por toda la sin-

* Fallecido en 1947.

fonía de sabores artificiales que ha logrado fabricar la civilización de los capitalistas del siglo XIX.

Guerra Junqueiro, al verlo nacer a las letras, lanzó sobre él un diagnóstico seguro:

—¡Este hombre! —dijo—. ¡Cuidado con este hombre! ¡Padece la epilepsia del genio!

Buenos Aires, 8-V-1929.

IV. KEYSERLING EN BUENOS AIRES *

FILÓSOFO periodístico, que capta rápidamente los grandes contornos de la realidad y aun coquetea un poco con las facilidades de su propia inteligencia. Después de la Gran Guerra, la ya envejecida psicología de los pueblos ha ganado nuevo prestigio. Tal vez el origen esté en Frobenius o en Fouillée. Luego vinieron los avisos de Spengler. Keyserling, por otro camino, acaba de popularizar esta manera de pensamiento.

El hombre más representativo de la humanidad contemporánea. El valor de la renaciente Idea Oriental y sus compromisos con el Sistema del Occidente; la marea creciente de los pueblos de color y su aportación a la sensibilidad actual del mundo; el anti-intelectualismo, que instaura un nuevo orden en la filosofía, el orden posterior a Descartes, el que José Ortega y Gasset llamaría el *orden cordial;* la transformación de las sociedades como efecto de la nueva política y de la nueva física, desde el caso del chauffeur hasta el caso de Einstein; es decir: el paisaje humano de la tierra y sus posibles transformaciones futuras. Todo esto hay en Keyserling. Mago sin cábala ni misterios, que cree en la acción a distancia, es profeta profesional, y ha fundado escuela de profetas y, en cierto modo, tienda de profecías. Hombre de acción, líder de ideas, que sigue de frente, sin tiempo ni veleidad para detenerse ante los ataques. Con todas las arbitrariedades saludables de los apóstoles. Trae un mensaje para los hombres, y él habla de sí mismo como de un cartero que anda repartiendo sus encomiendas.

Algo de Mayéutica. Se trata de libertarnos, simplemente. De enseñarnos a descubrir —sin libros, porque el mago no debe valerse de subterfugios— la ley profunda que cada uno lleva en el eje de su vida. El acento pasa del saber al comprender. Y el que comprende, crea. La sabiduría es un peso

* *Libra*, Buenos Aires, nº 1 (único), 1929.

específico del alma, y no una suma de conocimientos allegados desde afuera. El pensamiento tiene que encarnar en la vida: *Logos spermatikós*.

Eslavo: por la figura y los reflejos, por el marco de la cara, la implantación de los ojos y el fruncimiento peculiar de la boca. La barba, en mango de sartén. Gigante. Familiar. Llano hasta subir los pies en las sillas, y sacudir y acariciar con las enormes manos hercúleas a su interlocutor, aunque apenas acabe de conocerlo. Nunca se está quieto. Habla a borbollones y ríe a carcajadas. Bebe champaña sin cesar, y sigue hablando. Quiere atraer a la conversación, con una afabilidad atlética, a cualquiera que pasa a su lado, aunque sea por la calle. Acerca la cara, y sonríe. Motor a toda marcha. Una actividad de trato a lo Lenin, y una necesidad a lo Rasputín de acercarse, en cuerpo y en alma, a todos y a cada uno de los hombres. Testarudo y poseído, pero enamorado de la libertad, que parece ser su gran idea mística. Acerca la cara, y echa el aliento. Ríe y sigue hablando, sigue hablando. "Habla, que algo queda."

Iluminado. Estuvo dos horas en el Brasil. No pudo ver la vegetación, pero vio a los hombres. Está seguro de conocer ya el Brasil. Desde la frontera de los Estados Unidos, sintió llegar, en el viento —como Heredia en su conocido soneto: "la fleur jadis éclose au jardin d'Amérique"—, el aroma de la primavera mexicana. Esto le basta para entender a México. ¡Y predice ya la mexicanización futura de toda la América del Norte!

Habla en castellano con fluidez. Pero si encuentra el menor tropiezo, continúa en francés o en inglés, y vuelve a atrapar más allá la frase castellana, como quien baja y vuelve a subir a un tren en movimiento. Su facilidad lingüística es tal, que alguien dice humorísticamente que, habiendo oído con una oreja, mientras seguía conversando por otro lado, ciertas explicaciones de Xul-Sol sobre el neo-criollo, domina ya la nueva lengua mejor que su inventor, a quien le habría pasado con ella lo que con su homúnculo al Doctor Wagner, del segundo *Fausto:* que el nuevo hijo alarga los brazos, no a su inventor que se juzgaba su padre, sino a Mefistófeles que se acerca a verlo.

Y Keyserling dice de repente:

—No, yo no creo en los demonios, porque hasta hoy no he encontrado ninguno. He encontrado a algunos hombres mejores de lo que todos dicen, y a ninguno tan malo como me lo pintaban. Pero una vez, en los Estados Unidos, me tomaron por el Diablo, y como el Diablo fui públicamente presentado en un circo.

O bien cuenta, entre risas llenas de una camadería casi militar, comunicativas, irresistibles, con llanezas de barón báltico entre pares:

—Conocí a un hombre que recibía noticias directas del cielo. Un día me comunicó las últimas novedades que se contaban en el cielo. ¿Saben ustedes cuáles eran? Que puede ser que Lucifer se redima con un acto de arrepentimiento; que Lucifer puede redimirse, *pero no sus criaturas.*

Sea bienvenido el Filósofo al Aire Libre, y que encuentre buenos estos aires.

Buenos Aires, 1929.

V. SOBRE LA TUMBA DE GRAÇA ARANHA

I *

LA NOCHE del 26 de enero desapareció, en la persona de Graça Aranha, uno de los escritores ejemplares de América. Maestro que quiso mantenerse en estado de gracia plástica, y ser —hasta el fin— maleable a las inquietudes de la última juventud brasileña, lo que más importa recoger de su memoria (además de las enseñanzas literarias, sobre las cuales no hace falta insistir) es, precisamente, esta cordial aceptación del cambio constante que hay en las cosas: este ir a horcajadas en la vida, sin miedo a su correr y saltar continuos. A veces, estos Caballeros del "Pánta Jooréi" —al revés de su capitán Heráclito, que no hacía más que lamentarse sobre esta perpetua fuga metafísica— pasan frente a nosotros cantando jubilosamente y haciéndonos creer que van de fiesta. Y a la hora en que, rendidos al fin, se dejan caer del caballo, descubrimos que los mató el dolor de obligarse a una virtud más que humana. Hay un nomadismo del espíritu que quisiera plantar la tienda un poco más allá cada día; y acaso éste sea extremo tan peligroso como el contrario, que consistiría en confinarse para siempre dentro de los límites de un solo horizonte, aunque muy halagüeño. Es posible que la sabiduría resida en un justo índice de velocidad.

Y es seguro que quienes se arriesgan a buscarlo merecen agradecimiento y respeto.

Por los días en que este *Correo Literario* ha de aparecer, un grupo de jóvenes artistas y escritores brasileños se reúne, en torno a la Fundación Graça Aranha, para consagrar un recuerdo al Maestro con ocasión de su aniversario. Puede interpretarse este acto, no como la afirmación de tal o cual programa o plataforma, no como un manifiesto de escuela —puesto que el acto congrega a gente de diversas tendencias—, sino como un rendimiento al espíritu de gene-

* *Monterrey*, nº 5. Río de Janeiro, VII-1931.

rosidad, al esfuerzo por la comprensión más ancha y valiente, al intento de libertad y belleza que no vacila ante el sacrificio.

Graça Aranha puso todo su entusiasmo en la alegría sonora de la vida y, conforme a una peculiar estética, nunca se consoló de no haber nacido pagano. Cuando el Maestro cerró los ojos, el pueblo se disponía ya a los festejos del Carnaval, singularmente bullanguero y gozoso en Río de Janeiro. Y aquel desfile de locura y de gritos —que él mismo ha descrito en rasgos de fuego— cobró de pronto, para los que saben ver y entender, el aspecto de un inmenso rito dionisiaco, sobre la tumba del que no quería ser llorado.

II

La tombe aime tout de suite le silence.

MALLARMÉ

La tumba, Maestro Mallarmé, no se enamora al instante del silencio, sino del epitafio. Toda existencia que se extingue procura el vehículo de una expresión para seguir circulando entre nosotros. Inscripción, retrato o monumento, como en la creencia egipcia, sirven de reclinatorio al alma, en sus incursiones al reino de los vivos. ¿Ciérranse los ojos? Se abre la biografía. El Rey ha muerto: viva el Rey.

Nuestros padres militares nos cuentan que, al enfrentarnos con los grandes peligros, un rápido sumario de la propia vida parece desfilar a nuestros ojos, como si quisiéramos de una vez inventariar el botín que nos llevamos del mundo. Es el anhelo hacia el epitafio. Es el esfuerzo para sacar, finalmente, una moraleja a nuestra fábula. Y donde el hombre adivina que va a desaparecer, quisiera colgarse de una palabra para poder saltar el abismo.

El último historiador de los Reyes Católicos nos da la mejor fórmula de la biografía. Toda biografía —predica él con su ejemplo— debe trasladar su personaje de la segunda a la primera parte del Larousse manual; es decir, debe transformar la noticia en definición. Otra vez, aquí, el epitafio.

Examinemos ahora la galería de los maestros americanos. Cada uno, al morir, arroja una palabra. Educador, legislador y gramático, noble discípulo de Europa, Andrés Bello queda sintetizado en un afán de cultura. Sarmiento, el gaucho de las letras, concibe ya una América Americana. La cólera singular del ecuatoriano Juan Montalvo, conceptista y ciceroniano a un tiempo, labra la estatua de la prosa. El apostólico Hostos, civilizador en las Antillas, siente en alma propia la dolorosa gestación del ser americano. "¡Hombres a medias, civilizaciones a medias!" gritaba con ansiedad, sembrando escuelas. José Martí ofrece a la patria el sacrificio del mejor temperamento de escritor nacido en América, y pasa por el cielo de Cuba metamorfoseado en relámpago. Ignacio Ramírez levanta, en México, su trágica máscara de indio, y acusa de fraude a las civilizaciones que pisan sobre carne humana. Bálsamo sereno, la filosofía moral de Rodó corre sobre el dorso herido de los pueblos. Y Rubén Darío —la más alta cumbre— alimenta con entrañas y corazón un solo ideal, cruel y devorador como pocos: la poesía.

¡Civilización! gritan unos. ¡Patria! gritan otros. ¡Belleza! ¡Justicia! Pero notad que ninguno reclama la felicidad, porque todos fueron mártires a su modo, y la tradición espiritual de nuestra América es una cadena de sacrificios. Acaso tampoco falte, entre las demás, la voz del enamorado de la muerte que acompañe, en sordina, la vieja lamentación de Jorge Manrique:

cualquiera tiempo pasado
fue mejor.

Volvamos los ojos a Graça Aranha. En su existencia y en su obra, en su borrachera de pensamiento y de poesía, de amor y de acción; en aquel altivo desperezo con que resale de todas las borrascas, el reto en el corazón y una alegría casi agresiva en los ojos; en la afirmación tormentosa de sus libros y de sus actos ¿qué hay sino la vida, la vida a torrentes y a inundaciones, la vida en estruendo y catarata, la vida que se sale de madre, la vida que no cabe ya en la vida misma, mucho menos en la literatura ni en las reglas del vivir mesurado? Pues éste sería un epitafio: amó la vida. Esta

su doctrina: amar la vida. Pero no con las complacencias y blanduras del mero gozador, del voluptuoso o del curioso. Sino amar la vida en su trágica diversidad, aceptarla en su agobiadora y santa rudeza, en su alegría, en su dolor y en su indiferencia. Nunca decir "no" al día que se ofrece. Aceptar la vida mucho más allá de los límites de lo humano, aunque ello, de paso, nos aniquile. Arrollado por la ola impetuosa de la vida: así veo yo a Graça Aranha. Yo diría de él, compendiándolo: —No nos lo llevó la muerte: se lo llevó la vida.

Río, 27-I-1933.

VI. LOOR A SAN MARTÍN *

AL DELIRIO del Chimborazo, de Bolívar, corresponde el sueño profético de San Martín, en Mendoza. Pero entre el coro de los padres de las patrias americanas, San Martín se destaca con fuerte perfil característico. Aunque los monumentos lo consagran en actitud bélica, no era solamente un guerrero, sino un organizador de la victoria.

Sabía que los kilómetros se hacen con milímetros, y su heroicidad estaba tramada de abnegación y de paciencia. Más que fluideces románticas, tiene dureza clásica. Un sentido sobrio de la vida, una gran sencillez de alma, una humildad natural que lo ponía en el trance orgulloso de desdeñar honores militares y grados, de renunciar a la mitad de su sueldo en bien del servicio público. Porque también este San Martín partió su capa. Lo mismo preparaba planes estratégicos que mandaba comprar las cuatro ollas que hacían falta para las cocinas de sus ejércitos, o el aceite de nuez que un comerciante aprovechador tardaba en suministrar a su gente. Tejía minuciosamente, hilo por hilo, el manto de la historia. Su candor, su precisión, podrían servir de norma a cualquier conducta.

Entre la abundante fauna de los que alguien ha llamado "cultores del floripondio", San Martín dejaba esta máxima para su hija: "Que hable poco y lo preciso." Entre los genios morales de la humanidad, los argentinos pueden reclamar para él un alto puesto.

La crónica nos ofrece estampas que se quedan para siempre en la imaginación y explican más que muchos discursos. Sin contar al pintoresco y simpático Guido Spano, que decidió meterse en la cama por varios años, hay dos grandes valetudinarios en la historia argentina cuyo recuerdo es imborrable, por cuanto da ejemplo de las energías del espíritu

* *El Suplemento*, Buenos Aires, 25-V-1937.

que se sobrepone a la materia: don Pedro de Mendoza, desde su lecho de enfermo, empuja con su voluntad, con su fiebre, y hasta poniendo a contribución las pasiones que contra él se movían, la colonización por el río adentro; San Martín cruza los Andes en camilla, camino de la inmortalidad.

VII. LEOPOLDO LUGONES *

NO ES posible, en estas líneas improvisadas bajo el choque de la noticia, analizar la trascendencia de la obra de Lugones en las letras americanas y en las letras castellanas en general, trascendencia que por lo demás todos conocen.**

Se adueña del cetro con *Los crepúsculos del jardín;* no lo suelta más. Aun entre los jóvenes argentinos, que se vieron en el doloroso trance de separarse de él por motivos no literarios, era voz común que en el *Lunario sentimental* estaba el semillero de toda la nueva poesía argentina.

Este altivo criollo, que no dejaba de contemplar a España con recelo de caudillo insurgente, incorpora con nuevo acento, por su misma robustez verbal, las tradiciones clásicas peninsulares, en *El libro fiel* y en otros libros.

Nacido en el llamado Modernismo americano, se ensancha gradualmente hasta salirse de las escuelas, se desclasifica en un atletismo característico de su fuerte personalidad, acoge toda la sustancia —desde la mortecina seda hasta el bronce implacable—, y todavía en los últimos años lo encontramos en plena evolución, en vida constante, inclinado amorosamente sobre los asuntos populares y escribiendo sencillos poemas del tipo de nuestros corridos mexicanos, poemas impregnados de intenso aroma folklórico, que saben a yerba sanjuanera y a recién ordeñada leche.

Su prosa tenía a un tiempo mismo las elegancias de la geometría francesa, el latigazo eléctrico americano al modo de Martí, y el rumor de órgano secular de las catedrales españolas. Tales páginas sobre el imperio jesuítico del Paraguay o sobre los oficios en Grecia, tal cuento como aquel sobre la lluvia de fuego en Gomorra, son inmortales.

Maestro impaciente, más de una vez se nos desborda, con un anacronismo de renacentista que contrasta entre el tono

* Publicado primeramente en *El Nacional,* México, 27-II-1938.

** Ver, en mi *Pasado inmediato,* "De poesía hispanoamericana", pp. 256 *ss.* de este mismo volumen.

medio de nuestra época, toda ella tan ceñida en técnicas y especialidades, y parece entonces que quisiera por su propia cuenta reconstruir el mundo: la *Ilíada*, la Grecia clásica, la Métrica antigua y la moderna, las Etimologías, la Matemática, la Económica, la Botánica... Caudaloso derrame imperial, nunca resignado a sufrir márgenes; algo de atropellamiento magnífico; insaciable sed.

Hombre de la provincia, trae desde su terruño cierto empuje de conquistador de capitales, reacio y díscolo por veces. E impregnado de historia patria, su conversación era archivo abierto para recorrer los pasos de la vida argentina. Feliz memoria donde los datos se organizan prontamente hacia la interpretación nacional, que era su constante torcedor. Esta fase de historiador vivo es la menos conocida en el poeta Lugones.

Su existencia honrada se escondía en el trabajo, y huía de los relumbrones y vaciedades en que su prestigio pudo haberlo envuelto y ahogado. Hasta es difícil, fuera de su país, encontrar sus libros. Se reía de las estrategias del éxito. Escribía para saciarse solo, encerrado en su casa o en su Biblioteca de Maestros.

Caprichosas fobias lo alejaban de los lugares y ocasiones donde la gente se reúne, sobre todo si es a perder el tiempo: pero, allá en la pequeña tertulia de amigos, dejaba fluir el manantial de recuerdos, de meditaciones, y la ternura disimulada bajo aquel aire algo nervioso y bronco.

Su solidez física era extraordinaria. Todos los días tiraba el sable y andaba buenos trechos a pie, llevando consigo a su compañera, que lo era de todas las horas. En aquella terca juventud, aun se echaba de menos la miel de años, la dulce tolerancia propia de los poetas viejos y a la que nunca quiso plegarse, siempre verde y acre, combativo hasta el fin, como si acabara de saltar a la palestra.

Un día cambió de odre su vino, pero su vino se resentirá siempre del dejo del odre primitivo. Sin saberlo acaso, traía los pulmones henchidos con el viento de la libertad, a pesar del cambio de atmósferas. Lo arrolló la ola del desconcierto social y, como nunca era pasivo, él quiso hacer de nadador. Desde la orilla, los jóvenes vieron alejarse con tristeza al que

años antes (y ya no recuerdo si fue en *La voz contra la roca* o fue en *Las montañas del oro*) había denunciado a los pueblos, con índice severo, lo que en aquel momento estigmatizó bajo el nombre de "la hora de la espada". Ni sinceridad ni valor ha podido nadie escatimarle.

Y yo espero que lo respeten las hienas, y yo pido empeñosamente a los míos que hagamos para esta tumba el mismo esfuerzo de reivindicación que la noble República Española ha sabido hacer para Unamuno, otra grande encina herida del rayo.

México, 19-II-1938.

VIII. RECUERDOS DE UNAMUNO *

ESTOS días, Luis A. Santullano ha contado por ahí sabrosas anécdotas de Unamuno, y me ha puesto en vena de recuerdo.

Entre otras reliquias del maestro —dibujos, monogramas— tengo una carta de Salamanca, 7 de julio de 1920, que dice así:

> No conocía casi a Juana de Asbaje (se me figura, no sé por qué, que debe ser *Asuaje*). Ha sido para mí un descubrimiento. Quiero glosar aquello de
>
> *Si es para vivir tan poco*
> *¿de qué sirve saber tanto?*
>
> Debió decir:
>
> *Si es para saber tan poco*
> *¿de qué sirve vivir tanto?* **

Don Miguel no llegó nunca a escribir este comentario. El solo enunciado del tema está preñado de sugestiones. Teofrasto, el sucesor de Aristóteles en el Liceo, aquel delicioso autor de los *Caracteres* que fue también, como su maestro, un escritor enciclopédico, vivió cien años, y se quejaba del poco tiempo que la suerte le había concedido para desarrollar sus estudios, y de lo mucho que, en cambio, la naturaleza concedía a ciertos animales, a los que ninguna falta les hacía una vida larga. Góngora, por su parte, se lamentaba de tener que morir cuando apenas comenzaba a ver claro en sus investigaciones poéticas. En estos dos ejemplos —y podrían multiplicarse fácilmente— la idea es la misma de Sor Juana. Pero la cuestión que Unamuno plantea es muy otra, y es, en verdad, más trágica.

El caso se le ofreció con motivo del libro de Amado

* *Letras de México*, I-VIII-1945.

** Cfr. Unamuno, *Sor Juana Inés, hija de Eva*, en la *Revista de Revistas*, México, 26-IX-1920.

Nervo, que yo le envié. De Nervo siempre fue muy amigo, e hizo un fino dibujo de su cara.

Sería curioso juntar todos los testimonios de la relación que Unamuno tuvo con México. Su padre había pasado la juventud en México, de donde se llevó algunos libros. Entre otros, un álbum de prohombres americanos: Washington, Lincoln, Juárez. La foto del Presidente mexicano andaba entre los primeros recuerdos de Unamuno. También databa de sus tres o cuatro años la imagen vívida y patética, que él nunca olvidaría, del fusilamiento de Maximiliano representado en cierto museo de figuras de cera.

Muchas veces me dijo, y creo que lo dejó escrito, que, de haber sido más joven, él también hubiera deseado trasladarse a México.

Lo vi en París por última vez. Estaba desterrado, pero —claro está— seguía viviendo con la imaginación puesta en Salamanca. Nos recitaba sus versos sin hacer caso del tráfago callejero: uno de sus sonetos contra el Directorio Militar de Primo de Rivera estuvo a punto de costarnos la vida en una bocacalle de los Grandes Bulevares. Cerraba los ojos ante la magnífica Avenida del Observatorio, y exclamaba con un ademán de impaciencia: "¡Gredos! ¡Gredos!" Andaba perdido en su sueño.

Lo que menos se imaginaba es que su figura de buho, con aquellas gafas, aquel sombrero en punta, aquella barba en collar, aquel traje negro, aquel cuello de pastor protestante, aquella chaqueta sin solapas que no daba sitio a la corbata, todo ese aire que Toño Salazar ha logrado captar en un par de trazos, estaban creando una moda allá por los barrios de los artistas, en los cafés de la orilla izquierda, en la Rotonda —donde se trazó un día el primer programa de la revolución soviética—, en el Domo y en los Vikingos. Por todos lados nos salían al paso Unamunos de pega —mejor llamarlos Unamúnculos— que se contentaban con imitar las exterioridades del terrible maestro, ya que los adentros no era fácil porque un volcán no se remeda.

Vivía en un cuartito junto a la Plaza Magdalena, no lejos de Hédiard, el proveedor de conservas mexicanas: chile, mole de guajolote y demás primores de bizantina complicación. Te-

nía un ejemplar de Proust sobre la mesa, y le preocupaba no sé qué kantiana noción sobre el fluir del tiempo y el desfilar de los espacios, que creía sorprender entre las escenas mundanas del novelista.

Para no perder la costumbre, hacía sus bolitas de miga de pan a la hora del café. Y como le cayera en las manos una hoja de papel, se entregaba a los deleites de la Cocotología o arte de las pajaritas. Había de ser sin usar cortes ni pegaduras, con el mero uso de dobleces, que aquí estaba la perfección técnica. Y aquel pequeño creador del mundo disponía sobre el mármol de la mesa sus elefantes, águilas, canguros, pingüinos, en medio de la curiosidad general que poco a poco lo rodeaba, obligándole a huir de repente, y abandonar a sus criaturas en manos de las chicas, modelos de Montparnasse, que se disputaban el botín. "¡Monstruos! ¡Monstruos!", decía abriéndose paso nerviosamente. Quería estar solo y no lo dejaban. Quería estar solo y tampoco quería estar solo. Alma en guerra civil, allá en lo íntimo de su ser relampagueaban todas las tormentas de España.

Y entre tirios y troyanos, un día dejaron a este gran español sin la España de sus pecados. Y falleció junto a su chimenea, conversando socráticamente y sin darse cuenta. Dicen que calló de pronto, como si se adormeciera un poco, y se vio que se le estaban quemando las pantuflas. Ya estaba muerto.

México, VII-1945.

IX. EN MEMORIA DE ANTONIO CASO *

CUANDO la alarma de su fallecimiento corrió por la ciudad —por cierto, interrumpiendo trágicamente una discusión de filósofos que a la sazón se desarrollaba en la casa de San Cosme— pareció, de pronto, que aquella desgracia súbita no encontraba sitio en la conciencia. No contábamos con que también Antonio Caso había de morírsenos. Acabábamos de dejarlo en plena salud. Muchos, de cierta manera tácita, nos referíamos a él como a un supuesto indispensable en toda empresa de cultura. Algunos aun lo dábamos por presente, como a un interlocutor invisible, en nuestros solitarios combates con el espíritu. Todo pensamiento de amistad tenía que evocarlo por derecho propio. Valíamos más, porque él nos acompañaba. Nos consolaba que existiera, que estuviera aquí, al alcance de la mano. Y nos aflige saber que ha muerto entristecido ante el espectáculo del mundo. Su partida tiene algo de acusación. Con él se nos ha ido mucho más que un hombre, mucho más que un amigo: acaso una época, acaso una actitud de la mente y de la conducta. Hoy sólo nos queda hacer votos por que su recuerdo nos oriente y vigile, a manera de centinela insobornable.

Aquella tarde lluviosa, de crudos nubarrones y ráfagas inclementes, acompañamos al cementerio los restos del gran mexicano, que cada día aparecerá mayor y mejor, "tel qu'en lui-même enfin l'éternité le change".

De él habíamos escrito hace años: "La historia de la filosofía, él ha querido y ha sabido vivirla. Con tal experiencia de las ideas, y el vigor lógico que las organiza, su cátedra llegaría a ser el orgullo de nuestro mundo universitario. Su elocuencia, su eficacia mental, su naturaleza irresistible, lo convertirían en el director de la juventud."

Antonio Caso lo entendía todo, desde las arquitecturas etéreas de la música de Beethoven hasta las evidencias ciclópeas

* *Cuadernos Americanos*, México, V y VI-1946.

del pincel de Diego Rivera. En el orden de su especialidad, vivió en un progreso continuo, y aun parece que sus propios discípulos se hubieran detenido en tal o cual etapa que él había salvado con empuje constante. Pero dejo a otros la tarea, hermosa y abrumadora, de relatar para mañana —pues hoy todos lo saben— cuánto significan, y no solamente para nuestro país, las enseñanzas del catedrático, las obras del escritor, la acción del maestro que, como Sócrates, suscitaba las vocaciones a su paso, sin inculcar ni imponer otra doctrina que la probidad mental, el arduo estudio, el amor a la belleza y a la verdad, la limpieza ética, de que siempre fue vívido ejemplo.

Me retraigo al instante en que, rodeado ya de la fama, aunque era todavía un estudiante de Derecho, lo escuché, en el Ministerio de Instrucción Pública, saludar el advenimiento de Justo Sierra, cuya herencia puede decirse que ha recogido en mucha parte. Inolvidable aquella su presencia magnética; inolvidable su emoción, siempre corregida en la geometría de un pensamiento seguro; inolvidables su habla que ya acariciaba o ya mordía las palabras, su cara fuerte y persuasiva, su cabellera negra y revuelta, sus ojos tremendos que —a veces— parecían fascinados en la contemplación de las ideas puras. Inolvidable, para quienes disfrutamos el privilegio de su intimidad, el calor que comunicaba a nuestros ideales nacientes, en aquellos días de las campañas juveniles en busca de una cultura más humana y más generosa.

Evocando, más tarde, las "veladas de Santa María", reuniones informales donde descubrimos, en compañía de Antonio Caso, las dos o tres direcciones definitivas de nuestra carrera humana, escribí en Madrid, allá por 1917, estas palabras:

> ¡Adiós a las noches dedicadas al genio, por las calles de quietud admirable o en la biblioteca de Antonio Caso, que era el propio templo de las musas! Preside las conversaciones un enorme busto de Goethe, del que solíamos colgar sombrero y gabán, convirtiéndolo en un convidado grotesco. Y un reloj, en el fondo, va dando las horas que quiere; y cuando importuna demasiado, se lo hace callar: que en la casa de los filósofos, como en la del *Pato Salvaje*, no corre el tiempo. Caso lo oye y lo comenta todo con intenso fervor; y cuando, a las

tres de la mañana, Vasconcelos acaba de leernos las meditaciones del Buda, Pedro Henríquez Ureña se opone a que la tertulia se disuelva, porque —alega entre el general escándalo— "apenas comienza a ponerse interesante". A esta hora de la vida dedicamos hoy copiosos recuerdos, seguros de que fue la mejor.

Antonio Caso representa toda una era mexicana. Campeón de las reformas indispensables y guardián de las tradiciones esenciales, se encuentra situado en el punto crítico de la catástrofe. Cuando sobreviene la intensa sacudida social que, entre muchas cosas malas, pudo derrumbar muchas cosas buenas, le incumbe providencialmente la tarea del "soter", del salvador, del continuador. A hombres como éste corresponde, de generación en generación, el evitar que se desgarre la tela, siempre en trama, de nuestra conciencia nacional. Así ha de contemplarlo la historia. Esta luz no puede extinguirse, y vivirá como fuego interno en el corazón de todos los mexicanos. Mucho tiempo ha de pasar antes de que el polvo se organice para construir otra figura semejante.

Pero, junto a estos rasgos del monumento, hay que recoger piadosamente los rasgos del hombre, del varón de virtud sencilla, del caballero cortés y delicadamente ceremonioso, del amigo cuyo encuentro era una fiesta del espíritu, del ameno conversador lleno de elegancias y oportunidades felices. "Amateur d'âmes", disfrutaba como pocos de todo lo noble y lo selecto, y sabía celebrar las gracias con aquellas risotadas tan suyas que llegaban a cortarle el aliento. Su mero saludo, por la calle, parecía un presente magnífico. Siempre echaremos de menos su apretón de manos, su fértil charla, su mesa en "Lady Baltimore", donde se ofrecía al trato de sus amigos y sus admiradores, durante las breves horas que robaba a su incesante labor y a su reclusión obligatoria. Nos falta ya mucho su sorprendente tarea de periodismo filosófico, verdadero alivio entre las turbulencias del diario. Y desde ahora señalo a sus comentaristas esta labor de vulgarización y de síntesis, jamás igualada que yo sepa. A menos que nos transportemos al siglo en que Descartes y el Rector del Colegio de Breda se detenían a discutir los problemas de física que el Príncipe de Orange mandaba fijar en las esquinas.

En la modestísima sala, donde una cama cualquiera y un aguamanil anticuado alternaban con unos estantes frágiles y sobrecargados; sobre aquella mesa ahogada por los bordes entre varias filas de libros, que componían una como enciclopedia personal y que apenas dejaban sitio para escribir, el cenicero mostraba todavía los despojos de su último cigarrillo; y como un inesperado símbolo de mando, descansaba, allí entre los papeles, su bastón con puño de plata, emblema de su mariscalato: el más noble, el indiscutible.

México, III-1946.

X. HONOR A CASO *

El Colegio Nacional ha sufrido su primera baja. El que iba al frente de todos por sus incontables excelencias, quiso adelantársenos también en la prueba del tránsito. Se fue inesperadamente, sin decirnos adiós, sin agonía casi, como en una de aquellas místicas emigraciones de los maestros pitagóricos, en cabal asepsia sentimental. La pesadumbre de su partida recae, entera, sobre nosotros. En vano la inscripción funeraria de los antiguos —"Migravit ad plures"— quiere desvanecerlo entre la muchedumbre de sombras. Nuestro ánimo se subleva y lo rescata. Lo evoca nuestra imaginación alterada. Lo sentís aquí, al lado vuestro, en esta sala donde todavía palpita su voz. La Universidad y la ciudad guardan aún el calor de su presencia. El país entero se levanta para reincorporar en tal nombre y autorizar con tal modelo sus más severos ideales. Nuestros estudios han sido afectados en algún órgano viviente, muy junto al corazón. Y sólo nos queda el privilegio de haberlo querido y admirado, de haber compartido sus empeños, de haber contemplado con los ojos —en esta hora de desconcierto y sangre— un ejemplo superior, una de aquellas experiencias que de vez en vez visitan a los pueblos, para que no desesperen de sus propias capacidades.

Bien sé que ya se ha dejado oír, y sea en buena hora, la docta palabra de escritores y catedráticos, para valorar la doctrina y las enseñanzas del filósofo. Pero hace falta mayor distancia para que apreciemos, en su generoso ensanche y en su terrible hondura, la tragedia de un pensamiento decidido a mantener la confianza en la inteligencia y la razón, a lo largo de uno de los períodos más turbulentos de nuestra historia. Bien sé que la cordialidad y el entusiasmo de sus compañeros y sus discípulos vienen consagrando diariamente, en la conversación y en la prensa, algunos instantes a aquel

* *Homenaje de El Colegio Nacional al Maestro Antonio Caso,* México, 6 de junio de 1946.

caballero de las cortesías mexicanas, cuyo solo trato era un regalo exquisito; al excitador de vocaciones, cuyo solo contacto comunicaba la energía fluorescente; al campeón de la decencia y del trabajo, en quien se daba —hormiga y águila— el raro consorcio de la minuciosidad y la grandeza. Pero —¡qué fatalidad, señores!— nada de esto puede devolvernos a nuestro Antonio. No seamos, pues, desiguales a los vuelcos de la fortuna: fortalezcamos nuestro amor como para retener su imagen, imantada a nuestro reclamo. Aquí, en El Colegio Nacional, que tanto le debe en su creación y en inspiraciones constantes, sea Antonio Caso el ser difuso y orientador, por quien todos contestemos: "¡Presente!"

Permitidme ahora, si no os cansa, que entre por la senda de las memorias. ¡Qué momento para México, señores, aquél que congregaba en igual recinto a hombres como Porfirio Parra, sabio codificador de otro sistema del mundo; como Justo Sierra, el anciano florido, roble sagrado y oracular, remecido ya por auras eternas; y al mozo Antonio Caso, futuro heredero de la antorcha, habitado ya por la angustia secreta de la perfección, y que brotaba a las bregas del espíritu con una inquietud de flor espinosa!

Sin embargo, algo misterioso acontecía. El tiempo giraba lentamente. Un gradual entumecimiento venía adueñándose del espíritu público —cuando aquel muchacho iluminado comenzó a ejercer el oficio del tábano de Sócrates. De repente cundieron por el país unos calosfríos a que alguna vez hemos llamado "el sentimiento de la etapa". Y, de entonces más, aquel predilecto de la elocuencia, queu acertó a uncir a las Gracias en el carro de la verdad, circula y va y viene, teje y desteje, ata y desata —libro, cátedra, tribuna, periódico, y aun mayéutica cotidiana—, porque tenía la ambición de todo saber, mas no la avaricia de ninguno. Como encontrara el grano de oro, no se daba punto de reposo hasta brindarlo a los auditorios y a los amigos. Nació para hablar, para enseñar, para discutir. Y amén de filosofar en el aula, filosofaba también de aquella manera vaga y libre, tan al grado de nuestra gente. Asaltaba los conocimientos con presteza de conquistador, y los vivía y estrujaba hasta sufrir deliquios con ellos. Su actividad dispersa y en ráfagas pronto había

de concentrarse en el comando que merecía. Y entonces se lo pudo ver, entre las borrascas de la nave, firme al timón, y la aguja, al rumbo que sirve de lema a nuestra casa: "Libertad por el saber." Por suerte, como tan bien lo explicaba don Ignacio Chávez en su reciente oración universitaria, el saber de Antonio Caso estaba nimbado de caridad.

Hoy, cuando merced en mucho al esfuerzo de jóvenes investigadores, es posible ya recorrer nuestras evoluciones sociales, no sólo según el espectáculo de las batallas, sino asimismo en las concomitancias de la cultura —lo que habrá de dignificar, mañana, los textos históricos en que nuestros nietos aprendan a entender a la patria y a amarla de amor intelectual—, aparecerá la acción incansable de Antonio Caso como un rayo vivificador y sostenido. Los últimos relampagueos irradiaron desde esta casa.

Pues ¿cuál es —sepamos— el principio de esta casa de estudios, tal como nos lo infundía Antonio Caso? Al lado de la enseñanza regular, estructurada en cursos completos, por naturaleza compendiosos, y que sólo a largo plazo reciben los resultados que día por día elaboran los talleres del conocimiento; al lado de una enseñanza necesariamente sometida al final examen de aptitud, y encaminada a los diplomas profesionales y a las prácticas tan inmediatas como limitadas, hay otra enseñanza más original y más compleja, a la vez más desinteresada y más cercana a las fuentes, más ampliamente confiada a la voluntad de la persona docente. Trátase de una enseñanza cuyos reglamentos han de ser tan liberales, que permitan manifestar todas las novedades de la investigación y aun los tanteos de la ciencia, la cual se nutre de incesantes exploraciones; una enseñanza que ponga lado a lado los descubrimientos del erudito y las generalizaciones del pensador, y que traiga prontamente los frutos habidos en el cerrado jardín del especialista al disfrute general de esas poblaciones de la cultura que, por su curiosidad o por su edad, ni pueden ya frecuentar las aulas ni se contentan con la ignorancia o el atraso. Como humanidad completa que somos, aquí no excluimos nada, salvo el absurdo. Estamos abiertos a todos los estímulos, si no es a la baja irracionalidad. Y nuestra carta nos permite el jubiloso deber, contando

ya con las previas preparaciones elementales, sin cortapisas de programas ni burocráticas tardanzas, de acudir cuanto antes para dar al pueblo lo que es del pueblo. Pues todo conocimiento que olvida lo que debe al hombre y a la sociedad engendra, tarde o temprano, el crimen.

No nos engañemos respecto al modo como se produce y conserva la continuidad de la raza humana. Una verdad sólo es completa cuando es ya absorbida por las multitudes, cuando habla por mil gargantas, cuando —como fluido nervioso— corre por el cuerpo social. Abelardo es lo que es en la historia (no en el progreso específico de las ideas, desde luego) porque tuvo como discípulo al revolucionario Arnaldo de Brescia. La ciencia es serena, claro está; pero requiere el que los hombres se apasionen en torno a ella; y lo demás que suele repetirse al respecto no pasa de honrada precaución doméstica. Como Atenea, su patrona, la ciencia ha nacido bajo el signo guerrero, y la paz sin objeto no podría ser su destino. Y en ello consista nuestra gloria: que cuando tal vez el espíritu humano padezca un eclipse, padezcamos también nosotros. La libertad es nuestra enseña, y el "sotto voce" o sovoz de los laboratorios ha de proclamarse aquí delante de todos y en bien de todos. Es así como entendemos nuestra misión cívica, y en esto seremos invariables. Otras cosas podrán mudar en torno a nosotros. Nosotros no. Porque la noción misma de México ha de confundirse para nosotros con el ideal y el deber.

Quienes, con El Colegio Nacional —Caso entre ellos—, concibieron la institución de semejante servicio del saber para el pueblo, adaptando a nuestra propia índole las remotas intenciones que guiaban a Francisco I cuando fundó el Collège de France, bien pueden sentirse satisfechos. El haber contribuido a esta empresa de manera tan eminente, completa en cierto modo las realizaciones de Antonio Caso y —si vale decirlo— completa su teoría terrestre. Y callo aquí otros dos o tres nombres, porque no quiero agredir con el incensario a quienes, por ventura, andan todavía en este mundo.

¡Caso! Ni la prudencia ni el arrebato le faltaban, ni el encanto ni la solidez, ni la austeridad ni la risa —¡aquélla su inolvidable risa que parecía la venganza del alma sobre la

materia!—, y ni la pulcritud con que sabía conciliar las intimidades y los respetos. Presentes del hada Melusina, poseía la nitidez con la magia. En su integración admirable, y semejante a la música de que era tan enamorado, a un tiempo mismo construía y deleitaba: verdadero Anfión que, con la lira, ayuda a edificar los muros de Tebas. De aquí que su filosofía desborde las presas del enseñamiento escolástico, y más semeje un temblor vital. De suerte que pocos supieron como él prodigar, desde las estrechas cárceles de la vida, las "Consolaciones" de Boecio.

Hoy es ya un retrato en la galería de los varones ilustres. Y el pincel de José Clemente Orozco ha captado —como él sabe hacerlo— aquel instante magnético en que se fruncían los labios de Antonio; la cara, en toda su híspida bravura, se entregaba a la confrontación de esa Medusa que es la idea; y mientras germinaba la saeta de la palabra justa, la ardiente mirada parecía templar el arco. Admiraréis, en la efigie que ahora va a descubrirse, la tensión religiosa, el patetismo profético que, de pronto, animaban al muñeco humano con aquellas amenazas divinas de que habla el diálogo platónico.

La muerte ha sido cruel, en estos últimos tiempos, con las letras hispanoamericanas, y se ha cebado singularmente en sus portaenseñas. No es ocasión de levantar una lista fúnebre, pero no resisto a la tentación de mencionar, en estos momentos, siquiera los nombres de otros dos compañeros que se nos han ido quedando en las posadas del camino. Hace poco, fue nuestro Enrique Díez-Canedo, el americano de España. Y hace todavía menos, mientras se redactaban estas líneas, nuestro Pedro Henríquez Ureña, el dorio de América, cuya evocación es aquí, de veras, inevitable, por los muchos vínculos juveniles que lo unieron con Antonio Caso. La muerte reclama cada día más lugar en nuestro pensamiento, y empezamos a sentirnos como aquella espiga de Heine, olvidada por el segador en mitad del campo.

Llegados a la incierta orilla en que empiezan a columbrarse, por la raya del horizonte, los eriales de la vejez, recorremos hoy nuestra jornada, sin encontrar lección más alta que esta lealtad, de que Antonio Caso es paradigma, a una vocación en que se mezclaban el bien, la verdad y la belleza.

Y si, en las ofuscaciones de la posteridad, asoma un día la inevitable duda analítica (¡hombres somos al fin, que no dioses!), y pretende alguien inquietar las cenizas del maestro, que conste por siempre nuestro testimonio sin reservas: —Nos cabe a sus contemporáneos, nos cabe singularmente a quienes fuimos sus hermanos menores y lo envolvíamos en aquella ternura que acompaña a las embriagueces de la adolescencia, una alegría que sólo cede ante el dolor de perderlo; y es el haber podido venerar, en Antonio Caso, una de las síntesis humanas más excelsas y más legítimas. Para él sean el bronce y la corona.

¡Muchas gracias, señores!

XI. EVOCACIÓN DE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA *

Dos PAÍSES de América, los dos pequeños, han tenido el privilegio de ofrecer la cuna, en la segunda mitad del pasado siglo y en poco menos de veinte años, a dos hombres universales en las letras y en el pensamiento. Ambos fueron interlocutores de talla para sostener, cada uno en su esfera, el diálogo entre el Nuevo Mundo y el Antiguo. Después del nicaragüense Rubén Darío, titán comparable a los más altos, junto a cuyo ingente y boscoso territorio los demás dominios contemporáneos —excelsos algunos— resultan cotos apacibles, nadie, en nuestros días, habrá cubierto con los crespones de su luto mayor número de repúblicas que el dominicano Pedro Henríquez Ureña quien, sin exceptuar a los Estados Unidos, por todas ellas esparció la siembra de sus enseñanzas y paseó el carro de Triptólemo.

Nativo de la hermosa isla antillana, la primada de las Indias, la predilecta de Colón; brote de una familia ilustre en la poesía, en la educación y en el gobierno; fadado desde la primera hora por las Musas; mentalmente maduro desde la infancia, al punto que parecía realizar la paradójica proposición de la ciencia infusa; inmensamente generoso en sus curiosidades y en su ansia delirante de compartirlas; hombre recto y bueno como pocos, casi santo; cerebro arquitecturado más que ninguno entre nosotros; y corazón cabal, que hasta poseía la prenda superior de desentenderse de sus propias excelencias y esconder sus ternuras, con varonil denuedo, bajo el impasible manto de la persuasión racional, Pedro, el apostólico Pedro, representa en nuestra época, con títulos indiscutibles, aquellas misiones de redención por la cultura y la armonía entre los espíritus, que en Europa se cobijan bajo el nombre de Erasmo, y en América bajo el de ese gran

* Homenaje a su memoria ofrecido por la Secretaría de Educación Pública en el Palacio de Bellas Artes, de México, el 31-V-1946. Aparece como prólogo de las *Páginas escogidas* de P. H. U., Bibl. Encicl. Popular, nº 109.

civilizador, peregrino del justo saber y el justo pensar, que fue Andrés Bello.

México reclama el derecho de llorarlo por suyo. Pocos, sean propios o extraños, han hecho tanto en bien de México. Aquí transcurrió su juventud, aquella juventud que no ardía en volubles llamaradas, sino que doraba a fuego lento su voluminosa hornada de horas y de estudios. Aquí enseñó entre sus iguales, sus menores y sus mayores; y en corto plazo, hizo toda la carrera y ganó el título de abogado. Aquí gobernaba con intimidad y sin rumor aquellas diminutas y sucesivas pléyades, cuyas imágenes van convirtiéndose ya en focos orientadores a los ojos de la mocedad más promisoria. Aquí se incorporó en las trascendentales reformas de la educación pública. Aquí fundó su hogar. Y, al cabo, nos ayudó a entender y, por mucho, a descubrir a México. Nuestro país era siempre el plano de fondo en su paisaje vital, la alusión secreta y constante de todas sus meditaciones.

En calles y plazas, teatros y escuelas, conciertos y asambleas, y dondequiera que se congrega la gente, ya en sus escritos o en sus conferencias, ya en la reclusión de los libros, las lecturas en común o las meras charlas, allí estaba Pedro, con su interrogación implacable, para deslindar lo cierto de lo dudoso, y lo que se sabe, de lo que se sospecha o lo que se ignora; allí estaba él para aquilatar la sensibilidad, la probidad, la autenticidad de cada uno, barriendo con firmeza, aunque sin extremos, la ganga que se vende por oro. Artífice de la mayéutica, hacía surgir a flor del ser las virtudes que se ignoraban; sostenía las voluntades declinantes; trazaba las conductas definitivas, al grito de "Tu Marcellus eris!"

Pero sobre su fosa reciente hay que decir la verdad y sólo la verdad. Si hubo un alma sincera, ésa es la suya. Era un testigo insobornable, y su trato era la piedra de toque. Por su resistencia, por su atracción o su desvío ante el sondeo que Pedro ejecutaba hasta el fondo de las conciencias, podían juzgarse las calidades. Aceptaba la misión patética de enfrentar consigo mismo a cada hombre. Sólo los mejores soportaban la prueba. Los demás huían, escandalizados, acaso para entregarse a espaldas suyas —¡como si así huyeran de sí mismos!— a mil conciliábulos de odio y de miseria. Di

fícil encontrar figura más semejante a la de Sócrates. Hasta traía, como éste, la Atenea oculta en el Sileno, y también tuvo su cicuta.

No se ha dado educador más legítimo. De él recogí esta máxima: —"No basta vivir para la educación, hay que sufrir por la educación." No sólo predicaba, no: ¡eso era lo menos! Sino intervenía y colaboraba. Era, para decirlo en vulgar, "el médico que da la receta y el trapito". La historia de las literaturas no tuvo secretos para él. Su memoria, untada de colodión, revelaba a punto los fragmentos de prosa y verso; y junto a los rasgos inmortales, las más arcanas noticias, los más minuciosos relieves del humano festín poético. Se lo hojeaba como a viviente enciclopedia; se lo consultaba como a consejero intachable en todos los trances del oficio. Se usaba y se abusaba de su incansable solicitud, y esto era su mayor júbilo. ¡Quién lo vio, cargando verdaderas torres de libros, cruzar la ciudad para auxiliar al compañero en apuros de información; o llamando a las altas horas de la noche a la puerta de algún amigo —sin miedo de perturbar su sueño y con sencillo y fiero repudio de las convenciones sociales—, para comunicarle al instante el hallazgo que acababa de hacer en las páginas de un trágico griego, de un "lakista" inglés, de un renacentista español!

Todo lo dejaba, todo, para acudir a los demás, y en ello gastó gran parte de su vida. Somos legión los responsables de que no haya dado cima a muchos más libros proyectados. Y no sólo hacía suyas nuestras empresas literarias: también nuestros enojos prácticos y nuestras vicisitudes morales. Un día, cuando más pobre estaba, hizo entrega de sus parvos ahorros en manos de uno a quien quería ver inconmovible en su apartada dignidad cívica. Pero no os figuréis una de esas inquietudes efusivas y bullangueras, que a veces incomodan tanto como alivian. Así como su habla era con frecuencia lenta y grave (salvo curiosísimos atropellamientos en que llegaba, al discutir, a los gritos, para dar más punta a sus afirmaciones), el gesto era siempre claro y sereno; exteriormente, frío; ni espuma ociosa, ni adiposidades equívocas. Era tan veraz, tan directo que —según solíamos decirle por burla— para él, en su hábito de ignorar lo inútil, o por lo menos,

secundario, no existían espacio ni tiempo: sólo existía la causa. Era grande con impertinencia de niño.

Allá, en sus años heroicos, cuando todavía las tristes lecciones no habían embotado sus aristas, soltaba unas "verdades de a libra", de esas que crean temerosos silencios. Y entonces nos recordaba a otro personaje de la Antigüedad: al escita Anacarsis. Éste, pues, apareció un día por Grecia, irritando provechosamente a los filósofos con la evidencia de sus crudas observaciones. Un tanto engreídos los griegos respecto a la superioridad de sus modos y maneras, tuvieron que hacer un saludable esfuerzo para dar crédito a sus oídos.

Los años atenuaron un tanto aquel despilfarro y aquella irresponsabilidad generosa, al irlo cercando entre los muros de las crecientes obligaciones. Se resignó a concentrarse un poco, a tolerar algunas superfluidades de la ley cotidiana, a sacrificar algunas aficiones, y desde luego, la epistolar. Ya no era posible cumplir con todos los hombres a un tiempo. Sus cartas, de que quedan por ahí volúmenes, se redujeron al mínimo indispensable, a un laconismo que contrastaba con la abundancia de otros días. Pero nada fue poderoso a mermar su vocación de maestro, y hasta el fin siguió —otra vez como Sócrates— atajando el paso al joven Jenofonte, para darle aquel aviso providencial: "Sígueme, si quieres saber dónde y cómo se aprende la sabiduría."

Estaba dotado de una laboriosidad que le era naturaleza, y ella poseía dos fases: la ostensible y la oculta. Leía y escribía junto a la sopa, en mitad de la conversación, delante de las visitas, jugando al "bridge", entre los deberes escolares que corregía —¡el cuitado vivió siempre uncido a mil menesteres pedagógicos!—, de una cátedra a otra, en el tren que lo llevaba y traía entre las Universidades de La Plata y de Buenos Aires. A veces, llegué a preguntarme si seguía trabajando durante el sueño. Y es que, en efecto, bajo aquella actividad visible corría, como río subterráneo, la actividad invisible, sin duda la más sorprendente. Su pensamiento no descansaba nunca. Mientras seguía el hilo de la charla, iba construyendo, para sí, otra interior figura mental. Y al revés, dejaba correr su charla sin percatarse, aparentemente, de las cosas que lo rodeaban. Esta impresión era engañosa:

no contaba uno con su ubicuidad psíquica. Cierta vez, José Moreno Villa lo llevó al museo del Escorial. Pedro habló todo el tiempo de Minnesota —el clima, la Universidad, el catedrático de literatura francesa, una profesora que estudiaba la *Divina Comedia,* las reuniones dominicales en la casa de algún colega— y no parecía prestar atención a lo que tenía delante. Poco después, al regreso, en un misterioso desperezo retrospectivo, dejó pasmado a José Moreno Villa con un estupendo análisis del "San Mauricio", del Greco.

En apariencia, padecía las pintorescas abstracciones del sabio, y se hubiera creído de él que pasaba junto a las frivolidades sin verlas. Y he aquí que, de pronto, le oíamos explicar, en un corro de señoras porteñas, los principios que inspiraban el nuevo tipo de los sombreros femeninos. Y lo que hacía para las pinturas y las modas, lo hacía para la música o los deportes, con igual facilidad que para las letras, y siempre con delicadeza y elegancia. Sólo ante el cine lo vimos retroceder francamente, desencantado de las historias y no compensado por el deleite fotográfico. A menos que algunos "films" aparecidos en los últimos años hayan logrado convencerlo.

Y lo que es mejor todavía: el mismo trabajo de elaboración hipnótica parecía operarse en su mente con respecto a los más recibidos rasgos de las costumbres y a los más arduos conflictos de la ética o de la política. ¡Ay, si se hubiera decidido a escribir todo lo que pensaba y decía! Por lo menos, a muchos nos entregó, como en moneda de vellón, el caudal de sus reflexiones, a veces de una originalidad desconcertante. Y en muchos libros de sus compañeros y discípulos —los míos los primeros— poco cuesta señalar esta y la otra página que proceden de algunas palabras ocasionales de Pedro.

Tal era Pedro; y quienes sólo lean mañana sus obras —afinadas en un mismo tono, aunque excelentes y únicas en su orden— apenas conocerán la mitad de su contenido humano y quién sabe si todavía menos. El que estas maravillas os cuenta se ve en el paso honroso —tan extraordinaria era aquella naturaleza— de aseguraros que nada inventa ni abulta. El recuerdo mismo de nuestro amigo y

maestro me dicta el mayor respeto para la fidelidad del retrato. Pero la verdad es que, tras ocho bien contados lustros de una amistad que fue, para ambos, la más cercana, todavía me agobia la sorpresa de haber encontrado en mi existencia a un hombre de esta fábrica y de una superioridad tan múltiple. Yo bien quisiera ser capaz de comunicar a todos la veneración de su memoria.

Algo hemos dicho del hombre. Casi nada del escritor. Pero ¿acaso fuimos requeridos para aderezar, a las volandas y en plazo perentorio, un juicio que requeriría largos años de preparación? Rehusaríamos computar ligeramente los saldos de obra tan cumplida. Conformémonos con recordar aquí algunos aspectos principales.

Es ya un lugar común que el estilo de Pedro Henríquez Ureña acertó a vencer las disciplinas del equilibrio dorio. Modelo de sobriedad suficiente, mucho pueden aprender en este escritor antillano algunos que nos tildan de "tropicales" con intención peyorativa. Hay que revisar ese sobado concepto. No conozco peor "tropicalismo", en el mal sentido, ni más deplorable charlatanería, que la de esos malaconsejados que han hecho una carrera, con programa, estudios y diploma, del arte de la "bernardina" o arte de vender la mula tuerta, de la propaganda y reclamo comercial en suma, propia academia de Monipodio y contraste del prócer decir español: "El buen paño en el arca se vende". Tropicales, ciertos vates que yo me sé, que empiezan a amontonar palabras y no acaban, a ver qué sale —impotencia peor que el silencio—, como esas visitas que no saben nunca despedirse. ¡Pero tropicales nosotros —¡bah!—, cuando nada nos ofende más que lo informe, lo farragoso y lo desordenado! ¡Tropical el dorio de América, cuyos párrafos son estrofas que van ajustando la estructura! Y, si se quiere, tropical, sí; pero en el otro sentido: luz, limpieza y claridad del dibujo. ¡Y que la siracusana Lucía nos conserve los ojos!

El arte de este escritor extrae de la necesidad su virtud, y su virtud esencial consiste en cierto aplomo como el de una gravitación física. Sin llegar al "remedo de la facundia latina y del número ciceroniano", aquí y allá dejaba sentir el resabio de los odres "marcelinescos" en que había madurado

su vino. No era, por cierto, uno de sus menores encantos la pericia en la variedad sintáctica. Pero ella nunca sobrevenía como alarde postizo, sino como consecuencia de las mismas anfractuosidades de la idea, poseída por una expresión de atlética musculatura. Con todo, es notoria la tendencia hacia una geometría cada vez más despojada, aun por el sesgo científico que fue dominando gradualmente la obra. Ha dicho Julio Caillet-Bois: "Apenas admite elementos conjuntivos esa prosa encadenada por dentro."

No es fácil decirlo: intentémoslo. El molde era siempre del tamaño de la idea que encerraba. Ni la hinchaba extremosamente, que suena a hueco; ni menos la reducía como al genio de la botella, que es enigmático y molesto. De esto o de aquello, hay quien se confiesa orgulloso. También se consolaba, en la fábula, el zorro de la uvas.

El adorno se le volvía esencia; el adjetivo cobraba mayoridad de sustantivo. Los epítetos eran definiciones. Las llamadas "figuras", actos de apoderamiento viril. Estilo masculino, aquél, pero que sabía ofrecer, cortésmente, el brazo a las vagarosas ninfas.

Aun en sus más libres divagaciones —tan concentradas eran—, como en su página sobre un atardecer de Chapultepec; aun en sus creaciones más poemáticas —tan densas de humorismo—, como en su evocación del advenimiento de Dionysos, fue característica suya el mantener una temperatura de "fantasía racional".

Nos ha dejado dos o tres relatos folklóricos que nada envidian, en tersura, a los maestros del género, sin que incurran por eso en las pequeñeces del costumbrismo forzado, lo que muestra la amplitud del registro y el buen dominio de la voz. Pues los Universales regían su mente, y jamás los perdía de vista.

Sus versos, que yo sepa, fueron cosa de la adolescencia y nunca llegó a recogerlos. Nos agradaría examinarlos ahora, dándoles su sitio en el conjunto. Acaso su misma marcha algo indecisa nos resulte aleccionadora. El desarrollo avasallador de la prosa los relega a la penumbra y los intimida.

En la prosa se saciaron plenamente los propósitos definitivos del escritor. Prosa inmaculada la suya, castiza sin

remilgos puristas. Ni reniega de la tradición, que parece pertenecerle por abolengo propio, ni se desconcierta ante la novedad o aun la iniciativa, porque su pluma era también instrumento autorizado y parte integrante de nuestra habla. Y siempre, sustancia y sustancia, lo que no puede lograrse sin una maciza voluntad de la forma. Nunca un traspiés, nunca un falseo: el lector cabalga tranquilo. Por el solo concepto artístico, si más no hubiera, Pedro Henríquez Ureña es ya uno de los escritores más firmes de la lengua.

Por cuanto al fondo de la obra, somos exigentes con los gigantes, olvidando que los sujetaron los dioses. Quisiéramos que hubiera volcado en sus libros toda su persona: ¡como si el tiempo y las fuerzas humanas fueran infinitos! Pero esta exigencia desmesurada en nada disminuye el mérito de los libros publicados. Todo se ha dicho cuando afirmamos que hizo adelantar en algún grado cuantos asuntos empuñaba. Erudito, exploraba tierras incógnitas; intérprete, iluminaba vastedades. De su taller nada salía como había entrado. Dondequiera que puso la mano, su impronta es imborrable.

Entre sus ensayos críticos, algunos son insuperables: tal su Ruiz de Alarcón. En el Pérez de Oliva y otras páginas sobre el Renacimiento español, impone la marca de su señorío y devuelve a las épocas y a los personajes los perfiles que se estaban borrando: los saca de la galería, los trae a la animación y a la vida. Sus resurrecciones históricas están salpicadas con aquella sangre del mártir de Nápoles, que daba perennidad continua al pasado. Sus síntesis americanas tienen destellos de perfección: véase el panorama ofrecido en Harvard; véase esa lección de método que es su monografía sobre la cultura dominicana. Sus buscas sobre la verdadera fisonomía de América están llamadas a dominar nuestras especulaciones al respecto, y nunca se las pondrá de lado, aunque llegara la hora de completarlas o retocarlas.

Filólogo, acotó terrenos, plantó banderines, abrió atajos. Allí están, para quien pueda superarlos, sus escritos de dialectología o su tesis sobre la versificación irregular. Salvador Novo define así la evolución de Pedro Henríquez Ureña, en reciente artículo periodístico: "De la erudición caudalosa de

Menéndez y Pelayo, había pasado al conocimiento científico, sistematizado y moderno de la escuela de Menéndez Pidal."

Tal es, a grandes rasgos, la obra de Pedro Henríquez Ureña. Ni la ocasión consiente extenderse más, ni osaremos hacerlo sin antes repasar, con amoroso detenimiento, cada una de sus publicaciones, de sus páginas, de sus frases.

En cambio, sobre los perfiles humanos de Pedro yo podría explicarme incesantemente. ¡Como que con él se me ha ido lo más estimable de mis tesoros! Ya no contaré con aquella confrontación que —real o figurada— más de una vez corregía mis impulsos, aconsejaba mis estudios, guiaba de cerca o lejos mi pluma. Perdonadme que descienda a estas personales confidencias. Me doy a mí mismo como ejemplo de lo que, estoy cierto, no sólo a mí me acontece, y generalizo mi experiencia. "Yo —decía Montaigne— soy mi física, soy mi metafísica." Y sólo me traigo al argumento a fin de mejor explicar lo que Pedro ha sido para muchos, lo mismo en Santo Domingo que en La Habana, en Minnesota o en Harvard, en México o en Montevideo, en Buenos Aires o en Santiago de Chile, en Madrid o en París. Así se entenderá mejor este dolor más que humano que nos embarga. Hemos sido desposeídos de algo que confina por los límites en que cada hombre particular se confunde ya con lo humano.

Pedro muere en el peor momento. Si Pedro se hubiera marchado unos seis años atrás, su valor sería el mismo, y él no habría padecido ante los horrores que ensombrecen la historia. Si nos hubiera vivido siquiera otros seis años, ¡cuánto nos hubiera ayudado para navegar la crisis en que hoy naufragamos, para explicarnos y dilucidar esta confusión que nos rodea! Desapareció cuando más falta nos hacía. Se ha ido quien podía socorrernos. No nos consolaremos de tamaña burla del destino. Pero el justo debe saber que todo, en este valle de crímenes, nos ha sido solamente prestado.

México, V-1946.

II

PASADO INMEDIATO

Noticia

Edición anterior

Alfonso Reyes//Pasado Inmediato//y Otros Ensayos//El Colegio de México.—1941, 8º, 194 pp. e índice.

I. GENARO ESTRADA

El que comprende a unos y a otros, y a todos puede conciliarlos; el que trabaja por muchos y para muchos sin que se le sienta esforzarse; el que da el consejo oportuno; el que no se ofusca ante las inevitables desigualdades de los hombres, y les ayuda, en cambio, a aprovechar sus virtudes; el fuerte sin violencia ni cólera; el risueño sin complacencias equívocas; el puntual sin exigencias incómodas; el que estudia el pasado con precisiones de técnico, vive en el presente con agilidad y sin jactancia, y provoca la llegada del porvenir entre precavido y confiado; el último que pierde la cabeza en el naufragio, el primero en organizar el salvamento —tal era Genaro Estrada, gran mexicano de nuestro tiempo a quien todos podían atreverse a llamar "el Gordo".

Dotado de una sensibilidad alegre y varia; coleccionista de buenos libros, de manuscritos raros, de cucharillas de plata, de cuadros y muebles, de jades y primores chinescos en que su casa era un verdadero museo; lleno de aquel humorismo tembloroso que comunica a los hombres gordos otra manera de esbeltez; dueño de una paciencia saludable, buen entendedor para inquietos y desorbitados, buena mano para timón, buen músculo de alma —era Genaro Estrada una de esas instituciones de la ciudad, uno de esos hombres centrales que hacen posible la organización de las pléyades literarias (el PEN Club de México sólo vivió mientras estuvo a su sombra, y lo mismo la revista *Contemporáneos*). Era un padrino natural de los libros. Y era la suya una de esas bondades sin aureola y sin exceso de santidad, tan lejana de la falsa austeridad y de los morbosos lujos de aislamiento y tebaidas: una de esas bondades que andan donde todos andan, hacen lo que todos (pero siempre un poco mejor), circulan entre todos, y no pierden un solo instante el sentimiento de su misión, de su tarea humana. Tan de grata compañía siempre, tan mensajero de buenas noticias, tan de todas las horas, tan

hermano mayor, con su vibración de ternura contenida y su travesura de joven elefante.

Todo en Genaro era gusto. Gran trabajador, nada había de angustia en su trabajo, sino que siempre parecía un paladeo voluptuoso. Con el mismo agrado y la misma sensibilidad emprendía un catálogo erudito o reorganizaba un archivo público, que se echaba a andar por la ciudad en busca de una pieza para sus colecciones, o resistía una discusión diplomática de dos horas sobre los diferentes olores morales del petróleo. A esta sólida balanza del gusto, que también podía servir de ética, de estética y metafísica en general, debía sin duda el no enmohecerse nunca en medio de los graves negocios del Estado. Sentimiento sin sensiblería, razón sin dogmatismo, cordialidad sin empalago, rapidez sin nerviosidad, alegría sin barullo. —Siempre andamos los mexicanos soñando con estas fórmulas de la rotundez espiritual, del equilibrio en círculo. ¡Cuán pocos las logran! Yo acostumbraba decirle en broma que el secreto de su aplomo estaba en sus bien contados cien kilos. Pero este hombre gordo no era por eso muy pacífico como el ventero de Cervantes: algo tenía de la abeja zumbona, algo de la ardilla y, en sus ratos de jugueteo, hasta de la bailarina rusa.

Modesto muchacho crecido en las imprentas provincianas, vino a México cuando el poeta Enrique González Martínez se hizo cargo de la Subsecretaría de Instrucción Pública; fue algún tiempo secretario de la Escuela Preparatoria, y desde allí tomó sus primeros contactos con las letras de la capital. Hizo su aparición en ellas con una antología de poetas nuevos de México no superada aún, insuperable acaso en el sentido en que una antología puede serlo:* ejemplo de método, de exposición, de documentación, de claridad y de tino, Estrada estaba disponiendo la escena, arreglando el ambiente, antes de lanzar sus personajes.

Entretanto, la pluma activa daba de sí colaboraciones dispersas: tal sabrosa traducción de Renard, o trabajos de diversa índole en que saciaba su apetito de hombre del Renacimiento; estudios sobre los criaderos de perlas en la Baja California o sobre los ejemplares mexicanos en los museos

* Escrito en 1937.

de Europa, las municipalidades en la América Española, las ordenanzas de los gremios en la Nueva España; mil noticias de bibliografía literaria; y, en medio de todo ello, un constante anhelo por coordinar el trabajo de todos, y poner de acuerdo las preguntas de uno con las respuestas del otro. Su *Visionario de la Nueva España* viene a ser como un *Gaspar de la noche* mexicano, y no creo que antes de él se haya logrado poner a contribución, con mejor efecto, todos los temas y motivos de nuestra imaginería colonial, de nuestra sunutosa y parsimoniosa "Edad Media", llena de virreyes, frailes y doctores, asuntos transportados por él a un ambiente, si vale decirlo, de disciplinada fantasía, de ensueño con bridas.

Funcionario en la Secretaría de Industria, había contribuido eficazmente a la reorganización de aquel departamento, y comisionado para cierta feria de Milán, había hecho su primer viaje a Europa (1920). Poco después, pasó a prestar sus servicios a la Secretaría de Relaciones Exteriores, donde fue ocupando cargos cada vez más importantes, y por mucho tiempo desempeñó el de Subsecretario Encargado del Despacho, en tanto que llegaba a ser titular de la cartera.

Madura el estilo y madura el alma; y he aquí, en el *Pero Galín*, uno de los libros más mexicanos que se hayan escrito. El hombre de Sinaloa, que llegó justamente a México allá por los fines del Ateneo y por los comienzos de la Revolución, trae a nuestra literatura la riqueza entrañable de la provincia, el sabor del condimento nacional, que siempre las capitales pierden y diluyen un poco. Y, lo que es mejor, esta obra tiene al mismo tiempo una calidad humana general, un valor perceptible y traducible en cualquiera tierra. Porque Genaro Estrada era hombre de letras consumado, atento a los últimos libros y a las últimas ideas que llegaban de todas partes; y así podrá un día sorprender en México a Paul Morand, preguntándole sobre novedades de Francia que aún no habían llegado a conocimiento de su huésped.

El *Pero Galín* es un libro que participa de la novela y del ensayo, donde han podido caber —injertos preciosos— muchos pedazos de realidad y agunos hombres que de veras existen, con su nombre propio y sus oficios reales. Por todas

sus páginas flota un buen aroma que halaga y alienta a leer. La precisión de idea y de forma causan una impresión de alivio.

Hay en este libro dos aspectos bien discernibles: si nos inclinamos a Pero, tendremos el mundo de los anticuarios y colonialistas, tratado en una forma que nos hace suspirar por la "Guía del Mexicanista" que hubiera podido escribir Genaro. La descripción del Volador (como más tarde la rápida evocación del mercado Martínez de la Torre en el estudio que precede al *Diario de un escribiente de Legación*) es una linda página, en la mejor tradición de los cuadros enumerativos mexicanos, tradición que parte del mercado de Tenochtitlán pintado por Cortés. Ahora, que si nos inclinamos a Lota, tendremos la visión actual, cinematográfica, rauda sin ser vertiginosa, del mundo entrevisto por la ventanilla del tren o desde el auto en marcha, las estaciones, las carreteras, las fronteras, las mezclas de pueblos, Los Ángeles, Hollywood, y mañana. Unos preferirán aquello a esto o viceversa; pero yo estoy con el autor en haber querido casar estas dos cosas tan opuestas, y casarlas sin chasquido ni fragor ninguno, por arte del cariño entre sus dos personajes, que tiene más de amistad que de otra cosa. Entre uno y otro polo ("côté de chez Pero" y "côté de chez Lota"), corren todos los matices intermedios del iris, y nuestro ambiente queda así definido por sus dos crisis terminales, y por aquella ondulación dialéctica que va de la una a la otra. De las manos de Pero Galín a las de Lota Vera mana y fluye el "tempo" mexicano en celeridad apreciable; y lo que era antigualla erudita en casa de Pero Galín, llega a ser asunto decorativo ultramoderno entre las raquetas de tenis de su joven amiga. Este libro sin pasión, desarrollado en una serie de cuadros y escenas encantadoras hasta llegar a la sencillez campesina del agua clara, ofrece entre sus pocas páginas tal trabazón de motivos mexicanos, que se siente uno tentado de publicarlo con notas explicativas al pie y pequeñas disertaciones en el apéndice, no porque requiera exégesis, sino por las muchas sugestiones que provoca. Además, al andar del tiempo, la vida personal del autor había de encontrar ciertos cauces que parecían ya previstos en su novela, lo que comunica, tanto

a su vida como a su novela, una nueva sazón, al menos para sus amigos más cercanos.

Cuando Genaro Estrada llega a ser jefe de la Cancillería Mexicana, da a nuestra política internacional una figura armoniosa, juntando miembros desarticulados y definiendo orientaciones. Su labor se caracteriza por una atención igual para todos los problemas a un tiempo, y por una inspiración patriótica cuya profundidad no puede apreciarse todavía, y que cuando se conozca en todo su alcance ha de conmover a los hombres de mi país. Queda bautizada con su nombre la que él quiso llamar "Doctrina Mexicana", sobre la aceptación automática de todo gobierno que un pueblo amigo quiera darse, en oposición a la teoría clásica, la cual parece subordinar en este respecto la soberanía de los pueblos al "visto bueno" de las naciones extranjeras. Su manera de conciliar la realidad con el ideal, durante toda su gestión, alcanzó a veces una nitidez mental y una delicadeza moral que no son frecuentes.

Salió de la Cancillería para ser Embajador en España, donde, al mismo tiempo que atendía a los negocios habituales, publicó una serie de cuadernos relativos a cuestiones de interés común entre ambos países, y echó una redada por los archivos y museos, levantando inventarios de piezas mexicanas y construyendo verdaderas monografías, como las que dedicó a *Las tablas de la Conquista de México* (de que también hay algunas en el Museo Etnográfico de Buenos Aires y aun sé yo de otras que andan por países escandinavos). *Las figuras mexicanas de cera en el Museo Arqueológico de Madrid*, y como el *Genio y figura de Picasso* o *El arte mexicano en España* que ha publicado más tarde. A la colección de cuadernos de su Embajada pertenecen también los *Manuscritos sobre México en la Biblioteca Nacional de Madrid, El tesoro de Monte Albán, El comercio entre México y España, El petróleo en México y España, El petróleo en México, El garbanzo mexicano en España,* obras suyas en parte, y en parte de autoridades en cada materia especial.

Devuelto en estos últimos años a la vida privada del escritor, había creado una interesante biblioteca de obras inéditas, en la cual nuevos investigadores han comenzado a abrir

regiones vírgenes de nuestra historia social. De sus manos salían unos hilos invisibles a todos los puntos del horizonte: son muchos los escritores de varios países que se relacionaban con México a través de él. Era, en nuestra América, un verdadero colonizador cultural.

Además de las obras citadas al paso, deja una colección de estudios diplomáticos, entre los prólogos a los volúmenes del Archivo Histórico que, bajo sus cuidados, se imprimían en la Secretaría de Relaciones Exteriores, y son suyos dos tomos de la serie de Monografías Bibliográficas que él hizo también publicar a su paso por aquel Ministerio: uno sobre Nervo, otro de varia información, en que campean su curiosidad y su conocimiento de libros mexicanos, así como su dominio en el oficio de maestro impresor, que él conocía muy de cerca. Deja una valiosa obra dispersa en prólogos de libros eruditos e históricos: las *Cartas* de Icazbalceta, recogidas por Teixidor; el *Diario del viaje* de Ajofrín; los estudios de Zavala sobre Tomás Moro en la Nueva España, etc. Deja otras obras de historia de arte: *Algunos papeles para la historia de las Bellas Artes en México;* ciertos trabajos sobre Goya que tenía en preparación, y de que envió la primicia a Buenos Aires (artículo recientemente publicado en *La Nación*). Deja una obra poética en que no hay página perdida, y que alcanzó algunas notas de extremada pureza: *Escalera* (*Tocata y fuga*), *Crucero, Paso a nivel, Senderillos a ras.* De suerte que su reino abarca la historia, la económica, la crítica, la bibliografía, el libre ensayo, la novelística, la poética.

Ha muerto a los cincuenta años, en plena labor. Debe a su propio valer, sin compromisos extraños a la excelencia misma de su trabajo, la ascensión gradual que lo llevó hasta los más altos cargos. Ni lo abatía la adversidad, gran maestra, ni lo engañaba la veleidosa fortuna. El proceso de una larga enfermedad venía de años atrás minando su salud, y él parecía siempre rehacerse por un desperezo del espíritu. La última carta que de él nos ha llegado nos dice que el quebranto de su organismo era ya tan grande, que no le permitía leer ni escribir directamente; que seguía con vivo interés los resultados del Congreso de Historia de América, de Buenos Aires; que tenía preparados ocho volúmenes para su

biblioteca histórica en curso; que quería artículos argentinos para una revista mexicana. Y esperó la muerte trabajando; y sigue todavía trabajando para su México, para su América, en el recuerdo de sus amigos, que son tantos en todas partes, y en la perennidad de su obra: su obra de hombre bueno, de excelente escritor y de ciudadano intachable.*

Buenos Aires, septiembre de 1937.

* *La Nación*, Supl. dominical, Buenos Aires, 3-X-1937.

II. PASADO INMEDIATO

El problema. La historia que acaba de pasar es siempre la menos apreciada. Las nuevas generaciones se desenvuelven en pugna contra ella y tienden, por economía mental, a compendiarla en un solo emblema para de una vez liquidarla. ¡El pasado inmediato! ¿Hay nada más impopular? Es, en cierto modo, el enemigo. La diferencia específica es siempre adversaria acérrima del género próximo. Procede de él, luego lo que anhela es arrancársele. Cierta dosis de ingratitud es la ley de todo progreso, de todo proceso. Cierto error o convención óptica es inevitable en la perspectiva. La perspectiva es una interpretación finalista. Se da por supuesto que el primer plano es el término ideal a que venían aspirando, del horizonte acá, todos los planos sucesivos. Las líneas, se supone, caminan todas hacia un fin. El fin somos nosotros, nuestro privativo punto de vista. "Perspectiva" le ha llamado un joven escritor a su reseña de las letras de México. Sumando varias perspectivas, varios sistemas de referencia; reduciendo unos a otros; teniendo en cuenta la relatividad de todos ellos, y su interdependencia para un ojo omnipresente que acertara a mirar el cuadro desde todos los ángulos a la vez, nos acercaremos al milagro de la comprensión.

El pasado inmediato, tiempo el más modesto del verbo. Los exagerados —los años los desengañarán— le llaman a veces "el pasado absoluto". Tampoco hay para qué exaltarlo como un "pretérito perfecto". Ojalá, entre todos, logremos presentarlo algún día como un "pasado definido".

La etapa. El año de 1910, en que se realiza el Primer Congreso Nacional de Estudiantes, nos aparece poseído por un sentimiento singular. Los símbolos de la cronología quieren cobrar vida objetiva. La vaga sensación de la etapa se insinúa en los corazones y en las mentes para volverse realidad. El país, al cumplir un siglo de autonomía, se esfuer-

za por llegar a algunas conclusiones, por provocar un saldo y pasar, si es posible, a un nuevo capítulo de su historia. Por todas partes se siente la germinación de este afán. Cada diferente grupo social —y así los estudiantes desde sus bancos del aula— lo expresa en su lenguaje propio y reclama participación en el fenómeno. Se trata de dar un sentido al tiempo, un valor al signo de la centuria; de probarnos a nosotros mismos que algo nuevo tiene que acontecer, que se ha completado una mayoría de edad. En otros tiempos, se echaba a temblar la ignorancia a la aparición de un cometa (¡aquel cometa fatídico que ya tomó parte, a modo de presagio, o a modo de influencia telúrica, en la conquista de México!). Ahora se derrama por nuestra sociedad una extraña palpitación de presentimiento. Se celebra el Primer Centenario, y cunden los primeros latidos de la Revolución.

El antiguo régimen —o como alguna vez le oí llamar con pintoresca palabra, el Porfiriato— venía dando síntomas de caducidad y había durado más allá de lo que la naturaleza parecía consentir. El dictador había entrado francamente en esa senda de soledad que es la vejez. Entre él y su pueblo se ahondaba un abismo cronológico. La voz de la calle no llegaba ya hasta sus oídos, tras el telón espeso de prosperidad que tejía para sí una clase privilegiada. El problema de una ineludible sucesión era ya angustioso. El caudillo de la paz, de la larga paz, había intentado soluciones ofreciendo candidatos al pueblo. Pero no se es dictador en vano. La dictadura, como el tósigo, es recurso desesperado que, de perpetuarse, lo mismo envenena al que la ejerce que a los que la padecen. El dictador tenía celos de sus propias criaturas y las devoraba como Saturno, conforme las iba proponiendo a la aceptación del sentir público. Y entonces acudía a figuras sin relieve, que no merecieron el acatamiento de la nación. Y el pueblo, en el despertar de un sueño prolongado, quería ya escoger por sí mismo, quería ejercitar sus propias manos y saberse dueño de sus músculos.

Pax. Estos gobiernos de longevidad tan característicos del siglo —Victoria, Francisco José, Nicolás— no sé qué virtud dormitiva traían consigo. Bajo el signo de Porfirio

Díaz, en aquellos últimos tiempos, la historia se detiene, el advenir hace un alto. Ya en el país no sucedía nada o nada parecía suceder, sobre el plano de deslizamiento de aquella rutina solemne. Los Científicos, dueños de la Escuela, habían derivado hacia la filosofía de Spencer, como otros positivistas, en otras tierras, derivaron hacia John Stuart Mill. A pesar de ser spencerianos, nuestros directores positivistas tenían miedo de la evolución, de la transformación. La historia, es decir, la sucesión de los hechos trascendentes para la vida de los pueblos, parecía una cosa remota, algo ya acabado para siempre; la historia parecía una parte de la prehistoria. México era un país maduro, no pasible de cambio, en equilibrio final, en estado de civilización. México era la paz, entendida como especie de la inmovilidad, la *Pax Augusta*. Al frente de México, casi como delegado divino, Porfirio Díaz, "Don Porfirio", de quien colgaban las cadenas que la fábula atribuía al padre de los dioses. Don Porfirio, que era, para la generación adulta de entonces, una norma del pensamiento sólo comparable a las nociones del tiempo y del espacio, algo como una categoría kantiana. Atlas que sostenía la República, hasta sus antiguos adversarios perdonaban en él al enemigo humano, por lo útil que era, para la paz de todos, su transfiguración mitológica.

¡Ah, pero la historia, la irreversibilidad de las cosas siempre en marcha, con su gruñido de Nilo en creciente que no sufre márgenes ni orillas! Trabajo costó a los muchachos de entonces el admitir otra vez —cuando la vida nacional dio un salto de resorte oprimido— que la tela histórica está tramada con los hilos de cada día; que los héroes nacionales —sólo entrevistos en las estampas alegóricas, a caballo y saltando por entre la orla simbólica de laureles—, podían ser nada menos que este o aquel humilde vecino conocido de todos, el Panchito de quien nadie hacía caso; o el ranchero ignorante y pletórico de razón aunque ayuno de razones que, como el Pero Mudo del *Poema del Cid,* se enredaba cuando quería hablar y sólo sabía explicarse con la espada; y hasta el salteador a lo Roque Guinart, el bandido generoso a quien una injusticia echó fuera del orden jurídico, y un

hondo sentimiento ha enderezado por caminos paralelos a los que recorría Don Quijote.

¿La paz? También envejecía la paz. Los caballeros de la paz ya no las tenían todas consigo. Bulnes, un contemporáneo de la crisis, exclama un día: "La paz reina en las calles y en las plazas, pero no en las conciencias." Una cuarteadura invisible, un leve rendijo por donde se coló de repente el aire de afuera, y aquella capitosa cámara, incapaz de la oxigenación, estalló como bomba.

La inteligencia y la historia. Este sacudimiento, este desperezo, viene naturalmente envuelto en una atmósfera de motivos espirituales. Los hechos bélicos, políticos y económicos han sido narrados ya con varia fortuna, y esperan la criba de la posteridad. Importa recoger también los hechos de cultura que, si no fueron determinantes, fueron por lo menos concomitantes. Porque es cierto que la Revolución Mexicana brotó de un impulso mucho más que de una idea. No fue planeada. No es la aplicación de un cuadro de principios, sino un crecimiento natural. Los programas previos quedan ahogados en su torrente y nunca pudieron gobernarla. Se fue esclareciendo sola conforme andaba; y conforme andaba, iba descubriendo sus razones cada vez más profundas y extensas y definiendo sus metas cada vez más precisas. No fue preparada por enciclopedistas o filósofos, más o menos conscientes de las consecuencias de su doctrina, como la Revolución Francesa. No fue organizada por los dialécticos de la guerra social, como la Revolución Rusa, en torno a las mesas de "La Rotonde", ese café de París que era encrucijada de las naciones. Ni siquiera había sido esbozada con la lucidez de nuestra Reforma liberal, ni, como aquélla, traía su código defendido por una cohorte de plumas y de espadas. No: imperaba en ella la circunstancia y no se columbraban los fines últimos. Su gran empeño inmediato, derrocar a Porfirio Díaz, que parecía a los comienzos todo su propósito, sólo fue su breve prefacio. Aun las escaramuzas del Norte tuvieron más bien el valor de hechos demostrativos. Después, sus luchas de caudillos la enturbian, y la humareda de las disidencias personales tiene que disiparse un poco para que su trayectoria pueda reanu-

darse. Nació casi ciega como los niños y, como los niños, después fue despegando los párpados. La inteligencia la acompaña, no la produce; a veces tan sólo la padece, mientras llega el día en que la ilumine. Pero presentar sólo algunos de sus aspectos parciales es mutilar la realidad. Consiste la dignidad de la historia en llegar al paralelismo de las ideas con los hechos, rigiendo aquí para los pueblos la misma sentencia de oro que a los individuos propone la *Epístola moral:* "Iguala con la vida el pensamiento." Cuando la Revolución va a nacer ¿qué sucede en la inteligencia, en la educación y en la cultura, en las masas universitarias, en el mundo de nuestras letras? Para trazar algún día este cuadro conviene recoger desde ahora algunos documentos. El Congreso Nacional de Estudiantes fue una de tantas pruebas del tiempo, sin duda de las más elocuentes, por cuanto revela que la inquietud invadía ya hasta los gérmenes de nuestro ser cultural. Su crónica particular queda confiada a quienes participaron más íntimamente en sus trabajos.

Entre la vida universitaria y la vida libre de las letras hubo entonces una trabazón que indica ya, por parte de la llamada Generación del Centenario, una preocupación educativa y social. Este solo rasgo la distingue de la literatura anterior, la brillante generación del Modernismo, que —ésa sí— soñó todavía en la torre de marfil. Este rasgo, al mismo tiempo, la relaciona con los anhelos de los estudiantes que, en 1910, resolvieron examinar por su cuenta aquellos extremos que les parecían de urgente consideración.

Comencemos por decir algo sobre el ambiente estudiantil. Si no definirse, que sería intrincado, y ni siquiera describirse, que sería fatigoso, aquel ambiente puede recordarse con dos ejemplos escogidos. Uno, la Escuela Nacional Preparatoria, que tenía más o menos su parangón por los Estados, sirve de común denominador en la base de todas las carreras liberales y es la única que abarca la doctrina educacional de la época; otro, la Escuela Nacional de Jurisprudencia, es la punta aguda que se orientaba preferentemente a la vida pública. De la primera hay que tratar *in-extenso;* de la segunda sólo hay que mostrar una saliente, acaso una saliente viciosa.

Grandeza y decadencia de la Escuela Preparatoria. La Escuela Nacional Preparatoria tiene su grandeza y su decadencia. Al comenzar la segunda mitad del siglo XIX, tierna todavía la República, resentida de su nerviosa infancia, han madurado ya los dos grandes partidos: el liberal, que se inclina hacia una nueva concepción del Estado, en que se mezclan la filosofía de los Derechos del Hombre con el presidencialismo y el federalismo americanos, y el conservador, a quien el apego a las normas hereditarias y el anhelo de conservar el cuadro ya creado de intereses arrastra hasta el despeñadero de una aberración antinacional. Adelanta la invasión francesa sus manos rojas, y llega con sus manos lavadas aquel heredero sobrante de las Casas de Europa. Bajo la marejada imperial, la República queda reducida a las proporciones de la carroza en que emigraba Benito Juárez. Pero, revertida la onda, triunfa para siempre la República. El país había quedado en ruinas, era menester rehacerlo todo. Las medidas políticas ofrecían alivios inmediatos. Sólo la cultura, sólo la Escuela, pueden vincular alivios a larga duración. Benito Juárez procura la reorganización de la enseñanza pública, con criterio laico y liberal, y confía la ardua tarea al filósofo mexicano Gabino Barreda.

Discípulo de Augusto Comte, imbuido de positivismo francés, fuerte en su concepción matemática del universo —de un universo saneado de toda niebla metafísica y de toda preocupación sobre el más allá—, congruente y limitado, contento con los datos de los sentidos, seguro —como todos los de su sistema— de haber matado al dragón de las inquietudes espirituales, acorazado y contundente, Barreda, el maestro de la enseñanza laica, congregó a los hombres de ciencia y creó, como prototipo de su vivero para ciudadanos, la Escuela Nacional Preparatoria, *alma mater* de tantas generaciones, que dio una fisonomía nueva al país; puesta después de la enseñanza primaria y antes de la profesional o especial, semejante en parte al bachillerato francés, y con un programa enciclopédico que recorría, peldaño a peldaño, la escala comtiana, desde la matemática abstracta y pura hasta las complejas lucubraciones sociales.

A través de incontables vicisitudes, la Escuela Preparatoria se ha venido manteniendo hasta nuestros días, aceptando a regañadientes los vaivenes del tiempo, y al fin sometida a una verdadera locura de transformaciones que algún día se equilibrarán para bien de todos. No tenía por destino el conducir a la carrera y a los títulos, aunque fuera puente indispensable para los estudios de abogados, ingenieros y médicos; sino el preparar ciudadanos —de ahí su nombre; gente apta para servir a la sociedad en los órdenes no profesionales. Sustituía a las humanidades eclesiásticas; llegaba a punto para incorporar en la educación las conquistas del liberalismo político. La Revolución no ha logrado todavía hacer otro tanto en la medida en que lo logró Gabino Barreda para la revolución de su tiempo. *Alma mater* siempre y a pesar de todo loada, por su disciplina despojada y sobria y por sus firmes enseñamientos, parecía convertir así el lema de la antigua Academia: "No salga de aquí quien antes no sepa geometría."

Lo que Barreda quería —explica Justo Sierra—

> era abrir en el interior de cada uno un puerto seguro, el puerto de lo comprobado, de la verdad positiva, para que sirviera de refugio y fondeadero a los que no quisieran afrontar las tormentas intelectuales, bastante más angustiosas que las del Océano, o a los que volvieran desarbolados y maltrechos de las trágicas aventuras de la ciencia, pero con el incoercible empeño de tentar nuevas empresas, nuevos viajes de Colón en pos de constelaciones nuevas.

La ciencia organizada metódicamente —nos decía también Justo Sierra— "ha puesto la razón y el buen sentido en el fondo de nuestro ser hispanolatino, medulado de imaginación febril y de sentimentalismo extremo". Tierra firme tras el terremoto general, reducto invulnerable en el trastorno de la conciencia pública, cuartel de verdad y coherencia entre los campos de matanza de todas las pedagogías manidas: que se diga si alguna vez se ha creado otra institución más sabia y más adecuada para las necesidades a que respondía.

El alumno de la Preparatoria, al colgar la toga pretexta, desembocaba en la vida adulta capaz de escoger su voca-

ción, dentro o fuera de las carreras profesionales; educado ya en el compendio y dueño de un microcosmo que, en pequeño, reflejaba el mundo; apto para anotar día por día, en su cuadrante, la hora que marcara la ciencia, y para escoger por sí mismo aquella colección de los libros que, al decir de Carlyle, son la verdadera universidad de nuestros días. Para él los distintos rumbos del conocimiento —grave peligro de la sociedad contemporánea— no errarían ya sueltos del nexo que es la profesión general de hombre; no serían ya las ciencias y las artes como las hermanas enemigas del *Rey Lear*, sino como las milicias de Datis el medo, que avanzaban dándose la mano. Y el alumno de la Preparatoria entraba en las bregas del conocimiento y de la acción provisto del instrumental mínimo e indispensable, con la dotación completa de la mochila.

Pero todas las instituciones resbalan por su más fácil declive. La herencia de Barreda se fue secando en los mecanismos del método. Hicieron de la matemática la Suma del saber humano. Al lenguaje de los algoritmos sacrificaron poco a poco la historia natural y cuanto Rickert llamaría la ciencia cultural, y en fin las verdaderas humanidades. No hay nada más pobre que la historia natural, la historia humana o la literatura que se estudiaban en aquella Escuela por los días del Centenario. No alcanzamos ya la vieja guardia, los maestros eminentes de que todavía disfrutó la generación inmediata, o sólo los alcanzamos en sus postrimerías seniles, fatigados y algo automáticos. El curioso Sánchez, mucho más que a la verdadera Zoología, se daba a juntar anécdotas sobre el folklore indígena relativo a la fauna mexicana, anécdotas que, aunque divertidas en sí mismas —y es lástima que se hayan perdido— no pasaban de ser una prolongación del *Roman de Renart* o las fábulas del coyote. Se oxidaba el instrumental científico. A nuestro anteojo ecuatorial le faltaban nada menos que el mecanismo de relojería y las lentes, de suerte que valía lo que vale un tubo de hojalata; y no valía más la Cosmografía —tremendo nombre— que por entonces nos enseñaban, bien caricaturizada en aquella travesura escolar que envuelve a los dos profesores de la asignatura:

Quiroga le dijo al "Chante"
que si era queso la luna,
y el "Chante" le respondió:
—Sí es queso, pero de tuna.
¿No ha quedado duda alguna?
¿Entendimos? ¡Adelante!

Aunque los laboratorios no seguían desarrollándose en grado suficiente, mejor libradas salían la Física y la Química —ésta bajo la buena doctrina de Almaraz—; pero tendían ya a convertirse en ciencias de encerado, sin la constante corroboración experimental que las mentes jóvenes necesitan, fuera de lo que nos mostraba en su casa Luis León, amable aficionado, o de los ensayos de sales en que aprendíamos nuestro poco de reactivo y soplete. Porfirio Parra, discípulo directo de Barreda, memoria respetable en muchos sentidos, ya no era más que un repetidor de su tratado de Lógica, donde por desgracia se demuestra que, con excepción de los positivistas, todos los filósofos llevan en la frente el estigma oscuro del sofisma; y por nada quería enterarse de las novedades, ni dejarse convencer siquiera por la hamiltoniana "cuantificación del predicado", atisbo de la futura Logística. El incomparable Justo Sierra, el mejor y mayor de todos, se había retirado ya de la cátedra para consagrarse a la dirección de la enseñanza. Lo acompañaba en esta labor don Ezequiel A. Chávez, a quien por aquellos días no tuve la suerte de encontrar en el aula de Psicología, que antes y después ha honrado con su ciencia y su consagración ejemplar. Miguel Schultz, geógrafo generoso, comenzaba a pagar tributo a los años, aunque aún conservaba su amenidad. Ya la tierra reclamaba los huesos de Rafael Ángel de la Peña —paladín del relativo "que"— sobre cuya tumba pronto recitaría Manuel José Othón aquellos tercetos ardientes que son nuestros *Funerales del Gramático*. El Latín y el Griego, por exigencias del programa, desaparecían entre un cubileteo de raíces elementales, en las cátedras de Díaz de León y de aquel cordialísimo Francisco Rivas —de su verdadero nombre, Manuel Puigcerver— especie de rabino florido cuya sala era, porque así lo deseaba él mismo, el recinto de todos los juegos y alegres ruidos de la muchachada. Cuando el severo Director José Terrés

lo llamó al orden por su exceso de lenidad, bastó una breve y algo melancólica indicación de Rivas para que se oyera, en la clase, el vuelo de la mosca. Y el maestro Rivas, que llenaba el pizarrón con sus alfas y sus omegas en medio del mayor silencio, se volvió de pronto con las lágrimas en los ojos: "¡Éstos no son mis muchachos! —exclamó— ¡Sigan alborotando como siempre, aunque a mí me echen de la Escuela!" En su encantadora decadencia, el viejo y amado maestro Sánchez Mármol —prosista que pasa la antorcha de Ignacio Ramírez a Justo Sierra— era la comprensión y la tolerancia mismas, pero no creía ya en la enseñanza y había alcanzado aquella cima de la última sabiduría cuyos secretos, como los de la mística, son incomunicables. La Literatura iba en descenso, porque la Retórica y la Poética, entendidas a la manera tradicional, no soportaban ya el aire de la vida, y porque no se concebía aún el aprendizaje histórico —otros hasta dicen "científico"— de las Literaturas, lo que vino a ser precisamente una de las campañas de los jóvenes del Centenario. Un día inventaron, para sustituir los cursos de Literatura, no sé qué casta de animal quimérico llamado "Lecturas comentadas de producciones literarias selectas"; y puedo aseguraros que los encargados de semejantes tareas, por ilustres que fueran en su obra personal de escritores, no tenían la menor noticia de lo que pudiera ser un texto comentado: unas veces se entregaban a vaguedades sentimentales, y otras iban frescamente a acabar en clase el libro que, para su deleite propio, habían comenzado a leer en su casa. La excepción de Manuel Revilla (perdonémosle que casi me expulsa de la clase porque me atreví a citar a Schopenhauer), quien profesó en serio estos cursos elementales, deslizando en ellos un adarme de preceptiva, fue demasiado rauda para dejar verdadera huella. Quien quisiera alcanzar algo de Humanidades tenía que conquistarlas a solas, sin ninguna ayuda efectiva de la Escuela.

En tanto, por los insospechados rincones del antiguo Colegio de San Ildefonso, sorprendíamos a veces la figura fantasmal del gran matemático "Chicho" Prado, alejado de las labores docentes y que vivía allí por caridad del Gobierno;

hombre enloquecido de logaritmos, a quien, del mucho velar y poco dormir, las diferenciales y las integrales le habían secado el cerebro, llevándole hasta una mansa enajenación; algo fugitivo y asustadizo, con su poco de agorafobia; pobre ratoncillo pitagórico que andaba royendo por los sótanos sus funciones, sus cosenos y sus raíces. No podíamos menos de preguntarnos si el continuo trato con tales abstracciones sería realmente lo más práctico para la preparación del ciudadano.

Y, sin embargo, no era todavía el derrumbe de la Escuela Preparatoria. Los ponderosos y vetustos muros parecían todavía rezumar la antigua grandeza. El derumbe vino después; sobrevino singularmente con la exótica importación de eso que se llama High School, ¡tan por debajo de lo nuestro!

Los antiguos positivistas, ahora reunidos en colegio político bajo el nombre de "Los Científicos", eran dueños de la enseñanza superior. Lo extraño es que estos consejeros de Banco, estos abogados de Empresas, no hayan discurrido siquiera el organizar una facultad de estudios económicos, una escuela de finanzas. ¿Qué pudo faltarles para ello? Ni el poder, ni el conocimiento, ni los talentos, ni el interés para estas materias a las que consagraron su vida. Acaso, siguiendo el error de régimen paternal, pensaron que los educandos eran demasiado jóvenes para cosas tan graves, propias de varones sesudos. Acaso, sin saberlo ellos mismos, los inspiraba un sentimiento de casta, como el que llevó a esconder sus secretos a los sacerdotes egipcios. Porque no hubieran bastado a suplir estas deficiencias ni las lecciones inteligentes y rápidas de Martínez Sobral, ni las contadas lecciones del competentísimo Joaquín Casasús, personalidad eminente de múltiples y elegantes actividades. Lo extraño es que aquellos creadores de grandes negocios nacionales (como en Europa lo eran los sansimonianos Pereira, o el Barón de Mauá en el Brasil) no se hayan esforzado por llenar materialmente el país de escuelas industriales y técnicas para el pueblo, ni tampoco de centros abundantes donde difundir la moderna agricultura. Nuestro pueblo estaba condenado a trabajar empíricamente y con los más atrasa-

dos procedimientos; a ser siempre discípulo, empleado o siervo del maestro, del patrón o del capataz extranjeros, que venían de afuera a ordenarle, sin enseñarle, lo que había que hacer en el país. No olvidamos, no, la antigua Escuela de Artes y Oficios y la antigua Escuela de Agricultura. Pero ¿pueden aquellos intentos aislados compararse con lo que se ha hecho después y con lo que pudo hacerse desde entonces? En suma, que no se cargaba el acento donde, según la misma profesión de fe de los Científicos, debió haberse cargado. Se prescindía de las Humanidades, y aún no se llegaba a la enseñanza técnica para el pueblo: ni estábamos en el Olimpo, ni estábamos en la tierra, sino colgados en la cesta, como el Sócrates de Aristófanes.

Ayuna de Humanidades, la juventud perdía el sabor de las tradiciones, y sin quererlo se iba descastando insensiblemente. La imitación europea parecía más elegante que la investigación de las realidades más cercanas. Sólo algunos conservadores, desterrados de la enseñanza oficial, se comunicaban celosamente, de padres a hijos, la reseña secreta de la cultura mexicana; y así, paradójicamente, estos vástagos de imperialistas que escondían entre sus reliquias familiares alguna librea de la efímera y suspirada Corte, hacían de pronto figura de depositarios y guardianes de los tesoros patrios.

Un síntoma, sólo en apariencia pequeño, de aquella descomposición de la cultura: se puso de moda, precisamente entre la clase media para quien aquel sistema escolar fue concebido, el considerar que había un cisma entre lo teórico y lo práctico. La teoría era la mentira, la falsedad, y pertenecía a la era metafísica, si es que no a la teológica. La práctica era la realidad, la verdadera verdad. Expresión, todo ello, de una reacción contra la cultura, de un amor a la más baja ignorancia, aquella que se ignora a sí misma y en sí misma se acaricia y complace. Cuando la sociedad pierde su confianza en la cultura, retrocede hacia la barbarie con la velocidad de la luz. ¿Dónde quedaba entonces el estupendo precepto comtiano? En vano los vitrales de la Escuela Preparatoria dejaban ver al trasluz con grandes letras: "Saber para prever, prever para obrar."

Antes de seguir adelante, un franco tributo a la memoria del gran Ministro de Instrucción Pública, Justo Sierra. Nada de lo dicho va contra este magno organizador de la educación primaria. Dondequiera que intervino, hizo el bien. Ni podía estar en todas partes; ni era posible que a los centros universitarios llegara otra cosa que su correcta gestión administrativa; ni menos habría que exigirle el detener por sí solo los efectos de complejísimos acarreos sociales. Sabía que la Preparatoria reclutaba a la clase media, pero no podía absorber al pueblo; y por eso, para ir al pueblo, quiso completarla por abajo en las escuelas primarias, donde sembró el bien a manos llenas. De suerte que dio un paso más sobre Barreda: el que le tocaba dar en su tiempo. Finalmente, también completaría la obra por arriba, en la investigación superior, poniendo como corona a su nueva Universidad —con plena conciencia de que ya la Preparatoria y las Profesionales eran insuficientes— aquella Escuela de Altos Estudios llamada precisamente a ser baluarte de nuestras campañas juveniles: la Escuela contra la cual se agitaron —como es natural— la ignorancia de legisladores improvisados y el sectarismo de los menos que positivistas; la Escuela que abrió al fin las puertas a las Letras y a la Filosofía, de la que procede la actual Facultad, cuyo solo nombre hubiera sido incomprensible en aquella edad venturosa. Por si su pluma no bastara para su gloria, es Justo Sierra, en la administración porfiriana, la inteligencia más noble y la voluntad más pura. A la distancia de las jerarquías y los años, se sintió amigo de los jóvenes, nos vio nacer a la vida espiritual, nos saludó con públicas manifestaciones de confianza y de simpatía, comprendió nuestras rebeldías y acaso las bendijo. En el Gabinete, era el Ministro de lujo de quien se hace caso hasta cierto punto porque —"cave canem"— es poeta, y a quien el omnipotente Ministro de Hacienda escatima todo lo que puede el dinero y la autoridad. Era el mejor: es casi el santo.

La escuela de los tribunos. A la Escuela Nacional de Jurisprudencia —el otro ejemplo que hemos escogido como recuerdo de la época— sólo habrá que referirse rápidamente para señalar algunos vicios. Sus problemas particulares

no se reflejan sobre el ambiente del Centenario; y aun puede decirse que los estudiantes de 1910 aplican contra aquellos vicios un primer correctivo.

Aunque los maestros daban a entender que al país no le convenía la plétora de profesionales y que la patria esperaba ansiosa a las puertas de la Preparatoria, los jóvenes preferían las mayores preeminencias sociales. Al final de cursos, los preparatorianos, en su mayoría, cruzaban rápidamente la calle y se inscribían para las carreras. No pocos optaban por la de abogado, la más ostensible entonces, asiento de preferencia para el espectáculo de la inminente transformación social, asiento que permitía fácilmente saltar al escenario. La opinión lo esperaba todo de los abogados. Pero ya cuando el Congreso Nacional de Estudiantes —y éste es otro de los sentidos que tuvo aquel Congreso— los alumnos de todas las profesiones manifestaban por primera vez de un modo evidente que todos se sentían llamados a entenderse con los deberes públicos.

Había otras razones para que la carrera de las Leyes atrajera un contingente subido: las Leyes parecían una aproximación a las Letras, que no tenían refugio académico. El muchacho que acertaba a concordar cuatro consonantes por los corredores de la Preparatoria, había descubierto su vocación de abogado. Con ayuda de la suerte y también de buenos valedores, era fácil que, en alcanzando el título, no tuviera que ejercerlo realmente sino que, en méritos a su "facilidad de palabra" (fórmula de la época), Don Porfirio lo mandara elegir diputado por cualquier región inverosímil. Aquel mundo, poco diferenciado, ofrecía la disyuntiva de instalarse en la plena luz o de refugiarse en la sombra completa. Para lo primero, hacerse profesional, o como aquí decimos, "profesionista". Más allá de la Preparatoria ¿para qué otra cosa podía valer el estudio? ¿Quién se ocupaba de ciencia pura? Sólo algunos beneméritos a quienes se tenía por chiflados. Creían los hombres de entonces ser prácticos; pretendían que la historia y la literatura sólo sirven para adornar con metáforas o reminiscencias los alegatos jurídicos. Afirmaban que la poesía era una forma atenuada y deglutible de la locura, útil sólo en la juventud a títu-

lo de ejercicio y entrenamiento, silabario de segundo grado o juego auxilar de la mente como los acertijos. Y las aulas de Derecho se iban llenando de jóvenes que podían repetir las palabras de Rubén Darío:

> ¡Y pensar que no soy lo que yo hubiera sido!
> ¡La pérdida del reino que estaba para mí!

¡Felices los que ya de suyo nacían orientados hacia los únicos caminos por aquel entonces practicables! Algunos bogaban en las carreras autorizadas como pescadores en aguas ajenas. Y la verdad es que mal podía haber sonado para entonces la hora del laboratorio o de las Musas. Antes de eso, era imprescindible que las escobas de Hércules acabaran su misericordia en los establos de Augias. Y todavía falta decir que, aunque entre los verdaderos poetas (la radiante pléyade del Modernismo, de que todavía lucían los astros mayores) no sucedía así, los estudiantes inclinados a escribir versos propendían a confundir la materia poética con la oratoria. Y la facultad oratoria llevaba como de la mano a la Facultad de Derecho donde, en tiempos anteriores al Centenario, había hasta cursos de oratoria forense.

Desde la Constitución de 1857, el culto a la oratoria había sido muy vivo en México. La gran falange liberal quedaba en el recuerdo de todos, y era la corte de honor de la Democracia Mexicana: Ramírez, Prieto, Lerdo, tantos otros. Uno de los últimos supervivientes de aquella etapa, Miguel Zamacona, había sido un grande orador, y los estudiantes de comienzos del siglo (es decir, todavía impregnados de siglo XIX), lo saludaban por la calle con íntimo respeto y con noble envidia. A Bulnes se le perdonaba más de un desmán histórico porque era un buen orador. Jesús Urueta, mimo y recitador incomparable de piezas oratorias que, muchas veces, más eran poemas que discursos, tenía engolosinado al público, y exigente en cuanto a la perfección musical de cada párrafo.

Pero quien seguramente puso cátedra de oratoria en la Escuela de Derecho fue el maestro Jacinto Pallares, sólo vivo ya por el recuerdo en los días del Centenario. Jurisconsulto de primera, conocedor minucioso de los percances

de cada ley y de la historia de cada noción jurídica en México, algo casuista, muy familiarizado con Renan y muy teólogo hereje, paradójico, ingenioso, epigramático, rápido en la saeta y emponzoñado en la pelea, ni siquiera le faltaba el gran recurso de los oradores románticos: la heroica y desaliñada fealdad.

Sin duda Pallares dejó buena simiente en algunas naturalezas sanas, al punto que cuesta trabajo hacer de justiciero con su memoria. Pero es de sospechar que, en su cátedra, a juzgar por los testimonios que de ella quedaban, se preocupó más de deslumbrar que de enseñar. Hacía gala de su talento, aun a costa del discípulo si ello le venía bien, y suscitaba en los oyentes un entusiasmo pasajero, una irritación estéril, que a lo más sólo les servía para sacar esta conclusión de dudosa moral: hay que ser orador, orador a toda costa y por sobre todo; es lo único que vale en la tierra. La Escuela de Derecho fue entonces la Escuela de los Tribunos. Venteando de lejos la Revolución, los juristas oratorios que nos precedieron soñaban con discursos en las barricadas. No les tocaría esa suerte. La Revolución dejó atrás, con celeridad de cataclismo, las audacias de los letrados. Muy pronto prescindió de ellos. Empujada por fuerzas reales y no verbales, fue tallando a golpes su ideología, bien lejana de lo que habían imaginado sus primeros profetas.

Aislamiento. El loable empeño de salvar a la juventud de toda contaminación con las turbulencias que precedieron a la paz porfiriana, y el propósito decidido —una vez lograda la higienización positivista— de no volver a las andadas en materia de educación, tuvieron un singular efecto: crearon una atmósfera de invernadero y hasta una raridad de campana neumática. Habíamos superado las revoluciones y habíamos superado la era metafísica. El nuevo México revolucionario ha sido considerado con recelo por más de un gobierno hispanoamericano, temeroso de algún contagio. Con igual recelo consideraban entonces a los inquietos países del Continente los hombres de la Pax Augusta. Además, no se había descubierto aún el medio de informarse sobre el verdadero estado cultural de tales países, obra ésta de las nuevas literaturas mucho más que de los políticos. ¿Habrían supe-

rado aquellas Repúblicas la era teológica y la metafísica? ¿No se conocía acaso el desarrollo del positivismo en la Argentina y en el Brasil, para sólo citar dos casos ilustres? Las relaciones internacionales en el Sur, en que las rápidas y eficaces Embajadas de Vasconcelos y de Caso inaugurarían la etapa contemporánea, se mantenían en aquella situación embrionaria e intermitente que permitía enviar un representante al Atlántico y un representante al Pacífico. Las relaciones comerciales, indispensable vehículo, no habían llegado siquiera a la modesta situación que hoy ofrecen. Lo mejor era no meterse en honduras, con y sin mayúscula. Y como también se ignoraba a España olímpicamente —otro aspecto de nuestra reacción consistió en rectificar este punto— resulta que, alejados de lo que más se nos parecía, privados de todo elemento lógico de comparación, carecíamos de instrumentos para investigarnos a nosotros mismos. En su destierro de Madrid, el perspicaz Pablo Macedo, científico representativo, me confesó un día: "¡Qué engañados vivíamos sobre el verdadero valor de España!"

En cierta carta de 1917 a los amigos cubanos, se ha procurado describir este carácter de la época:

> Hubo un día —se dice ahí— en que mi México pareció, para las conciencias de los jóvenes, un dón inmediato que los cielos le habían hecho a la tierra, un país brotado de súbito entre dos mares y dos ríos, sin deudas con el ayer ni compromisos con el mañana. Se nos disimulaba el sentido de las experiencias del pasado, y no se nos dejaba aprender el provechoso temor del porvenir. Toda noticia de nuestra verdadera posición ante el mundo se consideraba como indiscreta. Por miedo al contagio, se nos alejaba de ciertas pequeñas Repúblicas revolucionarias. Y teníamos un concepto estático de la patria, e ignorábamos las tormentas que nos amenazaban. Y creíamos, o se nos quería hacer creer, que hay hombres inmortales, en cuyas rodillas podían dormirse los destinos del pueblo.*

En esa carta se explica también cómo la lectura de Rodó contribuyó entonces a darnos un sentimiento de solidaridad, de fraternidad con nuestra América.

* A. R., "Rodó" (1917), en *El Cazador,* Madrid, 1921. *Obras Completas,* III, p. 134.

La generación del Centenario. Permitidme ahora que cite otro documento de la época, que puede servirnos de síntesis:

> ¿Cómo explicarlo? Los muchachos de mi generación éramos —digamos— desdeñosos. No creíamos en la mayoría de las cosas en que creían nuestros mayores. Cierto que no teníamos ninguna simpatía por Bulnes y su libro *El verdadero Juárez.* Cierto que no penetrábamos bien los esbozos de revaloración que algún crítico de nuestra historia ensayaba en su cátedra oficial, hasta donde se lo consentía aquella atmósfera de Pax Augusta. Pero comenzábamos a sospechar que se nos había educado —inconscientemente— en una impostura. A veces, abríamos la *Historia* de Justo Sierra, y nos asombrábamos de leer, entre líneas, atisbos y sugestiones audaces, audacísimos para aquellos tiempos, y más en la pluma de un Ministro. El Positivismo mexicano se había convertido en rutina pedagógica y perdía crédito a nuestros ojos. Nuevos vientos nos llegaban de Europa. Sabíamos que la Matemática clásica vacilaba, y la Física ya no se guardaba muy bien de la Metafísica. Lamentábamos la paulatina decadencia de las Humanidades en nuestros programas de estudio. Dudábamos de la ciencia de los maestros demasiado brillantes y oratorios que habían educado a la inmediata generación anterior. Sorprendíamos los constantes flaqueos de cultura en los escritores Modernistas que nos habían precedido, y los académicos, más viejos, no podían ya contentarnos. Nietzsche nos aconsejaba la vida heroica, pero nos cerraba las fuentes de la caridad. ¡Y nuestros charlatanes habían abusado tanto del tópico de la regeneración del indio! Sabíamos que los autores de nuestra política —acaso con la mejor intención— nos habían descastado un poco, temerosos de que el tacto de codos con el resto de la América Española nos permitiera adivinar que nuestro pequeño mundo, de hecho aristocrático y monárquico, apenas se mantenía en un equilibrio inestable. O acaso temían que la absorción repentina de nuestro pasado —torvo de problemas provisionalmente eludidos— nos arrojara de golpe al camino a que pronto habíamos de llegar: el de la vida a sobresaltos, el de las conquistas por la improvisación y hasta la violencia, el de la discontinuidad en suma —única manera de vida que nos reservaba el porvenir, contra lo que hubieran querido nuestros profesores evolucionistas y spencerianos.*

Entretanto, un nuevo plantel de escritores había crecido. Conviene fijar su actitud. Cuando se habla de la moderna li-

* A. R., *El testimonio de Juan Peña* (1923), Río de Janeiro, 1930.

teratura mexicana —no de la exclusivamente contemporánea— se alude por lo común a los prosadores que van de Justo Sierra a Jesús Urueta, y a los poetas mayores, Gutiérrez Nájera, Díaz Mirón, Othón, Icaza, Urbina, Nervo, la primera época de Tablada, englobándolos más o menos bajo la enseña del Modernismo. Es la segunda época porfiriana. En la última mitad de aquel régimen, que abarca dos literaturas, apareció entre nosotros esa fiebre que se apodera de la mente americana por los años de Ochenta, y vino a confluir al fin (mensajero, Rubén Darío) con la embestida de los escritores españoles del Noventa y Ocho. Es el período post-romántico. Justo Sierra llama a Gutiérrez Nájera: "flor de otoño del romanticismo mexicano". Los escritores de este período eran, hasta antes de la Revolución, los únicos escritores mexicanos conocidos en el extranjero.

Lo que se ha dicho sobre la moderna literatura francesa es aplicable en mayor o menor grado a todas las literaturas modernas: sus fuentes han de buscarse en las pequeñas revistas. Cuando en España se levante el índice de las revistas del Noventa y Ocho, se tendrá el material indispensable para apreciar la fuerza de arranque de la España nueva. Veamos lo que entre nosotros acontece, revolviendo otra vez algunas páginas que ya andan en libros, y acaso retocándolas para mejor comprensión: *

Con Gutiérrez Nájera quedaban abiertos los nuevos rumbos; su órgano era la *Revista Azul*. Heredera de sus timbres, la *Revista Moderna* popularizó entre nosotros los modos de la poesía post-romántica. Los escritores que despuntan en la primera revista florecen ya en la segunda. Pero la hora de la *Revista Moderna* había pasado. Sus poetas tuvieron como cualidades comunes cierto sentimiento agudo de la técnica —técnica valiente, innovadora— y, excep-

* A. R., "Rubén Darío en México: I. El ambiente literario", *Los dos caminos*, Madrid, 1923. En estas páginas se cuenta cómo, habiendo sido Rubén Darío nombrado Plenipotenciario de Nicaragua para las fiestas mexicanas del Centenario juntamente con Santiago Argüello, la caída bajo la presión de los Estados Unidos, del gobierno que él representaba, hizo imposible ya su llegada hasta la ciudad de México, o la hizo poco aconsejable a los ojos del gobierno de Porfirio Díaz, en vista de la efervescencia contra Washington que se produjo entre nuestros universitarios, efervescencia que no dejó de manifestarse en torno a la persona de Argüello, y que hubiera sido mucho más intensa si Darío llega a aparecer en la capital. Ver *Obras Completas*, IV, apénd. nº 8, *d*, *e* y *h*.

tuando a Urbina que perpetuó a su manera la tradición romántica, a Díaz Mirón que vivía en su torre, y a Icaza cuya poesía se explica más bien como un ciclo aparte, cierto aire familiar de diabolismo poético que acusa una reciprocidad de influencias entre ellos y su dibujante Julio Ruelas.

Agrupábanse materialmente hablando en redor del lecho donde Jesús Valenzuela, siempre mal avenido con las modas, las escuelas y las costumbres, iba derrochando, después del otro, el caudal de su generosa vida. Tablada doraba sus esmaltes; Nervo soñaba, entregado a su misticismo lírico; Urueta cantaba como una sirena. A veces llegaba de la provincia Manuel José Othón, con el dulce fardo de sus bucólicas a cuestas, lejano, distraído, extático. Othón espera el día de su consagración definitiva. Es el clásico. En la historia de la poesía española es, al mismo tiempo, una voz conocida y nueva. Su verso tiene, junto a las reminiscencias de Fray Luis, ecos de Baudelaire. Aprendió en los maestros definitivos, no en los vanos dioses de la hora. Hizo, como quería Chénier, versos antiguos con pensamientos nuevos. Nervo —que no era todavía el sabio varón de los últimos años— incurrió en el pecadillo de censurar el uso de los "metros viejos" en Othón. Era el duelo entre el alejandrino modernista y el endecasílabo de abolengo. Othón se defendía oponiendo, a su vez, que el alejandrino castellano es tan viejo como Berceo. Nervo, en suave ascención durante los últimos años, nos hace pensar que su final era merecido como un premio. Pocos realizaron al igual de él la máxima estoica: que el tránsito mortal es cosa tan grave, que hay que meditarlo toda la vida para acertarlo una sola vez con todo decoro. Urueta, que murió también a orillas del Plata, llegó allá en tal estado de postración que nuestros amigos argentinos no pudieron ya disfrutar en él uno de los más perfectos espectáculos del hombre parlante. Aquel poeta de los sentidos era un convidado al banquete de la locura. Educaba con aladas palabras el gusto estético de la juventud, haciéndole amar las cosas bellas y la Grecia francesa. Su influencia en la prosa mexicana sólo ha reconocido por límites la imposibilidad de seguirlo al mar armonioso en que navega. En cuanto a don "Chucho"

Valenzuela, su recuerdo perdurará más que su poesía, cuya más amable cualidad era carecer de nombre en la Poética. A los otros los ha dispersado la vida, mientras los iba recogiendo la muerte.

Díaz Mirón siempre estuvo solo, y siempre descontentadizo y febril, castigaba el estro, confesándose inferior a su ideal, pero superior a lo demás. Góngora mexicano a quien la crítica apenas comienza a acercarse, nos deja un ejemplo de fuerte arranque, nos deja una lección de oficio, un consejo de frenar a Pegaso, una dolorosa tortura de perfección y una exacerbación de solitario.

Tablada enmudecía temporalmente, aunque sus excelentes dones literarios no estaban agotados por suerte. Después de un largo silencio, había de resurgir remozado, puesto a compás de la última poesía sintética y del epigrama japonés (tan madrigal como epigrama), inventando por su cuenta fórmulas semejantes a las de Apollinaire, para impresionar visiblemente a los grupos literarios más nuevos.

A principios de 1906, Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledón fundaron una revista juvenil. Le pusieron un nombre absurdo: *Savia Moderna.* No sólo en el nombre, en el material mismo prolongaba a la *Revista Moderna.* Duró poco —era de rigor— pero lo bastante para dar la voz de un tiempo nuevo. Su recuerdo aparecerá al crítico de mañana como un santo y seña entre la pléyade que discretamente se iba desprendiendo de sus mayores. "La redacción —escribe Rafael López— era pequeña como una jaula. Algunas aves comenzaron allí a cantar." A muchos metros de la tierra, sobre un edificio de seis pisos, abría su inmensa ventana hacia una perspectiva exquisita: a un lado, la Catedral; a otro, los crepúsculos de la Alameda. Frente a aquella ventana el joven Diego Rivera instalaba su caballete. Desde aquella altura cayó la palabra sobre la ciudad.

En el grupo literario de *Savia Moderna* había los dos géneros de escritores: los que escriben, los que no escriben. Entre los segundos, y el primero de todos, Acevedo. Decía, con Goethe, que escribir es un abuso de la palabra. Más tarde ha incurrido en la letra escrita. Conversador incomparable, conferenciante nítido y justo. El nombre de Jesús

Acevedo anda en nuestros libros, pero su obra, que fue sobre todo de precursor, obra de charlas, de atisbos, de promesas, no podrá recogerse. El tomo de sus disertaciones por así decirlo oficiales, que la piedad amistosa ha coleccionado, no da idea de lo que fue Acevedo; arquitecto que casi no llegó a poner piedra sobre piedra, pero que despertó el interés por lo colonial mexicano y encauzó en este estudio a los que habían de propagarlo y hacerlo renacer en nuestros estilos actuales. El volumen de artículos que de él ha podido juntarse, hijo de los obligados ocios de Madrid —donde este lector de los simbolistas franceses quiso cambiar unos días el grafio por la pluma— es un documento curioso que descubre perspectivas sobre aquel escritor posible. Cierto sarcasmo, cierta manera desdeñosa, mientras vivió en México. En la ausencia, se destempló el resorte, se rindió el carácter. Acevedo sufría entonces hasta las lágrimas, echando de menos, como perro callejero, el paisaje de piedra de su capital mexicana. No quiso luchar: se dejó morir nuestro pobre amigo, demasiado fino para defenderse.*

Entre los prosistas doblados de poetas estaba Ricardo Gómez Robelo, que era propia imagen del mirlo de Rostand.

Cette âme!... On est plus las d'avoir couru sur elle,
Que d'avoir tout un jour chassé la sauterelle.

La misma agilidad de su pensamiento lo hacía cruel; y además —grave ofensa para el género humano— estaba enamorado del genio. Como a todo aquel que ha probado las desigualdades de la suerte, le tentaban las solicitaciones de la fantasía. Ignoraba cuántos volúmenes llevan publicados Monsieur Chose y Perico el de los Palotes, pero leía y releía constantemente los veinte o treinta libros definitivos. Más tarde nos lo arrebató la guerra civil y nos lo trajo un día disfrazado de guerrillero. Los noticieros lo encontraban, en los campamentos, traduciendo a Elisabeth Barrett Browning. Luego volvió a sus inquietudes artísticas, siempre un poco estéril. Anduvo con la imaginación paseando de Egipto a Grecia, y entró al fin en la vieja Aztlán. Esotérico, mago.

* A. R., "Notas sobre Jesús Acevedo", *Reloj de sol,* Madrid, 1926. *Obras Completas,* IV, pp. 444-448.

No he visto fealdad más patética que la suya, ni una voluptuosidad mayor para el misterio. Cuando lo enterramos, no había hecho nada. ¿Nada? ¡Amar el genio! Su vida había sido siempre trágica, y lo más trágico o lo más feliz es que él nunca pareció percatarse.

Alfonso Cravioto era el representante del sentido literario: su prosa, fluida, musical, colorida. Su vida estaba consagrada a la espectación literaria. Había coleccionado los artículos, los retratos, los rasgos biográficos de todos sus compañeros. Hacía creer que poseía en casa tesoros de documentación. Nadie sabía si era o no rico, si escribía o no en secreto.

> Cuentan que escribe, y no escribe;
> dicen que tiene, y no gasta,

se decía él a sí mismo en unas coplas que quiso hacer pasar por anónimas, y en que desfilaban, clavados con la flechita del epigrama, todos los del grupo. De cuando en cuando, asomaba para celebrar en una prosa de ditirambo algún triunfo del arte o del pensamiento. Cegado por un falso ideal de perfección, nunca empezaba a imprimir sus libros. Después intervino en la vida pública. Orador elegante y persuasivo, fácilmente salía victorioso de sus causas. De mil modos ha contribuido al desarrollo de la pintura en México, y al fin nos ha dado unos versos de un "parnasismo" mexicano muy suyo, hechos de curiosidad y cultura.

Entre los poetas estaba Rafael López, poeta de apoteosis, fiesta plástica, sol y mármol, que después buscó emociones más universales, tras de haber embriagado su adolescencia en los últimos haxix del decadentismo. Estaba Manuel de la Parra, musa diáfana, de nube y de luna; alma monástica, borracha de medievalismos imposibles, "ciega de ensueño y loca de armonía". Estaba Eduardo Colín, entregado a una gestación laboriosa en que se combatirían el poeta seco y el prosador jugoso, más tarde desembarazado y suelto. Estaba Roberto Argüelles Bringas, tan austero, áspero a la vez que hondo, en quien la fuerza ahogaba a la fuerza, y el canto sin poder fluir brotaba a pulsaciones. Aún no venía de su provincia el poeta mayor, González Martínez, todo él ejemplo de probidad. Y apenas salía de su infancia Julio Torri, gra-

ciosamente diablesco, duende que apagaba las luces, íncubo en huelga, humorista heiniano que nos ha dejado algunas de las más bellas páginas de prosa que se escribieron entonces; y luego, terso y fino, tallado en diamante con las rozaduras del trato, no admite más reparo que su decidido apego al silencio: acaso no le den tregua para escribir cuanto debiera las "cosas de la vida", como suele decirse, la tiranía de aquel "amo furioso y brutal" que tanto nos hace padecer.

Y de propósito dejo para el fin a Caso, a Vasconcelos, a Pedro Henríquez Ureña. La filosofía positivista mexicana, que recibió de Gómez Robelo los primeros ataques, había de desvanecerse bajo la palabra elocuente de Antonio Caso, quien difundiría por las aulas las nuevas verdades. No hay una teoría, una afirmación o una duda que él no haya hecho suyas siquiera un instante, para penetrarlas con aquel íntimo conocimiento que es el amor intelectual. La historia de la filosofía, él ha querido y ha sabido vivirla. Con tal experiencia de las ideas, y el vigor lógico que las organiza, su cátedra sería, más tarde, el orgullo de nuestro mundo universitario. Su elocuencia, su eficacia mental, su naturaleza irresistible, lo convertirían en el director público de la juventud.

En lo privado, era muy honda la influencia socrática de Henríquez Ureña. Enseñaba a oír, a ver, a pensar, y suscitaba una verdadera reforma en la cultura, pesando en su pequeño mundo con mil compromisos de laboriosidad y conciencia. Era, de todos, el único escritor formado, aunque no el de más años. No hay entre nosotros ejemplo de comunidad y entusiasmo espirituales como los que él provocó. El peruano Francisco García Calderón escribía de él: "Alma evangélica de protestante liberal, inquietada por grandes problemas; profundo erudito en letras castellanas, sajonas, italianas." Díaz Mirón, que lo admiraba, le llamaba "el dorio".

José Vasconcelos era el representante de la filosofía antioccidental, que alguien ha llamado "la filosofía molesta". La mezclaba ingeniosamente con las enseñanzas extraídas de Bergson, y en los instantes que la cólera civil le dejaba libres, esbozaba ensayos de una rara musicalidad ideológica (no verbal).

Hace veinticinco años se dijo de él:

Mucho esperamos de sus dones de creación estética y filosófica, si las implacables Furias Políticas nos lo dejan ileso. Es dogmático: Oaxaca, su Estado natal, ha sido cuna de las tiranías ilustradas (Juárez, Díaz). Es asiático: tenemos en nuestro país dos océanos a elección; algunos están por el Atlántico; él, por el Pacífico.*

Entretanto, la exacerbación crítica que padecíamos corroía los moldes literarios; los géneros se mezclaban un tanto y la invención pura padecía. Apenas la novela tradicional tenía un campeón en Carlos González Peña, trabajador infatigable. Teatro no había. El cuento, en manos de Torri, se hacía crítico y extravagante. (Nunca ha publicado él sus páginas de entonces: el embustero que privaba de existencia a los que nombraba, el que se embriagaba con sangre de gallo, el descabezado que traía la cabeza pegada y no podía acercarse al fuego para que no se le derritiera el pegamento.) Era aquélla, sobre todo, una generación de ensayistas, filósofos y humanistas autodidactos. Quién sabe si algún poeta del grupo no se haya empobrecido un poco, por la necesidad de movilizar todas sus fuerzas hacia la reconstrucción crítica en que estábamos empeñados.

Tuvimos dos hermanos mayores: Enrique González Martínez, tránsito entre la generación pasada y la venidera, que tenía de la pasada, de los Modernistas o "decadentes", los secretos técnicos; de los jóvenes, la seriedad artística; y de suyo, aquella manera de castidad espiritual que hace de él un alto poeta. Y el otro hermano mayor fue Luis Urbina que, en su rara penetración, nos adivinó, vino hacia nosotros y se mezcló en nuestras filas, nos enseñó a tutearnos con él, reconoció que podía adquirir algo en nuestra frecuentación, y no tuvo empacho en abrir de nuevo los libros para estudiar, modesto y sencillo, en nuestra compañía.

Tales eran, al iniciar el ataque, los caballeros del "Sturm-und-Drang" mexicano.

Uno de los nuestros, Pedro Henríquez Ureña, ha escrito:

Sentíamos la opresión intelectual, junto con la opresión política y económica de que ya se daba cuenta gran parte del

* A. R., "Rubén Darío en México: I. El ambiente literario", *Los dos caminos,* Madrid, 1923; y además, "Despedida a José Vasconcelos", *Reloj de sol,* Madrid, 1926 y *Obras Completas,* IV, pp. 301 *ss.*

país. Veíamos que la filosofía oficial era demasiado sistemática, demasiado definitiva para no equivocarse. Entonces nos lanzamos a leer a todos los filósofos a quienes el positivismo condenaba como inútiles, desde Platón que fue nuestro mayor maestro, hasta Kant y Schopenhauer. Tomamos en serio (¡oh blasfemia!) a Nietzsche. Descubrimos a Bergson, a Boutroux, a James, a Croce. Y en la literatura no nos confinamos dentro de la Francia moderna. Leíamos a los griegos, que fueron nuestra pasión. Ensayamos la literatura inglesa. Volvimos, pero a nuestro modo, contrariando toda receta, a la literatura española, que había quedado relegada a las manos de los académicos de provincia. Atacamos y desacreditamos las tendencias de todo arte *pompier:* nuestros compañeros que iban a Europa no fueron ya a inspirarse en la falsa tradición de las academias, sino a contemplar directamente las grandes creaciones y a observar el libre juego de las tendencias novísimas; al volver, estaban en actitud de descubrir todo lo que daban de sí la tierra nativa y su glorioso pasado artístico.*

He aquí, brevemente reseñadas, las principales fases de aquel movimiento que, como lo explica Henríquez Ureña, no se inspiró en el afán de asaltar los puestos educativos, sino de renovar las ideas.

La primera campaña. 1º En 1906, la revista *Savia Moderna.*

2º El propio año, la exposición de pintura de *Savia Moderna,* donde por primera vez se exhiben las obras de Ponce de León, Francisco de la Torre y Diego Rivera. Acababa de llegar de Europa un hombre inquieto a quien deben mucho las artes mexicanas, las cultas como las populares: Gerardo Murillo, el "Doctor Atl", fue el animador. En pocos meses, y con unos cuantos documentos, provocó la efervescencia del impresionismo y la muerte súbita del estilo *pompier.* La pintura académica se atajó de repente. La transformación artística se operó en un abrir y cerrar de ojos. Esta exposición recordada sólo por Daniel Cosío Villegas, si no me engaño, tiene una trascendencia en que todavía no se ha insistido lo bastante.

3º La manifestación en memoria de Gutiérrez Nájera. Por 1907, un oscuro aficionado quiso resucitar la *Revista*

* Pedro Henríquez Ureña, "La influencia de la revolución en la vida intelectual de México", *Revista de Ciencias Jurídicas y Sociales,* La Habana (posterior a 1924), pp. 114-115.

Azul de Gutiérrez Nájera, para atacar precisamente las libertades de la poesía que proceden de Gutiérrez Nájera. No lo consentimos. El reto era franco, y lo aceptamos. Alzamos por las calles la bandera del arte libre. Trajimos bandas de música. Congregamos en la Alameda a la gente universitaria; los estudiantes acudieron en masa. Se dijeron versos y arengas desde el kiosco público. Por primera vez se vio desfilar a una juventud clamando por los fueros de la belleza, y dispuesta a defenderlos hasta con los puños. Ridiculizamos al mentecato que quería combatirnos, y enterramos con él a varias momias que andaban por ahí haciendo figura de hombres. Por la noche, en una velada, Urueta nos prestó sus mejores dardos y nos llamó "buenos hijos de Grecia". La *Revista Azul* pudo continuar su sueño inviolado. No nos dejamos arrebatar la enseña, y la gente aprendió a respetarnos.

4º La Sociedad de Conferencias. El viaje a Europa de Alfonso Cravioto dio fin a la *Savia Moderna*. Acevedo nos congregó en su taller, y fundamos la Sociedad de Conferencias para tener trato directo con los públicos, para hablar con ellos. El primer ciclo se dio en el Casino de Santa María. En cada sesión había un conferenciante y un poeta. Así fue extendiéndose nuestra acción por los barrios burgueses. Hubo de todo: metafísica y educación, pintura y poesía. El éxito fue franco.

5º La afición de Grecia era común, si no a todo el grupo, a sus directores. Poco después, alentados por el éxito, proyectábamos un ciclo de conferencias sobre temas helénicos. Fue entonces cuando, en el taller de Acevedo, sucedió cierta memorable lectura del *Banquete* de Platón en que cada uno llevaba un personaje del diálogo, lectura cuyo recuerdo es para nosotros todo un símbolo. El proyecto de estas conferencias no pasó de proyecto, pero la preparación tuvo influencia cierta en la tendencia humanística del grupo.

6º Manifestación en memoria de Barreda. En 1908, decidimos honrar la memoria de Gabino Barreda, ante los ataques emprendidos contra la Escuela Preparatoria por los conservadores del periódico *El País*. Hubo una sesión en la Preparatoria; se organizó un acto teatral, una serie de discursos, y los discursos resultaron —aun sin habérnoslo propues-

to—, algo como la expresión de un nuevo sentimiento político. Fue la primera señal patente de una conciencia pública emancipada del régimen. Los maestros positivistas, que esperaban una fiesta en su honor, quedaron tan atónitos como la gallina que crió los patos, y decidimos devolverles el dinero con que habían contribuido al alquiler de la sala. El periódico del régimen no pudo ocultar su sorpresa ante aquellos nietos descarriados del positivismo que, sin embargo, confesaban su solidaridad con la obra liberal de Barreda. Los oradores de aquel verdadero mitin filosófico —entre los cuales se contaban hombres de generaciones anteriores como Diódoro Batalla y Rodolfo Reyes— se percataron de que habían contraído ante la opinión un serio compromiso. En el orden teórico, no es inexacto decir que allí amanecía la Revolución. Algún historiador político, Luis Manuel Rojas, lo reconoce así. De entonces parte lo que Vicente Lombardo Toledano ha llamado: "El sentimiento humanista de la Revolución Mexicana." *

7º Segundo ciclo de la Sociedad de Conferencias, esta vez en el Conservatorio Nacional, porque nuestras actividades se atreven ya a los teatros de Estado.

8º En 1909, Antonio Caso da en la Escuela Preparatoria un curso de conferencias sobre la Filosofía Positivista, que acaba de definir la actitud de la gente joven frente a las doctrinas oficiales.

9º A fines de ese año, fundación del Ateneo de la Juventud, cuya vida queda incorporada a la historia de nuestra literatura. Las sesiones públicas del Ateneo, en el salón de actos de la Escuela de Derecho, se suceden quincenalmente por varios años y dejan un surco duradero.

10º 1910, el año del Centenario. En la misma Escuela de Derecho, abrimos una serie de conferencias, todas sobre asuntos americanos. Caso habla sobre el educador antillano Eugenio María de Hostos; Vasconcelos, de Gabino Barreda; Henríquez Ureña, de Rodó; González Peña, de Fernández Lizardi, "El Pensador Mexicano"; el español José Escofet —después director de *La Vanguardia*, de Barcelona— sobre Sor Juana Inés de la Cruz; yo traté sobre Manuel José Othón.

* *Universidad Nacional*, diciembre, 1930.

La nueva Universidad. Ese mismo año, Justo Sierra crea la Escuela de Altos Estudios y, agrupándola a las Profesionales, forma un cuadro semiautonómico que otra vez se atreve a llamarse Universidad, y que nada tiene de común con la antigua, la cual había entrado en agonía desde las reformas de Gabino Barreda.

La fundación de la nueva Universidad Nacional —apremiada por las fiestas del Centenario— acaso no fue preparada suficientemente en el orden administrativo. En rigor, lo que se fundó fue una junta coordinadora entre las diversas facultades ya existentes. Y la nueva Escuela, la de Altos Estudios, aunque contaba con dirección y local, comenzó a vivir en el papel. No ofrecía programa definido; no contaba con profesorado propio.

> La Escuela de Altos Estudios no reveló al público los fines que iba a llenar. No presentó planes de enseñanza; no organizó carreras. Sólo actuaron en ella tres profesores extranjeros, dos de ellos (Baldwin y Boas) ilustres en la ciencia contemporánea, benemérito el otro (Reiche) en los anales de la botánica americana; se habló de la próxima llegada de otros no menos famosos... Sobrevino a poco la caída del antiguo régimen, y la Escuela, desdeñada por los gobiernos, huérfana de programa definido, comenzó a vivir vida azarosa y a ser víctima escogida de los ataques *del que no comprende.* En torno a ella se formaron leyendas: las enseñanzas eran abstrusas; la concurrencia, mínima; las retribuciones, fabulosas; no se hablaba en castellano, sino en inglés, en latín, en hebreo.

Las anteriores palabras no acaban de ser escritas con fin intencionado. Fueron pronunciadas por Henríquez Ureña hace veinticinco años, en su discurso sobre *La Cultura de las Humanidades.*

La Escuela de Altos Estudios debía servir asimismo de centro a los diversos institutos de investigación científica ya existentes. Los institutos nunca acudieron de buena gana al director de Altos Estudios. Los diputados, sin conocer la Escuela, decían que hablar de Altos Estudios en México (¡como si nunca antes los hubiera, sólo porque ellos los ignoraban!) era vestir de frac a un pueblo descalzo. Los fanáticos del antiguo positivismo, para quienes la sola palabra "Universidad" parecía una ofensa, explotaron esta irritabilidad dema-

gógica y comenzaron a clamar contra una institución destinada a otorgar doctorados, porque esto crearía una casta de mandarines. ¡Como si no fueran títulos igualmente destinados a conferir una categoría de cultura los antiguos títulos de las carreras!

> Solitario en medio a este torbellino de absurdo, el primer director, D. Porfirio Parra, no lograba, aun contando con el cariño y el respeto de la juventud, reunir en torno suyo esfuerzos ni entusiasmos. Representante de la tradición *comtista*, heredero principal de Barreda, le tocó morir aislado entre la bulliciosa actividad de la nueva generación enemiga del positivismo (P. H. U. *Loc. cit.*).

Han comenzado los motines, los estallidos dispersos, los primeros pasos de la Revolución. En tanto, la campaña de cultura comienza a tener resultados. Insistamos, resumamos nuevamente sus conclusiones. La pasión literaria se templaba en el cultivo de Grecia, redescubría a España —nunca antes considerada con más amor ni conocimiento—; descubría a Inglaterra, se asomaba a Alemania, sin alejarse de la siempre amable y amada Francia. Se quería volver un poco a las lenguas clásicas y un mucho al castellano; se buscaban las tradiciones formativas, constructivas de nuestra civilización y de nuestro ser nacional. Rota la fortaleza del positivismo, las legiones de la Filosofía —precedidas por la caballería ligera del llamado antiintelectualismo— avanzaban resueltamente. Se había dado una primer sacudida en la atmósfera cultural. En regiones muy diferentes y en profundidades muy otras, pronto se dejaría sentir en todas partes el sacudimiento político.

> Aquella generación de jóvenes se educaba, como en Plutarco, entre diálogos filosóficos que el trueno de las revoluciones había de sofocar. Lo que aconteció en México el año del Centenario fue como un disparo en el engañoso silencio de un paisaje polar: todo el circo de glaciales montañas se desplomó y todas fueron cayendo una tras otra. Cada cual, asido a su tabla, ha sobrenadado como ha podido; y poco después los amigos dispersos, en Cuba o Nueva York, Madrid o París, Lima o Buenos Aires —y otros desde la misma México— renovaban las aventuras de Eneas, salvando en el seno los dioses de la patria—. ¡Adiós a las noches dedicadas al genio, por

> las calles de quietud admirable, o en la biblioteca de Antonio Caso, que era el propio templo de las musas! Preside las conversaciones un busto de Goethe, del que solíamos colgar sombrero y gabán, convirtiéndolo en un convidado grotesco. Y un reloj, en el fondo, va dando las horas que quiere; y cuando importuna demasiado, se le hace callar: que en la casa de los filósofos, como en la del *Pato salvaje,* no corre el tiempo. Caso lo oye y lo comenta todo con intenso fervor; y cuando a las tres de la madrugada, Vasconcelos acaba de leernos las meditaciones del Buda, Pedro Henríquez Ureña se opone a que la tertulia se disuelva, porque —alega— la conversación apenas comienza a ponerse interesante.*

Conviene saber que, para esa fecha, nuestras reuniones nocturnas del barrio de Santa María comenzaban a inquietar al gendarme. Lo que nos llenaba de orgullo, recordándonos a los poetas "lakistas", que salían al campo para charlar a sus anchas, que se hacían por eso sospechosos, y de quienes dicen los testimonios policiales que sin duda se sabían vigilados, porque con frecuencia se les oía nombrar al "espía narigudo" (Spinoza, pronunciado a la inglesa). Los cuatro amigos pasábamos las noches de claro en claro, entregados a estudios y discusiones. Vasconcelos estaba francamente comprometido con los conspiradores. Entre burlas y veras, pedí a Vasconcelos que, cuando partiera a la revolución, me dejara en prenda su magnífica *Encyclopædia Britannica* para, en su ausencia, disfrutarla. Una mañana, al abrir los ojos, me encontré con los volúmenes alineados sobre mi mesa: Vasconcelos había partido. E hice pasar la contraseña convenida entre los compañeros: "Mambrú se fue a la guerra."

La segunda campaña. Y aquí se abre la segunda campaña, en cuatro batallas principales:

1º La ocupación de la Universidad.—Poco antes de la muerte del maestro Parra, Antonio Caso había presentado, en la nueva Escuela, con éxito ruidoso y lleno de augurios, su curso libre y gratuito sobre Filosofía. Justo Sierra, que con tanta lucidez comprendió la sed de nuestra mente, aludía, al inaugurar la Universidad, a la Filosofía: "aquella vaga figura de implorante —dice— que ronda en vano los *templa serena* de nuestra enseñanza oficial". A Antonio Caso, que ya

* A. R., *El suicida,* Madrid, 1917 y *Obras Completas,* III, p. 302.

había iniciado la obra desde su curso de Sociología en la Escuela de Derecho, corresponde la honra de haber conducido otra vez a la Filosofía hasta la cátedra. Con él se inaugura también la costumbre de los cursos libres y gratuitos que nos permitiría posesionarnos de la Escuela de Altos Estudios, merced a la comprensiva acogida de los sucesivos directores, Pruneda y Chávez. En adelante, Caso domina el panorama intelectual de México, hasta el regreso de José Vasconcelos. El diálogo entre ambos, borradas ya las diferencias que nunca debieron existir y que tanto daño causaron a la generación que nos sigue, será, con el tiempo, uno de los más hermosos capítulos de la cultura mexicana.

2º La Universidad Popular.—Entretanto que ponemos sitio a la Universidad desde la Escuela de mayor jerarquía, no abandonamos nuestras libres labores. Con el tiempo, el Ateneo fue siendo menos exclusivamente literario, y su misma latitud le quitaba necesidad. De paso, la falange se había engrosado con elementos de otras esferas. El doctor Pruneda —después Rector de la Universidad Nacional— está con nosotros; y nuestro aliado más eminente en el Gobierno fue entonces Alberto Pani. De los Estados Unidos, ha regresado Martín Luis Guzmán —mente clara, pluma de primera—, que luego figurará en la política y en las letras, en México y en España, y cuyos relatos y memorias son un punto de partida, una base para la historia de los últimos lustros. Un secreto instinto nos dice que pasó la hora del Ateneo. El cambio operado a la caída del régimen nos permitía la acción en otros medios. El 13 de diciembre de 1912, fundamos la Universidad Popular, escuadra volante que iba a buscar al pueblo en sus talleres y en sus centros, para llevar, a quienes no podían costearse estudios superiores ni tenían tiempo de concurrir a las escuelas, aquellos conocimientos ya indispensables que no cabían, sin embargo, en los programas de las primarias. Los periódicos nos ayudaron. Varias empresas nos ofrecieron auxilios. Nos obligamos a no recibir subsidios del Gobierno. Aprovechando en lo posible los descansos del obrero o robando horas a la jornada, donde lo consentían los patrones, la Universidad Popular continuó su obra por diez años: hazaña de que pueden enorgullecerse quienes la lleva-

ron a término. El escudo de la Universidad Popular tenía por lema una frase de Justo Sierra: "La Ciencia protege a la Patria."

3º La primera Facultad de Humanidades.—Entretanto, a pesar de que Pani ocupaba la Subsecretaría de Instrucción Pública, Caso la Secretaría de la Universidad Nacional y Pruneda la Dirección de la Escuela de Altos Estudios, esta escuela sólo acertaba a vivir disimulándose, y sólo se mantenía por el desprendimiento de los jóvenes. Al curso honorario de Caso, sigue el del matemático Sotero Prieto. Y aunque de repente acontece el golpe de Victoriano Huerta, la obra continúa. Accede a la dirección de Altos Estudios don Ezequiel Chávez, congrega valientemente a los jóvenes, y se crea una facultad de Humanidades enteramente gratuita para el público y para el Estado, donde por primera vez se oyen los nombres de estas asignaturas: Estética, por Caso; Ciencia de la Educación, por Chávez; Literatura francesa, por González Martínez; Literatura Inglesa, por Henríquez Ureña; Lengua y Literatura Españolas, por Reyes. Otros maestros de autoridad y experiencia nos acompañan: el matemático don Valentín Gama, el filólogo Jesús Díaz de León, y también los arquitectos y críticos de arte Lazo y Mariscal. Otro joven, Mariano Silva, se encargó del Latín. Todavía era, como diría Vasconcelos en sus conferencias de Lima, "el latinista que por culto a la perfección apenas osa escribir". Venía Silva de la provincia michoacana, cuna de tradiciones y de buena repostería: traía unos bigotes largos y rubios y una cara de galo dulcificado por el cristianismo. Traducía a Prudencio. Poco a poco empezó sus escarceos personales con cierto *Entremés de las Esquilas,* en que dialogan figuradamente los bronces de la Catedral; y al fin se abrió un sitio en el cuento, el cuento nacional (¡inolvidable su interpretación de Juan Diego, el del mito guadalupano!), donde el nombre mismo de México adquiere singular elegancia. Conmovía el ver concurrir juntos a aquellas cátedras a ancianos como Laura Méndez de Cuenca, delegado de otra edad poética, y a adolescentes de los últimos barcos, entre quienes se reclutaría años después la pléyade conocida por el nombre de los Siete Sabios. Allí aparecieron Antonio Castro Leal, Manuel Tous-

saint, Alberto Vázquez del Mercado y Xavier Icaza. Pronto vendrían Lombardo Toledano y Gómez Morín, hoy en opuestos polos.

4º Conferencias en la Librería de Gamoneda.—Se acerca el período más violento de nuestras luchas. La actividad literaria comienza a ser una heroicidad. Los incansables amigos organizan todavía conferencias públicas. Acevedo diserta sobre arquitectura virreinal y abre derroteros a los colonialistas; Ponce, sobre música popular mexicana, que estaba esperando su crítico; Gamboa —hombre de otros tiempos, hombre ya sin tiempo— sobre la novela nacional; Urbina, el aliado de los jóvenes, sobre aspectos de nuestras letras, en que pone a contribución su reconcentrada índole mexicana; Pedro Henríquez Ureña establece entonces el mexicanismo de Ruiz de Alarcón, tesis llamada a larga fortuna; Caso trata de Bergson y la filosofía intuicionista. ¡Y esto, en qué momentos de desorientación y de luto! "Es un testimonio —me decía Bergson asombrado— no poco consolador sobre las posibilidades del espíritu ante las fuerzas oscuras del desorden." Parece increíble, en efecto, que en aquellos días aciagos, Castro Leal escribiera revistas teatrales en pro de la *Cándida*, de Bernard Shaw, y que hubiera representaciones de Wilde; que el Marqués de San Francisco tuviera la calma de continuar sus investigaciones sobre la miniatura en México; o Torri aprovechara el fuego mismo del incendio para armar sus trascendentales castillos de artificio.

Vuelve la Revolución con Carranza, para vivir de convulsiones hasta el año de 1920. La generación sacrificada aún tiene fuerzas para sacar la revista *Nosotros*. González Martínez reúne los miembros dispersos en su revista *Pegaso*. Pablo Martínez del Río, en el número único de *La Nave*. La literatura continúa como puede en medio de las luchas civiles. En los peores años, de 1914 a 1916, la labor editorial de México es abrumadora y superior a cuanto habíamos conocido hasta entonces. Después vendrán la formidable obra educacional de Vasconcelos, la excelente tarea organizadora de Genaro Estrada. Aparecerán nuevos nombres: Ramón López Velarde, estrella fugaz en nuestro cielo poético. De Europa vuelve Diego Rivera, que es toda una época por sí solo. El

país cobra conciencia de su carácter propio. Ya el año del Centenario está muy lejos. Ya se lo recuerda con trabajo. Tal vez se lo quisiera olvidar. Será imposible: entre sus vagidos y titubeos, abrió la salida al porvenir, puso en marcha el pensamiento, propuso interrogaciones y emprendió promesas que, atajadas por la discordia, habrá que reatar otra vez al carro del tiempo. A la hora del examen de conciencia —esa media noche del espíritu en que quisiéramos comenzarlo todo de nuevo— el faro de la etapa simbólica todavía puede iluminarnos.*

México, septiembre de 1939.

* Para la sesión conmemorativa del Primer Congreso Nacional de Estudiantes reunido en México el año de 1910.

III. EL REVERSO DE UN LIBRO (MEMORIAS LITERARIAS)

HAY LIBROS que, por su carácter o por el que la casualidad viene a conferirles, justifican el anhelo de evocar el ambiente que los vio nacer. Acabo de publicar una primera serie de *Capítulos de Literatura Española,* en su casi totalidad escritos durante mis años de Madrid (1914-1924). Aquella España ha desaparecido, y muchos de mis compañeros españoles de entonces se encuentran a mi lado en México. Ellos han sentido, tras de las páginas que tratan del Arcipreste de Hita o de Gracián, por lejano que sea el asunto, resucitar el recuerdo de nuestra España de aquella década. Hemos conversado juntos sobre las cosas de entonces, y poco a poco se han venido organizando estas notas, que son el reverso de mi libro. Ya en el prólogo me remito a la noticia preliminar de *Las vísperas de España* (1937), donde rápidamente me referí a las circunstancias en que estos ensayos se escribieron. En *Las vísperas,* como en el *Reloj de sol* (Madrid, 1926), hay muchos lugares que tienen carácter de memorias sobre mi época española. Por desgracia en aquellos años no llevaba yo un diario, que bien hubiera valido la pena por todo lo que me tocó ver y oír. De aquí que, en el afán de no olvidarlo, siempre ando queriendo reconstruirlo.

I

Los trabajos sobre el Arcipreste de Hita me transportan a los tiempos en que me encerraba yo en mi pisito de General Pardiñas nº 32, y sentado a la mesa de faldas, con el brasero a los pies —la "camilla" castiza con que se defiende del frío la gente modesta— me consagraba a mi tarea, como me decía Justo Gómez Ocerin, con toda la resignación de un paralítico. El Arcipreste me lleva a pensar en el invierno de Madrid, en el nevado Guadarrama, en el frío que pasábamos a ve-

ces en la Biblioteca Nacional. Yo frecuentaba sobre todo la sala de manuscritos. Para calentarme las manos entre una y otra copia, y más cuando confrontaba con los tres gruesos y espléndidos volúmenes del Ms. Chacón las pruebas de la edición gongorina que, desde París, dirigía Raymond Foulché-Delbosc y de que yo era el albañil, descubrí unos aparatitos japoneses que se cargaban con barras de carbón pulverizado y prensado, y luego ardían a fuego lento y sin humo. Aun así, la tarea manual era dura, pues aquellos volúmenes de vitela soberbiamente empastados se cerraban solos como un estuche de resorte. Había que dejar la mano izquierda puesta sobre el libro abierto, como en un juramento zurdo, mientras la derecha se las arreglaba como podía para escribir y sujetar a un tiempo el papel. No bastaban las dos manos, y más de una vez tuve que pedir los auxilios de mi esposa. Y los aparatitos japoneses —las "granadas de mano japonesas", como las bautizó Pablo Martínez del Río, que por entonces andaba en Madrid y fingía huir de mí asustado cuando me encontraba camino de la Nacional armado con mi invento— se encargaban de que no se nos entumecieran los dedos.

Ya he dicho que para el itinerario del Arcipreste por la sierra del Guadarrama he tomado en cuenta las observaciones personales de don Ramón Menéndez Pidal y del inolvidable Enrique de Mesa, ambos famosos conocedores del espinazo carpeto-vetónico. Ya he contado cómo el maestro Menéndez Pidal cruzaba el puerto entre la nieve, y los mismos serranos se dejaban guiar por su experiencia. Ya he recordado que los literatos madrileños de entonces eran muy amigos de la sierra, y he recogido testimonios de esa saludable inclinación que acaso data de Francisco Giner de los Ríos, como tantas buenas cosas de España. Ya he descrito una noche de luna y nieve en la sierra, en aquel refugio del doctor Madinaveitia que se llamaba La Casita. Don Ramón Menéndez Pidal pasaba temporadas en su residencia de San Rafael, donde años más tarde estuvo a punto de perder sus libros en un incendio, como lo ha relatado el escritor cubano José María Chacón y Calvo.—Hoy está ya admitido y reconocido, con una inscripción conmemorativa en la llamada Peña del Arcipreste,

allá por las heroicas cumbres, aquel lugar de La Tablada a que se refiere mi estudio, y que vio nacer la "cantiga de serrana", prodigio que se opera exactamente hacia la estrofa nº 959 del poema, el día de San Medel, 3 de marzo, y transpuesto el puerto que ha dado su nombre al agua de Lozoya. Conservo de aquellos días una herradura recogida en el túnel que va de San Rafael a Cercedilla, donde por poco nos atropella la locomotora a don Ramón Menéndez Pidal, a Solalinde y a mí. La herradura lleva la fecha grabada (3-VIII-1918) y estos versos del Arcipreste:

Cerca la Tablada,
la sierra pasada.

La edición popular del *Libro de Buen Amor* publicada por la casa Calleja, y en la cual aparecieron mis estudios como explicación del texto, acaba de ser juzgada con ligera severidad por Félix Lecoy en su excelente obra: *Recherches sur le "Libro de Buen Amor"* (París, 1938), aunque naturalmente sale mejor librada que la de "La Lectura", a cargo del arbitrario Cejador. Acaso Lecoy me atribuye los errores que se deslizan en las sucesivas reediciones de la librería popular, reediciones que nunca vuelven a pasar por las manos del que ha cuidado el primer texto. No puede en estos casos exigirse el rigor de una edición científica. En cambio, no pareció Lecoy interesarse por el esfuerzo de vulgarización que ese librito representa, ni percatarse del esfuerzo para fijar los puntos del itinerario, hasta entonces no establecido. Tampoco advirtió que en las notas léxicas, con ser popular la edición, se aprovechaban por primera vez materiales del Centro de Estudios Históricos que por aquellos días no estaban al alcance de nadie. En rigor, Lecoy, dado el plano de su obra, pudo dispensarse de citarnos. Ya que lo hace, no debió sacar las cosas de quicio. ¿Qué deja entonces para cierto "erudito", de cuyo nombre no quiero acordarme, que al encontrar aquella línea del Arcipreste: "ca según buen dinero yace en vil *correo*", entendió "correo" a la moderna y creyó haber descubierto en el viejo poema los orígenes del giro postal?

II

Cuando comencé a ocuparme en las ediciones populares de clásicos que lanzó la casa Calleja, hacía un par de años que esta editorial, sin abandonar su viejo fondo de libros infantiles, había aumentado considerablemente su radio. Por ahí encuentro, entre mis papeles, una pequeña crónica firmada en octubre de 1915 y publicada en *Las Novedades*, de Nueva York, el 18 de noviembre del propio año, crónica que copio aquí para recuerdo. Muchos de los proyectos que aquí se anuncian no llegaron nunca a realizarse:

> La tradicional casa editora de la infancia —la casa de Saturnino Calleja— cambiará de rumbo. Los hijos de Calleja han confiado la orientación artística al poeta Juan Ramón Jiménez, experto en la confección del libro, quien sueña con descubrir un tipo fino y viril a un mismo tiempo, fundado en las tradiciones de la imprenta española. Recuérdense, en contra, el ejemplo de la casa "Renacimiento", que comenzó con sus "Obras maestras de la literatura universal", una imitación algo falsa del célebre tipo "Everyman", o los juguetillos, que no libros, de la "Biblioteca Carona".—La pericia de Juan Ramón Jiménez ya está demostrada en las publicaciones de la Residencia de Estudiantes. Pero la novedad no se limitará al aspecto externo de los libros: la casa Calleja, bajo las inspiraciones de Jiménez, confiará en adelante algunas obras infantiles a los especialistas; así, ha pedido a don Ramón Menéndez Pidal una gramática española elemental, y a don Manuel B. Cossío un método de lectura, y pedirá al joven catedrático de filosofía Ortega y Gasset una retórica elemental, dándole ocasión para que desarrolle de algún modo fácil e inteligente ciertas nociones de estética. En esta prueba se prueban los ingenios: no hay como someter a los hombres al trato de los niños para valorar su calidad. Al lado de la serie infantil —que, con serlo, podrá también convenir a los adultos, como es el caso para el reciente libro de Jiménez, *Platero y yo*—, la casa Calleja publicará obras de interés vario, ampliando su campo de acción. Para cuando suene la hora, estudia ya los proyectos de un periódico infantil y un periódico femenino; éste, no a la manera mundana de Francia o Inglaterra, sino también en la tradición de la mujer española: sentimental. Por último, pronto comenzará a publicar una revista, "la revista" que hasta hoy no se ha logrado en España, y que acaso se llamará *Revista Española*. Aparte de artículos de importancia general, publi-

cará ensayos de especialistas, una sección bibliográfica permanente, grupos de poesías de un solo poeta en cada número, y una página crítica de "Azorín". Juan Ramón Jiménez recorre los círculos literarios sembrando esperanzas y recogiendo sugestiones.

III

Poco después de mi llegada a Madrid por octubre de 1914, la editorial "La Lectura", a proposición de Enrique Díez-Canedo, me encomendó la preparación del teatro de Ruiz de Alarcón. Para disponer de la bibliografía indispensable, comencé a frecuentar el Centro de Estudios Históricos, cuyo acceso me franqueó su director don Ramón Menéndez Pidal, por presentación de Federico de Onís, con quien mantenía yo correspondencia de tiempo atrás, desde los días en que me encargué, en la Escuela de Altos Estudios de México, de la cátedra sobre historia de la lengua y la literatura españolas (1913).

El Centro estaba entonces instalado en los bajos de la Biblioteca Nacional y, además de sus propias colecciones de libros, podía disponer en préstamo del riquísimo fondo que en aquella biblioteca se custodiaba.

La Sección de Filología estaba directamente gobernada por el maestro Menéndez Pidal, y contaba entonces como miembros principales a Tomás Navarro Tomás, secretario del Centro, y a Federico de Onís, ambos catedráticos, ahora, de la Universidad de Columbia y el segundo director del Instituto de las Españas, en Nueva York; a Américo Castro, ahora también en las Universidades de los Estados Unidos, y a Antonio G. Solalinde. Todos pusieron voluntad en atraerme y acogerme como un colaborador más de la Sección. Puedo decir que mi padrino ante ellos fue mi paisano Ruiz de Alarcón, quien también había ido a "pretender en Corte", allá a principios del Seiscientos.

Poco a poco quedé incorporado regularmente al Centro, donde sobre todo me consagré a la literatura de los siglos XVI y XVII, además de colaborar con el llorado Antonio G. Solalinde —especialista en la Edad Media española— para la preparación de la bibliografía en curso, que aparece al final

de los cuadernos trimestrales de la *Revista de Filología Española.* También teníamos a nuestro cuidado la bibliografía retrospectiva.

El arte de reducir a fichas toda noticia de publicaciones que afectara, en el más amplio sentido, a la filología española, tenía para nosotros —que éramos los más jóvenes de la casa— todos los encantos de un juego de solitario, de un rompecabezas, de una investigación policial. Trabajábamos como buenos hermanos en las cabeceras de una gran mesa, partida en dos por una peaueña muralla de libros como por una red de ping-pong.

Un día, en nuestro anhelo de hacer una buena publicidad a la *Revista,* que no fuera un vulgar reclamo, discurrimos un procedimiento que, a la vez, sirviera de anuncio y transformara a todo lector en un colaborador más de nuestra bibliografía. De aquí nació el folleto: *Revista de Filología Española: Sección de Bibliografía* (Madrid, 1917) en que —aparte de los sumarios de los números publicados— dábamos las reglas de nuestras fichas, describíamos las operaciones de nuestra catalogación, y establecíamos la lista de las principales siglas usadas, siglas que se han convertido ya en signos de uso permanente entre los filólogos del grupo, como un álgebra del oficio. Este folleto, ya escaso, puede todavía ser útil en esa hora de la iniciación, cuando ni el más modesto consejo se desperdicia. A éste había de seguir otro, también muy elemental, sobre crítica de los textos, con una colección de casos ilustrativos, desde documentos paleográficos hasta ediciones modernas. Nunca llegamos a escribirlo. Y Américo Castro, que nos dio varias notas, al fin acabó por aprovecharlas en cierto articulito sobre "La crítica filológica de los textos," publicado en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza,* 1917, nº 1, y más tarde recogido con adiciones y retoques en su volumen *Lengua, enseñanza y literatura,* Madrid, Suárez, 1924.

Después Solalinde se fue a los Estados Unidos, donde murió siendo catedrático en la Universidad de Wisconsin y dejando encaminada su obra magna sobre el Rey Sabio y la *General Estoria.*

IV

Por los tiempos de nuestra convivencia en Madrid, Solalinde y yo llegamos a ocupar dos pisos de la misma casa: "la casa del hielo" de que habla José María Chacón, donde también él habitaba, en la calle del General Pardiñas nº 32, a la que ya me he referido. Yo aprendí de Solalinde una buena costumbre, que era resultado de su salud moral: en cuanto guardábamos los papeles y salíamos a la calle, el filólogo desaparecía, dejando el sitio al muchacho más sencillo que he conocido. Recorríamos juntos todo Madrid. Él me contaba su llegada a la Corte, cuando salió de Toro empujado por el deseo de ayudar a su madre viuda, aquella lúcida y sobria mujer de España a quien yo recuerdo siempre vestida de negro, goyesco retrato de mantilla, juntos los talones y las puntas de los pies separadas a lo militar, como en algunas telas del maestro de Fuendetodos.

Antonio, recién llegado a Madrid, fue a dar a la Residencia de Estudiantes, colina del Pinar. Trabajaba como delineante, y él dibujó ese letrero que se lee en una puerta lateral de la Almudena: "Por esta puerta se administran los Santos Óleos." Luego, Menéndez Pidal comenzó a encargarle algunos trabajos. Un día, el arqueólogo Gómez Moreno le encomendó un dibujo, según cierto modelo o borrador que le entregó y que estaba pergeñado a la diabla. El mecánico asiático de que habla Cocteau construyó un nuevo tanque para un auto estropeado en una carretera, y reprodujo en el nuevo tanque la perforación del antiguo. También Antonio tomó al pie de la letra —o de la línea— los trazos de Gómez Moreno, y los reprodujo fielmente con todas las deficiencias del original.

—¿De modo —le reclamaba Gómez Moreno— que si llego a darle el modelo en un papel manchado Ud. hubiera reproducido las manchas? ¿Y si el papel llega a tener por ahí el recuerdo de una mosquita Ud. lo hubiera reproducido también?

Había que oír las carcajadas rabelaisianas con que Antonio evocaba estos recuerdos de su prehistoria.

A veces discutíamos sobre mis maneras mexicanas de ha-

blar. Yo lo acusaba, burlescamente, de vivir preso entre los muros del "dialecto castellano" y no querer salirse de ellos. Porque el hecho de que en España se haya dado preferencia en el habla corriente a la palabra "estrecho" sobre la palabra "angosto" no significa que ésta deje de ser perfectamente legítima. Y él se amparaba en su prosapia toresana:

—¡Señor, venir a decirme a mí lo que es el castellano, a mí que soy de Toro! ¿Ha oído Ud. hablar de las "Leyes de Toro"?

Y se vengaba diciéndome que yo pronunciaba "Atlántico" a la manera Azteca. Porque él se empeñaba en decir "Ad-lántico" —que no pasa de ser un feo popularismo peninsular—, y fue necesario acudir a la autoridad de don Ramón Menéndez Pidal para que se me concediera el triunfo.

Entre mis resabios nacionales, yo solía decir: "¡No más eso faltaba!", en vez del castizo y directo: "¡No faltaba más!" Y él me caricaturizaba así:

—¡Vaya un modo alambicado de hablar! ¿A quién se le ocurre decir: "No faltaba sino que nada más que eso?"

Como buen catador del humorismo y afecto a la travesura sin veneno, era el primero en festejar aquella copla de un ingenio que no ha querido revelar su nombre:

Con vino de Cola
no hay nadie que brinde:
eso dice Sola—
Sola— Solalinde.

O aquella parodia de Valle-Inclán, del mismo autor ignoto, en que a todos nos iba llegando nuestra hora ("la hora de todos y la fortuna con seso", diría Quevedo), parodia que muchos recuerdan de memoria, incompleta y equivocada, y que conviene recoger aquí para que no la sigan tergiversando:

Es la hora de Valle-Inclán.
La comadreja y el vampiro
se pasean por el Retiro;
los va siguiendo el lubricán.
¡Es la hora de Valle-Inclán!

Es la hora de Julio Camba,
que en estos horribles bochornos
va a comer bacalao a Fornos

y a tomar café a Tupinamba.
¡Es la hora de Julio Camba!

Es la hora de Araquistáin,
de estirpe social democrática,
el cual con su risa socrática
dice siempre "ja" y nunca "nein".
¡Es la hora de Araquistáin!

Es la hora de Alfonso Reyes,
escritor de abundante léxico,
que sueña en las calles de México
y en las pitas y en los mameyes.
¡Es la hora de Alfonso Reyes!

Es la hora de Castillejo,
que intriga, sonsaca, pregunta.
(Cuando alguien habla de la Junta,
Bonilla arruga el entrecejo).
¡Es la hora de Castillejo!

Es la hora de Solalinde,
el benjamín de los filólogos
que redacta notas y prólogos,
de quien don Ramón no prescinde.
¡Es la hora de Solalinde!

Es la hora de don Américo,
no sé si teórica o práctica:
junto a su pericia sintáctica
Meyer-Lübke es algo quimérico.
¡Es la hora de don Américo!

Ya ha comprendido el discreto lector que la quinta estrofa se refiere al secretario y vestal de la Junta para Ampliación de Estudios, don José Castillejo, y a Adolfo Bonilla y San Martín, que nunca vio a la Junta con buenos ojos (ni la Junta a él); que el don Ramón de la sexta estrofa es don Ramón Menéndez Pidal, y el don Américo de la séptima es don Américo Castro. Para saborear del todo las alusiones hay que haber vivido en aquel mundo, Weltanschauung difícil de comunicar con palabras.

¡Pobre y caro *Sub illa limite*, como gustábamos de llamarlo en latín! En plena juventud, lo vimos un día, valerosamente, arrancarse del pecho una saeta que a muchos hubiera

vencido; lo vimos entrar con paso firme en la madurez; lo vimos desaparecer de pronto.

V

El ensayo sobre Mateo Rosas de Oquendo y sus andanzas en América, publicado en la *Revista de Filología Española* a fines de 1917, me aseguran que tuvo la fortuna de inspirar alguna página de nuestro erudito historiador don Luis González Obregón.

El director de la Biblioteca Nacional de Madrid, el cervantista don Francisco Rodríguez Marín, tuvo la bondad de llamarme la atención sobre el cartapacio de Oquendo. En medio de su actividad febril, nunca olvidaba el florido anciano a sus amigos. Una vez, en busca de ciertos papeles, se dio a revisar todo el índice de la sección de "Varios", y mientras examinaba para sí millares de títulos de folletos, se tomó el trabajo de copiar de su puño y letra todas las fichas de asunto mexicano, de que luego me hizo presente. Es justo decir que tales rasgos no abundan entre los investigadores, celosos por oficio de sus hallazgos y más bien dados a esconderlos y a hurtarlos a los ojos de los demás.

Años más tarde, durante mis dos permanencias en la Argentina (1927 a 1930 y 1936 a 1937), hice algunas gestiones, que hasta hoy van resultando inútiles, primero ante el Pbro. don Pablo Cabrera y luego ante el llorado Juan B. Terán y don J. Francisco V. Silva, para buscar nuevos rastros de Oquendo en la provincia de Tucumán y, sobre todo, para ver de encontrar aquella *Famatina o descripción, conquista y allanamiento de la Provincia de Tucumán.**

VI

En el *Reloj de sol* (Madrid, 1926: "De varias sociedades secretas"), he dicho ya que, en la edición popular del teatro de Lope a que sirve de prólogo la "Silueta" recogida en los

* Ver J. M. Vélez Picasso, *Un satírico olvidado: Mateo Rosas de Oquendo*, en la revista 3, Lima, marzo, 1940, pp. 5-15; y A. R. Rodríguez Moñino, "Cómo se publicaba un libro en Indias a principio del siglo XVII", en *Tierra Firme*, Madrid, II, núms. 3-4, 1936, p. 417, alusión a las verdades que dijo Oquendo sobre el Perú, en el anónimo "Romance a la Ovandina".

Capítulos, sólo respondo de dicho prólogo y no del texto de las comedias, texto que fue confiado a otra persona por la casa Calleja, y que con razón provocó algunos reparos de G. Cirot (*Bull. Hispanique*, Burdeos-París, 1921, nº 3, pp. 244-245). También he hablado en el *Reloj* de cierta sociedad, "Los amigos de Lope de Vega", juego literario de que sólo quedan como testimonio algunos ceniceros de Talavera que mandó grabar José Moreno Villa.

La verdad es que quien me hizo "perder el miedo" a la figura de Lope de Vega y atreverme a imaginarlo en sus intimidades de hombre fue el gran mexicano Francisco A. de Icaza, heredero de la deslumbrante tradición del General Vicente Riva Palacio, figura de renacentista en quien revivían y bullían juntas las mejores maneras del Madrid literario a través de todas las épocas. Cáustico y ameno, sabio sin pedantería, experto y fino, se adueñaba de las tertulias y, donde aparecía, daba el tono a las conversaciones. En el Ateneo de Madrid, los jóvenes escritores acudían a la "Cacharrería" para ver cómo el maestro Icaza barría a los necios con su ametralladora de ingenio y buen decir. En eso de "sentar las costuras" a los eruditos a la violeta, no tenía precio. Dotado de cierto molde clásico, de aquella rotundez que —entre titubeos y vicisitudes— quisiera ser la nota dominante en la literatura mexicana, sabía organizar sus libros con mano ágil, y tenía, para aquilatar los libros ajenos, una intuición, un primer vistazo que hacían precioso su consejo. No era la suya esa cultura que parece pegada en hojas de papel: la traía en la masa de la sangre. Era amigo solícito, capaz de imponerse verdaderas tareas para auxiliar las investigaciones de quienes le pedían ayuda. Su natural altivez se templaba, pudorosamente, con ternuras nunca confesadas. Una que otra vez, en las polémicas, se le desbordaba el sarcasmo, porque también era irritable; pero no se equivocaba en conjunto para distinguir los verdaderos de los falsos valores, a pesar de ciertas manías contra este o aquel escritor a quienes no podía sufrir. Su juicio era insobornable: llamaba al pan pan y al vino vino, y éste es el secreto de ciertos resentimientos que por ahí ha dejado.

A la aparición de sus primeros trabajos cervantinos, Foul-

ché-Delbosc, desde París, había reparado en aquella penetración psicológica de Icaza, matiz nacional característico dentro del conjunto de la erudición hispánica, matiz que lo emparienta, a lo largo de los siglos, con el criollo Juan Ruiz de Alarcón, quien llevó también a la Corte una temperatura distinta. En su reciente obra sobre *Lope de Vega y su tiempo,* Karl Vossler ha sentido la seducción de este modo humano y de contacto directo con que Icaza aborda al Fénix español. Creo sinceramente que no son justos los reparos que hace a este respecto nuestro amigo José F. Montesinos en su reseña sobre el libro de Vossler (*Revista de Filología Española,* Madrid, 1933, XX, nº 3). Montesinos se deja llevar juvenilmente por la seducción de cierta técnica —la que aprendíamos en el Centro de Estudios Históricos— y tacha lo que está fuera de ella, como los procedimientos interpretativos de Icaza. No todo ha de ser descubrimiento de datos, preocupación por la "materia prima" propia de la era industrial que vivimos. No sea el historiador como el alfarero que se vuelve esclavo de su arcilla. Hay otra novedad, o cualidad mejor dicho, más profunda, y ella está en la inteligencia, en el entendimiento de los asuntos. Claros ejemplos nos ha dado Montesinos en su obra. En este sentido, algunas páginas de Icaza sobre las figuras de la literatura peninsular poseen un valor innegable. Sin ignorar la técnica del cazador de noticias, Icaza era más bien un crítico de saldos humanos. Mucha buena obra nos deja, y más nos hubiera dejado todavía sin los sacrificios de una vida consagrada en su mayoría al servicio exterior de México, y luego, en la vejez, contrastada con las ingratitudes del tiempo. Las cicatrices, los resabios del dolor —había sufrido mucho—, lo hacían pasar por hombre poco bondadoso a los ojos de los ligeros. En verdad, Icaza nunca "comulgó con ruedas de molino", no lo aprobaba todo; y cuando se le disparaba la vena satírica, ya no había manera de contenerlo.

VII

El artículo sobre *El Peregrino* de Lope fue escrito para servir de prólogo a una edición de dicha obra que, por encargo

de "Azorín", preparé para la casa Nelson, de Londres, y que no llegó a publicarse. Bajo el título: "Los libros náufragos", he contado así la historia de esta y otras catástrofes de librería:

"La casa editorial Nelson, de Edimburgo, había emprendido hace años la edición de libros españoles y, ante ciertas dificultades, decidió suspender la publicación de tales libros. "Azorín" se había encargado de dirigir y formar una colección escogida. Es lástima que el proyecto haya fracasado. He aquí las víctimas del naufragio, hasta donde llegan mis noticias; libros cuyos originales están seguramente guardados en los archivos de Nelson, durmiendo el sueño de los justos, como dice la gente: una antología de poetas castellanos al cuidado de Enrique Díez-Canedo; un *Quijote,* texto establecido por el malogrado Ángel Sánchez Rivero; y un *Peregrino en su patria,* de Lope de Vega, edición y prólogo míos." (*Monterrey,* Río de Janeiro, marzo de 1932, nº 8, p. 6.)

Lamentable pérdida si se considera que las últimas ediciones del *Peregrino* no llegan más acá del siglo XVIII.

Se me ocurre que de esos días data la frecuentación de Sánchez Rivero con el *Quijote,* que más tarde lo llevó a entrar en polémicas con Américo Castro a propósito de lo consciente y lo inconsciente en Cervantes.

Todo esto me lleva a recordar otro *Quijote* náufrago: una edición que Federico de Onís comenzó a preparar para Calleja, que pasó después al cuidado de Solalinde, y de que al fin no volvió a hablarse.

VIII

Como todo el mundo, desde la infancia había yo recibido cierta absurda imagen de Quevedo, el Quevedo de los chascarrillos inconvenientes, cuando tropecé con cierta frase de Menéndez y Pelayo en que se le califica como "el varón más literario de España". Mi curiosidad se encabritó, y pronto descubrí entre los libros de mi padre —humanista por sentido natural y sin escuela, como Cervantes, y como él fogueado en armas y enamorado de las letras al punto que lo leía todo— una edición de las obras del grave señor de la Torre de Juan Abad, comentadas por su amigo Jusepe Antonio

González de Salas, que tuvo la docta audacia de anotarlo como sólo se hacía con los clásicos de la antigüedad.

Mi padre me cedió aquellos libros, y cuando de Monterrey me trasladé a México para completar mi bachillerato (hacia los dieciséis años), puedo asegurar que ya me encontraba en buenas relaciones con Quevedo. Todavía recuerdo la indignación que me causó el escuchar en boca de una persona mayor, a quien en mala hora se me ocurrió hablarle de la influencia de Quevedo sobre la monja mexicana Sor Juana Inés de la Cruz, estas palabras descomedidas: "¡Qué barbaridad! ¡Si Quevedo era un groserón!"

Pocos años después, en aquel bucear a solas que fue mi formación literaria, Góngora se apoderó de mi fantasía; y así al sesgo, por las simpatías y diferencias entre el cultismo y el conceptismo, gemelos enemigos, seguí ojeando mi Quevedo. Lo primero que conocí de Góngora fue, directamente, la edición de Hozes y Córdova, Madrid, 1634, que adquirí por $ 30.00 de mi alma en la librería de Orortiz (calle del Esclavo), donde yo, estudiante, me escondía entre los callejones de libros para disfrutar desde allí la charla de varios historiadores que solían juntarse en tertulia: González Obregón, Pereyra, Salado Álvarez. Ahora soy feliz poseedor de otro ejemplar de aquella edición, que el año de 1933 me envió Paul Morand desde París a Río de Janeiro, con estos versos, firmados en Villefranche donde veraneaba:

Ce coup de gong aux rats
attablés au fromage
de la poésie impure,
celui qui le frappa
—et fit un bruit qui dure—
n'est ce pas Gongorá?

Le contesté con esta décima sobre los "Paúles":

En la Poética Suma,
como sin darle importancia,
los Seis Paúles de Francia
se me vienen a la pluma:
si Verlaine es todo espuma,
Claudel fuego, y Valéry

cristal, y Fargue benjuí,
y Éluard literatura,
Morand, queda la flor pura
para apellidarte a ti.

Cuando, en mis tiempos de Madrid, Rafael Calleja me pidió una antología popular de Quevedo para sus ediciones, tuve que refrescar mis lecturas, porque andaba distraído con otros temas. Pronto me pareció percibir que, además de la leyenda procaz, hasta los estudios eruditos se había deslizado otra leyenda en torno a la biografía de Quevedo: la de las anécdotas y los duelos providenciales, lances de máscara y de espada, y un cierto afán de rodearlo siempre de acasos pintorescos. Preferí entonces dar al pequeño ensayo que sirve de prólogo a mi antología, y que recojo en los *Capítulos*, un tono general, abreviando rasgos biográficos e insistiendo en la impresión que deja la obra. Pero Rafael Calleja, que con razón pensaba en el público al que destinaba sus ediciones, me pidió que apuntalara mis generalidades con algunos datos y fechas. Y aunque lo hice en notas o en pasajes incrustados para no alterar mi redacción primitiva, aquel caballeroso amigo estaba tan acostumbrado a que los escritores recibieran siempre cualquier observación con impaciencia ("Genus irritabile vatum"), que me mandó pagar una remuneración doble de la convenida para compensar mi pequeño esfuerzo.

Las "Apostillas a Quevedo" que aparecen en los *Capítulos* no son más que las breves introducciones explicativas que preceden a cada sección de la Antología.

Para estudiar a Quevedo es corta una vida. Mucho más tendría que decir si volviera al tema; pero lo mismo me acontece con todos los demás temas de los *Capítulos*.

IX

La nota sobre "Alarcón y las fiestas de Baltasar Carlos" es una huella de mis colaboraciones en la *Revue Hispanique*, que publicaba en París Raymond Foulché-Delbosc, y puede leerse en relación con un artículo que publiqué en *El Sol*,

de Madrid, y luego recogí en los *Retratos reales e imaginarios*, México, 1920: "Felipe IV y los deportes."

Conocí a Foulché-Delbosc a raíz de mi llegada a Francia, en agosto de 1913. Comencé a colaborar para su revista con una nota sobre "*El Periquillo Sarniento* y la crítica mexicana", de que se me dio una tirada aparte en 1914, pero que de hecho sólo aparece en el tomo XXXVIII, año de 1916, de aquella revista. He recogido esa nota en la tercera serie de *Simpatías y diferencias*, Madrid, 1922.

En mi primera época de París (1913-1914) yo solía visitar a Foulché-Delbosc una vez por semana. Tenía su piso del Boul. Malesherbes atestado de libros. Yo temía que le aconteciera lo que al Profesor Teufelsdroeckh, del *Sartor Resartus* de Carlyle, a quien los libros iban poco a poco expulsando de su morada. (Entre paréntesis, así parece que le aconteció a nuestro don Ezequiel A. Chávez, que acabó por tomar otra segunda casa al lado de la primera, en la mallarmeana calle de Roma, ciudad de México.) Mientras yo llamaba a la puerta principal, por la puerta de servicio entraba el recogedor de basura, encargado de aliviar un enorme, inverosímil cesto de papeles, con todos los desperdicios de la semana.

El eminente bibliógrafo me hacía de tiempo en tiempo los mejores presentes que un bibliógrafo puede hacer: me obsequiaba algunos ejemplares repetidos de ediciones raras. Su intuición del tiempo le permitía prescindir de los relojes: no los había en su casa. Cuando llegó el verano, se fue a Bourron, por Fontainebleau, pueblo predilecto de los paisajistas, donde también anduvo R. L. S. (Robert Louis Stevenson), y me convidó a pasar un día en el campo. No olvidaré la sorpresa que me causó descubrir que aquel sedentario era un andariego. Iba de un lado a otro, incansable, empeñado en mostrarme todas las perspectivas del bosque, como aquel coleccionista de paisajes, en los cuentos de Hoffmann, y yo me entretenía en admirar su gran barba hueca, atravesada de sol.

Me trasladé a Madrid a fines de 1914, y desde allí seguí colaborando para la *Revue Hispanique*. Sobre todo, me tocó la suerte de auxiliar a Foulché-Delbosc en la edición

de las *Obras* de Góngora incorporada a la Bibliotheca Hispanica, asunto de que antes he hablado. El Ms. Chacón, en que la edición se fundaba, usaba indistintamente los acentos graves y agudos, como por lo demás lo hacía la imprenta española de la época, acaso para suplir las deficiencias de caracteres agudos con los graves que se tenían siempre a la mano y se usaban en las ediciones latinas. Pero Foulché-Delbosc se empeñó en descubrir una ley o sistema en Chacón que yo nunca vi muy a las claras. Y hubo que poner en nuestra edición sólo acentos graves, con excepción de los casos de disolución de diptongo, en que hubo que poner un como embrión de circunflejo, compuesto por un acento agudo en la primera vocal y uno grave en la segunda. Tengo la impresión de que la crítica no reparó nunca en estas minucias.*

Devuelto a París a fines de 1924, las obligaciones del servicio exterior no me permitieron ya frecuentar a Foulché-Delbosc con la asiduidad de antes. Vivía ahora en el Boul. St.-Germain, y había contraído matrimonio con una joven anglo-canadiense, Madama Isabel, que supo asociarse a sus trabajos. Falleció a los sesenta y cinco años, el 5 de junio de 1929, cuando yo vivía en Buenos Aires. Mis jóvenes amigos argentinos Francisco Luis Bernárdez y Leopoldo Marechal sacaban por esos días el número único de la revista *Libra,* donde se publicó la siguiente nota necrológica:

> Recogemos con profunda pena la noticia del fallecimiento de Raymond Foulché-Delbosc, sabio hispanista francés, director de la *Revue Hispanique,* cuyo nombre está asociado a todas las modernas investigaciones sobre la historia literaria española. F.-D. manifestó su interés por América —con algunos de cuyos escritores mantuvo constantes y hasta íntimas relaciones— organizando y publicando en su autorizada revista una serie de monografías sobre las literaturas de nues-

* Cuando yo me hice cargo del trabajo, ya se habían tirado en Madrid los primeros pliegos de la edición. Opuse reparos a la puntuación de varios sonetos. F.–D. decidió aceptarlos, y ordenó que yo recomenzara de nuevo toda la obra. Desde los días de París le venía yo instando a que cumpliera el ofrecimiento de una edición que, ya de años atrás, el conocido Manual de James Fitzmaurice-Kelly (en cuya bibliografía colaboró F.–D.), daba por hecha y publicada. Fue sin duda mi interés lo que movió a F.–D. a confiarme la materialidad del trabajo. Ver "Historia documental de mis libros", V, *Universidad de México,* VI y VII–1955, pp. 13-14.

tros países. Maestro consumado en asuntos de bibliografía, supo (y esto es característico en su obra) sacar la mayor cantidad posible de inferencias espirituales de sólo los datos materiales de un libro, considerado como objeto físico. Últimamente, sus preciosos trabajos en torno a la obra de Góngora habían dado popularidad a su nombre en el mundo de los no especialistas. Era un hombre de laboriosidad ejemplar, y deja seguramente mucho trabajo inédito. Deja también una de las mejores bibliotecas hispánicas del mundo.

En 1920, se publicó un *Catalogue de la Bibliothèque Hispanique de R. F.-D.*, que tiene el valor de un repertorio para hispanistas. En 1931, Mme. Foulché-Delbosc y Julio Puyol publicaron (Madrid, *Revista de Archivos*) una *Bibliografía de R. F.-D.* que da idea de la inmensidad de aquella labor, y que también puede considerarse como obra de consulta. No sin melancolía examiné el catálogo de la venta de sus libros y manuscritos (Hôtel Drouot, París, sala nº 10, a las 2 p. m., los días 12 a 17 de octubre de 1936), catálogo que consta de 1 069 números a cual más codiciable. Tuve después la oportunidad de encontrar, en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, el lote de libros de F.-D. que aquella institución adquirió, para envidia de otras bibliotecas americanas. Algunos de aquellos volúmenes eran mis viejos amigos, y más de una vez anduve por sus páginas en compañía de Foulché-Delbosc.

La *Revue Hispanique*, la obra de su vida, puso término a su larga carrera con dos volúmenes de homenaje a su extinto director: tomo LXXXI y último, París-Nueva York, 1933. Yo, que para entonces me encontraba en Río de Janeiro, fui incapaz de remitir en tiempo oportuno un trabajo que ofrecí sobre el *Píramo y Tisbe*, de Góngora. ¡Y era yo, entre todos los colaboradores y amigos, el más obligado probablemente! Estaba debiendo a su memoria este desagravio un poco tardío.

X

Las páginas dedicadas a Gracián, según consta en la "Noticia bibliográfica" que va al fin del volumen, proceden de la edición Calleja, de la *Revista de Filología Española* y de los periódicos en que sostuve un cambio de ideas con

"Azorín", cambio de ideas al que di después la forma de un diálogo. Al revolver mis papeles para organizar el volumen, tropecé con estas líneas olvidadas, sin duda anteriores a mi salida de México en 1913, que guardan alguna relación con los temas gracianescos:

> Mucho hay que decir sobre la educación del político en la literatura española. Que la educación del político es la piedra de toque de la pedagogía no cabe dudarlo. Aquí es donde más se corre el riesgo de confundir las normas éticas con las normas técnicas, o donde tal confusión es más peligrosa; aquí es donde se corre el riesgo de enseñar a gobernar por el gobierno mismo, como fin artístico (prescindamos de la mala fe), desentendiéndose de los imperativos de la moral. Ejemplo, *El Príncipe* de Maquiavelo, donde preocupado éste por enseñar las reglas del tiranizar, pervierte el sentido verdadero de la política, trocándola por algo que sería "la despótica", y alejándola de aquel noble concepto griego conforme al cual era la política, con la retórica, la más alta de las vocaciones humanas. Por eso parece que los ayos de los príncipes temían afrontar de frente la enseñanza de la política, mirando a no envenenar al discípulo con la ponzoña del especialista, quien todo lo subordina a los éxitos del arte en que es diestro. Fénelon prefiere entretener a su Delfín con las aventuras de Telémaco; Bossuet, al suyo, con discursos sobre la historia. Todo, para que el buen gobernar surgiera como flor espontánea de las humanidades sembradas. Los cortesanos, en cambio, como nunca les estuvo confiada la educación del príncipe, son aficionados a dedicarle máximas de brujulear el gobierno. Se creen consejeros sin serlo. Los gobernantes del tipo inferior, como todos los prácticos o trujamanes de la vida, desconfían de la letra escrita y obran solamente a los soplos de su malicia. No escuchan a sus consejeros letrados, pobres "escribas en cuclillas" como el egipcio del Louvre. Maquiavelo muere engañado, y Firdusi, el poeta persa, huye perseguido por su rey.
>
> Sin duda que el género de la máxima política amanece tanto como el apólogo o moralidad. Viene de la India, lo mismo que tantos hábitos del pensamiento. En el *Panchatantra* hay consejos de oro, terciados entre las anécdotas del león y del mono. Pero donde la teoría de la educación del príncipe aparece ya en forma sistemada y reconocible para el lector moderno, es en el ameno libro de Jenofonte, *La Ciropedia.* Ahí parecen beber sus inspiraciones las novelas pedagógicas. Algo pasa de aquí al *Gargantúa.* Y aquel cómputo entre el pro y el

contra para los casos indecisos, que anda como descubrimiento de Benjamin Franklin y aplicación del pensamiento mercantil norteamericano a la conducta, no es más que la repetición en serio de una ocurrencia de Rabelais. De este abolengo tan rancio procede el *Emilio.* Y se explica que los ingenios del Renacimiento —necesitados casi siempre, siquiera para el primer arranque, de un modelo clásico— se hayan empleado en construir teorías del príncipe perfecto y breviarios de la política.

Ahí queda esa reliquia sin más valor que el de reliquia.

En cuanto al diálogo en torno a Gracián, bien pude hacer intervenir a un tercer interlocutor, Américo Castro, que en su ensayo "Gracián y España" (*Santa Teresa y otros ensayos,* Madrid, 1929), ensayo precisamente dedicado a "Azorín", recuerda las palabras de Schopenhauer sobre su propósito de traducir *El Criticón,* y cita aquella terrible sentencia pre-nietzscheana: "Nunca por la compasión del infeliz se ha de incurrir en la desgracia del afortunado"; sentencia que, a la luz de nuestra filosofía social, se presta a muchos comentarios.

Tal vez ciertas coincidencias casuales no justifiquen la aproximación, algo violenta, entre Gracián y Nietzsche. Gracián está dominado por la ambición de crear un tipo universal de hombre, una obra maestra de la cultura, partiendo de los estímulos instintivos y poniéndolos sabiamente a contribución. Este anhelo se percibe con mayor claridad en las miniaturas de los Tratados que en el profuso cuadro mural de *El Criticón.* Pero su "hombre de todas las horas" dista mucho del super-hombre. Es una corona de los ideales renacentistas, un remate de cultura; no un nuevo peldaño en la transformación biológica.*

A propósito de Lastanosa, mecenas de Gracián, el escritor español Ramón J. Sender me escribe:

> Su biblioteca se conserva aún, dividida casi en partes iguales, entre el Museo Provincial y Biblioteca de Huesca, la Biblioteca de los P.P. Jesuitas y la de mi tío Joaquín Garcés. Todo esto, allí mismo, en Huesca. Lastanosa fue pariente nuestro, y últimamente (en los últimos quince años)

* José Gaos advierte cierta relación entre esta página de Gracián y el *Discurso del método.* ¿Influencia directa de Descartes?

habitábamos su casa en el número 13 de la calle de Sancho Garcés Abarca. Se trata de un enorme caserón donde tenía su pequeña academia. Hubo un Lastanosa del siglo XIX, Carderera, mecenas y gran erudito también, que conservaba la atmósfera de la casa de Lastanosa.

Una errata sin más importancia que un error de transcripción: en la pág. 233, línea 15, se dice: "el duque de Nocera" por el de Lécera. Este hombre, lo mismo que el duque de Sessa (el de Lope de Vega), es de la región aragonesa donde han vivido todos los antepasados de mi familia, y conocemos también a sus descendientes. Aragón, el llamado Alto-Aragón —desde Huesca hacia los Pirineos— ha sido tierra de grandes mecenas y de pocos pero buenos poetas, unidos siempre por un mismo matiz de expresión que es el de la tierra misma, seca pero muy fecunda. Para nosotros está ahí el secreto de esa sequedad elocuente de Gracián, más condensada a medida que envejeció, y no por la vejez, sino por la impregnación de Huesca y de lo oscense.

Y ya que se trata de las erratas que se han deslizado en los *Capítulos*, sea la más curiosa: pág. 216, línea primera, se habla de la "religión bilingüe" en vez de la "región bilingüe" de Nuevo México.

XI

Aunque publicado por primera vez en *La Prensa*, de Buenos Aires, 1938, el capítulo sobre Solís fue escrito hará unos veinte años, para una edición de la *Historia de la Nueva España* que, en compañía de Pedro González Magro, preparaba yo en "La Lectura". Abandonamos provisionalmente el proyecto, y cuando a la muerte de Magro intentamos, en bien de la familia, llevar a cabo la edición, nunca fue posible encontrar el texto y las notas que él conservaba entre sus papeles. A él le incomodaba mi insistencia en suprimir de aquellas notas las coordenadas geográficas de todos los lugares citados, que eran todos harto conocidos; pero él medía la discutible utilidad de estos datos por el trabajo que se había dado en buscarlos.

Magro era el geógrafo del Centro de Estudios Históricos, y trabajaba asiduamente para establecer el mapa de las merindades de Castilla en los siglos medios. Hombre de

cortesía y afabilidad singulares, aquellas patillas abundantes le daban un aire de otros tiempos y una vaga blandura, a lo que contribuía su tendencia al "embonpoint". A veces nos daba verdaderas sorpresas. No parecía vivir más que para las dichosas merindades y llevaba una existencia modesta. ¡Y de pronto descubríamos que escondía en su armario un flamante traje de levita, pantalón a rayas, chistera, polainas, caña de Indias, guantes color paja, corbata de plastrón y perla de oriente! Y otro día que se me ofreció un viaje con sus puntas y ribetes de cacería, me prestó un lujoso saco para las piezas cobradas, que hubiera podido acreditarlo como cazador empedernido. Allá para sí, alimentaba una gran afición por los artículos de don Antonio Zozaya, el veterano popularizador de la filosofía en aquella su Biblioteca Económica Filosófica de grato recuerdo. Zozaya era vecino suyo, pero sólo lo conocía de vista. Y Magro se empeñó un día en enviarle, como testimonio de su estimación, un estupendo jamón serrano, que Zozaya declinó cortésmente. Esto me hace siempre recordar que, al decir de Icaza, el poeta y preceptista Narciso del Campillo y Correa confesaba no tener más alto ideal que el poseer una gran despensa de chorizos, jamones, embutidos, y poder decir a su huésped, alargándole un cuchillo bien afilado: "Toma, amigo: corta lo que quieras." Entiendo que Ramón Pérez de Ayala había realizado en tiempos este sueño. Juan Ramón Jiménez, al menos, aseguraba haber admirado aquel almacén de carne en conserva.

En Magro, la bondad y el candor se aliaban a la probidad científica. En el *Calendario*, Madrid, 1925 ("El consuelo"), he dejado un recuerdo de la luctuosa noche en que Navarro Tomás y yo lo velamos, y de cómo conseguimos dar a su padre unas horas de distracción haciéndolo charlar de su oficio, gran consejo goethiano.

XII

La nota sobre *Le Méxicain Ruiz de Alarcón et le Théâtre Français* evoca para mí los mejores días de París y el grato ambiente de la *Revue de l'Amérique Latine:* Francisco y

Ventura García Calderón, Charles Lesca, Ernest Martinenche, Armando Godoy, Gonzalo Zaldumbide.

Mi primera relación editorial con París se estableció a través de mi caro y noble amigo Francisco García Calderón, cuando yo vivía aún en México y cursaba la Facultad de Derecho. Pedro Henríquez Ureña me decidió a reunir mis primeros ensayos. El manuscrito de las *Cuestiones estéticas* fue remitido a Ollendorff, por conducto de mi familia, que se encontraba en París. Francisco apadrinó aquel libro de un joven oscuro y le puso un prólogo tan generoso como todo lo que sale de su pluma. La obra se publicó a fines de 1910. Yo llegué a París por agosto de 1913 —era mi primera salida— y de pronto me sentí tan desconcertado, entre la sorpresa y la ruina familiar que había dejado a mi espalda, entre el pasado incendiado y el porvenir incierto, que me parecía estar más lejos de Francia que cuando, en México, pasaba yo por la Librería Bouret, en la avenida del Cinco de Mayo. De esta primera hora de desconcierto ha quedado un rastro en *El cazador*, Madrid, 1921 ("París cubista: Film de aván-guerra"). Pero la desordenada siembra se quedó en los lechos del alma, tal vez esperando su estación. Entre tanto, ante una situación que se sabía indecisa e insostenible, yo me había arreglado para trabajar, llegado el caso, en las editoriales de Ollendorff y Garnier, que publicaban libros en español y dominaban las plazas de América. Vino lo imprevisto: a la vez que en México se suspendió en masa al cuerpo diplomático, sin proporcionar viajes de regreso, en Francia estalló la guerra y cerraron sus puertas las dos casas en que yo fundaba mis proyectos. Y aquí sobrevino esa declinación "Rumbo al Sur", de que hablo en *Las vísperas de España.*

Diez años, diez fecundos años de España, años de provechosa lucha, la mitad en plena vida periodística y literaria, y la otra mitad de nuevo en nuestro servicio exterior, me permitieron conocer aquel mundo por los dos extremos y el medio, y compenetrarme para siempre con la gente que preparaba el porvenir de aquel pueblo con cuyo dolor han latido las más altas esperanzas del mundo. Durante esta ausencia, se organizaban en mí, inconscientemente, las des-

ordenadas impresiones de mi primer París. Tuve, en este tiempo, la ocasión de volver unas cinco veces a Francia. Fui primero con "Azorín" a Burdeos (*Las vísperas*: "De servicio en Burdeos"); y luego a París, ya para acompañar a Genaro Estrada y a Manuel Toussaint, ya en simple viaje de recreo, ya para leer en el Colegio Libre de Ciencias Sociales (Rue Serpent), en cierto ciclo americano organizado por Alberto Zérega-Fombona, una conferencia, *L'Évolution du Méxique* (*Revue de l'Amérique Latine*, París, abril-mayo de 1923), que fue publicada por la *Revista de Revistas* de México, traducida al español, si no me engaño, por José María González de Mendoza.

Fui llamado a México a mediados de 1924, y aunque designado para Buenos Aires, adonde al fin no se me envió en esa vez, anduve entre Francia y España de octubre a diciembre del propio año, en cierta comisión pasajera; hice un corto viaje a Roma por Navidad y Año Nuevo, y en enero de 1925 me encargué de la Legación de México en París. La *Revue de l'Amérique Latine* me recibió con una generosa reunión de amigos en la que, además de sus redactores, estaban presentes Souza Dantas, Embajador del Brasil y decano de los americanos, Robert de Flers, el senador Honnorat y hasta el viejo Richepin. Martinenche, el caro maestro, decía entre otras cosas: "¡En qué malas compañías andaba usted la primera vez que apareció entre nosotros! ¡Hasta lo vi a usted en mi curso, en la Sorbona!"

Un día hubo cierta reorganización en la *Revue de l'Amérique Latine*, y sus fundadores tuvieron la gentileza de ofrecerme la dirección, que mi cargo diplomático no me permitió aceptar, porque me quitaba a la vez tiempo y libertad para el comentario de la vida pública americana. Cuando, años más tarde, la revista puso fin a sus días como el estoico, recuerdo que Valery Larbaud —tan puntual en la correspondencia con sus amigos mientras su salud lo consintió— me dio la noticia con sincera pesadumbre. "En verdad —me decía— llenaba una necesidad indiscutible, tenía un sitio único."

Precedida por la *Revue Sud-Américaine* que fundó Leopoldo Lugones en París, año 1913, y por la *Hispania*, tri-

mestral de Ventura García Calderón, llegó a vivir más que todas ellas, y su colección pronto se cotizará como una rareza y un documento de época. Mucho ha de llover para que la vida literaria de los hispanoamericanos en París recobre la vitalidad que en esa revista se refleja.*

México, octubre de 1939. Revista Interludios, Bogotá, XII-1939.

* Genaro Estrada, *200 notas bibliográficas mexicanas,* México 1935, nº 86, confunde esta revista, en francés, con la *Revista de América,* en español, que de tiempo atrás publicaban en París los hermanos García Calderón, y que por sí sola merecería un estudio aparte.

IV. JUSTO SIERRA Y LA HISTORIA PATRIA

TODOS LOS mexicanos veneran y aman la memoria de Justo Sierra. Su lugar está entre los creadores de la tradición hispanoamericana: Bello, Sarmiento, Montalvo, Hostos, Martí, Rodó. En ellos pensar y escribir fue una forma del bien social, y la belleza una manera de educación para el pueblo. Claros varones de acción y de pensamiento a quienes conviene el elogio de Menéndez y Pelayo:

> comparables en algún modo con aquellos patriarcas... que el mito clásico nos presenta a la vez filósofos y poetas, atrayendo a los hombres con el halago de la armonía para reducirlos a cultura y vida social, al mismo tiempo que levantaban los muros de las ciudades y escribían en tablas imperecederas los sagrados preceptos de la ley.

Tales son los clásicos de América, vates y pastores de gentes, apóstoles y educadores a un tiempo, desbravadores de la selva y padres del Alfabeto. Avasalladores y serenos, avanzan por los eriales de América como Nilos benéficos. Gracias a ellos no nos han reconquistado el desierto ni la maleza. No los distingue la fuerza de singularidad sino en cuanto son excelsos. No se recluyen y ensimisman en las irritables fascinaciones de lo individual o lo exclusivo. Antes se fundan en lo general y se confunden con los anhelos de todos. Parecen gritar con el segundo Fausto: "Yo abro espacios a millones de hombres." Su voz es la voz del humano afecto. Pertenecen a todos. En su obra, como en las fuentes públicas todos tienen señorío y regalo.

El último retrato de Justo Sierra, comunicado desde Europa a las hojas periódicas nos lo presenta como era: un gigante blanco. De corpulencia monumental, de rasgos tallados para el mármol, su enorme bondad hacía pensar a Jesús Urueta en aquellos elefantes a quienes los padres, en la India, confían el cuidado de los niños. De los jóvenes era el tutor natural y entre los ancianos era el más joven. Viéndole

mezclarse a la mocedad, los antiguos hubieran dicho que desaparecía, como el dios Término, entre el revoloteo de las Gracias: y viéndole guiar a los otros, a veces con sólo la mirada o con la sonrisa, lo hubieran comparado con Néstor, de cuyos labios manaban la sabiduría y la persuasión. Todo él era virtud sin afectaciones austeras, autoridad sin ceño, amor a los hombres, comprensión y perdón, orientación segura y confianza en el bien que llegaba hasta la heroicidad. Cierto buen estilo zumbón y la facilidad en el epigrama sin hiel disimulaban, para hacerla menos vulnerable, su ternura.

Su obra de escritor asciende de la poesía a la prosa, donde se realiza plenamente para conquistar el primer lugar en nuestras letras: desde la dulzura de las *Playeras* —la canción de pájaro hija de los trinos de Zorrilla—, pasando por los arrobamientos de la "donna angelicata" que irradian en los *Cuentos románticos,* hasta los vastos alientos del historiador, con aquellos últimos estallidos de un genio que se derrotaba a sí mismo en reiteradas apoteosis de entusiasmo. En él se descubre aquella dualidad propia de los apostolados amables. Tiene lo hercúleo y lo alado, como los toros de Korsabad; y se desarrolla ensanchándose como el abrazo de una ola. Del lirismo algo estrecho de su juventud, su poesía se expande a las elocuencias que tanto le censuraba el ingenioso Riva Palacio. Y si su poesía pierde con ello, es porque no ha podido adaptarse al crecimiento del hombre interior. Justo Sierra, entonces, ya no puede cantar en verso: se ahoga en la plétora. Ha brotado en él un atleta de la simpatía humana y del entusiasmo espiritual. El verso se alarga y contorsiona y se vuelve prosa. Conserva de la poesía la emoción cargada, el gusto dispuesto, la siempre fresca y sana receptividad de la belleza. Pero se desborda sobre la historia, el amor y el afán de todos los hombres, para compartir sus fatigas y sus regocijos con tan intenso *pathos* y tan honda potencialidad, que acuden al lector las palabras temblorosas de Eneas: "Aquí tienen premio las virtudes, lágrimas las desgracias, compasión los desastres."

Crítico literario un día, su legado es breve, brevísimo, y en esto como en muchas cosas se manifestó por un solo rasgo perdurable: el prólogo a las poesías de Gutiérrez Nájera. Allí

la explicación del afrancesamiento en la lírica mexicana, la defensa del Modernismo, todo lo cual está tratado al margen de las escuelas y por encima de las capillas. Entre sus contemporáneos no hay crítica que la iguale, y dudo que la haya entre los posteriores, aun cuando algo se ha adelantado. El solo estilo de aquel prólogo ostenta lujos hasta entonces desconocidos entre nosotros; las imágenes tienen vida; las frases, nerviosos resortes; el paréntesis, sabrosa intención, la digresión, un encanto que hace sonreír. Se siente el temor de profanar la tumba recién sellada del amigo. En torno a Gutiérrez Nájera, unos cuantos trazos fijan nuestra historia literaria. Sobre el mismo Gutiérrez Nájera, no creo que pueda decirse más ni mejor.

Su estilo, después, gana en fuerza y en sobriedad. Renuncia a la sonrisa y a la gracia turbadora. Va en pos de la cláusula de oro, esculpe sentencias. Es ya el estilo, como lo quería Walter Pater, para seducir al humanista saturado de literatura, reminiscencias, casos y cosas. Su oratoria, aun en los discursos oficiales, está cruzada por todas las preocupaciones filosóficas y literarias de su tiempo. Es el primero que cita en México a D'Annunzio y a Nietzsche. En sus discursos hay un material abundante de estudios y meditaciones, y el mejor comentario acaso sobre sus empeños de educador. En la obra histórica a que estas palabras sirven de prólogo, el estilo, sin bajar nunca en dignidad, revela por instantes cierto apresuramiento, no repara en repeticiones cercanas, amontona frases incidentales, a veces confía demasiado el sujeto de los períodos a la retentiva del lector. El autor parece espoleado por un vago presentimiento, por el afán de sacar cuanto antes el saldo de una época cuyo ocaso hubiera adivinado. Pero si hay momentos en que escribe de prisa, puede decirse que afortunadamente siempre pensó despacio. Todo lo cual comunica a la obra cierto indefinible ritmo patético.

El escritor padeció sin duda bajo el peso de sus labores en el Ministerio de Instrucción Pública. Su nombre queda vinculado a la inmensa siembra de la enseñanza primaria que esparció por todo el país. Continuador de Gabino Barreda —aquel fuerte creador de la educación laica al triunfo de Benito Juárez, triunfo que vino a dar su organización defi-

nitiva a la República—, Justo Sierra se multiplicó en las escuelas, como si, partido en mil pedazos, hubiera querido a través de ellas darse en comunión a las generaciones futuras. Hacia el final de sus días, coronó la empresa reduciendo a nueva armonía universitaria las facultades liberales dispersas, cuya eficacia hubiera podido debilitarse en la misma falta de unidad, y complementó con certera visión el cuadro de las humanidades modernas. Puede decirse que el educador adivinaba las inquietudes nacientes de la juventud y se adelantaba a darles respuestas. El positivismo oficial había degenerado en rutina y se marchitaba en los nuevos aires del mundo. La generación del Centenario desembocaba en la vida con un sentimiento de angustia. Y he aquí que Justo Sierra nos salía al paso, como ha dicho uno de los nuestros —Pedro Henríquez Ureña— ofreciéndonos "la verdad más pura y la más nueva".

> —Una vaga figura de implorante —nos decía el maestro— vaga hace tiempo en derredor de los *templa serena* de nuestra enseñanza oficial: la Filosofía, nada más respetable ni más bello. Desde el fondo de los siglos en que se abren las puertas misteriosas de los santuarios de Oriente, sirve de conductora al pensamiento humano, ciego a veces. Con él reposó en el estilóbato del Partenón que no habría querido abandonar nunca; lo perdió casi en el tumulto de los tiempos bárbaros, y reuniéndose a él y guiándole de nuevo, se detuvo en las puertas de la Universidad de París, el *Alma mater* de la humanidad pensante en los siglos medios. Esa implorante es la Filosofía, una imagen trágica que conduce a Edipo, el que ve por los ojos de su hija lo único que vale la pena de verse en este mundo: lo que no acaba, lo que es eterno.

De esta suerte, el propio Ministro de Instrucción Pública se erigía en capitán de las cruzadas juveniles en busca de la filosofía, haciendo suyo y aliviándolo al paso el descontento que por entonces había comenzado a perturbarnos. La Revolución se venía encima. No era culpa de aquel hombre: él tendía, entre el antiguo y el nuevo régimen, la continuidad del espíritu, lo que importaba salvar a toda costa, en medio del general derrumbe y de las transformaciones venideras.

Yo no lo encontré ya en la cátedra, pero he recogido en mis

mayores aquella sollama del fuego que animaba sus explicaciones orales y que trasciende vívidamente hasta sus libros. Ya dejé entender que el historiador fue, en él, un crecimiento del poeta, del poeta seducido por el espectáculo del vigor humano que se despliega a través del tiempo. Romántico por temperamento y educación, para él seguía siendo la Revolución Francesa, clave de los tiempos modernos, la hora suprema de la historia. Éste era el capítulo que estaba siempre dispuesto a comentar, la lección .que tenía preparada siempre. En lo que se descubren sus preocupaciones de educador político. Aquí convergían las enseñanzas de los siglos, heredadas de una en otra época como una consigna de libertad.

El alumno, entregado a las apariciones que él iba suscitando a sus ojos, confiándose por las sendas que él le iba abriendo en los campos de la narración, al par que escuchaba un comentario adecuado y caluroso sufría el magnetismo de los pueblos, y le parecía contemplar panorámicamente (como por momentos se ven los guerreros de la *Ilíada*) el hormiguero de hombres que se derraman de Norte a Sur, el vuelo de naves por la costa africana, que más tarde se desvían con rumbo al mar desconocido. El maestro creía en el misticismo geográfico, en la atracción de la tierra ignota, en el ansia de encontrar al hombre austral de hielo o al hombre meridional de carbón con que soñaban las naciones clásicas; en el afán por descubrir las montañas de diamante, las casas de oro y de marfil, los islotes hechos de una sola perla preciosa, centellantes hijos del Océano, con que soñaba la gente marinera en la Era de los Descubrimientos. El imán de la escondida Tule, como en Séneca; el imán de las constelaciones nuevas, como en Heredia, también han sido motores de la historia. Los aventureros que buscaban la ruta de las especias saludaban con igual emoción la gritería de las gaviotas que anunciaban la costa o la deslumbrante Cruz del Sur que parece cintilar, como augurio, desde los profundos sueños de Dante. La historia se unificaba en el rumor de una gigantesca epopeya; la tierra aparecía abonada con las cenizas de sus santos y de sus héroes; los pueblos nacían y se hundían, bañados en la sangre eficaz. Así el relato se enriquecía con las calidades de evocación e interpretación de aquel estupen-

do poeta que, para mejor expresarse, había abandonado el silabario del metro y de la rima. Maestro igual de historia humana ¿cuándo volveremos a tenerlo?

Evocación e interpretación, la poesía de la historia y la inteligencia de la historia: nada faltaba a Justo Sierra. Su mente es reacia al hecho bruto. Pronto encuentra la motivación, desde el estímulo puramente sentimental hasta el puramente económico, pasando por el religioso y el político. La historia no es sólo una tragedia, no le basta sacudir la piedad y el terror de los espectadores en una saludable *catharsis*. La historia es un conocimiento y una explicación sobre la conducta de las grandes masas humanas. A ella aporta Justo Sierra una información sin desmayos, y un dón sintético desconcertante en los compendiosos toques de su estilo. Así, en la historia mexicana, resuelve en un instante y con una lucidez casi vertiginosa algunos puntos que antes y después de él han dado asunto a disquisiciones dilatadas. La densidad de la obra, el gran aire que circula por ella, la emparientan con las altas construcciones a la manera de Tocqueville. Justo Sierra descuella en la operación de la síntesis, y la síntesis sería imposible sin aquellas sus bien musculadas facultades estéticas. La síntesis histórica es el mayor desafío a la técnica literaria. La palabra única sustituye al párrafo digresivo; el matiz de certidumbre —tortura constante de Renan— establece la probidad científica; el hallazgo artístico comunica por la intuición lo que el entendimiento sólo abarcaría con largos rodeos. Dentro de las dimensiones modestas de un libro de texto, la *Historia General* de Justo Sierra acumula una potencia de veinte atmósferas. Sólo peca por superar la capacidad media de los lectores a quienes se destina. En verdad, obliga a detenerse para distinguir todos los colores fundidos en el prisma. Como diría Victor Hugo (evocación grata a Justo Sierra), el escritor suscita una tempestad en el tintero. Y como la buena prosa nos transporta en su música, todavía recuerdo que, en mis tiempos, los muchachos de la Preparatoria —sin duda para esquivar el análisis—, se entregaban a las facilidades de la memoria y dejaban que se les pegaran solos aquellos párrafos alados. Tal vez la *Historia General*, para los fines docentes, necesita de

la presencia de Justo Sierra, como la Universidad por él fundada —y entregada después a tan equívocos destinos— lo necesitaría en su gobierno.

A menos que sea un inventario de hechos inexpresivos, el ensayo histórico deja traslucir, consciente o inconscientemente, el ángulo de visión del historiador y el lenguaje mental de su época, visión y lenguaje que contienen una representación del mundo. Toda verdadera historia, dice Croce, es contemporánea; aparte de que es un vivir de nuevo, en esta época, el pasado de la humanidad. Pero, dentro de este imperativo psicológico, cabe encontrar una temperatura de ecuanimidad y equilibrio que, sin disimular las inclinaciones filosóficas del autor, alcance un valor de permanencia, de objetividad, de verdad; un planteo honrado de los problemas que hasta deje libertad al disentimiento de los lectores; y más si se acierta con los pulsos esenciales en la evolución de un pueblo, como acontece con Justo Sierra cuando construye la historia de la patria.

En Justo Sierra, el historiador de México merece consideración especial.

> Nos quedan —decía Jesús Urueta— sus fragmentos venerables de historia patria, tan llenos de ciencia, de arte y de amor, entre los que sobresale un tomito para los niños, que si para éstos es un encanto, es una joya para los viejos.

Este juicio sería impecable si la palabra "fragmento" no indujera a error, por cuanto parece significar que se trata de una obra incompleta, y si el giro mismo de las frases no pareciera dar preferencia sobre la *Evolución política del pueblo mexicano* a cierto epítome infantil.

Verdad es que este epítome es un libro de calidad rara y acaso único en su género. Como toda obra de sencillez, es la prueba de un alto espíritu. Enseñar la historia a los niños como él la enseña, sin acudir a los recursos tan amenos como dudosos del "salto de Alvarado" y el llanto de la "noche triste", es tener más respeto para el alma infantil del que suelen tener las madres que educan a sus criaturas con la superstición y el miedo; sortear el escollo de la indecisión y dar la verdad averiguada, imbuida de amor al propio suelo, es

tener el mejor título a la gratitud nacional. Aun en las leyendas que acompañan a las láminas del epítome hay lecciones de evidencia histórica y enseñamientos intachables.

Pero nada es comparable a la majestuosa *Evolución política del pueblo mexicano*. Esta obra se publica ahora por primera vez en volumen aislado, desprendiéndola de la colección de monografías escritas por varios autores, en que antes apareció y en que era ya prácticamente inaccesible. Dicha colección de monografías históricas sobre múltiples aspectos de la vida nacional, y confiadas a diversos especialistas (parangón moderno del antiguo *México a través de los siglos*, en cinco abultados volúmenes), lleva el título de *México, su evolución social*, y fue editada en México por J. Ballescá y Cía., entre los años de 1900 a 1902, en tres gruesos infolios profusamente ilustrados al gusto de la época, que dista mucho de satisfacer a los lectores actuales. El tomo I consta de dos volúmenes; el primero de 416-IV pp., es de 1900; y el segundo, que va de la p. 417 a la 778, de 1902; en tanto que el tomo II, de 437 pp., apareció en 1901. El primer volumen anuncia como autores a los ingenieros, Agustín Aragón y Gilberto Crespo Martínez; licenciados Ezequiel A. Chávez, Miguel S. Macedo, Pablo Macedo, Emilio Pardo, Genaro Raigosa, Manuel Sánchez Mármol y Eduardo Zárate; doctor Porfirio Parra; general Bernardo Reyes; magistrado Justo Sierra y Julio Zárate; director literario, el mismo Justo Sierra, y director artístico Santiago Ballescá. En los sucesivos volúmenes se suprimen los nombres de Emilio Pardo y Eduardo Zárate, y se añaden los del diputado Carlos Díaz Dufoo y el licenciado Jorge Vera [Estañol]. —La sola designación de títulos profesionales y aun de cargos políticos es impertinente al objeto de la publicación. Los inacabables subtítulos de la portada, entre los cuales algunos más bien parecen reclamos mercantiles ("Inventario monumental que resume en trabajos magistrales los grandes progresos de la nación en el siglo XIX"... "Espléndida edición, profusamente ilustrada por artistas de gran renombre", etc.), dan a la publicación un aire provinciano, a pesar del lujo material que no llega nunca a la belleza, a pesar del rico papel satinado y del claro tipo de imprenta: Ballescá, el editor del régimen, no escati-

maba gastos. En la impresión misma se descubren erratas y descuidos. Los retratos son arbitrarios e impropios de un libro histórico de estos vuelos. La enormidad de los tomos los hace de difícil manejo; su precio los hace inaccesibles. Con buen acuerdo, Pablo Macedo se apresuró a publicar por separado y en un libro seriamente impreso las tres monografías con que contribuyó a esta obra (*La evolución mercantil; Comunicaciones y obras públicas; La Hacienda pública*, México, Ballescá 1905, 4º, 617 pp. y finales). No se hizo así para la monografía de Justo Sierra, hasta ahora sepultada en aquella primitiva edición; o si ello llegó a intentarse, fue en forma fragmentaria y desautorizada, en un librillo ramplón que sólo contiene los primeros capítulos y no estaba llamado a circular debidamente (Madrid, Editorial "Cervantes", ¿1917?). El ensayo completo de Justo Sierra, que ahora aparece con el nombre de *Evolución política del pueblo mexicano*, consta en *México, su evolución social*, tomo I, volumen 1º, pp. 33 a 271, bajo el título de *Historia política*, y en el tomo II, pp. 415 a 434, bajo el título: *La era actual*.

México, su evolución social es obra compuesta en las postrimerías del régimen porfiriano, para presentar el proceso del país desde sus orígenes hasta lo que se consideraba como la meta de sus conquistas. Pero las páginas de Justo Sierra (lo hemos adelantado al hablar de su estilo) se estremecen ya con un sentimiento de previsión: se ha llegado a una etapa inminente; urge sacar el saldo, hay que preparar a tiempo el patrimonio histórico antes de que sobrevenga la sorpresa.

Dejando de lado las obras de mera investigación, tan eximias como las de José Fernando Ramírez, Icazbalceta u Orozco y Berra (éste ha envejecido por el adelanto ulterior de nuestra arqueología); exceptuando los ensayos históricos de otro carácter, destinados a otros fines y que no podrían ofrecerse como síntesis popular —tales los de Alamán o Mora— la *Evolución política* ocupa un lugar único, a pesar del tiempo transcurrido desde el día en que se la escribió. A su lado, las demás obras de su género resultan modestas. Podrán complementarla en el relato de hechos posteriores —pequeño apéndice de tres o cuatro lustros sobre una extensión de más de cuatro siglos—, pero no logran sustituirla.

Algunas de estas obras, al lado del Sierra, hasta parecen extravíos, sutilezas o divagaciones personales al margen de la historia, empeños violentos por ajustar nuestras realidades a una teoría determinada. Muchos han espigado en Sierra, pero exagerando hasta la paradoja lo que en él era un rápido rasgo expresivo. La sacudida revolucionaria acontecida después ejerce una atracción irresistible sobre los problemas inmediatos, invita a la propaganda y a la polémica, y puede perturbar el trazo de ciertas perspectivas fundamentales. Justo Sierra nos da la historia normal de México. Por su hermoso y varonil estilo, su amenidad, la nitidez de su arquitectura y su buena doctrina despierta el interés de todos, y está llamada a convertirse en lectura clásica para la juventud escolar y para el pueblo. No es una ciega apología; no disimula errores que, al contrario, importa señalar, a algunos de los cuales por primera vez aplica el lente. Pero su vigor interpretativo y la generosidad que la anima hacen de ella, en cierto modo, una justificación del pueblo mexicano. Quien no la conozca no nos conoce, y quien la conozca difícilmente nos negará su simpatía. Publicarla de manera que pueda circular cómodamente y llegar a todas las manos era, por eso, un deber cívico.

Sin espíritu de venganza —nunca lo tuvo— contra el partido derrotado; sin discordia, sin un solo halago a lo bajo de la pasión humana; sin melindres con la cruel verdad cuando es necesario declararla, esta historia es un vasto razonamiento acompañado por su coro de hechos, donde el relato y el discurso alternan en ocasiones oportunas; donde la explicación del pasado es siempre dulce aun para fundar una censura; donde no se juega con el afán y el dolor de los hombres; donde ni de lejos asoma aquella malsana complacencia por destruir a un pueblo; donde se respeta todo lo respetable, se edifica siempre, se deja el camino abierto a la esperanza. La paulatina depuración del liberalismo mexicano no es allí una tesis de partido, sino una resultante social, un declive humano.

Abarca la *Evolución política* desde los remotos orígenes hasta la época contemporánea del autor, vísperas de la Revolución mexicana. Los orígenes han sido tratados con sobrie-

dad, con prescindencia de erudiciones indigestas, con santo horror a los paralelos inútiles, despeñadero de nuestra arqueología hasta entonces, y sobre todo, con entendimiento y lucidez: siempre, junto al hecho, la motivación y la explicación. Ahora bien: la historia precortesiana apenas arriesgaba en tiempos de Sierra sus primeros pasos y es toda de construcción posterior. El lector debe tenerlo en cuenta, y leer esos primeros capítulos con la admiración que merece un esfuerzo algo prematuro por imponer el orden mental a un haz de noticias dispersas; pero advertido ya de que aquellas generalizaciones no siempre pueden mantenerse a la luz de investigaciones ulteriores. De entonces acá la arqueología mexicana ha sido rehecha, aunque por desgracia no haya llegado ya el momento de intentar otra síntesis como la de Sierra, síntesis indispensable en toda ciencia, sea hipótesis de trabajo o sea resumen de las conclusiones alcanzadas. Por lo demás, la apreciación humana y política de Sierra sobre el cuadro de las viejas civilizaciones —que es lo que importa en una obra como la presente— queda en pie; queda en pie su visión dinámica sobre aquel vaivén de pueblos que se contaminan y entrelazan; queda en pie su clara percepción de que el imperio mexicano, decadente en algunos rasgos, distaba mucho de ser un imperio del todo establecido y seguro.

La época contemporánea fue tratada con toda la respetuosa inquietud y con la diligente afinación moral de quien está disecando cosas vivas y tiene ante sí el compromiso, libremente contraído, de la verdad. Justo Sierra no incurre, ni era posible en nuestros días, en aquel inocente delirio de que es víctima insigne Ignacio Ramírez y mucho más oscura el P. Agustín Rivera * (el cual escribía la historia por "principios"), para quienes Cuauhtémoc y Cuitláhuac son los padres directos de nuestra nacionalidad moderna. Pero Justo Sierra da al elemento indígena lo que por derecho le corresponde como factor étnico, se inclina conmovido ante un arrojo que merecía la victoria, y pone de relieve aquella solidaridad misteriosa entre todos los grupos humanos que, a lo largo del tiempo, han contestado al desafío de la misma naturaleza, desecando lagos y pantanos, labrando la tierra y edificando

* ¡Publicado por la Universidad Nacional de México en 1922!

ciudades. Lleno de matanzas y relámpagos, el cuadro trágico de la conquista pasa por sus páginas con la precipitación de un terremoto, de un terremoto entre cuyos escombros se alzaban barricadas y se discurrían ardides. Y viene, luego, el sueño fecundo de la época colonial, preñado del ser definitivo, donde las sangres contrarias circulan en dolorosa alquimia buscando el sacramento de paz.

Mas por sobrio y lúcido que sea, para su tiempo, el estudio de la época antigua; por pudoroso y justiciero que aparezca el de la conquista, o por sugestivo y rico que resulte el de la colonia, ninguna de estas partes iguala en la *Evolución política* a la época moderna, al México propiamente tal, cumpliéndose otra vez aquí la consigna de educador político que este historiador lleva bajo su manto, y cumpliéndose también el sentido contemporáneo, la proyección actual de toda verdadera resurrección del pasado. Aplicación del evolucionismo en boga, o mejor de aquella noción del progreso grata al siglo XIX; metamorfosis histórica de aquella teoría física sobre la conservación de la energía (el trabajo acumulado es discernible en cualquiera de sus instantes), todo ello, que perturbaría las perspectivas en pluma menos avisada, parece allí decir, con la hipótesis finalista, que el pasado tiene por destino crear un porvenir necesario y que, en el ayer, el momento más cercano es el que nos llega más rico de lecciones. Al abordar el período de la independencia, el foco del historiador se acerca como si quisiera ver cada vez más a fondo y con mayor claridad. El episodio más reciente trae más arrastre adquirido. Justo Sierra lo prefiere a todos, porque él es un educador; y acaso por eso sea el más cabal de los historiadores mexicanos.

> La Historia —ha dicho— aun a riesgo de faltar a su aspiración de ser puramente científica, es decir, una escudriñadora y coordinadora impasible de hechos, no puede siempre desvestirse de su carácter moral.

Una virtud suprema ilumina la obra histórica de Justo Sierra: la veracidad, la autenticidad mejor dicho. Todo en ella es auténtico, todo legítimo y sincero, resultado de una forma del alma, y no condición exterior y yuxtapuesta: sus

directrices mentales, que en otros parecerían posturas en busca de la economía del esfuerzo; su liberalismo, su confianza en la democracia, su interés por la educación ("¡Oh —exclama Justo Sierra— si como el misionero fue un maestro de escuela, el maestro de escuela pudiera ser un misionero!", palabras en que está todo el plan educativo que nos trajo la Revolución); sus desbordes de emoción que en otros resultarían inoportunos y aquí fluyen como al empuje de una verdadera necesidad; su expresión retórica, que en otros sonaría algo hueca y aquí aparece íntimamente soldada al giro de los pensamientos. Auténticas la intención, la idea, la palabra. Auténtico el desvelo patriótico que lo inspira. En el fondo de la historia, busca y encuentra la imagen de la patria, y no se siente desengañado. Era todo lo que quería.

Cuando funda la Escuela de Altos Estudios, dice así:

> Nuestra ambición sería que en esa Escuela se enseñase a investigar y a pensar, investigando y pensando, y que la sustancia de la investigación y el pensamiento no se cristalizasen dentro de las almas, sino que esas ideas constituyesen dinamismos permanentes traducibles en enseñanza y en acción; que sólo así los ideales pueden llamarse fuerzas. No quisiéramos ver nunca en ella torres de marfil, ni vida contemplativa, ni arrobamientos en busca del *mediador plástico;* eso puede existir y quizás es bueno que exista en otra parte: no allí, allí no... Nosotros no queremos que en el templo que se erige hoy se adore a una Atenas sin ojos para la humanidad y sin corazón para el pueblo dentro de sus contornos de mármol blanco; queremos que aquí vengan las selecciones mexicanas en teorías incesantes para adorar a la Atenas Promakos, a la ciencia que defiende a la patria.

Cuando estas palabras se escribieron, no se había inventado aún la falsificación de la ciencia al servicio de intereses bastardos, ni se había abusado de los estímulos patrióticos al punto de que inspiren recelo. Hay que entender aquellas palabras en toda su pureza, en su prédica de creación humana, sin sombra de agresividad ni de fraude. Y hay que tener muy presente que las respalda toda la existencia inmaculada de este gran mexicano.

Pudiera pensarse que esta historia, suspendida en los umbrales de la Revolución, necesita ser revisada en vista de la

Revolución misma. No: necesita simplemente ser completada. En ella están todas las premisas que habrían de explicar el porvenir, lo mismo cuando juzga el estado social del indio que del mestizo y del criollo; y el candor mismo con que fue escrita es la mejor garantía de que no hace falta torcer ni falsificar los hechos para comprender el presente. Cuando Justo Sierra se enfrenta con los errores heredados de la Colonia —y los peores de todos, aquellos que se han incorporado en defectos del carácter nacional—, dice así:

> Desgraciadamente, esos hábitos congénitos del mexicano han llegado a ser mil veces más difíciles de desarraigar que la dominación española y la de las clases privilegiadas por ella constituidas. *Sólo el cambio total de las condiciones del trabajo y del pensamiento en México podrán realizar tamaña transformación.*

La *Evolución política* de Justo Sierra sigue en marcha, como sigue en marcha la inspiración de su obra. No digáis que ha muerto. Como aquel viajero de los Cárpatos, va dormido sobre su bridón. La gratitud de su pueblo lo acompaña.*

México, diciembre de 1939.

* Prólogo a Justo Sierra, *Evolución política del pueblo mexicano*, México, La Casa de España en México, 1940.

V. DE POESÍA HISPANOAMERICANA

El carácter hispanoamericano comienza a delinearse desde los primeros tiempos de la Colonia. En la literatura, encuentra ya una expresión inconsciente con el mexicano Ruiz de Alarcón, quien lleva a la Comedia Española del siglo XVII un matiz que entonces se calificó de "extrañeza". Pero las letras hispanoamericanas sólo adquieren importancia general en el siglo XIX, después de la independencia política de nuestras Repúblicas. Aunque nunca se cortó la vinculación espiritual con España, se advierten entonces tres fenómenos: 1º mayor motivación interior de las literaturas hispanoamericanas; 2º mayor receptividad para otras influencias extranjeras; y 3º ciertos paralelismos de evolución que permiten trazar generalizaciones desde el Río Bravo hasta el Río de la Plata. Por ser nación de lengua lusitana, dejamos fuera de esta reseña al Brasil, que sigue camino aparte, aunque no divergente.

La literatura hispanoamericana cobra verdadero relieve y logra conquistar su sitio en el sol con el movimiento llamado Modernismo, el cual se prolonga hasta los comienzos del siglo XX.

La importancia de este movimiento poético oscurece las anteriores etapas y, sobre todo, hace olvidar que no sólo significa una aportación en el verso, sino también en la prosa española. La verdad es que el carácter americano logró imprimirse antes en la prosa que en el verso. El punto no ha sido suficientemente estudiado. Desde los albores del siglo XIX, la prosa americana, además de recoger un espectáculo social ya diferenciado de la Metrópoli europea, deja sentir preocupaciones técnicas propias. A veces, como en el argentino Sarmiento, se trata de encontrar una expresión nueva. A veces, como en el ecuatoriano Montalvo, se trata de empaparse de nuevo en los modelos hispánicos del Siglo de Oro. Mientras la prosa española peninsular es romántica, costumbrista o académica, la prosa española continen-

tal (la nuestra) deja ver, en Sarmiento, la innovación constante, espoleada por "el ritmo urgente del pensamiento" (P. Henríquez Ureña); y en Montalvo, recuerda el tono de Quevedo, entonces insólito en España. Llegando ya a los modernistas, aparecen, en Martí, la sentencia corta y eléctrica al modo de Gracián; en Gutiérrez Nájera, la sentencia etérea y saltarina, cuyo secreto murió con él. Ambas contrastan con el fraseo largo y movedizo del español Valera, o con los amplios períodos oratorios del español Castelar. Y ya en nuestros días, nuestra prosa alcanza, con Rodó, la tersa serenidad renaniana, y con Gómez Carrillo, injustamente olvidado en este proceso técnico, la agilidad de la crónica parisiense. Respecto al estudio científico de la lengua, América trae una verdadera transformación de los métodos con Bello, Cuervo, Suárez, De la Peña, etc.

El nuevo espíritu español data de la llamada Generación del 98. El nuevo espíritu americano data de los años de 80. Una y otra revolución proceden de diferentes impulsos, y luego se cambian influencias entre sí. En España, tras el desastre de la guerra con los Estados Unidos, se trata —sin perder de vista los fines de reforma estética— de enfrentarse con la realidad española, rectificando las falsas perspectivas de la antigua grandeza imperial. En América la revolución es puramente estética, y adquiere un sesgo de universalidad que, de momento, la aleja de las cosas americanas; o, cuando casualmente las aborda, les imprime una leve torsión de estilo. En este sentido, y refiriéndose al Rubén Darío de las *Prosas Profanas*, pudo Rodó hacer suya esta afirmación: "Indudablemente, Rubén Darío no es el poeta de América." El refinamiento del Modernismo lo alejaba de las ásperas realidades nacionales, de que más bien quería escapar. Su universalidad lo hacía romper las fronteras. Su ambición de escalar las más altas cimas lo hacía disimular toda referencia a la modesta colina habitada por el poeta. El poeta, o quería ser un ciudadano del mundo, librándose de la liga dialectal o postcolonial; o soñaba que vivía en París, la primera urbe literaria, que en muchos casos no llegó a conocer siquiera; o se declaraba morador de un país abstracto y legendario. Como se ha dicho, el Modernismo parece un

mentís a las teorías de Buckle y de Taine sobre la modelación por el medio ambiente. El Modernismo es un desquite contra el ambiente.

Antes del Modernismo, nuestra poesía ofrece un carácter sub-romántico, y continúa una tradición muy siglo XIX. Esta tradición había acabado por aislarla un poco del mundo, enfermándola de escorbuto. La influencia avasalladora de Francia la sacude y transforma. Suele repetirse que el Modernismo es hijo inesperado y paradójico del Simbolismo francés. Pero la corriente viene de más lejos y se nutre con todas las aguas que bajan desde la cumbre huguiana: románticas, parnasianas y decadentes. Es casi seguro que, para 1888, ni Silva, ni Casal, ni Rubén Darío habían practicado a los simbolistas franceses. Entre los precursores no hay reflejos de Mallarmé. Los hay en cambio de Hugo, Musset, Nerval, Gautier, Leconte de Lisle, Banville, Baudelaire, Hérédia, Coppée, Verlaine, Moréas; y hasta de otros menores como Arvers, Bouilhet, Mendès, que hoy no leemos y que tal vez nos explican mejor la formación de nuestros poetas. Claro que hay también huellas de otros países: Poe, Walt Whitman, Heine, Leopardi, D'Annunzio, Rossetti, Wilde, y aun los mitos escandinavos. Pero estos enriquecimientos extraños, o llegaron en el vehículo de Francia, o fue Francia quien los señaló a la atención del Modernismo.

La transfusión del espíritu francés en el Modernismo es difícil de aquilatar. En estas contaminaciones lejanas hay siempre un coeficiente de error, aunque de error fecundo: deseamos imitar y, sin querer, transformamos. Lo que Francia trajo fue un toque de universalidad, permitiendo a nuestra poesía ponerse a compás con el mundo. La lengua francesa parecía entonces la lengua natural del pensamiento y de la poesía. El Modernismo abrió la ventana sobre Francia, se le entró el aire de los más vastos horizontes, e hizo olvidar o ver bajo un prisma de refracción lo que había dentro de casa. Así se trasladaron a nuestra poesía la Francia versallesca, la Francia moderna, la Grecia francesa, y aun ciertos efluvios orientales de Golconda y de Ofir. Nuestra poesía se pobló de princesitas fabulosas, de abates madrigalescos, de vizcondes exóticos, de Antigüedad clásica entendida al modo

parnasiano y luego al modo sensual. Rubén Darío, profesional de la mitología clásica, exclama también: "...Oh Halagabal, de cuya corte —oro, seda, mármol— me acuerdo en sueños." Y añade que sólo la América anterior al descubrimiento ofrece motivos a la poesía. "Lo demás es tuyo, demócrata Walt Whitman." Sin embargo, en su evolución ulterior, se enfrenta con su mundo, y encuentra el modo de cantar a un presidente de República, lo que le parecía imposible al principio. Los modernistas, en su infancia, pudieron decir lo que de su propia infancia dijo Verlaine:

Tout enfant, j'allais rêvant Ko-Hinnor,
Somptuosité persane et papale,
Héliogabale et Sardanapale!

Para dar entrada a esta nueva sensibilidad y a esta imaginería poética desusada, era indispensable transformar los moldes del verso y agitar otra vez la lengua poniendo en circulación sus recursos. En este empeño, pudo deslizarse algún galicismo, para escándalo de los puristas. Pero hoy, a distancia, nos damos cuenta de que los modernistas fueron bastante fieles al espíritu de la lengua. No fueron más lejos que la revolución italianizante en el Renacimiento español; y el resultado es de igual trascendencia. A vueltas de unos cuantos neologismos, se buscaron en el acervo tradicional palabras olvidadas; se resucitaron arrumbadas formas métricas; se ensayaron ritmos nuevos; y sobre todo, se concedió a los versos ya en uso mayor elasticidad de acentos. Se intentaron audacias sintácticas; se dejaron caer construcciones gramaticales que habían perdido su frescura. Y todo ello, en general, logró aclimatarse, como en su día se aclimataron muchos latinismos gongorinos. Por una parte, se renovaban asuntos y metáforas; por otra, la lengua adquiría mayor riqueza y fluidez. La anquilosis anterior quedó corregida. Sus tímidos atrevimientos se reducían a las "licencias poéticas", groseros medios para alargar o acortar las palabras. Ahora se prescindió de la licencia y se conquistó la libertad.

En los primeros brotes románticos, cuando el Romanticismo era todavía una revolución, hay ensayos de polifonismo generoso, y aun lujos de alternancias métricas en un

mismo poema: en España, Espronceda y Zorrilla; en América, Bello y la Avellaneda. Este impulso nunca triunfó del todo, y se fue gastando poco a poco. Igual que en los dos siglos anteriores, los poetas eran, sobre todo, poetas de octosílabo y endecasílabo, con la excepción de los fabulistas del XVIII, Iriarte y Samaniego, y de los cantores populares. Ya se quejaba Darío de que los únicos que renovaban acentos y formas eran los autores del Género Chico, sin duda por influjo de la música retozona para la cual componían sus versos. Cuando el Modernismo desarticuló y vivificó el alejandrino de catorce sílabas (ilustre tradición medieval en el "mester de clerecía"); o el dodecasílabo (ilustre ascendencia en las antiguas "coplas de arte mayor"); o cuando reincorporó en la poesía culta el endecasílabo anapéstico, y hasta se atrevió a alternarlo con el yámbico, los timoratos creyeron que el verso iba a perecer por corrupción ¡y es cuando palpitó con más vida! Ante aquellos gallardos anapestos:

> Libre la frente que el casco rehusa,
> casi desnuda en la gloria del día...
>
> (DARÍO, *Pórtico*).

algunos hablaron de "innovaciones peligrosas". El docto Menéndez y Pelayo, maestro de todo humanismo español, hizo entonces notar con una sonrisa que los temibles anapestos no eran más que los "versos de gaita gallega" que siempre han andado en los sonsonetes del pueblo:

> Tanto bailé con el ama del cura,
> tanto bailé que me dio calentura.

Y la alarma fue mayor todavía cuando se adaptó al español el eneasílabo, sobre el modelo del octosílabo francés:

> En Ecbatana fue una vez,
> o más bien creo que en Bagdad...
>
> (DARÍO, *La hembra del pavo real*).

En cuanto a los asuntos, el seguir las transformaciones de un solo tema podría llevar a conclusiones curiosas. Sería instructivo escribir un capítulo sobre la ornitología poética

americana. Sacaríamos la conclusión de que nuestra poesía sigue dos rumbos: el de las aves de presa y el de las aves ornamentales. Al primero corresponde el tono vigoroso, y al segundo el delicado. El primero, herencia de las águilas huguianas, está en los cóndores, buitres y gerifaltes de Andrade y Díaz Mirón. El segundo, en las tórtolas sentimentales de Milanés, en los cisnes heráldicos de Darío, en las cigüeñas extáticas de Valencia. Con González Martínez, aparece más tarde el ave de la meditación, el buho. Por supuesto, los dos tonos se dan en un mismo poeta: en Díaz Mirón hay, por lo menos, una tórtola inolvidable; en González Martínez, por lo menos, un cisne ilustre. Esto nos llevaría a las dos tendencias de la poesía americana: el alfeñique y el granito, la blandura y la bravura, o como ha dicho un chusco, el remilgo y el "compadrismo", o valentonada en el sentido argentino de la palabra.

Las etapas son artificios de la interpretación. El Modernismo se articula con otras tendencias y está cruzado por vetas inasimilables. De uno de sus indiscutibles creadores, Gutiérrez Nájera, ha podido decir Justo Sierra que fue la "flor de otoño del Romanticismo mexicano".

Zorrilla de San Martín, contemporáneo de los primeros modernistas, no podría asociarse con ellos. Su *Tabaré,* historia del selvático sentimental, hijo de un indio y de una blanca, único poema de asunto indígena que sobrevive entre los varios que se ensayaron en ambas márgenes del Plata, sólo aparece en 1886. Aunque se lo ha comparado ligeramente con Longfellow, es muy diferente en intención y en carácter. Todos los hispanoamericanos lo han leído. Ostenta una gran excelencia formal, y se relaciona con las nociones del "buen salvaje" que el descubrimiento de América suscitó en la mente europea, mucho antes de que las sistemara Rousseau.

También escapa a la estricta clasificación Salvador Díaz Mirón (1853-1928), de quien algunos piensan que llegó a ser el poeta más perfecto de México, y otros conceden que es quien logró escribir los versos más perfectos. En el tránsito de su primera a su segunda manera, cruza un camino que va desde el Romanticismo oratorio y estentóreo, hasta una poe-

sía a la vez esotérica y horaciana (por contradictorio que parezca), tocando de pasada en un realismo que alcanza grotescas aberraciones. Quemado en la hoguera de Hugo, castigado luego por un torturante anhelo de perfección, rayano en manía. En su primera época puso de moda los gritos de combate que hicieron estragos por todas las literaturas americanas, las antítesis fáciles y la retórica efectista; y en su última época se erigió en maestro de dificultades técnicas airosamente resueltas, sin quedar nunca satisfecho y reconociéndose inferior a su ideal, pero superior a lo demás. En tal concepto, recuerda la tragedia estética de Mallarmé. Ya no pudo entonces ser imitado, como tampoco imitó a nadie. Sus enigmas y sus soluciones eran fruto de su solitaria investigación, aunque muchas veces desemboquen en la corriente de las tradiciones más clásicas. Gran domesticador de palabras, se arroja sobre las imágenes de los sentidos con fuerza muy pocas veces igualada, y con rara adivinación idiomática. Es ejemplar como acierto y como fracaso. Algunos quieren todavía ver en él aquella falsa figura de su juventud: el azote de los tiranos, el paladín de libertades. No hay tal: su tirano era un mero lugar retórico, y el único tirano con quien de veras se enfrentó fue el lenguaje estético. La única libertad que amaba es aquella que se vislumbra más allá de un túnel erizado de voluntarios obstáculos. En él se da nítidamente el conflicto íntimo de la poesía: la lucha de Jacob con el ángel, el duelo entre el pensamiento y la palabra.

Otro mexicano, Manuel José Othón (1858-1906), que nace bajo la inspiración de Núñez de Arce y luego recibe la impronta arcádica de nuestro Pagaza y el estremecimiento de los clásicos latinos, tampoco acomoda en el Modernismo; desborda las escuelas. Trasciende a Fray Luis de León y a Virgilio: de aquél tiene la urdimbre católica y la serenidad luminosa; de éste, los arrullos y el amor a la naturaleza. De sí propio, cierto panteísmo rural que no podría confundirse con la bucólica, porque en su campo no hay líricos pastores. Es el paisaje mismo el que habla; es, como en San Juan de la Cruz, "la soledad sonora". En este carácter, no ha sido todavía superado. Después de él ha habido más paisaje de símbolos que paisaje de cosas. El río saca el

pecho y entona su salmodia, las gorgoritas dialogan con el viento y la fronda; las águilas se incrustan en el cielo ardoroso "como clavos que se hunden lentamente"; el galope de los berrendos rasga de pronto la inmovilidad del desierto. Y de repente, entre aquellas desolaciones, cruza un amor salvaje, una aventura de hembra, arena, rocas y lianas, que arranca al poeta gritos de amor y odio según el registro grave de Baudelaire.

No habría tiempo aquí para analizar la continuidad musical de Luis G. Urbina (1864-1934), otro mexicano, en quien a veces todo un verso y hasta todo un pequeño poema parecen una sola palabra fluida. Estricto contemporáneo de Rubén Darío, se escucha en él una quejumbre que viene de muy hondo y muy lejos ("la vieja lágrima" de su poema), y cruza la marea modernista, solitario y dulce, en su leve esquife romántico.

Se ve, pues, que las series cronológicas no coinciden con los cuadros artísticos.—Volvamos al Modernismo.

Se considera como creadores del Modernismo al cubano José Martí (1853-1895), al mexicano Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895), al colombiano José Asunción Silva (1860-1896), y al cubano Julián del Casal (1863-1893). Todos ellos mueren entre los 30 y los 42 años y representan una poesía de temperatura juvenil.

José Martí, en el *Ismaelillo* y en los *Versos sencillos*, da una nota de intensidad y de ternura. El ataque directo y la pasmosa simplicidad comunican a las emociones paternales una gracia deliciosa, que nada tiene de común con aquella chabacanería hogareña y filantrópica de Juan de Dios Peza, a quien la gente llama "poeta del hogar". Al leer a Martí, en verso o en prosa, es imposible libertarse de la imagen del verduguillo, de la hoja fina y rígida que nos atraviesa el corazón. Pero cualquiera que sea la importancia de su verso, su prosa de orador, ensayista y polemista es incomparablemente superior. La lengua española alcanza aquí nuevas conquistas. Martí es una de las naturalezas literarias más dotadas de América. Pero gran parte de su obra, y su vida misma, fueron sacrificadas a su apostolado de libertad. Su arte es un arte de relámpagos; cada relámpago revela y es-

conde inexplorados paisajes. Hijo del dolor, no perdió nunca la sonrisa. Era bravo como león, y no se avergonzó de sus lágrimas. En él podemos a un tiempo admirar al escritor y venerar al hombre, deleite siempre apetecible.

En Gutiérrez Nájera se perciben con toda claridad la articulación romántica y la fertilización francesa. Como lo hemos dicho, era también un gran prosista. En el verso, su ternura es más maliciosa y cultivada que en su hermano de Cuba. En su tiempo se le tachaba de un erotismo que hoy apenas nos impresiona. Después vino a llamársele "convidado al banquete de la locura", acaso por ciertas hendeduras trágicas, negras, que recorren de pronto sus bien cortadas estrofas. Alma efusiva y musical, melancólica y elegante, poco a poco se desenvuelve en ella cierta rotundez clásica que apenas iba ya a cuajar en sus últimos poemas, y que se anunciaba desde el principio por su afición a componer en un solo orden de metáforas coherentes. Su poema *De blanco* es un hermoso eco americano de la *Sinfonía en blanco mayor,* de Gautier, llamada todavía a provocar la *Sinfonía en gris menor,* de Darío. Cuando imita a Bouilhet, a Arvers, y hasta a Nerval, los mejora, los ordena, los sintetiza. Sin conocerla, descubrió por su propia cuenta la fórmula de la poesía simbolista —"reivindicar en la música el bien de la poesía"— no sólo por la musicalidad externa de su oda *A la Corregidora,* sino por aquella sed inefable ante la "Serenata" de Schubert: "¡Así hablara mi alma, si pudiera!"

En Silva hay descubrimiento rítmico, exquisitez, sabiduría, pesimismo, delicuescencia, estetismo a lo "Des Esseintes", capricho y hasta folklore. El *Nocturno* es un contagioso lamento que a duras penas se decide a acabar, y que prolonga en el verso el llanto que derramó, en la prosa, su compatriota Jorge Isaacs con la novela *María.* El dón de lágrimas de este infortunado dandy, joven y hermoso, alcanza, a través de las audaces repeticiones verbales, una armonía imitativa del sollozo, y lo emparienta con Edgar Allan Poe. A veces gestea humorísticamente con las *Gotas amargas;* otras se arriesga con la estética de los perfumes, obra que perdió en un naufragio; y de cuando en vez recuerda los cantos y juegos infantiles. Pero su destino es inexorable, y se enca-

mina hacia el cementerio de los suicidas, fascinado por una sombra fraternal que lo llama desde la tumba.

Casal es francesista y japonista, aunque su París y su Japón nacen de los libros. En sus sonetos se advierten la disciplina parnasiana y la atención para la antigua belleza. También tiene ojos para las estampas de su tierra. Los encantos estéticos no logran aliviarlo de la obsesión de la muerte. La muerte lo acecha en todos los rincones y prepara el rapto prematuro. Entre él y el Darío de la juventud hay simpatías y contaminaciones. En Darío hay asomos de japonismo: ¡aquella cubana-japonesa, "Digna de que un gran pintor —La pinte junto a una flor— En un vaso de marfil"! El japonismo dará otro fruto tardío, aunque de extracción más directa, en el mexicano José Juan Tablada, que por algún tiempo puso de moda el Haikai.

En la segunda hora del Modernismo aparecen el nicaragüense Rubén Darío (1867-1916) y el mexicano Amado Nervo (1870-1919). El grande nombre de Darío significa toda una era de la poesía española, al mismo título, por lo menos, que Garcilaso. Han de pasar siglos para que la arcilla humana pueda organizar otra torre de igual grandeza. En su obra suelen distinguirse tres épocas principales: los orígenes, derivados del solar español, del epigrama a lo Campoamor y del suspiro a lo Bécquer, en torno al libro *Azul;* el Rubenismo, que algunos ponen aparte del Modernismo por ser su manera más imitada, en torno al libro *Prosas Profanas,* la música erudita de violines y sonatinas y los bajo-relieves mitológicos; y, por último, la gran música discordante en torno al libro *Cantos de Vida y Esperanza,* que no tiene ya imitadores. En este punto domina una de las más claras alturas de la poesía. La primer manera es joya de familia; la segunda, lujo y fiesta de los salones; la tercera, tempestad profética. Reforma para siempre la lengua, la técnica y la imaginación. La necesaria reacción contra su imperio será una reacción contra la misma belleza física de sus versos, contra la riqueza de sus recursos, contra la superabundancia de estímulos que a cada instante lo arrebatan hacia el mundo exterior. Tras él sobrevienen la fatiga, la sordera y hasta el silencio; el encerrarse en la propia alma. Él era, más que

toda la lira, toda la orquesta. La reacción que le sucede representa una especialización dentro del inmenso panorama que él cubre. Su prosa tiene un ademán tan propio, que no contaría una sola página desdeñable, a no ser porque en los últimos años sus secretarios solían meter la mano en ella. Su libro de siluetas críticas, *Los raros*, tiene una importancia singular: no es el índice de las influencias en que él se formó, pero sí vino a ser el índice de las influencias que acogerían sus sucesores.

Nervo es también un poeta erudito, aunque en evolución hacia un candor demasiado buscado. El desarrollo de su obra traza una depuración espiritual, pero a la vez revela cierto sacrificio estético. Su erotismo torturado, al redimirse y simplificarse, deja caer las galas. Si en la juventud eran "Safo, Crisis, Aspasia, Magdalena, Afrodita", las heroínas de lo que él —con íntima complacencia— llamaba su "afán avieso", en la madurez los objetos de su leve devaneo o de su constancia serán, sencillamente, "la rubia y la morena". Diez años de compañía con un amor que le arrebató la muerte —la inolvidable "Amada Inmóvil"— no logran aplacarlo del todo. Después seguirá implorando, enfermo y triste, el beso de una niña; y ya cerca de su término, se engañará solo fingiendo que tomaba por amor la piedad que se le concedía. Su misticismo eclesiástico de la infancia, cargado de arte católico y ensombrecido a veces por las alas negras de Kempis, también se va resolviendo en una sustancia transparente y abstracta, donde se confunden la dulzura franciscana, el sacrificio de Cristo y la renuncia del Buda. Juega un poco al espiritismo, como juega a la ciencia, y sobre todo a la ciencia de los misterios aún no averiguados. Su complicación saturniana de decadente se vuelve al fin santidad y consejo, donde su arte se avulgara un poco, porque "con los buenos sentimientos se hacen los malos libros". Su sensibilidad llega a afinaciones y nimiedades que ponen en valor el diminutivo mexicano, tan característico de nuestro coloquio. Sus primores técnicos —¡aquellos alejandrinos deliciosamente deshechos, aquellos ritornelos coquetos y golosos!— van desapareciendo uno tras otro, hasta que un buen día, este poeta literario si los hay exclama así: "¡Yo no sé nada de

literatura!" Para seguir con las reminiscencias gideanas, diremos que prefirió, al fin, "la puerta estrecha". Por supuesto, nunca perdió el tono de voz untuoso y pegadizo, que atrae como una tentación. Deja, en prosa, una obra enorme de colaboraciones, crónicas, artículos y, entre otros, un par de cuentos dignos de cualquier antología. Llegó a la muerte despojado y perfecto. Su máxima difusión en los públicos de América coincide con el desvío de la crítica.

El argentino Leopoldo Lugones (1874-1938) asienta el pie en el Modernismo, y luego emprende una marcha constante a lo largo de su vida. Se adueña del cetro con *Los crepúsculos del jardín* y no lo suelta más. Se ensancha gradualmente hasta salirse de las escuelas, se desclasifica en el atletismo de su robusta personalidad. Acoge toda la sustancia, desde la mortecina seda hasta el bronce inviolable; recorre en cada nuevo libro una nueva zona del espíritu. Inventa siempre, no se repite: de lo aristocrático a lo popular, de la libertad a la dictadura. Manifiesta una impaciencia de renacentista por abrazarlo todo: humanismo, filosofía, política, historia, ciencias exactas, botánica, filología, mitos, antropología. Abusa de sus facilidades. Con algo de provinciano díscolo frente a Buenos Aires; con algo de criollo díscolo frente a España; disputado entre la tersura madrigalesca y la aspereza rústica; con algo de Góngora y de simbolista connatural; ya rebuscado, ya diáfano; con un dón verbal infatigable; americano típico que compendia civilizaciones e inquietudes; deja en el *Lunario sentimental* el semillero de la nueva poesía argentina, donde no queda un palmo virgen; y en su gallarda prosa, páginas sobre el imperio jesuítico en el Paraguay y algún cuento, como el *Descarnado de Gomorra* (*La lluvia de fuego*), que me atrevo a declarar imperecederos. Evolucionó de la anarquía al militarismo. La juventud lamentó tener que separársele. Cuando pase el tiempo, sólo quedará de él lo más alto de su destino: su excelsitud artística. No está averiguado, ni nos importa, en qué sentido operaron ciertas influencias perceptibles entre él y el uruguayo Julio Herrera y Reissig (1873-1909). Tales influencias se refieren a un solo instante de Lugones, y un paralelo no es todo un mapa. Por lo demás, el valor de Herrera y

Reissig no depende de esta discusión, sino que se mantiene por su propio prestigio y sus hondas adivinaciones estéticas, y se revela después en la innegable influencia que ha ejercido sobre la poesía ulterior. Se asocia hasta cierto punto con Lugones el boliviano Ricardo Jaimes Freyre (1872-1934), poeta de fuerte originalidad, investigador de nuevos ritmos, evocador de visiones pampeanas y, en su *Castalia bárbara,* de las mitologías septentrionales de Europa.

El peruano José Santos Chocano (1875-1934) es imagen del virtuosismo plástico. El orgullo caballeresco de Díaz Mirón lo inspiró un día, pero los ojos muy abiertos sobre la opulenta historia y la rica naturaleza de su tierra lo orientaron hacia su propio camino. La sublimidad de sus montañas y llanos, sus ríos y sus lagos, la leyenda de los conquistadores, los tropeles de potros, las águilas caudales son, en su poesía, mucho más que rasgos descriptivos, blasones heráldicos, elementos de una armería del paisaje. Hay arquitectura parnasiana. Hay también un juego jeroglífico en que el paisaje se vuelve adivinanza. Seducido por los encantos visuales, desciende graciosamente a describir la pirueta del circo, o el cuadro blanco y negro de una sala de té. Su gracia funambulesca y pictórica sólo ha sido superada en la *Limeña* del contemporáneo Luis Fernán Cisneros. Llevado por los signos de la apariencia, le aconteció a Chocano, encontrándose en México, penetrar de un rasgo magistral en la tristeza de nuestro indio.

El colombiano Guillermo Valencia (1873-1943) es humanista y filósofo. Recorre con la mirada espiritual la India, el próximo Oriente, el paisaje bíblico y el clásico; asciende por España hacia las literaturas europeas, y llega a Alemania y a Rusia. Forma elegante, pensamiento depurado, poeta intenso y grave. Resucita el poema extenso, y se complace en no eludir ninguna de las dificultades del desarrollo. Es narrador y meditador, mucho más que lírico. Su cultura es interior, asimilada mucho más que exhibida. Contrasta con esta faz meditabunda la mueca inteligente de otro colombiano posterior, el humorista Luis Carlos López (1883-1950), en cuya sátira de costumbres se anuncia gallardamente la reacción del Criollismo contra el Modernismo. Sentimental y urba-

no, de una sencillez que raya en la humildad, el argentino Evaristo Carriego (1883-1912) inicia también en el extremo Sur la lenta jornada hacia el Criollismo. En cuanto al venezolano Rufino Blanco-Fombona (1874-1944), cuya poesía resulta hoy un poco ahogada entre el brillo de su nerviosa crítica y su prosa relampagueante de polemista, presiento que su lirismo personal, cuando se posen las aguas, aparecerá a los futuros críticos con una fisonomía inconfundible, de sincera sensibilidad y formas justas.

El indiscutible maestro mexicano es Enrique González Martínez (1871-1952). Desde el primer instante, su hondura, su disciplina avezada en la traducción de los poetas franceses, su conocimiento de las tradiciones propias y su gran probidad lo llevaron a salvar —en formas nuevas, pero nunca desorbitadas, porque para él la forma no es un objeto directo, sino una consecuencia— el saldo estable del Romanticismo y las libertades artísticas del Modernismo, en una navegación segura hacia su propio puerto. Pensamiento casto y varonil, dulce introspección sin tortuosidades, imaginación salubre y fácil, un mínimo de alarde, un encanto severo, una declinación dibujada en la necesidad, son las prendas que han de defenderlo contra los embates del tiempo. En él, como en la figura platónica, la belleza y el bien se confunden en una armonía superior.

En una palabra, la pléyade poética aquí brevemente evocada logró una conquista: la libertad. Hizo posible la manifestación de todas las tendencias y la adopción de todas las técnicas, y trajo sobre América el ambiente general del mundo. Después de los poetas mencionados, habrá de todo. Federico de Onís, en su espléndida *Antología,* considera, en la reacción hacia la sencillez lírica, al argentino Rafael Alberto Arrieta (1889); en la reacción clásica, al argentino Enrique Banchs (1888) y al mexicano Alfonso Reyes (1889); en la reacción romántica, al argentino Arturo Capdevila (1889) y al uruguayo Carlos Sabat Ercasty (1887). El argentino Fernández Moreno (1886-1950), poeta de lo cotidiano, puede acercarse a los criollistas, al uruguayo Fernán Silva Valdés (1887) y al mexicano Ramón López Velarde (1888-1921). Éste, en quien se descubren rastros de Lugones y de Francis

Jammes, arte aldeano y arte complicado, y en quien hoy la joven crítica busca muchos secretos, conquistó la fama de una vez con una sola poesía: *La suave patria.* No es posible nombrar a todos. Los últimos barcos llegarán cargados de inquietudes sociales, de poesía política y redentora, a la vez que de nuevas formas de estetismo, rumbo a la poesía pura. Finalmente, la poesía americana rompe del todo con la metáfora greco-latina en el poeta de la juventud, el chileno Pablo Neruda (1904), que contempla el mundo con los ojos de Heráclito.

Pongamos término a esta reseña saludando a las poetisas modernas de nuestra América: la amarga y nerviosa uruguaya Delmira Agustini, segada en flor (1890-1914); la jugosa y frutal uruguaya Juana de Ibarbourou (1895), última entre los tres Juanes de América: Ruiz de Alarcón y Sor Juana Inés contemplan de lejos su evolución hacia una religiosidad cada vez más densa. La argentina Alfonsina Storni (1892-1939), porteña cerebral y sensible, devorada por la ciudad de cemento armado. La chilena Gabriela Mistral (1889-1957), genial en el verso y en la prosa, montañosa y potente, por cuyas "moradas interiores" azotan los vientos andinos, tan parecidos a aquellos que sacudían la estameña castellana de Santa Teresa, y autora del mejor poema que haya inspirado la Revolución Mexicana: el *Recado a Lolita Arriaga.**

México. enero de 1941.

* *The Nation*, Nueva York, 29 de marzo y 5 de abril de 1941. Diferentes aspectos de nuestra literatura, como la poesía contemporánea a que aquí sólo se alude de pasada, fueron encomendados por dicha revista a otros escritores, en una serie destinada a ofrecer un panorama de conjunto al público norteamericano.

VI. RECORDACIÓN DE URBINA *

ENTRE LOS poetas que cruzaron el Modernismo en una evolución personal —prescindiendo de contaminaciones secundarias— hay tres grandes mexicanos: Díaz Mirón, Othón y Luis G. Urbina. A Icaza se le recuerda más en la prosa, sin que esto sea desestimar su verso. De todos ellos, Urbina es el único cuyo vino guarda el resabio inconfundible del odre romántico. Justo Sierra llamó a Gutiérrez Nájera "flor de otoño del romanticismo mexicano". ¿Cómo llamar entonces a nuestro amado "Viejecito"? Es obvio el discrimen: flor de otoño Gutiérrez Nájera: su modo de romanticismo muere con él, y él mismo evoluciona rápidamente hacia nuevos tipos sin que pueda saberse dónde hubiera llegado. Pronto vino a reclamarlo la muerte, empujando aquella mal cerrada puerta por donde acababa de alejarse otro "convidado al banquete de la locura":** "¿Quién de nosotros marchará primero?" En tanto que Urbina cruza la marea en su esquife, y alcanza la orilla transportando su dulce carga. Cruza la marea, porque sobrevive en longevidad, y también en la fidelidad a su modo lírico. El que persiste tiene razón: así es la naturaleza.

La continuidad de su arte encuentra un parangón en aquella continuidad melodiosa de su técnica, que hace a veces de todo un verso, y hasta de todo un breve poema, una sola unidad, como si el conjunto se fundiera en una larga palabra. La continuidad de su arte encuentra también un parangón en aquella su lealtad al sollozo étnico, que llega del fondo de los siglos. La irrestañable y "vieja lágrima" se oye gotear

* Se aprovechan y refunden aquí las páginas sobre "Luis G. Urbina" (*Revista de Revistas*, México, 1918), cuando apareció en Madrid *La vida literaria de México* (1917), cinco conferencias que Urbina había leído antes en la Universidad de Buenos Aires y que se fundan en el prólogo a su *Antología del Centenario* (México, 1910). El presente ensayo, publicado en *Letras de México* (15-VI-1941), sirvió de prólogo al libro de Urbina, *Cancionero de la noche serena* (México, Imp. Universitaria, 1941).

** Así llama Jesús Urueta a Gutiérrez Nájera.

por su obra. Pasarán los años. Vendrá la distancia, que permite apreciar los saldos. Ya oigo decir a un poeta joven que siente muy cerca la voz de Urbina. Alcanzó la orilla con su esquife. El que persiste tiene razón.

Y cuando pongamos al poeta en su sitio, todavía faltará conceder al prosista lo que de derecho le corresponde; al cronista certero y ágil; al ensayista ameno; al historiador literario, para quien el pasado cultural de su pueblo, posibilidad latente de su alma, era fácil de resucitar con un mero esfuerzo de imaginación. Ventura García Calderón me decía hace muchos años: "¿Pero acaso no sabe México el prosista que tiene en este poeta?"

Pocas sensibilidades más agudas y nítidamente mexicanas. Su inmensa penetración, que lo hizo tan comprensivo y tan bueno, y de que algo saben cuantos lo frecuentaron en vida, no perdió jamás aquel ritmo de cortesía que Ruiz de Alarcón propuso para siempre —a pesar de los desórdenes transitorios— a la música de nuestras almas. Su talento era parte de su bondad. Su profundo sentido humano lo llevaba siempre a la caridad. Todo lo había entendido y lo había perdonado ya desde antes que sucediera. Y hasta el haber nacido, como Ruiz de Alarcón, privado de cierta galanura física —fuera de aquellas finas manos que él cantó con candoroso amor— lo lleva también a descubrir la otra belleza, la suprema, que en sus días parecía realzar su apariencia y hoy lo nimba para siempre en nuestro recuerdo. Se parecía vagamente a Morelos; vagamente, a Sócrates; un Sócrates sin barba, sin extravagancia y sin interrogatorios, porque este sutil mexicano ejercía la mayéutica por simple compenetración interior.

La figura del Viejecito se me representa siempre envuelta en la capa española y con aquel sombrero faldón que acentuaba la pequeñez de su talla. Su ademán seguro, su voz de perfecta impostación le permitieron ser el más admirable recitador de estilo sencillo que yo haya conocido en mi vida. No lo veo sentado entre sus papeles y sus libros. Tampoco lo veo en marcha propiamente. No: va por la calle a pequeños pasos, lentamente, deteniéndose a cada instante para saludar a todo el mundo, para decir una pa-

labra cariñosa a todo el que pasa. En México y en Madrid lo conocían todos. Imagen tutelar del barrio, verdadera encarnación del buen encuentro, aquello de dar con él en la esquina tenía algo de augurio feliz. Y se alejaba uno sonriendo, satisfecho sin saber por qué, confortado. El hombrecito sigue caminando hacia la gloria a pasos contados, sin prisa. Ya pueden esperar los ángeles, que por el camino hay muchos hombres a quienes dar una palmadita, un consejo, a quienes endulzar un instante con un epigrama improvisado.

La memoria del Viejecito se me aparece en varios actos. Cuando yo vine a México, la edad y el respeto me alejaban de aquel literato consagrado, de aquel profesor de la Preparatoria en cuya aula me deslizaba yo, por el gusto de oírle leer en voz alta algunos pasajes del *Sombrero de tres picos* o alguna cosilla de poesía. De repente, me vi arrastrado en el nacimiento de una nueva generación de escritores que, aunque respetuosa —que los tiempos eran así—, no sentía ninguna afinidad con las generaciones que la habían precedido, que en esto todos los tiempos son iguales. Ya he contado alguna vez cómo aquel poeta de primera fila, aquel periodista cotizado, aquel maestro, instintivamente se acercó a nosotros, entró en nuestras inquietudes, y aun abrió de nuevo los libros en nuestra compañía. Poco después, hasta nos tuteábamos; hoy ya nada puede separarnos.

Los domingos se quedaba en cama hasta muy tarde. Allí recibía a sus amigos. Asistir al "petit lever" de Luis G. Urbina era un rito literario. Hay que decirlo: era limpísimo. Resistía como ninguno aquella difícil prueba de intimidad. Sus rasgos de ingenio son proverbiales; al punto que —al igual de su risueña Musa secreta— merecerían ser guardados como otro aspecto más de su obra. Solía decir: "Yo hago mi nido como los pájaros, con las basuritas de la calle." Amaba las vidas elementales: los gatos, los perros, se daban muy bien en su casa. Todo perro callejero tenía derecho a entrar e instalarse al pie de su cama. Desde allí, después de desayunar, distribuía el pan sobrante entre sus perros. Y luego recitaba no sé qué versos pintorescos, que decían entre otras cosas: "Todos se van alejando." Y era

curioso ver que los perros, al escucharlos, se iban alejando en efecto.

Más tarde, en los días de su mayor pobreza de Madrid, lo vi recoger un can errabundo. Para la muerte de su perro Baudelaire, acaecida antes de los sucesos que refiero, había tenido versos y lágrimas. Ya ha llovido mucho y puedo narrar lo que me contó. Sus versos al perro fueron agriamente comentados por sus compañeros de la *Revista Moderna.* Él se dio cuenta sin querer, entrando un día a casa de Jesús Valenzuela, otro que también tenía su puerta abierta y que, éste sí, apenas se levantaba ya de la cama por las dolencias que acabaron con él. Luis, cuyos pasos se disimulaban en la alfombra, no pudo menos de oír todo lo que se decía en torno al lecho de Valenzuela. El único que lo defendía con su voz cascada era Othón, que casualmente pasaba unos días en México. Luis se retiró de puntillas sin hacer sentir su presencia. Al otro día se encontró con Othón:

—Te agradezco —le dijo—. Ya sé que ayer has tomado mi defensa.

Y aquel gran niño le contestó:

—Es natural. ¿No ves que soy el primer poeta de México, Díaz Mirón el segundo, tú el tercero, y tenemos que defendernos unos a otros?

Alguno de los que asistieron a aquel festín de prójimo va a enterarse, al leer estas líneas, de lo que seguramente ignoraba, y va a admirar con nuevas razones la discreción de Luis G. Urbina, cuya regla de conducta era ésta: "No salir de mi serenidad."

Pero volvamos a la ceremonia dominical. Saltaba de la cama muy tarde, lo más tarde posible, y se echaba encima cierto famoso quimono japonés, gris y plata, con los forros de raso azul.

Una mañana, que estábamos solos, se puso a contarme su historia: su cariño de los diecisiete años por una mujer que le doblaba la edad y que lo enseñó a ganarse la vida.

—Yo venía de muy abajo —me dijo con sencillez—. La gratitud fue en mí duradera.

Y luego, las historias sentimentales de amor y dolor.

Cada una parece ser aquélla, cuando he aquí que se presenta otra: "Ecce Deus fortior me, qui veniens dominabitur mihi", como dice ante la criatura de Dios el pastor Hermas.

—La naturaleza —continuó— es cruel y sabia, como en la dentición de los niños. Duele, y nace un diente. Nos conformaríamos con ése, a condición de no sufrir más. Y no: hay que soportar que toda la encía vaya reventando. Hasta que está la dentadura cabal para la rumia de la experiencia.

Después llegaron otros amigos. Habló del *Diario* de los Goncourt; de la influencia de la imaginación sensible en la morfología de las palabras; del feroz "Huichilobos", transformación léxica que aparece ya en Bernal Díaz del Castillo; de Santa Teresa, cuya clave estilística le parecía encontrar en el *Amadís de Gaula,* lectura infantil que la impresionó para siempre; y dijo que aquella mujer tenía el éxtasis a su disposición para cuando le daba la gana. Recordó después al general Sóstenes Rocha, cuya tremenda toma de Tampico le había espeluznado en los periódicos, y a quien luego conoció en la redacción de *El Combate,* donde se jugaba al anticlericalismo y se recibían presentes del Arzobispado. Luis, casi niño, servía de amanuense a Rocha, y éste le dictaba cierto aburrido *Enquiridión de Sargentos y Cabos,* por el cual cobraba mil pesos mensuales del Gobierno y que ocupaba ocho páginas del folletín, obra que se declaraba importantísima. Por la mañana, llegaban a casa del general Rocha el que entonces era su muy amigo y compañero de armas, Vicente Villada, Valera el regente de la imprenta y el propio Luis. Rocha asomaba su carota terrible, su roja nariz de intemperie, y comenzaba a dictar: "Al amanecer del día siguiente..." Y después de unas cuantas frases, mandaba copiar los documentos que constaban en Orozco y Berra hasta llenar la medida. Por la tarde, la faena continuaba, ya con algún refuerzo alcohólico:

—¿Dónde quedamos, Valerita?

—En tal batalla que perdió Moctezuma, mi General.

—¡No, hombre, si la ganó!

—Pues señor: allí dice que la había perdido, y ya se compuso así en la imprenta.

—Bien: ya lo enmendaré en el comentario; pero conste que la ganó.

Aquel aguerrido soldado era capaz, como los valientes, de grande llaneza, hasta de ternura en el trato. Y consciente de su fuerza, se dejó un día abofetear por Jesús Valenzuela en el Café de la Reforma, que luego sería el Café Colón: "Te perdono" —le dijo, y allí mismo se dieron la mano y continuaron tan amigos. Cuidaba sus canarios él mismo, los paseaba en sus gruesos y rugosos dedos. A veces, entre sus relatos, brillaba la espada de la epopeya: era en los desiertos de Chihuahua; la tropa se ahogaba de polvo y se moría de sed, cuando de pronto divisaron un charco. Todos se arrojaron a beber. Rocha había llenado ya el hueco de la mano; vio venir un pajarito en busca de agua, y alargó la mano, compasivo. Y al evocar aquellas escenas, el contraste entre el vozarrón del soldado y su no disimulada emoción, producían un raro efecto trágico que Urbina no podía olvidar.

De propósito me he entretenido en estos recuerdos, que encuentro en algunos apuntes de otros años, porque quisiera dar idea a la gente nueva de lo mucho que Luis oyó, conoció y vivió. Desde la secretaría particular de Justo Sierra, disfrutó de un observatorio privilegiado. Desde los primeros años del Porfirismo hasta el establecimiento del nuevo régimen, vio girar la rueda de la fortuna. Nadie entre nosotros hubiera podido escribir las memorias que él nos debía. Nunca logré de él que las escribiera, y sólo sé que en los últimos años había comenzado unas cuartillas que pensaba irme remitiendo poco a poco; aunque ni siquiera esas reliquias han podido llegarme.

Cuando se acercaba el Centenario, fue a instalarse en el fondo de la Biblioteca Nacional, para redactar, en compañía de Pedro Henríquez Ureña y Nicolás Rangel, aquella *Antología* en dos volúmenes donde se juntaron páginas y noticias tan peregrinas, y cuyo prólogo, de pluma de Luis, es una reconstrucción rápida y encantadora de aquel amanecer de la independencia. De este prólogo partirán las cinco lecciones dadas en la Universidad de Buenos Aires y luego reunidas en volumen aparte (*La vida literaria de México,* Madrid, 1917). Alguna vez llamé a estas páginas "crítica de

última instancia", resultado humano definitivo, que ya deglutió el documento, y trajo ya la mera discusión estética a su pleno calor de función vital. Tenía Luis, para la historia literaria, algunas condiciones únicas: su compenetración con nuestro pueblo, su ignorancia de la pedantería; su imaginación de poeta que, ante un poema de amor, por ejemplo, lo llevaba a representarse delante de los ojos la imagen de la mujer amada; su verdadero y decidido gusto por las letras, mucho menos frecuente de lo que pudiera esperarse entre las nuevas tendencias de la crítica, que lo mismo y con igual frialdad, y en total ausencia de humanismo, aplicarían sus esquemas psicológico-lingüísticos a una sorda gacetilla que a una elegía o a un ditirambo, y en uno y otro caso nos dejarían ayunos de la verdadera interpretación. Finalmente, la feliz memoria para los versos hacía en Luis oficio de decantación inconsciente porque, ayudada del gusto, le permitía, al escribir digamos sobre Sor Juana, ir juntando en el curso de su exposición, de un modo insensible, una verdadera antología mínima de la poetisa.

En aquellas grandes salas destartaladas, que poco a poco se fueron llenando de mesas y de libros, Pedro Henríquez Ureña y Nicolás Rangel iban hacinando materiales y trazando estudios monográficos. Y Luis dibujaba sus líneas, sintéticas, sobre la movediza montaña de la obra en formación. Los escritores desfilaban por ahí, husmeaban, tomaban alguna nota. Julio Torri y yo metimos un poco la mano en ciertos lugares de la obra, y yo pude entonces documentarme sobre la historia crítica del *Periquillo Sarniento*. Un día apareció el pintor Juan Téllez. "Vea usted la crítica" —le dije mostrándole unas tijeras de cortar papel. Su cara se transformó al instante, sus ojos se dilataron. "¡Oh, sí! ¡La crítica!" —me dijo; y comenzó a contarme una serie de fantasías abstrusas, en que por primera vez descubrimos que nuestro pobre y fino amigo había perdido ya la razón.

Nos dispersó la suerte. Después volví a encontrarme con el Viejecito en Madrid, donde llevaba con sabiduría su mala fortuna. El 29 de septiembre de 1921, me mandó un presente y este soneto inédito:

Te envío, hermano Alfonso, la traviesa criatura
que va a dar a tu hijo doméstica alegría.
Tienen sus ojos grises candidez y ternura,
y su hocico, fragancia de leche todavía.

Hace los movimientos de un tigre en miniatura.
Todo él es seda y gracia, suavidad y armonía.
Divertirá a tu niño con su ágil travesura:
Dos inocencias viven en buena compañía.

Es vulgar la calumnia de ingratitud. ¿Quién tasa
la del hombre y la bestia? Como el de Asís, yo acato
la ley divina: creo que en el amor se basa

toda vida. Y en prenda de que no soy ingrato,
mando para la tuya la joya de mi casa:
un ser gracioso y fino como una flor: un gato.

Nos alejamos otra vez; ya no conocí su casita en las Ventas. Por sus cartas y por los testimonios de la Comisión Paso y Troncoso, recogidos por Silvio Zavala, sé de lo mucho que trabajaba en el Archivo de Indias. Todavía me alcanzó en Sudamérica su mensaje póstumo: papeles que no interesan a la posteridad. Pero sí interesan, en cambio, los que se han quedado entre los legajos de nuestra antigua Legación en Madrid, hoy depositados según entiendo en la Legación Dominicana. Si estas líneas sirvieran al menos de estímulo para que nuestras autoridades se preocupen de salvar tan preciosa herencia, se habrán cumplido los fines de esta breve recordación.

México, febrero de 1941.

III

LETRAS DE LA NUEVA ESPAÑA

Noticia

Ediciones anteriores

1. México // y la Cultura // (*Lista de los varios colaboradores, en número de veintiuno*) // Secretaría de Educación Pública // México, 1946.—4º, xx y 995 pp.

Pp. 309-383: "Las letras patrias (de los orígenes al fin de la Colonia)", por Alfonso Reyes.

2. Alfonso Reyes // Letras de la // Nueva España // (*Signo editorial*) // Fondo de Cultura Económica // México-Buenos Aires, 1948, 8º, 155 pp. e índice (Colección Tierra Firme, 40).

PROEMIO

En el volumen de varios autores México y la cultura (*Secretaría de Educación Pública, 1946*), *apareció la primera versión de este ensayo, bajo el título* Las letras patrias, *seguido de una segunda parte que abarca de la Independencia a nuestros días, debida a la pluma de don José Luis Martínez. Al recoger aquí la parte relativa a las letras de la Nueva España —y esperamos que el señor Martínez no tardará mucho en publicar a su vez separadamente las páginas con que él contribuyó al conjunto y que actualmente ha puesto otra vez en trama, sometiéndolas a una nueva y profunda elaboración—, hemos conservado, con leves redibujos, el capítulo I, "Poesía indígena", a manera de introducción, y hemos añadido los capítulos siguientes: I, "La hispanización"; II, "La Crónica"; III, "Teatro misionario"; IV, "El Teatro criollo en el siglo xvi". Como consecuencia, el antiguo capítulo II, "Primavera colonial (xvi-xvii)", pasa a ser capítulo V y ha sufrido muchas modificaciones. De allí en adelante, salvo los inevitables retoques que siempre se ofrecen a la relectura de las propias obras, se conserva más o menos la versión primitiva.*

Aunque hago al pie de las páginas algunas referencias indispensables, reconozco una deuda general para con la crítica mexicana contemporánea, y me remito a la sumaria bibliografía final, ordenada por don José Luis Martínez.

A. R.

INTRODUCCIÓN: POESÍA INDÍGENA

1. La literatura española, bajo sus formas populares, las más prendidas al coloquio, las menos prendidas al alfabeto, entró a México por boca de los mismos conquistadores: proverbios y romances que Hernán Cortés y sus tenientes se cambiaban de caballo a caballo. Dos o tres pasajes de Bernal Díaz del Castillo representan esta hora simbólica. Ya es Cortés que dice a Juan de Escalante: "¡Cabra coja no tenga siesta!", disponiéndose a averiguar en persona qué destino trae cierta nave surta en aguas de la Villa-Rica. Ya es Hernández Puertocarrero que, a la vista de San Juan de Ulúa, evoca el romance de Calaínos.

—Cata Francia, Montesinos;
cata París la ciudad;
cata las aguas del Duero,
do van a dar a la mar—,

y a quien, entendiéndole la intención, contestaba Cortés:

Dénos Dios ventura en armas
como al paladín Roldán...

Ya es el bachiller Alonso Pérez que, después de la Noche Triste, oyendo suspirar a Cortés que contemplaba desde lo alto del templo de Tacuba la recién abandonada ciudad de México, le reprochaba suavemente: "Señor Capitán, no esté vuestra merced tan triste, que en las guerras estas cosas suelen acaecer, y no se dirá por vuestra merced:

Mira Nero, de Tarpeya,
a Roma cómo se ardía..." *

* (Los aficionados a la paremiología de Cortés recuerdan la Carta de relación en que, informando sobre la división y rivalidades que reinaban entre los indios, manifiesta lo mucho que ello hacía a su propósito maquiavélico "de más aína sojuzgarlos, y que se dijese aquel común decir: *Del monte*, etc [*Del monte sale quien el monte quema*]; e aun acordéme de una autoridad evangélica que dice: *Omne regnum in seipsum divisum desolabitur* [S. Mateo, 12, 25]". A Cortés se le van los refranes hasta cuando escribe a su emperador.—En la Re-

Poco después, España nos enviará su literatura renacentista, cuyo acre verdor pronto se ablanda en la dulcedumbre petrarquizante y se sobresalta en las desazones estéticas del Siglo de Oro.—Y México ¿qué literatura autóctona poesía?

2. Hay una poesía indígena perdida en mucha parte, como enlazada con una civilización que el conquistador reprimía de caso pensado, confundida con un material religioso que el misionero tenía el encargo de expurgar, entendiéndolo como gentil y diabólico, y mal preservado en la tradición oral, puesto que el jeroglifo no podía preservarla como la partitura es capaz de preservar la música, y la escritura fonética apenas se ensayaba.

La gente conquistadora ¿qué había de cuidarse de respetar los documentos de aquella vetusta poesía, cuando los mismos tlaxcaltecas, aliados del invasor, dieron fin a los archivos de Texcoco y Tenochtitlán? Ella, trasmitida de boca en boca, tal vez se refugia en los rincones más inaccesibles; huye o se disimula entre los últimos vates y sacerdotes, que más bien ocultan su jerarquía; asume aires de conspiración y desaparece poco a poco. Sus últimos ecos expresan el terror ante los hombres blancos y barbados, la pólvora, los corceles. El soldado no era folklorista ni erudito. El misionero era, al menos, caritativamente curioso. Pero toda la piadosa comprensión de un Sahagún o la un tanto desconcertada de Durán no bastaban para detener el derrumbe histórico, ni tampoco se lo proponían.

Así, restaurada *a posteriori* y cuando ha dejado ya de existir, como quien revela las letras borrosas de un palimpsesto; retocada a veces; otras, estropeada al ser reducida al alfabeto; mezclada de textos auténticos, anteriores a la conquista, y de textos tardíos; ora reconstruida hipotéticamente por cuanto a sus asuntos; ora consciente o inconscientemente contaminada por el bagaje humanístico o bíblico del fraile que la recogía en los labios de sus azorados catecúmenos, ella ha dejado, sin embargo, reliquias de inconfundible aroma

lación de Andrés de Tapia, Cortés, arengando a los suyos, exclama: "Dígoos un refrán que se dice en Castilla, que es: *Muera el asno o quien lo aguija...*" Y poco más adelante: "Señores ya sabéis que es muy ordinario en la gente de guerra decir: *Al alba dar en sus enemigos...*"

añejo, que acusan una estética y una ideación no europeas y que permiten apreciar su sabor.

Pertenece tal poesía a la etapa mítica de la mente —idea implicada en la emoción— que Vico ha llamado "la mente heroica". Corresponde a aquella "barbarie" de que ya hablaba Baudelaire en las geniales anticipaciones de *L'Art Romantique*, ejemplificándola con el arte mexicano, el egipcio y el ninivita: no barbarie por deficiencia, sino barbarie que, en su orden, alcanza la perfección, entre infantil y sintética; que domina los conjuntos bajo una visión subjetiva y fantástica; que es casi palpación en el asedio realista de los pormenores, a través de sinonimias y difrasismo, y todavía anterior y ajena al sentido de la personalidad envolvente.

Los poemas conservados en lengua indígena se desarrollan en estrofas irregulares, versículos y grupos esticométricos, pies rítmicos sin cuenta silábica (a menudo, para el náhuatl, trocaicos), paralelismos o balanceos de vocablos, frases y períodos, recurrencia de estribillos. Se los recitaba y salmodiaba, se los acompañaba de música, danza y escenario de pantomima.

3. Esta poesía, toda ella anónima, es fruto de dos distintas civilizaciones indígenas. Una es la civilización *materna* o medioamericana, tanto en aquella primera etapa fluvial que, aun antes de la Era Cristiana, durante unos cinco siglos, y cuando la mayor parte de Europa dormía su pesadilla prehistórica, se extendió de Chiapas a Honduras por las cercanías del Usumacinta, como en aquella segunda etapa de su misteriosa dispersión, hacia el siglo VI de nuestra Era, cuando, tras las "tribulaciones y emigraciones" —lenguaje de Toynbee—, la encontramos repartida entre Yucatán y la Guatemala montañosa. El abandono de la sede original o "alba" ¿fue efecto de catástrofes naturales, guerras, sobrepoblación, agotamiento del suelo, acaso epidemias? "¡Una civilización aniquilada por un mosquito!", exagera Paul Valéry.

La segunda civilización indígena, *filial* y seguramente inferior a la otra, es la vagamente llamada mexicana. Se sitúa en nuestros altiplanos y abarca el náhuatl o azteca, el zapoteca, el tarasco, el otomí, etc.

Entre una y otra se ha roto el cordón umbilical, hay un

hiato histórico, las separan vastos espacios y abismos de tiempo. La absorción de la cultura yucateca por los pueblos de la meseta mexicana pudo acontecer allá por los siglos XII a XIII. En una y otra etapa, los poetas, como los homéridas, seguirán añadiendo secularmente sus nuevos tributos al patrimonio hereditario: una nueva frase, un versículo más, una referencia complementaria. De suerte que, en las reliquias de tal poesía, se mezclan lo arcaico, lo posterior y lo moderno, de arduo discernimiento a veces. Y aparte de que cruce, de la una a la otra, la corriente subterránea que las enlaza —al punto que los mitos mexicanos se esclarecen a la luz de las cosmogonías meridionales—, es indudable que la unificación de la conquista, por irregular que haya sido, pudo crear entre ambas ciertas contaminaciones tardías y más o menos intencionales. Y esto, aun dejando ya de lado completamente las "locuras toltecas", que decía el profesor Raynaud, acaso imaginadas, como las locuras pelásgicas de la antigüedad mediterránea, para relacionar el presente con un pretérito ya olvidado.

Al orden vetusto o medioamericano pertenecen —"Ramayanas y Mahabáratas de América"— el corpus bíblico del *Popol-Vuh* o *Libro del Consejo*, que muestra mayor pureza arcaica; los *Libros de Chilam Balam*, donde es más sensible la confusión de épocas, estilos, grafías; y otros documentos secundarios que complementan a los anteriores respecto al período ya histórico de emigraciones y poblamientos, o al último ocaso de la fábula. Tales son el *Título de los señores de Totonicapan* y los *Anales de los Xahil*. Escritos en distintas lenguas de la familia maya, alfabetizados desde mediados del siglo XVI —con acrecentamientos tardíos y aun interpolaciones del XIX— por ex sacerdotes y escribas que los redactaban sigilosamente según las versiones orales y los antiguos textos hieráticos y jeroglíficos, empiezan en la Creación y cubren hasta la época hispana, donde no pueden menos de penetrarse a veces de cristianismo. Las distintas épocas y fases se proyectan en un solo plano.

Al orden mexicano pertenecen himnos, cantares, epigramas y prosificaciones incrustadas en las crónicas castellanas, de los más variados asuntos, sacros, heroicos y profanos.

4. La arqueología dista mucho de haber agotado sus sorpresas. Todavía, mientras se redactaba este ensayo, la zona mexicana daba de sí las pinturas del Paraíso de Teotihuacán (1942), y poco después, en la zona maya, las pinturas de Bonampak acaban de deslumbrar al mundo (1946). Con respecto a la zona maya, todos saben algo de aquel calendario casi-juliano —anterior al de Europa—; de aquella cronología estupenda; de aquella astronomía familiarizada con las revoluciones y fases de los cuerpos celestes; de aquella numeración vigesimal que se adelantó a descubrir el "cero"; de aquella arquitectura monumental, florida y simbólica, tan excelsa como la del Nilo; de aquella sociedad fundada en el equilibrio de clanes, que pesaba sobre la población de esclavos albañiles y picapedreros. En proceso que va de la estela inscrita al manuscrito pintado, la escritura alcanza una etapa gráfica estimable, si inferior a la egipcia; y seguirá evolucionando hasta el "Alfabeto de Landa" en pleno siglo XVI. *

5. La Biblia India del *Popol-Vuh* o *Libro del Consejo*, poema en lengua quiché alfabetizado hacia 1554-1558, "que contiene pasajes evidentemente antiguos y presenta numerosos vestigios de antiguas poesías salmodiadas o cantadas, y a veces con bailables, muestra, como tantos otros documentos de la América Media (así en el drama-baile del *Varón de Rabinal*, inestimable joya en la corona literaria de Guatemala), un empleo muy frecuente y aun excesivo del paralelismo y el balanceo; y no sólo en las ideas, frases y períodos, sino también en los nombres propios —dioses, héroes, jefes, lugares— acoplados inútilmente en parejas, muchas veces de sentido igual o casi igual" (G. Raynaud). Estos nombres son de muy delicada traducción; si, en ocasiones, un miembro de la pareja explica al otro, en ocasiones también, cuando se da el traspaso de una lengua a otra, o por cualquiera otra circunstancia se olvida el sentido original, la incomprensión da lugar a todo un mito explicativo, al "cuento etiológico" de los mitólogos. Tampoco escasean los errores causados por la transcripción de ideogramas o fonogramas, y otros achaques habituales. Centón de versiones orales y textos hieráti-

* Sylvanus G. Morley, *La civilización maya*. Traducción de Adrián Recinos, México, Fondo de Cultura Económica, 1947.

cos, pretender sacar de aquí una historia seguida todavía parecía a Max Müller cosa quimérica. La ciencia, con todo, logra al fin traslucir entre las nubes tornasoladas del *Popol Vuh* una síntesis histórica. Véase, en tal sentido, la diáfana introducción que don Adrián Recinos —ilustre guatemalteco a quien la ingratitud de la política devolvió a las Musas— pone al frente de su recientísima y sabia traducción (1947). Aunque se ha pretendido atribuir la obra a un indio Diego Reynoso, las pruebas son endebles, por lo que "el famoso manuscrito tiene que seguirse considerando como un documento anónimo, escrito por uno o más descendientes de la raza quiché, conforme a la tradición de sus antepasados" (A. Recinos).

La primera parte trata del origen del mundo y creación del hombre; la segunda y más extensa narra hazañas de los héroes míticos Hunahpú e Ixbalanqué. Ha inspirado a los poetas alemanes; se la compara con el *Ramayana* por aquella mágica participación de los animales en los destinos humanos; con la *Ilíada* por la intervención divina en los combates terrestres; con la *Odisea* por las aventuras fantásticas o las escenas de apacible intimidad. La publicación de su primera versión en 1857 marca un nuevo rumbo en el estudio de las antigüedades americanas.

He aquí, pues, un laberinto de cosmogonía, teogonía y génesis humana; creación, no *ex nihilo,* sino arrancada, como entre los griegos, de alguna materia preexistente; antropocentrismo que junta en el pecho del hombre los doce puntos cardinales, según los tres cuadros concéntricos del cielo, la tierra y la infratierra; mezcla de religión, en que el sacerdote implora, y de magia, en que ordena y esclaviza al dios con la palabra; cábala de los números sacros; parangón del contraste egeo-helénico entre una creencia de los vencidos, popular, ctónica, algo perseguida, oculta en cavernas e impregnada de "nagualismo" (espíritu guardián y metamorfosis animales), y una creencia oficial de los vencedores, instituida en iglesia, y al cabo, menos resistente que la otra al embate del cristianismo, según todavía se comprueba en la brava supervivencia de los lacandones.

Comienza el poema enumerando grandiosamente los se-

res divinos y sus varias denominaciones; las tres únicas verdaderas diosas, las Madres —Abuela, Dadora de Monos y Virgen-Sangre, la Eva del sistema— acompañadas por "paredros" masculinos o dioses menores como en las mitologías egeo-asiáticas. Nos cuenta las genealogías de los Increados, Poderosos o Maestros Gigantes que, con ayuda de los Abuelos, van engendrando cielo y tierra, agua, plantas, animales y, al fin, los astros (la luz ya existía desde antes); y que, necesitados de plegarias y presentes, sustento espiritual y físico que mal podrían darles los animales, intentan al fin plasmar a los humanos.

La tarea adelanta entre peripecias sin cuento, guerras sobrenaturales, Gigantomaquias de los descendientes divinos con los Espíritus de la Desaparición —simbolizadas en los desafíos del Juego de Pelota—, ecos de cataclismos y aun de guerras entre las tribus, congregación de energías vitales, rayos y truenos. Pero todo ello, en vez de entes humanos, apenas produce brutos y simios.

Al fin, vencidos por los Magos Luminosos todos los Demonios Sombríos, vencidas las Tinieblas, se descubre al Rey de los Cereales, el Maíz, que incorporado en la carne viva, hace al hombre, al agrícola, al maya-quiché, contrapuesto al bárbaro y selvático.

Pero antes de llegar a este acierto, han acontecido algunas calamidades. Los Abuelos habían engendrado a unos Mellizos, cuyo primogénito, a su vez, engendró en una vaga diosa a dos Artistas. Los cuales, reducidos a Dioses-Pitecos, serán, entre otros pueblos de categoría inferior, los sumos patronos de las artes. Durante el combate de pelota en que las divinidades de la Desaparición son "descalificadas" por haber incurrido en faltas, el primogénito de los Mellizos ha tenido tiempo de unirse a la Virgen-Sangre, hija de los lugares penumbrosos, quien concibe una descendencia. Escapa Sangre a las maldiciones paternas, vence pruebas y peripecias, llega a la tierra y se hospeda en el país de los Artistas, donde da a luz dos nuevos Magos —Brujo y Brujito— que, hostigados por la envidia de sus mayores, los metamorfosean en monos, y éstos escapan a la selva.

Por orden de los dioses supremos, los Magos combaten

y derrotan al falso dios Guacamayo, que pretendía ser el Sol y la Luna y es posible residuo de las luchas religiosas entre quichés y yucatecos anteriores al siglo VI. Cumplida esta hazaña, atacan a dos divinidades terrestres que son sus hijos: el Pez-Tierra y el Titán-Terremoto. Aquí se intercalan episodios de la lucha entre el Pez-Tierra y ciertos entes que serán las Pléyades, y otros sucesos complicados.

Sobreviene otro desafío de pelota, otra Titanomaquia entre los Jefes del Lugar de la Desaparición y los Dioses Magos, y la alianza, como en el *Ramayana,* entre los Magos y los Animales, con quienes aquéllos se cambian la sacra Palabra de la Jungla. Y como, además, los nombres de los jefes adversos han sido descubiertos, apoderándose de tales nombres resulta fácil derrotarlos. Pero antes deben dejarse matar, o bien fingirlo, "ritos de pasaje" indispensables para que pueda darse el retorno de la Desaparición a la Vida. Y entonces transforman a los vencidos en Dioses de la Muerte y la Desgracia, subordinándolos para siempre a las divinidades del cielo.

De paso, se nos revelan las prescripciones necesarias para escapar al aniquilamiento absoluto, pues hay que saber morir rectamente si hemos de salvar el arco de ultratumba —verdadero Libro de los Muertos comparable al ritual de Osiris—, y también se nos dan a conocer algunos festejos y danzas de los "naguales". Resuelto ya definitivamente el combate entre la Luz y las Tinieblas, los Magos suben al cielo metamorfoseados en el Sol y la Luna.

Y pasamos de la teogonía a la leyenda, preludio de la historia. También aquí, como en Grecia, las hazañas divinas quedan relegadas a un pasado anterior al tiempo, el "tiempo arqueológico" de Picard. Los dioses ya no obran por sí, obran a través de los héroes intermediarios, semidioses o protectores nacionales: Volcán, Sembrador y Pluvioso. Surgen cuatro héroes, seres gigantescos y muy sabios, que los dioses sus creadores, celosos, reducen gradualmente a la dimensión de jefes, sacrificadores titulados, capitanes de emigraciones. Ellos conducen a las tribus, tal vez según el camino del sol; viven por varias generaciones; pelean con hordas salvajes; no siempre triunfan.

Interceptan este magno desfile los cuentos etiológicos sobre la invención del nacimiento, el dón del fuego, el porqué de ciertos animales, fábulas ejemplares y castigo de soberbios, dioses tentados por las muchachas, el equívoco que explica los sacrificios humanos y otros temas universales del folklore.

Las guerras de tribus, sus disputas por los climas propicios, son ya prefiguraciones de la historia, humosas todavía de magia y leyenda. Así las visitas al Edén de Tula (no es la Tula mexicana) y las evocaciones de la Edad Áurea. Luego, rápidamente, pisamos el suelo ya real, y se enumeran las tribus, las familias o Grandes Mansiones, las capitanías y sacerdocios. En la voz del *Popol-Vuh,* celebran sus nupcias lo maravilloso y lo grotesco.

6. Los *Libros de Chilam Balam* son los códices yucatecos más importantes que se conocen. Se los supone redactados a lo largo de cuatro siglos, del XVI al XIX, o si se prefiere, retocados, y completan una veintena. El manuscrito más notable de este corpus apareció en Chumayel hacia 1850. Está adornado con profusión de dibujos. Es, en su mayoría, un texto místico, pero también toca hechos históricos, y también con toque todavía legendario. En él se esclarecen, o al menos se investigan, ciertos ciclos cronológicos llamados "Katunes"; y como acontece para otros documentos vetustos, los especialistas contraponen aquellas elasticidades del tiempo, visto a distancias seculares, que se dicen la Cuenta Mayor y la Menor. Los aparentes acertijos resultan ahora ser verdaderas fórmulas de iniciación mágica o religiosa. El contenido es heterogéneo. Los iniciados acumulaban allí cuanto sabían, como en preciosa arca secreta: desde las profecías del sacerdote Chilam Balam, hasta las noticias sobre plantas medicinales, la fauna regional, la ceiba totémica. Predominan las nociones míticas sobre los cuatro rumbos del universo —origen de las cuatro razas, amarilla, blanca, roja y negra—, y la preocupación de propiciar a las divinidades agrícolas. El estilo hace pensar a los críticos en los *Upanishadas,* el *Atarva-Veda,* "los nebulosos textos iranios".

Pero, al parecer, nada merma, ni siquiera el evidente contagio con especies bíblicas o almanaques y lunarios de

la moderna Europa (aun hay huellas de latinismo eclesiástico y profano), la importancia de los hechos históricos que el *Chilam Balam* deja traslucir. Las tribus parten de Tulapan, se acercan a Chichén, se trasladan a Champotón, regresan a su antigua morada, se encuentran con nuevos establecimientos, celebran confederaciones, conocen una era feliz con los tres monarcas hermanos de Chichén, padecen guerras intestinas, caen bajo la tiranía opresora de Mayapán, que al fin se derrumba (Landa cree poder fijar su caída en 1566). Vaivén secular apreciado bajo dimensión diminuta, como los movimientos de un hormiguero, y que procede a través de epidemias, plagas y huracanes. Y el puño español pone fin al despedazamiento anárquico, y Mérida es fundada a comienzos del 1542.

7. Los mayas, dueños de una música singular —trompetas y flautas, percutores y cascabeles, conchas de tortugas y el "teponaguaztli" de madera hueca y que corría varias leguas a favor del viento—, distinguían casi a nuestro modo los registros vocales (bajos, barítonos, tenores, contraltos, sopranos) y conocían unas danzas graves y otras livianas. Contaban con un teatro musicado y con bailables, el de los "ixtoles", y otro de pantomima y recitación, en que los actores o "baldzames", como en la incipiente comedia griega, se consentían burlas y sátiras contra los personajes presentes. Su cantor principal gozaba de sitio privilegiado en el templo. Los cantos remedaban al "zachic" o pájaro de cien voces, "zenzontle" mexicano. En el siglo XVI, Sánchez de Aguilar pondera sus farsas y admira su gracejo y su espíritu chocarrero, recomendando a la Iglesia que, en vez de prohibirla como se había intentado al principio, aproveche aquella vieja costumbre y le dé una aplicación más honesta, sustituyendo los temas gentiles con temas de utilidad religiosa.*

* El *Rabinal Achí*, tragedia quiché de Guatemala, se acepta como arcaica. No es cristiana ni europea, y aun termina con un sacrificio humano; rara supervivencia de una obra perseguida por la evangelización. Recuerda el vetusto teatro ritual del Ática (Querilo, Frínico, de que dan idea *Las suplicantes* de Esquilo). Tiene cinco enmascarados parlantes que hablan en largos monólogos épicos, repitiendo cada uno parte del parlamento anterior; muchos personajes mudos, desde luego las mujeres, y grupos de danzantes.

8. La poesía indígena de la zona mexicana —segundo orden o segunda civilización— tiene un género épico y un género lírico. Sus fuentes datan del siglo XVI: una veintena de himnos rituales, en náhuatl —los comunicaron a Sahagún diez o doce principales ancianos de Tetepulco—; unos poemas cuyo carácter poético y métrico no fue expresamente reconocido por los cronistas que se proponían aprovecharlos; las prosificaciones castellanas que éstos incorporan en sus crónicas (asunto sujeto a cautela, y en que sólo han de usarse los textos más dignos de confianza, porque Torquemada, por ejemplo, adaptó la vida de Nezahualcóyotl a la de David); y el Ms. de sesenta y dos *Cantares mexicanos* que custodia nuestra Biblioteca Nacional. El género épico cubre las tres principales regiones de Tezcoco, Tenochtitlán y Tlaxcala; el lírico, varias regiones de la Mesa Central.

9. La épica tiene un subgénero sacro —cosmogonía y teogonía, relación ritual del hombre con los dioses— y un subgénero heroico: monarcas, jefes y capitantes más o menos deificados por la leyenda. Ya se humaniza el tema sacro, ya el heroico se diviniza. Quetzalcóatl, mezclado de realidad y fábula como Pitágoras, es personaje histórico, aunque indeciso, y acaba convertido en astro y hasta interviene en la creación. A veces, ha acertado el viejo Evhemero. Su yerro consiste en querer tener siempre razón. Para él todos los dioses son meros príncipes y bienhechores, exaltados a lo sobrehumano por la adoración de la posteridad. Más cuerdo es decir que, en la etapa mítica de la mente, reina una suprema libertad poética para viajar entre cielo y tierra, sin plan alguno de gratitud histórica y por simple impulso imaginativo.

El subgénero épico-sacro cuenta con un material revuelto y abundante: mitos del Sol, la conocida leyenda de *Los soles cosmogónicos,* etc. Sobre un mosaico de residuos, el P. Garibay reconstruye un posible *Poema de la Creación* y un posible *Poema de Tláloc y Xochiquétzal* que sería de los más antiguos.

El subgénero épico-heroico ofrece un ciclo tezcocano, el más artificioso; un ciclo tenochca, sobrio y abundante; un ciclo tlaxcalteca, muy escaso, pero de carácter singular.

A Tezcoco corresponden un *Poema de Quetzalcóatl,* imagen radiosa y omnipresente; un *Poema de Ixtlilxóchitl,* gran novela, infausta historia del rey chichimeca, que los viejos, "no con pocas lágrimas", recitaron al cronista su descendiente, don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, donde aparece el magnífico episodio de la "Muerte de Cihuacuecuenotzin"; un *Nezahualcóyotl,* fantásticas aventuras del joven rey, nutrido con raíces en su destierro montaraz, poeta solitario en mitad de la naturaleza y llamado a empuñar las riendas de tres naciones; unas *Andanzas de Ichazotlaloatzin,* y otros fragmentos.

A Tenochtitlán corresponden un nuevo *Poema de Quetzalcóatl;* un *Poema de Mixcóatl,* que puede ser parte o preliminar del anterior; una *Peregrinación de los aztecas,* documentada en códices, cantares indios y traducciones; un muy importante *Poema de Huitzilopochtli* cuya primera parte, relativa al nacimiento del dios, se conserva en náhuatl, y el resto, prosificado en varias crónicas castellanas; un *Ciclo de Moctezuma Ilhuicamina,* especie de Nezahualcóyotl atenuado; un *Ciclo de Moctezuma Xocoyotzin,* Moctezuma II, comenzado antes y terminado después de la conquista, y otros fragmentos.

A Tlaxcala corresponde un grupo de trozos poemáticos, tan sólo documentados en el cronista Muñoz Camargo, vástago de aquel pueblo.

10. En cuanto a la lírica, a menudo coral y destinada a ceremonias sociales —matiz épico todavía, tránsito semejante al de Píndaro—, recorre un amplio diapasón, desde el sentimiento religioso y colectivo, pasando por las efusiones personales, hasta el epigrama, propio colibrí de la poesía: "*Uta* japonés", decía Urbina. Se la divide, más bien por rutina, en cuatro subgéneros: *Canto de Águilas o de Guerra,* laudes heroicos, fastos guerreros, estímulos al combate que el griego llamaría "embaterias"; *Canto de Flores,* nota la más amena e idílica, perfumada de primavera; *Canto de Lamentaciones,* elegía consagrada a hechos luctuosos y desgracias; *Canto de Tamboril,* forma sobre todo coral, mescolanza de lo ritual, lo histórico, lo patriótico, celebraciones privadas y desahogos estéticos. Por mucho que se hayan abandona-

do ya viejos criterios equívocos, como el clasificar los poemas según el lugar de su redacción —cuando ello no responde a ciclos culturales distintos—, o según el personaje a quien se consagran, lo que hizo atribuir a Nezahualcóyotl los cantos compuestos en su elogio, parece que aún hay desorden.

Con buen acuerdo, la crítica reconoce la impropiedad de distribuir esta masa poética conforme a los tipos clásicos. No sé si aún puede ahondarse más, interrogando el sentido mismo de los poemas, como lo hacen los Chadwick en su magna obra sobre las literaturas orales primitivas (europea, rusa, yugoslava, indostánica, hebrea, tártara, polinesia, malasia, africana), donde se distinguen y separan las intenciones divinas, rituales, mánticas, heroicas, arqueológicas, rememorativas, jurídicas, gnómicas, éticas, descriptivas, etc.*

El bardo religioso o "cuicapique" recibía un salario profesional. El canto se acompañaba de danzas en templos y en palacios, y había certámenes poéticos para la nobleza. Y, si no verdadero drama, cierto monólogo mimado a compás de las figuras, y alguna acción elemental en que, por ejemplo, el poeta repartía flores o hasta dialogaba con el coro. Los poemas aluden a las escenificaciones del singular bailete. La imagen de la divinidad, bajo un árbol, solía presidir el festejo. Mancebos con disfraces de pájaros y mariposas trepaban por las ramas y se acercaban a las flores; y otros, que representaban a los dioses, les tiraban con cerbatanas. Los recibía la diosa y los sentaba a su lado, regalándolos con ramilletes y humazos, como a huéspedes escogidos. Había también danzas cómicas, ejecutadas por viejos corcovados.

Se distinguen tres modos musicales: uno solemne y grave; y otro, vivaz y juvenil, de amores y requiebros; finalmente, el licencioso y procaz que llamaban "baile cosquilloso" Los versículos suelen latir al ritmo trocaico. La monotonía de la danza se comunica al poema y llega a la exacerbación. La música no la conocemos. De lo que ella pudo ser, nos dan idea esas melancólicas tocatas acostumbradas aún en los pueblos de indios: redoble del "huéhuetl" y el "teponaztle", gemido de la chirimía: "Me da pena oíllo y tristeza", decía

* H. M. Chadwick y N. K. Chadwick, *The Growth of Literature*, Cambridge University Press, 3 vols., 1932, 1936, 1940.

Durán. Al son lloroso, se iban encadenando los festones de flores, en los giros de los danzantes.*

La lírica, pues, promiscua muy libremente sus asuntos: "celebración de los mitos religiosos, alabanzas a las deidades, alusiones a los hechos teogónicos... rememoración de batallas, recuerdos de antiguos héroes, loores a los caudillos... Y en los (poemas) destinados al canto fugaz de los convites y reuniones, el tema constante" de la vida efímera, y el anhelo de disfrutarla mientras llega la muerte. "Es natural que en pueblos para quienes la guerra era una institución sagrada y el ápice supremo de la oblación religiosa, la poesía vaya impregnada de un sabor guerrero, y la obsesión de la *muerte florida en guerra* aparezca constantemente, aun en poemas que tienen aire familiar" (A. M. Garibay K.). El valiente podrá ver el sol a través de los agujeros de su escudo; nunca el cobarde.

Seguramente que, sin exceptuar los poemas anteriores a la cristianización, la Iglesia puso un poco la mano en el acto mismo de reducirlos al alfabeto; y consta, de algunos ordenamientos, que los castigaba o censuraba antes de tolerar su recitación pública. Pero suponer que todo lo hicieron los frailes sería conceder que fueron unos grandes poetas. Como quiera, muestra esta poesía "un matiz de sensibilidad lujuriosa que no es, en verdad, propia de los misioneros españoles: gente apostólica y sencilla de más piedad que imaginación" (A. Reyes, *Visión de Anáhuac*). La vetustez de algunas formas verbales es evidente. El cantor mismo ignoraba, a veces, el sentido de las palabras que repetía de memoria, como acontecía en Roma para los himnos de los hermanos Arvales y los Cármenes Salios. Es rasgo de autenticidad la licencia que alteraba extremosamente la morfología de los vocablos, o sembraba aquí y allá alaridos e interjecciones acaso para adaptarse a la música; lo que, unido a las muchas reticencias o suspensiones del sentido —que remedan la desazón pasional— contribuye no poco a dificultar la ta-

* Dos mil indios (¡oh extraña maravilla!)
bailan por un compás a un tamborino,
sin mudar voz, aunque es cansancio oílla...

Juan de la Cueva, *Epístola a L. Sánchez de Obregón.*

rea de los modernos traductores. Las metáforas de la pluma, la flor, la piedra preciosa, con uno que otro destello de agua y sol, van deslumbrando nuestros ojos. Las alusiones míticas, acaso intencionalmente arcanas, y las frases oraculares, nos envuelven en su misterio. La sensibilidad de aquel pueblo es aguda; se reparte entre la ternura y la violencia, se transporta fácilmente de la risa al llanto y fluye en rosarios de primores minúsculos.

Ciertas inefables semejanzas con algún pasaje de Salomón ¿por qué no habrán de ser fortuitas? Se dijo un día, *cum grano salis*, que las *Aztecas* de Pesado (paráfrasis, por lo demás, muy distantes) demostraban una sospechosísima influencia de Horacio en Nezahualcóyotl. Pero si, como observaba Luis Cabrera —el cronista de Felipe II—, "una misma manera de mundo es todo", ¿a qué tanto asombro? ¡También en el valle de Anáhuac resonaban, con distinta voz, el *Carpe diem* y el *Dulce et decorum est pro patria mori!*

El enigma de la muerte y eso que tan justamente se llama el vacío del corazón; la duda, la congoja; la amargura ante la ruina de las pasadas grandezas; el ansia de consuelos místicos; la solicitud de la madre junto a la cuna, y la angustia por el guerrero ausente —así como en la "berceuse" bretona se deja sentir el pavor del mar—; la delectación ante la majestad de los lagos, volcanes y tempestades, o ante los celajes de los crepúsculos; el conforte de la buena amistad, son emociones que ningún pueblo poseyó con propiedad exclusiva, y la poesía mexicana apenas comparte, cuando las expresa, el pan común dado en patrimonio a todos los hombres... Pero algo falta: echamos de menos la llama erótica.* ¿Indicio de la intervención eclesiástica? Adviértase, en todo caso, que tampoco se halla la escena amorosa en el fresco del Tlalocan o Paraíso, recién descubierto en Teotihuacán (1942). O es que se la excluía, como entre los antiguos chinos, de toda figuración altamente espiritual y sublime, o bien aquella lírica no llegaba aún al grado de individualismo que se manifiesta en el desahogo del amante.

Profundo aliento religioso palpita en los himnos al dios de la guerra, al dios pluvial, a la diosa nutriz, a las tiernas

* Hay contadas muestras de poesía erótica, no difundidas todavía.

divinidades cereales, al sombrío Tezcatlipoca, al monarca recién ungido. El contacto —que decía Vigil— "con una naturaleza de exuberancia monstruosa, como en la India y en México", dicta imágenes desorbitadas. El ánimo se arrebata al recuerdo de los cataclismos que aniquilaron a los hombres inmemoriales. Con el polvo de sus huesos, amasado en sangre de deidades y vivificado por un rayo de sol, el prometeico Quetzalcóatl modela una nueva familia humana. A través de fieros tanteos, sacrificios cruentos y antropofagia sagrada, las criaturas buscan ciegamente la perpetuación de las virtudes vitales y la comunión con los poderes invisibles. Cada ocho años asciende aquel *Canto del Tamal-de-Agua,* que nos apuñala con este versículo inolvidable:

Mi corazón está brotando flores en mitad de la noche.

11. Los asuntos de las leyendas volcadas en las viejas crónicas —objetables como realidad, no como poesía— son la introducción mitológica de nuestra historia precortesiana, y los escolares los conocen en epítome, como los muchachos griegos conocían las fábulas anteriores a su era propiamente histórica.

La antigua poesía indígena, aunque a veces retocada y otras en tradición indirecta, aunque literatura interrumpida como hecho general y social, y amortajado ya su cuerpo en el sudario de las lenguas indígenas, perdura en el espíritu, se alza de la tumba, inspira de lejos nuestra imaginación: así el Oriente y la Edad Media encendían de luz refleja a los románticos europeos. En el primer siglo de nuestra poesía colonial, Terrazas, Villagrá y otros dan vislumbres de aquella influencia, manifiesta en las liras y el romance de Nezahualcóyotl, de Alva Ixtlilxóchitl.

12. Más indirectas todavía, al punto que apenas pueden aceptarse como una sombra de la auténtica literatura indígena, son aquellas referencias de los cronistas a la elocuencia popular pública y privada, consejos de padres a hijos, censura del Gran Sacerdote al Rey perverso, felicitaciones y agradecimientos cortesanos, exhortaciones morales a la buena conducta y abstención de la embriaguez, etcétera. Estos lugares retóricos de la historia, cortados muchas veces por

el modelo de los discursos con que los historiadores de la antigüedad grecolatina abreviaban —aun fingiendo la alegoría del diálogo entre dos ciudades enemigas— la exposición de los hechos y la explicación de sus causas, nos llevarían muy lejos. Búsquelos el curioso en las antologías especiales.*

* Carlos María Bustamante, *Mañanas de la Alameda de México*, obra reproducida, y aumentada con otros fragmentos semejantes, en Rubén M. Campos, *La producción literaria de los aztecas*, México, Museo Nacional de Arqueología, 1936. Sobre la poesía indígena mexicana es ya indispensable referirse siempre a la obra de don A. M. Garibay K., *Historia de la literatura náhuatl*, México, Porrúa, 2 vols.: 1953-1954.

I. LA HISPANIZACIÓN

1. La conquista política y la conquista espiritual de la Nueva España corresponden a Carlos V y a Felipe II. Mientras aquélla, confiada al Estado y a las armas, adelanta por sus caminos y logra su forma definitiva a mediados del XVI con el virreinato y sus capitanías, la Iglesia emprende la evangelización.

La creación de la cultura en la Nueva España se aprecia por la obra de sus dos factores, los institucionales y los humanos. Los humanos comprenden, en primer lugar, a la gente española o europea al servicio de España que se trasladó a nuestro país —misioneros, cronistas, maestros y huéspedes literarios—, e inmediatamente después, a la gente mexicana que se incorporó en la civilización de la colonia: criollos, mestizos e indios ya latinados. La separación entre estas tres clases irá borrándose gradualmente para la vida del espíritu, al paso de la unificación institucional y nacional que, por de contado, antecede a la independencia política. Por último, llegará el día en que un mexicano, Ruiz de Alarcón, pueda disputar su sitio en pleno Madrid, sumado a los fastos de la comedia.

Los factores institucionales son, de modo eminente, el Estado y la Iglesia; de modo inmediato, la educación y la imprenta. Estas diferentes agencias se entremezclan, como se percibe nítidamente en los primeros pasos de la evangelización y la enseñanza destinadas al indígena.

El injerto de la cultura española en cepa mexicana supone un incidente previo: la comunicación de la lengua, mutuo aprendizaje entre las dos personas del diálogo, cuyo símbolo sería la Malinche, traductora de Hernán Cortés. Tal paso era primero en tiempo, si no en derecho. Tenía que preceder a la misma cristianización, con ser ésta la meta ideal de aquella Cruzada y, desde luego, el objeto por excelencia de la instrucción que recibieron los indios al día si-

guiente de la conquista. Los ministros de la religión —frailes y misioneros—, más bravos que la gente de letras y más obligados al sacrificio, alzaron tienda entre los escombros y dieron comienzo a la tarea. Estos improvisados maestros, en su patética premura, pretendieron alguna vez comunicar al discípulo en un solo acto la nueva lengua y la nueva fe, siquiera valiéndose de la mímica. Y una misteriosa confianza, algo supersticiosa, en las virtudes de la lengua eclesiástica y en los poderes de la oración, quiso enseñar a los mexicanos, aun antes de que poseyeran ninguna lengua europea, el Padre Nuestro, el Ave María, el Credo y la Salve nada menos que en latín, exorcismo preparatorio a las aguas sacramentales.

Sin texto el maestro, sin letras los discípulos, el trabajo era verbal y se valía de mil subterfugios. Para ir adquiriendo su léxico, los frailes tenían que "volverse niños con los niños" y acompañarlos en sus juegos. ¿Que averiguaban de algún chico español criado ya en el ambiente del habla náhuatl? ¡Pues a traerlo de intérprete e instructor para indios y para misioneros! Tal fue el futuro filólogo fray Alonso de Molina. Años después, todavía el francés fray Jacobo de Tastera —cuyo método no parece extraño a la pedagogía de Luis Vives, que confiaba en la absorción inconsciente de los resúmenes de gramática colgados en el aula—, mientras adquiría la lengua de los naturales o comunicaba a éstos la española, mandó pintar los misterios de la fe en unos lienzos, utilizando el hábito de los jeroglifos, para que un discípulo aventajado fuera descifrando los símbolos y enseñando a los demás los dogmas rudimentales. A fines del siglo XVI, el obispo Moya de Contreras hacía representar con figuras las bulas que aún no circulaban en su feligresía. Y fray Juan Bautista las hacía grabar para los indios. Todo lo cual resultó en una mixtura de jeroglifo y alfabeto, de que Icazbalceta conservaba curiosas muestras.

La lengua iba entrando sin sangre. Es de creer que se usaban ya algunos apuntes manuscritos. Naturalmente, se acabaron, como bien fungible, en manos de los niños. Lo mismo aconteció para las cartillas con que se inició nuestra imprenta. En la bibliografía de todo el primer siglo

nada queda que se parezca a un texto impreso para la enseñanza del castellano. Sin duda se usaban al efecto las muchas *doctrinas* bilingües que entonces se imprimieron, y que precisamente podían servir para simultanear el doble aprendizaje de habla y creencia. En todo caso, si en 1523, a la llegada de los primeros misioneros, ni un solo indio conocía las letras, ya en 1544 Zumárraga habla de los muchos indios que saben leer. El indio D. Antonio Valeriano sorprenderá a sus propios maestros por su excelente oratoria ciceroniana.

Los primeros trances de la cultura fueron confiados en administración exclusiva a las órdenes religiosas. El mérito de aquellos piadosos varones parece mayor si se considera que alternaban la función pedagógica con el desempeño eclesiástico: "... Extirpar la idolatría, decir misa, rezar el oficio divino, predicar, catequizar, bautizar inmenso número de niños y adultos, confesar, casar, asistir a los enfermos, enterrar a los difuntos; y para todo, recorrer a pie largas distancias." Y sobre eso, luchar con la oposición de la casta conquistadora, que no deseaba muy instruidos a quienes sólo quería esclavos.

Por su orden, de 1523 en adelante, arribaron a México franciscanos, dominicos, agustinos y jesuitas. Primeros en la hazaña, los franciscanos venían en grupo de doce, al mando de fray Martín de Valencia. Se encontraron con que los habían precedido tres religiosos flamencos: fray Juan de Tecto —Universidad de París—, fray Juan de Ayora —lo dan por pariente del rey de Escocia— y el célebre fray Pedro de Gante, por cuyas venas aseguran que corría sangre de emperadores. Cuando, hacia 1524, fray Martín, a su llegada, pregunta a los flamencos cómo no habían sido capaces de desterrar la idolatría y aun los sacrificios humanos, en casi un año de labor apostólica que ya llevaban por delante, Tecto, como el más autorizado, le contesta: "Aprendemos la teología que de todo punto ignoró San Agustín." Es decir, las indispensables lenguas indígenas.

Agrúpase primero la enseñanza en torno al Colegio-Templo de San Francisco, fundado por Gante y regentado por él durante medio siglo —donde se enseñaba a los naturales lo

que les convenía, prescindiendo de aquello "que no tienen necesidad de saber"—; y luego se extiende y diversifica a través de nuevas instituciones escolares: Santa Cruz de Tlaltelolco, creación del obispo Zumárraga (1536), que soñaba con un colegio en cada obispado, donde los discípulos eminentes acabaron por suplir en ocasiones a los frailes —por primera vez la raza conquistada dio allí maestros a los conquistadores— y donde enseñaban Arnaldo de Basacio, Francisco de Bustamante, García de Cisneros, Juan Focher, Juan de Gaona, Andrés de Olmos, Bernardino de Sahagún; Tiripitío (Michoacán), fundado por los agustinos para peninsulares y criollos (1540); San Pedro y San Pablo, el Seminario de San Gregorio (1576), para naturales, y los de San Miguel y de San Bernardo (1575), fundidos después en el Colegio de San Ildefonso (1583), todos de los jesuitas que, llegados en 1572 y acusados de preferir lo urbano a lo silvestre, extendieron por el occidente y norte un catequismo famoso en los anales misionarios, abarcaron Michoacán y Guadalajara, Puebla y Veracruz, establecieron estudios prácticos de lenguas indígenas en Tepozotlán, en breve competirán con la Universidad y un día dictarán la educación al país; Santa María de Todos Santos (1573), con diez becas para alumnos pobres y distinguidos, etc. Fray Alonso de la Veracruz crea por sí el Colegio de San Pablo de los Agustinos (1575), al que dotó de una biblioteca, como antes lo hizo con el convento de Tiripitío (1536), primer fondo importante de libros llegados a la Nueva España, todos, según aseguran, leídos y anotados por mano del donador. Durán menciona cursos de danzas dirigidos por los eclesiásticos en Tezcoco, México y Tlacopan.

En los primeros pasos de la enseñanza, percibimos los latidos de una sociedad en formación y los extremos de la amalgama étnica. Con claro sentido práctico, los misioneros proceden a una serie de selecciones. Ante todo, hay un programa rudimental femenino, igual para todas las clases. Las niñas —decía un religioso— "no se enseñaban más que para ser casadas, y que supiesen coser y labrar". Después, para los varones, el programa se gradúa de menor a mayor, según la condición de los educandos y el tiempo de

que disponen para el aprendizaje: 1º adultos, el pasado, generación en cierto modo ya irredimible y sujeta al trabajo constante que exige el conquistador; 2º niños plebeyos, porvenir aún redimible, pero clase que pronto será llamada a ganarse el sustento; 3º niños nobles, destinados a mayores responsabilidades y con más holgura para el estudio; 4º los más aptos eran objeto de cuidado especial, justa economía donde había una docena de maestros para millares de indios. Los desconfiados señores que, al principio, en vez de enviar a sus hijos a los colegios sólo enviaban a los hijos de sus criados, acabaron por reconocer los beneficios de la educación.

La áspera vida militar, la ola de aventureros ("los de la capa al hombro") que, desembarcados en Ulúa, venían a buscar fortuna, y la falta de mujeres españolas, produjeron en pocos años una multitud de niños mestizos y abandonados. Para ellos abrió el virrey Mendoza el Colegio de San Juan de Letrán (1553), regido por tres teólogos que se alternaban en la dirección y tenían encargo —aunque no salieron de él con gloria— de componer gramáticas y diccionarios indígenas. Esta institución alcanzó categoría de Escuela Normal. Pues había dos clases de alumnos: los que sólo aprendían primeras letras y un oficio, en tres años, y los seis alumnos escogidos para continuar, en seis años, las letras divinas y humanas.

Por último, pronto hubo varias escuelas privadas para los criollos, donde un Br. González Vázquez de Valverde fue nombrado profesor de gramática por 1536, y donde hacia mediados de siglo enseñaba un Br. Diego Díaz. En alguna de ellas comenzó su carrera de catedrático en México el eminente Francisco Cervantes de Salazar, que ya había enseñado retórica en Osuna.

2. Se hizo indispensable establecer una Universidad, la primera de Tierra Firme, al modelo de la Salmantina. Será Pontificia; vivirá tres siglos. Tuvo que reclutar a algunos de sus primeros maestros entre los mismos religiosos de los colegios y los profesores de las escuelas particulares. Inaugurada el 23 de enero de 1553, se abrió el 3 de junio siguiente con una oración latina de Cervantes de Salazar. Lo

acompañaban en la cátedra el neoescolástico renacentista fray Alonso de la Veracruz, adicto de fray Luis de León; Negrete, maestro en Artes por París; el jurisconsulto Frías de Albornoz, impugnador de la trata de negros y muy estimado por el Brocense; Melgarejo, traductor de Persio y canonista. A la Teología, Sagrada Escritura, Cánones, Decreto, Leyes e Instituta, Artes, Retórica y Gramática, se añadieron sucesivamente Medicina y Lenguas Indígenas. Habían pasado solamente treinta y dos años desde la llegada de Hernán Cortés a Tenochtitlán.

La Universidad era una solemne casa sonora. Dice Justo Sierra:

> Los indígenas, que bogaban en sus largas canoas planas, henchidas de verduras y flores, oían atónitos el murmullo de voces y el bullaje de aquella enorme jaula, en que magistrados y dignidades de la Iglesia regenteaban cátedras concurridísimas, donde explicaban densos problemas teológicos, canónicos, jurídicos y retóricos, resueltos ya, sin revisión posible de los fallos, por la autoridad de la Iglesia. Nada quedaba que hacer a la Universidad en materia de adquisición científica; poco, en materia de propaganda religiosa, de que se encargaban con brillante suceso las comunidades; todo, en materia de educación por medio de las selecciones lentas en el grupo colonial. Era una escuela verbalizante; el "psitacismo", que dice Leibniz, reinaba en ella. Era la palabra, y siempre la palabra latina, por cierto, la lanzadera prestigiosa que iba y venía sin cesar en aquella urdimbre infinita de conceptos dialécticos. En las puertas de la Universidad, podemos decir de las Universidades de entonces, hubiera debido inscribirse la exclamación del príncipe danés: palabras, palabras, palabras.

Estas líneas del Maestro, tan expresivas y vivaces, nos dan sólo una imagen de bulto. Como él mismo lo declara, aquella Universidad no era única en su carácter. Pues ¿qué otra cosa hacía la madrina de Salamanca? La lógica deductiva, bastardeada en la descendencia, olvidaba el contacto fertilizador con los hechos, de que tanto caso hizo su fundador, Aristóteles, y pretendía extraer del seno de una terminología taumatúrgica todas las cosas del universo. Pero no podríamos repetir, si nos transportamos al ambiente mismo de la época, que "la Muralla China del Consejo de Indias" haya impedido la circulación de las ideas renacen-

tistas. ¡Era la fuerte idiosincrasia española, tan reacia en las colonias como en la Metrópoli! No es lícito exagerar ni en más ni en menos. Como decía Carlos Pereyra, "convertir leyendas negras en leyendas blancas es tan ilegítimo para la crítica como lo contrario". Aunque seguramente se procuraba redoblar las censuras para una sociedad en formación, que se entendía bajo tutela y sometida a los excesivos cuidados de una infancia étnica, y que se consideraba amenazada por posibles recaídas en la gentilidad anterior, la mente hispánica siempre ha dejado ciertas filtraciones a la libertad y al buen sentido. Ni es conciliable el cubrir de coronas, como siempre se hizo, los nombres de aquellos abuelos de la cátedra mexicana, y negar al mismo tiempo los méritos de la casa de estudios.

Urbina, con su habitual hechizo, sonríe levemente ante la poesía académica que se fraguaba en la Universidad, poesía montada con piezas traídas de los talleres de Alcalá o Salamanca, a la cual faltaban los siete espíritus que sólo la magia de la inspiración logra encerrar en el tintero. Cierto, certísimo. La Universidad, entregada a sus propias fuerzas, sólo engendra poesía escolar; su obligación es hacer ejercicios de gramática y no poetas. ¡Afortunadamente! ¿Y cuándo y dónde se vio otra cosa? ¡Peras al olmo! La Universidad debe crear —la nuestra lo cumplió— un nivel medio de cultura, que fue el nivel medio de la Metrópoli. Sobre él, respirándolo a pesar suyo e ignorándolo muchas veces, o hasta en rebeldía, los poetas se alzan por sus medios. Que

donde no hay naturaleza,
Salamanca no aprovecha.

3. Entretanto, la imprenta, la primera en el Nuevo Mundo, trabajaba ya en humildes cartillas y utilidades menores desde fines de 1536, antes de su definitiva instalación en 1539. En 1537 aparece la *Escala espiritual* de San Juan Clímaco, traducida del latín por fray Juan de la Magdalena. En 1539 tenemos una *Breve y más compendiosa Doctrina Cristiana en lengua mexicana y castellana.* El Pbro. Pedro de Logroño declara con orgullo: "Hice yo el primero, y no otro, el *Manual de los Adultos para bautizar,* por orden y nota del obispo de Mechuacán" (1540).

A poco, el privilegio de que disfrutaba Juan Pablos el Lombardo —dependiente del impresor sevillano Cromberger, luego instalado por su cuenta— fue abolido por instancias de otros impresores, lo que prueba que el negocio lo merecía. Antonio de Espinosa y socios hicieron un viaje especial a España (1559) para obtener permiso de imprenta, y abrieron la ruta a los demás. Entonces se multiplican los talleres, las encuadernaciones, las grabaciones. Los naipes del Colegio de Tlaltelolco eran más buscados que los peninsulares. Los "cajistas" salían de las escuelas eclesiásticas, y aún se recuerda como oficiales expertos a un Diego Adriano y a un Agustín de la Fuente. En Tlaltelolco había encuadernación y, antes de acabar el siglo, imprenta propia. Entre los últimos impresores del siglo XVI figuran Enrico Martínez, el célebre ingeniero de los desagües del valle de México, y finalmente, Melchor Ocharte.

Icazbalceta llama "incunables mexicanos" a los volúmenes anteriores al año 1550, impresos en caracteres góticos. De 1554 en adelante se generalizan los romanos y los cursivos. Cuanto por entonces se imprimía, y aun algo más tarde, se conserva en pésimo estado, y los ejemplares son rarísimos: obras de religión o de enseñanza, el uso diario las consumía. Amén de que la tierra es húmeda, y las bibliotecas solían guardarse en los pisos bajos de los conventos. La carestía del papel hizo que, en épocas de escasez, se echara mano de lo que había ya impreso, y se destruyeran muchas obras. Hay libros en los tres tamaños canónicos —folio, cuarto y octavo español—, encuadernados a la alemana en pergamino flexible. Y a veces, en el cartón que arma la badana o becerrillo, revestimiento de los folios, aparecen comprimidos algunos papeles curiosos, hojas de libros y "gacetas" que se recobran remojando las pastas.

El caso de la imprenta permite advertir que, prácticamente, en materia de publicaciones propiamente literarias lo que llegaba a la sociedad y al público se hacía en casa. Las bibliotecas que mandó traer el primer bibliófilo mexicano, fray Alonso de la Veracruz, los inventarios de "libros que pasaron a la Nueva España", y otros catálogos de la época —tan bien investigados por Irving A. Leonard— sig-

nifican un tesoro de informaciones sobre el pensamiento de entonces. Pero se destinaban a un grupo reducido y privilegiado; sobre todo, a la clase sacerdotal y docente, y a lo sumo, a los educandos de nota. La literatura verdadera tendrá todavía que esperar algún tiempo, aunque las obras amenas escasean —romances, historias profanas y libros de caballería— si bien el humanismo español nunca consideró con paciencia las ficciones quiméricas, acaso teniéndolas por yerba dañina, siempre difícil de arrancar.*

Lo que menos se publicó durante el siglo XVI (más de un centenar de libros) fue literatura en pureza. Había que atender a la necesidad inmediata. La cultura era pedagógica y eclesiástica. De aquí la superabundancia de la producción lingüística y religiosa. Los libros filosóficos y científicos no escasearon: la dialéctica y la física de Veracruz o la teología de Ledesma; el *Cedulario* de Vasco de Puga y las *Ordenanzas* de Mendoza, primeras recopilaciones de leyes de Indias; los escritos médicos de Bravo, López de Hinojosa y Farfán; el autor militar y náutico García de Palacio, autoridad en términos técnicos; los *Problemas y secretos maravillosos de las Indias*, del Dr. Juan de Cárdenas. Pero los libros científicos (como la gramática del P. Álvarez) era más fácil traerlos de España. Además, al Nuevo Mundo acudían, mucho más que especuladores teóricos, los políticos y los apóstoles.

Descuellan, entre los autores religiosos, Gante, Gaona, Gilberti, fray Juan de la Anunciación. Así como en las Artes gramáticas hay noticias sobre la etnografía indígena, en los Confesionarios las hay sobre costumbres y supersticiones diversas. Se ha perdido, entre muchas otras cosas, cierta *Vida y milagros del glorioso San Jacinto,* donde fray Antonio de Hinojosa coleccionó poesías latinas y castellanas de los indios y que parece haber sido obra entretenida.

Magna labor la de aquellos filólogos autodidactos —Olmos, Molina, Gilberti, Córdoba, Alvarado, Villalpando, Lagunas, Cepeda, De los Reyes, Rincón— que "en los campos, en los bosques, a cielo abierto, en medio de las fatigas del

* Este punto ha quedado hoy esclarecido con la obra de Irving A. Leonard, *Los libros del conquistador,* México, Fondo de Cultura Económica, 1953.

apostolado, del hambre, de la desnudez, de la vigilia", tuvieron que empezar, como Adán, desde los primeros nombres de las cosas, inventar sus técnicas en un todo, y abarcar de una vez cinco o seis dominios diferentes; pues el país era una Babel cuyas lenguas diferían entre sí como pueden diferir las más encontradas de Europa. ¡Y pensar que el laurel se gana —cuenta el satírico— por haber recogido, en el pico de un viejo loro, hasta una docena de terminajos de cualquier dialecto asiático desaparecido!

Finalmente, nos acercan a la literatura las publicaciones humanísticas de los jesuitas. Contra el parecer de Lanucci, primer profesor de letras humanas en el Colegio de la Compañía, los superiores de la Orden aprobaron la lección de poetas clásicos. Algunos venían de España. En México mismo, los jesuitas dieron a la estampa, además de una introducción a la dialéctica aristotélica y unas tablas de ortografía y retórica, los siguientes libros: antologías latinas, extractos y expurgos de Catón, Cicerón, Virgilio, Ovidio, Marcial, Valla, Adriano, Toledo, Alciato, Vives.— Vives y Moro, a través del obispo Vasco de Quiroga, inspirarán las Fundaciones Michoacanas, una de las varias utopías indígenas soñadas por los civilizadores de América.

De esta masa se van desprendiendo los dos primeros géneros literarios que adelante examinaremos, ambos de creación propia hasta cierto punto, si no en lo formal, sí por cuanto brotan al contacto de la realidad mexicana, sólo por ella se explican y cumplen esencialmente un fin social: la Crónica y el Teatro. La primera es literatura aplicada, oscila entre el afán de narrar proezas de la Iglesia y del Trono y el afán de construir la historia: sólo nos incumbe su nacimiento. El segundo surge como literatura al servicio de la catequesis y se emancipa gradualmente, aunque sin olvidar su cuna, como cuadra a la sociedad en que alienta. Poco a poco, aparecerá la literatura independiente, en la poesía y en la prosa. Crónica y Teatro Misionario bien pueden llamarse géneros nacientes; los demás, géneros transportados: todas aquellas formas ya maduras que nos llegan con las letras hispánicas.

4. Entre las corrientes literarias que empiezan a adqui-

rir caudal, la primera es de acarreo indígena, aunque gradualmente configurada al cauce sepañol. El usar la lengua del país será recurso del teatro primitivo; en siglos ulteriores se prolonga como mera afición. Antes de mediar el XVI, don Francisco Plácido, señor de Azcapotzalco, entona sus *Cánticos* guadalupanos; antes de cerrar la centuria, los poemas en náhuatl alternan en certamen con poemas en lenguas clásicas.

La segunda corriente es de acarreo europeo y de tipo académico: el cultivo de las letras latinas en traducciones y en obras originales. Parte del Colegio de Tlaltelolco; se manifiesta en el Cicerón indio don Antonio Valeriano, o en don Antonio Huitziméngari, hijo del rey tarasco Caltzontzin, latinista, helenista y aun hebraizante, o en el mestizo tlaxcalteca fray Diego Valdés; la fomentan los misioneros en sus colegios, los estudios y representaciones de los jesuitas, y las cátedras universitarias; florecen en la prosa de Garcés y de Cervantes de Salazar; se aprecia su difusión en el *Túmulo imperial* a la muerte de Carlos V; se multiplica día por día; da señales de su penetración hasta en los rincones del imperio: Diego Mexía, durante un viaje de tres meses por el interior del país, se divierte traduciendo las *Heroidas* de Ovidio, ejemplar comprado a un estudiante de Sonsonate.

"El latín y las lenguas indígenas —escribe Bernardo Ortiz de Montellano— resultan ser, con iguales derechos, los antecedentes lingüísticos de nuestra literatura." Ya hemos dicho que, en su impaciencia apostólica, algunos misioneros enseñaban a los indios —aun antes de que aprendiesen español— a decorar en latín las primeras plegarias cristianas. El primer tratado *De las yerbas medicinales de los indios*, compuesto en náhuatl el año 1552 por el indio Martín de la Cruz, pasó directamente al latín por obra del indio Juan Badiano.

La tercera corriente es ya la literatura en lengua española; y su característica mexicana pronto se manifiesta en la fácil adopción del color local y de ciertas modalidades del habla que amanecen tanto como la conquista.

5. En sólo el primer siglo de la colonia, consta ya por

varios testimonios la elaboración de una sensibilidad y un modo de ser novohispanos distintos de los peninsulares, efecto de ambiente natural y social sobre los estratos de las tres clases mexicanas: criollos, mestizos e indios. El autorizado Francisco Sánchez (*Quod nihil scitur*, Lyon, 1581) declara que, en las Indias, "hácense poco a poco más religiosos, más agudos, más doctos que nosotros mismos". Diez años más tarde, un médico andaluz criado en México, Juan de Cárdenas (*Problemas y secretos maravillosos de las Indias*), encuentra en el americano mayor pulimento y delicadeza que en la gente de allá, y un estilo más discreto y retórico.* Los conocidos sonetos anónimos del "resquemor criollo" oponen la rudeza del "arribista" español al señorío del indiano, o contestan en nombre de aquél desmintiendo las grandezas de América. El cartapacio de Oquendo recoge ecos de igual disputa en el Perú y contribuye con nuevas sátiras. En el XVII, Sor Juana, en su Sainete Segundo, censura la mala costumbre de silbar en los teatros como propia de "gachupines recién venidos". (¿O se refiere, acaso, a la pronunciación española de la *s*?) En el propio siglo, el cronista agustino Juan de Grijalba se asombra ante la vivacidad y precocidad del mexicano. Todo ello revela, por una parte, la creación de un nuevo espíritu; por otra, manifiesta ese utopismo que el descubrimiento de América provocó en el pensamiento europeo y que, exagerando un poco, se empeñaba en adelantar a las Indias un crédito moral.** Todo ello permite ya definir nuestra literatura, dentro del orbe hispá nico, según manda la escuela, por género próximo y diferencia específica.

De suerte que la hispanización fue fecunda. No ahogó la índole nacional; no estorbó la precoz manifestación de la idiosincrasia mexicana en la nueva lengua.

* Opone al "nacido en las Indias" (criollo, no indio, pues a éste lo desdeña), el "cachupín", a quien también llama "chapetón" como en el Perú.

** A. Reyes, *Última Tule*, *Obras Completas*, Vol. XI, y especialmente, p. 79: "El sentido de América".

II. LA CRÓNICA

1. La sola aparición de América fertiliza la voluntad y el pensamiento europeos. Si en el orden de la acción estimula a reformistas, colonizadores y aventureros, y muy pronto se ofrece como una esperanza a la asfixia social de los descontentos, los "peregrinos", los hugonotes, en el orden teórico no sólo enriquece la temática literaria con nuevas sazones de exotismo; también, enlazándose con la tradición humanística de la República Perfecta, presta alas a la especulación política y a la utopía novelada. Por su parte, la historiografía,* habituada de preferencia a los hechos de los gobiernos y de las clases directoras, se sacude con desperezo ante el espectáculo de sociedades extravagantes, se acerca curiosa a las multitudes y saca a flor de tierra ese subsuelo que se llama la etnografía.

Entonces, entre los viajeros y narradores europeos, sea por su participación en los descubrimientos —Colón, Vespucio, el capellán Juan Díaz para la expedición de Grijalva—, sea por mera afición —Ramusio el recopilador—, aparecen unos francotiradores de la historia de América. A veces, ceden simplemente al gusto en boga: el Bembo se las arregla para insertar un capítulo del Nuevo Mundo en su libro sobre Venecia. Pero el avisado jesuita Acosta, historiador independiente que vivió en Lima y estuvo en México, desempeñando comisiones de la Compañía, adelanta ya, en su *Historia natural y moral de las Indias,* ciertas comparaciones entre México y el Perú, ciertas generalizaciones que anuncian la madurez de las especies recién adquiridas. La conquista española, sometida a un régimen definido, determinó la creación de un funcionario *ad hoc:* el Cronista de Indias, institución pareja al Cronista de Aragón; ambas, iniciativas

* Llamo "historiografía" a toda literatura histórica, para distinguirla de la "historia", conjunto de los hechos humanos, y no a una escuela histórica determinada, como a veces se hace.

de Carlos V. El Cronista de Indias fue cargo individual hasta mediados del siglo XVIII, en que la Real Academia de la Historia heredó sus funciones. Por último, cierto personaje no oficial —el caso de Gómara— ronda en calidad de cliente o capellán las casas de los capitanes. Algunos de estos historiadores, inexplicablemente olvidados por Menéndez y Pelayo, corresponden exactamente al tipo clásico y artístico que él estudia en su célebre discurso académico (*De la historia considerada como obra artística*).

Todo ello incumbe a la historia de la historia, no todavía al panorama de nuestras letras. Por derecho de primer ocupante y por la gratitud que les reconoce nuestra memoria nacional, estos autores suelen figurar en los Manuales; pero son, en concepto, anteriores, y en sustancia, ajenos a la literatura mexicana.

Pedro Mártir de Angleria es el iniciador del relato etnográfico, y recoge noticias únicas. Escritor algo deshilvanado en la composición, y siempre narrador atractivo —"primera embriaguez literaria del tropicalismo"—, apenas lo embarazan sus deberes de apologista oficial, y su escepticismo ante las patrañas sólo se doblega cuando ellas parecen escudarse a sus ojos en la semejanza con los mitos clásicos: reminiscencias de la hesiódica Edad de Oro, isla de mujeres amazonas, galerías de heroínas a lo Tito Livio, Colón en actitud de estatua romana.

Gonzalo Hernández de Oviedo se nos acercó hasta la Hispaniola o Santo Domingo; y sus páginas sobre México —aunque acaso consultadas en manuscritos por Gómara y otros— no alcanzaron difusión en su tiempo y, aseguran que por oposición de Las Casas, permanecieron inéditas, hasta que en el XIX las desentierran los eruditos. Autor desordenado y relativamente inculto —"apenas sabía qué sea el latín"—, sin criterio para las fuentes, pero sagaz en la observación directa, los extraños lo estiman por el hito que representa en la evolución del género, y los propios lo objetan, concediéndole más paciencia que entendimiento.

Francisco López de Gómara fue, en cambio, literato de cepa, dueño de la economía en los elementos, si bien la afectada sencillez lo hace monótono por instantes. Es uno de los

primeros artistas en el abultado monumento a Cortés, cuyo peso desvía el equilibrio del conjunto.

Esta deificación provoca reacciones, de que poseemos un par de ejemplos eminentes, uno bronco y otro apacible, para de algún modo llamarlos: Bernal Díaz del Castillo, por su cuenta y riesgo, hablará a nombre de la chusma que nació para obedecer y callar —como dirá más o menos Solís—; y muy otro acento usará, naturalmente, el humanista Francisco Cervantes de Salazar, a quien los conquistadores, sus descendientes y los encomenderos, que formaban la mayoría del Cabildo, nombrarán un día Cronista de México, deseosos de que recogiera en su noble prosa los datos verídicos y las rectificaciones que le iban proporcionando.

D. Antonio de Herrera se empeñó, el primero, en sujetar al antiguo tipo retórico la pintura de un mundo que por todas partes lo desbordaba, y aunque el ser la suya una obra completa sobre las Indias significa una comodidad que por sí sola explica su éxito, pagó su culpa obligándose a hinchar digresiones y discursos y a barajar un montón de anales inconexos.

D. Antonio de Solís acabó de modelar el difícil aparato humanístico, urdiendo su tela con retales arrancados a la púrpura de la Clío grecolatina y ajustando, con elegante estilo, su interpretación de la conquista a una concepción eclesiástico-providencial de la historia.

2. Nuestra literatura es hecha en casa. Sus géneros nacientes son la Crónica y el Teatro Misionario o de evangelización.

Si la cultura indígena, vistosa y frágil como la flor, se contentó con vivir al día, la hispánica, como todas las europeas, vive de preservarse. De aquí una temprana acumulación de materiales, arranque de nuestra historiografía, único momento que aquí nos concierne.

La crónica primitiva no corresponde por sus fines a las bellas letras, pero las inaugura y hasta cierto instante las acompaña. Fue empeño de conquistadores, deseosos de perpetuar su fama; de misioneros que, en contacto con el alma indígena y desdeñosos de la notoriedad, ni siquiera se apresuraron muchas veces a publicar sus libros, y a quienes

debemos cuanto nos ha llegado de la antigua poesía autóctona; y en fin, de los primeros escritores indígenas que, incorporados ya en la nueva civilización, y aún torturados entre dos lenguas, no se resignaban a dejar morir el recuerdo de sus mayores. Pronto aparecen tal o cual encomendero reciente que distraía, escribiendo, los ocios de su bienestar, o algún catedrático universitario comisionado para juntar noticias.

3. La historia de la conquista fue inaugurada por los mismos conquistadores. Ellos representan aquella tradición, ilustrada en los Quinientos por tantos guerreros españoles como escribieron con buena mano el relato de sus episodios, patentes en las Crónicas del Gran Capitán y cortejo teórico a la superioridad de las infanterías imperiales.

Hernán Cortés, en sus cinco famosas *Cartas de relación* dirigidas al Emperador de 1519 a 1526, cubre el panorama completo, desde el arribo a Cozumel hasta la expedición a las Hibueras.* Pudo haber escrito unos secos partes militares; movido de su índole epistolar, nos legó un documento apasionador y lleno de vida, en su aparente objetividad y mesura.

Acostumbró el conquistador escribir siempre con llaneza, atropellamientos de lengua hablada, sabores de locución casera y aun proverbios —no obstante que sus epístolas iban enderezadas a la persona imperial— y, en suma, esa estilística viva que Vossler justifica en su estudio sobre Benvenuto Cellini. Con todo el respeto que nos merece una de las autoridades críticas que más veneramos, nada encontramos en el rasgo de aquella pluma que pueda llamarse "rápido" y "nervioso". Al contrario, lo sorprendente es aquella manera solazada y lenta, en medio de las alarmas militares.

Gracián, preciosista extremado para quien el enigma es condición estética y "el jugar a juego descubierto ni es de utilidad ni de gusto", dice que Cortés, magnífico en las armas, si llega a consagrarse a las letras nunca hubiera pasado de una discreta medianía, que es juzgar de lo que no existió. Quevedo afirma que se equivoca quien llamó hermanas las

* Ver Ramón Iglesia, *Cronistas e historiadores de la Conquista de México: El ciclo de Hernán Cortés*, El Colegio de México, 1942.

letras y las armas, "pues no hay más diferentes linajes que hacer y decir". Lo desmienten muchos ejemplos, y más cuando se dice lo que se supo hacer, de cuyos aciertos están llenos los libros.

Desde luego, el antiguo estudiante de Salamanca, que conocía sus latines, era algo poeta; según Díaz del Castillo, se manifestaba con muy buena retórica en sus charlas con los entendidos, sembraba sus arengas de heroicidades romanas —amén de su ingénito dón de convencer y atraer—, y no carecía de letras. Y a ellas volverá en la desengañada vejez, fundando en su propia casa la primera academia al modo italiano que se conozca en España, donde se congregaban, en busca de plática sustanciosa, hombres tan eminentes en humanidades y en gobiernos como

> el liberal Cardenal Poggio, el experto dominico Pastorelo —arzobispo de Callar—, el docto fray Domingo del Pico, el prudente D. Juan Destúñiga —Comendador Mayor de Castilla—, el grave y cuerdo Juan de Vega, el ínclito D. Antonio de Peralta —Marqués de Falces—, don Bernardino su hermano, el del excelente juicio, D. Juan de Beaumont, y otros que por no ser largo dejo de nombrar.*

Con ojo y pincel maravillados, retrata Cortés la vida y costumbres del país, sus ciudades, sus artes, sus ceremonias; a todo lo cual comunica una animación y da un tratamiento minucioso que nunca concede a sus propios actos. Pues, en rara armonía de cálculo y temperamento, se explica poco sobre sí mismo y acepta con sobriedad y sin embriaguez sus éxitos y sus reveses. Viajero dispuesto a entender, no se desconcierta ante lo exótico. Narrador incomparable, descriptivo de singular nitidez, no disimula su pasmo ante la cultura indígena. Sus *Cartas* resultan un himno a la "grandeza mexicana", tan expresivo en su prosa espesa y embarazada de artejos como el que más tarde entonará, con atuendo artístico y sonoras sílabas contadas, el elegante Bernardo de Balbuena; y acaso también sea más sincero. La emoción auténtica ante las maravillas del Nuevo Mundo —advertía Humboldt— se nota mejor en los cronistas que en los poetas.

* D. Pedro de Navarra, *Diálogos de la preparación a la muerte* (el tema de una de las sesiones), Zaragoza, 1567, fol. 39.

Pero, a poco que un rasgo o una circunstancia, por inesperados que sean, acomode en sus planes y le ofrezca alguna utilidad, y aunque hoy a nosotros nos parezca una de las fantasías mayores de la historia —así cuando Moctezuma, temblando de pavores místicos y transido por la angustia de los presagios, le revela aquellas profecías de Quetzalcóatl que lo han desarmado moralmente, nuevo rey Latino ante Eneas, el emisario de la fatalidad—, Cortés se queda al instante frío y fríamente mueve la pieza en su ajedrez. Se apagan sus ojos, se le seca el alma, ya no ve más que su provecho. El orden de la acción, o mejor el orden cerebral, domina al orden contemplativo. Es el espíritu de conquista que reclama sus fueros.

Esta alternativa corresponde a las dos etapas de la campaña, discernidas por la perspicacia de Mora. La primera etapa es de persuasión, de encantamiento; se cierra con la llegada a Tenochtitlán, y a lo largo de toda ella Cortés ha venido soñando en un posible arreglo, en quedarse acaso con su presa mediante la sola astucia. En el abrazo con que Cortés se acercaba a su conquista, si hay sangre, también hay amor, y él mismo se siente conquistado. Por eso se ha dicho que, si las *Cartas* son nuestros *Comentarios de las Galias*, Cortés, incapaz de medirse con César en la pureza de un estilo profesional, lo supera por el entusiasmo y la simpatía. Hasta se lo ve ilusionado con una quimera política tan inmensa, que relega al segundo plano el primer impulso de la codicia. Más tarde, y a pesar de los contratiempos que lo esperan, esta quimera —tal vez acariciada en la intimidad de la familia, al punto que pudo inspirar las ambiciones de autonomía en el corazón de sus hijos— asume la figura de un vasto orbe chino-mexicano que hubiera mudado la gravitación de la historia y que el Virreinato corrige con preciso dibujo.

Pero, al sobrevenir la segunda etapa, cuando se levanta Tenochtitlán como una fiera que despierta y Cortés tiene que escapar precipitadamente, en fuga desastrosa; cuando comprende que tampoco él está en un lecho de rosas y no todo había de ser "vida y dulzura"; cuando cae la venda de sus ojos y, desde lo alto del templo de Tacuba, se lo oye

suspirar contemplando a la ciudad perdida, padece la crisis más amarga de su existencia; reacciona como el amante que, ciego y egoísta ante el ajeno albedrío, se halla de pronto amante engañado. Y empieza la etapa propiamente militar. Sucede al seductor el guerrero. Ya no ve delante de sus ojos más camino que la violencia.

Tal es la dinámica de la conquista en las disyuntivas de su ánimo. Ellas explican crueldades e imprudencias, que más de una vez desgarran la malla tejida astutamente durante su ascensión hacia la meseta de México; ellas, la impaciencia con que quiere colmar aquel abismo de la religión que lo separaba del objeto deseado, como si la decisión de un solo hombre en un solo instante bastara para realizar el portento en que se agotaron las misiones. Cortés acusa de todo al error que significó la expedición de Narváez, al celo de Velázquez para sostener su endeble principio de autoridad. Pues las reyertas entre unos y otros españoles corrompieron el prestigio, casi divino, de que ya empezaban a gozar los Hijos del Sol entre aquellos recelosos testigos de su conducta. Pero la culpa es más honda: está en el desaire de Cortés para el sentimiento religioso y nacional del pueblo indígena; en su desconocimiento, a veces, de aquella energía fundamental que se llama de mil maneras y que nos subleva contra todo empeño de sujeción a la voluntad extraña.

4. Uno de los hombres de Cortés, Bernal Díaz del Castillo, combatiente en más de cien batallas, y al fin Regidor en Santiago de Guatemala —donde gozosamente cortará un día los frutos de los siete naranjos cuyas semillas trajo de la Península, así como el anciano Andrés de Vega compartirá con sus camaradas los tres primeros espárragos que se dieron en el llano del Cuzco—, escribirá, éste sí que a la pata la llana, en la híspida lengua del campamento y con desenfado de soldadón, aquella *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, cuyo solo título es ya la respuesta al desafío de Gómara; obra imponderable en su sinceridad y encanto sin afeites, "alarde de memoria, . . . largo cuento de un viejo que hilvana sus recuerdos junto al fogón",* y que, a la lectura, suelta el olor amargo y salubre

* J. Jiménez Rueda.

del matojo silvestre. Por supuesto que tampoco deja de sentirse en estas páginas —aunque Bernal Díaz "no es latino ni sabe del arte"— aquella impregnación humanística de la época, que le permite aludir muy a propósito a los hechos y figuras de la antigüedad, como no lo harían hoy los escolares.*

Díaz del Castillo afronta la realidad con buen sentido de Juan Español y popular crudeza, reacia a las milagrerías, las intervenciones del Apóstol Santiago y las exageraciones legendarias que ya comenzaban a adulterar la imagen de los paladines de carne y hueso. Allí el valor no se avergüenza de temblar, como en la realidad acontece. La gloria no está hecha de mármol y oro monumentales, sino de miserias y fatigas; "de polvo y sol", dijo el romántico. Sin asomo de desacato al jefe, siempre lealmente obedecido, pero irritada contra quienes ignoran la verdadera fraternidad del peligro, en que todos se dan la mano, la voz de la tropa reclama allí su puesto en el triunfo y pide un gajo de la guirnalda que sólo se otorga a los capitanes. Entre los dos adoradores del héroe único, Gómara y Solís, se alza la protesta de Bernal Díaz: "bello ejemplo de indignación militar", nota con justicia Fitzmaurice-Kelly. El cronista recuerda a todos y a cada uno de sus compañeros de armas, y sería capaz de pintarlos, aunque son como unos quinientos y para todos exige, al menos, un tributo de gratitud.

Si Díaz del Castillo no le va en zaga a Cortés como padre de la historia y relator de los sucesos, acaso se le siente más el corazón. Hay en él gritos patéticos y conciencia de las hazañas, propias o enemigas. Es ridículo que los historiadores de gabinete le anden buscando los relieves de vanidad, por acciones y heroicidades de que todavía se espanta el mundo. Su embeleso ante las sorpresas que en nuestro país lo esperaban suelta la rienda y pierde los estribos. No se cansa de ponderar tanta y tan desusada excelencia. En su hipérbole de ingenio lego, compara a los artífices indios (¡oh Marcos de Aquino, Juan de la Cruz, el Crespillo!) con Miguel Ángel y Berruguete. Todo le parece aquí mejor que

* G. Méndez Plancarte, *Los fundadores del humanismo mexicano,* Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1945, p. 21.

en parte alguna. Y nada iguala su éxtasis y arrobo a la vista de la Ilión Azteca: obra de encantamiento —dice— y sueño del *Libro de Amadís.*

5. Aquél que Clavigero ha llamado el Conquistador Anónimo, sólo por ser un soldado anda en este ciclo. Acaso la treintena de páginas a que se reduce su relato sea el proemio para una historia de la conquista. Lo que conocemos, sucinta y amena descripción de las antigüedades mexicanas a la llegada de los españoles —bocetos del país y las poblaciones, vida, religión y prácticas de los habitantes— se interrumpe a deshora, "dejándonos con la miel en los labios" Amable y avisado turista, este Conquistador Anónimo.

Sabido es, por último, que otros tenientes de Cortés, como Alonso de Ojeda y Andrés de Tapia, también dejaron sendas memorias que habrá de utilizar un día el Cronista de la Ciudad de México, Francisco Cervantes de Salazar. La *Relación* de Tapia no pertenece a las bellas letras.

6. En la historia reconstructiva del pasado que ahonda hacia los antiguos reinos, sus culturas, arqueología y etnografía, descuellan singularmente los religiosos y los historiadores indígenas. Meritísima, ingente casi, pero ajena a nuestro asunto, es la obra del dulce e intrépido Motolinía, del infatigable e irreprochable Sahagún, del honrado e insobornable Mendieta, del rudo y probo Durán; no desdeñable en todo la del incierto y farragoso Torquemada; importantes las del tlaxcalteca Muñoz Camargo, del Anónimo Códice Ramírez, fuente muy explotada, de D. Hernando Alvarado Tezozómoc, nieto por vía materna de Moctezuma II, de D. Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, descendiente de los reyes acolhuas e historiador algo laberintoso.

7. Hay, por último, un ciclo más bien polémico que histórico, todo él representado por fray Bartolomé de las Casas, y sus inmediatos partidarios e impugnadores. El inolvidable obispo de Chiapas emprendió desde el primer instante, y lo sostuvo hasta el fin de su añosa vida, un denodado alegato en favor de la plenitud racional del indio y contra los errores del régimen, su pecado feudal de origen, las reparticiones y encomiendas, la inhumanidad de los conquistadores: mo-

numento de caridad cristiana y del que ciertamente puede afirmarse que "el estilo es el hombre mismo". Aún no se apacigua del todo la contienda en torno al derecho natural del indígena, y en nuestros días presenciamos resurrecciones del voto por la negativa, brotadas en donde menos se esperaban. Todo ello recuerda la discusión de ángeles y santos cuando el cegatón San Mael impuso el bautismo a los pingüinos del cuento. Si en el cuento hace reír, en la realidad ha hecho llorar.

8. Entre los textos en náhuatl reunidos por Sahagún para ir edificando su *Historia* en dos sucesivas versiones castellanas —obra que lo ocupó más de treinta años—, figura una joya, ejemplo de lo que puede encontrarse en libros de los misioneros (*Historia general de las cosas de la Nueva España,* lib. XII). Es un relato de la conquista preparado por algunos indios viejos y principales, y confeccionado después por los escolares de Tlaltelolco bajo la inspección de Sahagún. Posible es que estos indios letrados hayan llegado ya a componerse una lengua culta distinta del náhuatl vulgar; no lo sabemos.

Con todo, la reciente traducción filológica que se ha hecho de ese relato posee un valor único, y es el permitirnos la confrontación de los mismos hechos en dos conciencias diferentes, el conquistador y el conquistado. Además, en ella apreciamos un tránsito de la mente heroica a la mente histórica, manifestación extraordinaria. El relato está aún penetrado de humedad poética; el estilo y las metáforas palpitan de fuerza mitológica. Moctezuma, en el espejo que trae al copete un extraño pájaro agorero, adivina la imagen de los conquistadores que se aproximan, a manera de cañas enhiestas encaramadas en ciervos, puesto que el caballo era desconocido en América.

Apenas hay aquí espacio para señalar la *Crónica de Chac-Xulub-Chen,* del cacique maya Ah Nakuk Pech, otro documento importante sobre la historia de la conquista desde los ojos de un conquistado. El relato obedece a cánones de composición literaria que don Agustín Yáñez reduce así:

> Desde luego, sorprende el ritmo acentuadamente oriental que, isócrono a un ritmo interno, profundísimo, emplea Na-

kuk-Pech; oriental es la arquitetura de la crónica, dividida en parágrafos a modo de versículos, en los cuales abundan las reiteraciones cadenciosas de temas y epítetos; oriental es la plástica del estilo, profuso de imágenes, perífrasis y antítesis, de una belleza religiosa y solemne: *Yo, por mi nombre, soy Nakuk-Pech, y no porque entrase el agua en mi cabeza... Una noche vino el día de la guerra...**

Pudieran añadirse aquellos retos, relatos de las propias hazañas, con que los fieros itzaes, a orillas del Petén, trataban de amilanar a los conquistadores; y la *Relación de Michoacán* sobre las vicisitudes de los cacicazgos de Pátzcuaro, hecha para el virrey Mendoza por algún poeta indígena que aún no distinguía la historia de la fábula.

* *Crónicas de la Conquista de México:* Introducción, selección y notas de Agustín Yáñez, México, Biblioteca del Estudiante Universitario, nº 2, 1939.

III. TEATRO MISIONARIO

1. El Teatro naciente fue dádiva de la evangelización y el catequismo. Sus fines distan mucho de ser pura y directamente estéticos o de mero divertimiento. Pero este teatro comienza a tirar del carro de la comedia y ha de conducirnos hasta la escena criolla.* Arrolladora su trascendencia social, su originalidad no admite siquiera parangón. Perdido casi en su totalidad por desgracia, lo reconstruimos en las abundantes referencias. Asombrados de su propio acierto, los misioneros hacían verdaderos alardes literarios para describir lo que fue este teatro, y lo entresacamos de sus páginas candorosas como de un hueco-relieve. Los anales del teatro misionario se documentan desde 1533 y se van borrando hacia 1572.

Para el objeto del catequismo, se adaptó una tradición indígena. No costó trabajo a los misioneros el apoderarse de aquellas fiestas florales o "mitotes", pantomimas, bailetes, disfraces y máscaras, simulación de mutilados y contrahechos, remedo de animales, réplicas improvisadas: todo ello, mero embrión dramático según nuestro punto de vista, aunque aquel teatro poseía ya su género heroico y su género cómico, y sus sedes escénicas en el templo de Cholula o en el alcázar de Tezcoco.

Al soplo de la evangelización, mudáronse los espectáculos gentiles, sin perder su pompa, en procesiones de palio alzado y vela encendida, desfile de "monumentos" o imágenes y breves representaciones: sencilla enseñanza escenificada sobre los principales preceptos y figuras de la doctrina y la historia sacras o el castigo de los infieles (toma de Jerusalén), con las naturales alusiones a los elementos del propio ambiente.

Las procesiones al modo español habían entrado con los mismos peninsulares, quienes desde muy pronto las venían

* Agradezco a don José Rojas Garcidueñas la comunicación de sus notas y aun papeles inéditos sobre la historia del teatro en México.

celebrando con el concurso de danzas indias, sin que faltaran las habituales disputas sobre el puesto que correspondía a cada gremio en el desfile. Por cierto que se mezclaban en ellas las figuras grotescas de tradición europea —gigantes, diablo cojuelo y, ya en el siglo XVIII, la tarasca— y que se revolvieron con escenas y bailes de subida profanidad, al punto que la Iglesia una y otra vez las prohibía, como indignas y de mal ejemplo para los indios; hasta que el Tercer Concilio Mexicano (1585) depuró definitivamente estas prácticas.

2. Si el principio de la regresión colonial, o retroceso con respecto a la etapa evolutiva de la metrópoli, es perceptible en el orden social y el jurídico de la América recién conquistada —heterogeneidad étnica, feudalismo de las encomiendas—, también lo revelará nuestro drama en gestación, donde lo explican diversas circunstancias: primer contacto entre dos civilizaciones y dos lenguas muy distantes y que hasta entonces se ignoraban del todo; fines extraliterarios del teatro; público no acostumbrado a esta forma; autores y actores no profesionales, pues aquéllos son los misioneros, y éstos, gente de iglesia, monaguillos e indios, y muchachos disfrazados para los papeles de mujer.

Cuando en España toma vuelo el teatro renacentista, el nuestro parece una sombra medieval, por el asunto religioso, el tono, el acto único, el general anonimato. Aun en lo puramente escénico, la representación recorre otra vez el camino desde el interior de los templos cristianos a las capillas abiertas en los patios delanteros de iglesias y conventos (como la de San José, "la Catedral de los Indios"), a los cadalsos o tablados al aire libre, pocas veces a las carretas, en ocasiones a los colegios o al propio palacio virreinal y al fin, antes de cerrarse el siglo XVI, a su casa propia. Y esto, no porque la Iglesia haya expulsado a la criatura, puesto que la tenía a su servicio, sino por la afluencia del público. Las piezas acompañadas de simulacro bélico se representaban en el campo.

Pero no hay que exagerar el alcance de la regresión. Es ley de la escena española que unas formas engendren otras sin por eso desaparecer. El drama de la Eucaristía o "auto

sacramental", que enlaza el tema religioso con el recurso alegórico —elementos vetustos—, es como una supervivencia medieval florecida en la edad moderna, v se prolonga ostensiblemente hasta pleno siglo XVIII, y de cierto modo humilde y oscuro, casi hasta nuestros días. España, a fines del XVI, define las formas de su gran teatro; pero todavía los tipos breves anteriores, en vez de morir, se transforman y se reproducen. Si se olvidan, aunque sea en el nombre, églogas, farsas, representaciones morales y tragicomedias alegóricas (las "moralidades" y los "misterios" del resto de Europa), surgen en cambio por todas partes las loas monologadas, los villancicos, entremeses, bailes, saraos, jácaras, mojigangas —cortejo a la comedia o al auto—, y más tarde sainete y zarzuela. En América persisten por siglos la loa, subordinada o independiente, el coloquio, el villancico que parará en opereta sacra; y un día, cristalizará la pastorela, aldeana resistente, nieta del venerable Auto de Navidad nacido en la cuna de la lengua —siglo XIII— y alguna vez tocado por la mano gigantesca de Lope.

3. En el drama catequista hay piezas originales y piezas adaptadas o traducidas, unas en verso y otras en prosa, unas en castellano y otras en lenguas indígenas —náhuatl, zapoteca, mixteco, tarasco o pirindo, y hasta de la remota Sinaloa, por obra de los jesuitas de aquella misión—; y seguramente algunas eran transportadas en varias versiones para auditorios de hablas diferentes. Los nombres con que se las menciona —acaso bautismos *a posteriori*—, más que verdaderos títulos literarios, son referencias indecisas a los asuntos, lo que dificulta su identificación. La autoría es dudosa, aunque se cita, entre los que primeramente compusieron en lengua de indios, a Motolinía, Olmos, Fuensalida, Jiménez y otros. Entre los autores en castellano, se menciona a los que adelante se dirá. Como se llamaba "autor de comedias" más bien al empresario o al director de la compañía, caben las reservas.

Autos, coloquios, representaciones, comedias sacras y alegóricas, se inspiraban en la historia bíblica, los Evangelios, los dogmas, sacramentos e instituciones, asuntos de edificación y hechos notables aprovechados para el fin cate-

quista. Por la Epifanía, nunca se olvidaba la Adoración de los Reyes Magos, símbolo de la vocación de los gentiles a la fe cristiana, en que los indios veían la analogía de su propio caso, y ofrecían en el simulado pesebre cera, incienso, palomas y codornices. La Caída de Adán y Eva, representada en náhuatl con espléndida escenificación, lleva un motete final en castellano, acaso la primera recitación de nuestra lengua en boca de indígenas. La mudez de Zacarías, padre del Bautista, en otra pieza náhuatl, daba ocasión a incidentes cómicos muy al gusto de los naturales. Y cuando San Francisco predicaba en lengua india a las aves, éstas, en efecto, venían a posarse en su mano.

Para celebrar las paces de Aiguesmortes entre el emperador Carlos V y el rey Francisco I, se representó, en castellano, *La conquista de Rodas,* y en náhuatl, una conquista de Jerusalén, asunto de historia imaginada. Probable modelo de ésta, hay otra *Conquista* o *Destrucción de Jerusalén* en castellano, una de las poquísimas obras del género que conservamos, la cual ha resultado ser paráfrasis del limosín medieval. Es singular que, en la fingida toma y conversión de Jerusalén, se haya consentido a los tlaxcaltecas disfrazar de Conde de Benavente y de Virrey Mendoza a los jefes de los ejércitos español y americano, mientras que los derrotados infieles llevaban a la cabeza un Soldán y un capitán moro, en traza respectivamente de Hernán Cortés y Pedro de Alvarado, que para colmo vivían aún, aunque ausentes de México (1539).

Las otras piezas castellanas o indias (*Caídas del hombre, Bautismo del Bautista* —tal vez el auto representado en la española Valladolid para el nacimiento del futuro Felipe II—, autos de Adán, degollación del Bautista, Santa Elena de la Cruz, autos del Corpus que se dicen de Luis Lagarto, acaso el miniaturista, y *Profecías de Daniel* y *Nuestra Señora del Rosario* que se dicen de Andrés Lavis de Durango, etc.) recuerdan demasiado la colección de Rouanet, *Autos, Farsas y Coloquios del siglo xvi,* y es posible que, en sustancia, sean de procedencia peninsular.

A fines del XVI, Gamboa, fray Juan Bautista y su discípulo en lenguas indias, el historiador Torquemada, acom-

pañaban sus sermones de breves actos mímicos sobre Pasos de la Pasión y temas semejantes. Estos "neixcuitilli", ejemplos o dechados, pudieron ser en ocasiones, si no necesariamente, lo que entre nosotros se ha llamado después, "cuadros plásticos", escenas inmóviles y mudas. La costumbre llega a nuestros días y tiene antecedentes, por lo menos, en la Perusa del siglo XV.

Los elementos autóctonos que en estas piezas se deslizan son sobre todo alusiones al ambiente natural —lo que singularmente acontece en las más antiguas, aquellas de que sólo nos queda la descripción hecha por los misioneros—, como cuando, en el auto de los tlaxcaltecas sobre la Tentación, Lucifer, disfrazado de ermitaño, aunque dejaba ver cuernos y uñas, ofrece a Cristo, entre otros placeres terrestres, todas las muchas y buenas cosas de la Nueva España. También, como advierte Icaza, es elemento autóctono

> la forma de sus agüeros y supersticiones. Los pasajes cómicos, ya sobradamente rudos en las primitivas farsas españolas que les servían de modelo..., están llenos, en las obras mexicanas, de terribles reminiscencias de las costumbres y ritos sangrientos de su gentilidad.

El teatro de evangelización desaparece —salvo supervivencias— con la necesidad que vino a cumplir. Ricard considera que la "conquista espiritual" acaba prácticamente en 1572.* Pero naturalmente, el andar de las costumbres, las prohibiciones eclesiásticas contra las profanidades primitivas, la mayor urbanización de la cultura, las actividades humanísticas y universitarias que absorbían gradualmente a los religiosos, van operando una transformación. El teatro se encamina a la actividad literaria y profesional, promovida mediante concursos por el Cabildo, y luego es abandonado a sus fuerzas. Al sobrevenir el acuerdo del Concilio Mexicano que, por una parte, depura las fiestas religiosas y, por otra, da libertad al teatro callejero, la evolución se precipita.

Con la escena misionaria desaparecen posibilidades insospechadas, que no pudieron evolucionar hacia formas laicas e independientes. Los simulacros militares al aire libre, como

* R. Ricard, *La "Conquête Spirituelle" du Mexique*, París, 1933.

en la *Conquista de Rodas* o la *Destrucción de Jerusalén*, anunciaban —observa Usigli— un "teatro de masas" a lo Meyerhold; y en la participación de muchedumbres en danzas y bautismos, que a veces fueron "fin de fiesta" como prueba de la sumisión de los infieles, se aprecia que el público no se sentía del todo espectador.*

* A. R., "Los autos sacramentales en España y América" (*Capítulos de Literatura Española*, 2ª serie, y *Obras Completas*, VI, pp. 267 *ss.*).

IV. EL TEATRO CRIOLLO EN EL SIGLO XVI

1. HA LLEGADO la hora del teatro criollo, o sea español nacido en México. Aunque sin duda surgía contaminado del gran aparato escénico anterior ("apariencias", se decía entonces), su misma naturaleza y las vicisitudes entre el Drama y la Iglesia, no menos que el contar al fin con casa propia —lo cual lo alejará de las fastuosas procesiones municipales—, pronto lo encauzan en la simplicidad de un libreto y una acción encerrándolo en los solos recursos de la palabra y del desempeño artístico. En suma, pronto lo conforman en el molde europeo. Es sin duda menos original e importante que el teatro misionario. Imita, con alguna pobreza y los explicables titubeos, al teatro español más ligero y fácil, su paradigma peninsular, y sufre su desigual competencia; deja caer los elementos autóctonos según va perdiendo el hibridismo; está destinado a la representación de actores y no ya del pueblo, el cual, en la etapa anterior, participaba en la acción con sus danzas y simulacros: Piénsese que, en la *Conquista de Jerusalén,* los indios que hacían de moros vencidos fueron verdaderamente bautizados, lo que bien pudo algún tiempo acostumbrarse como "fin de fiesta". Desde el primer instante, pues, han de competir con el teatro criollo los repertorios de la Metrópoli. Y no tardan mucho en venir las compañías españolas. Al mediar el siglo, importadas de España, encontramos piezas breves del ciclo de Lope de Rueda, entremeses como aquel del "barbudo" y el del *Alcabalero,* que tanto incomodaron al virrey Enríquez de Almansa, por sus posibles alusiones de actualidad (ver adelante, § 6). Ya el extremeño Arias de Villalobos, en 1595, se ofrece "a poner en público las más aventajadas obras que en toda España se hayan visto", y en 1621 nos informa que los dos teatros y tres compañías de México representaban de preferencia "comedias de Castilla: las de acá aprueban mal".

Los actos teatrales acontecían con motivo de los festejos

del Corpus, San Hipólito, recepción de virreyes, nombramientos de prelados, fastos notables, "campañas administrativas" eminentes y aun calamidades públicas. Año por año, al aniversario de la victoria de Cortés (13 de agosto), reaparecía cierta *Conquista de la Nueva España,* obra u obras perdidas (todavía se danzan "conquistas"), cuya representación tomaba a su cargo el Cabildo, amén de otorgar una "joya" o premio al autor o actor sobresaliente en los varios actos dramáticos que se acostumbraban. Las representaciones se hacían, según el caso, en tablado callejero, durante los altos de los desfiles, en templetes junto al coro de las iglesias, en el interior de los colegios, y antes de cerrarse el siglo XVI, en una o quizá dos Casas de Comedias.

Ya iba la ciudad de México adquiriendo ese aire monumental que hará de ella la más hermosa del Nuevo Mundo, y que apreciamos a través de las abultadas descripciones de Cervantes de Salazar y, luego, de Balbuena. Su encanto, su fama, las promesas de su novedad, ya habían atraído de España una verdadera pléyade poética, al punto que, en González de Eslava, exclama Doña Murmuración desenfadadamente: "Hay más poetas que estiércol."

Entre los españoles venidos a México, y que aquí escribieron comedias, aunque ninguna conservamos, aparecen el modesto aficionado Juan Bautista Corvera; Gutierre de Cetina, que sin duda trajo a México los tipos de la lírica italiana en boga, y sería ése su único rastro, aunque don Amado Alonso tenga la cortesía de llamarlo "poeta hispano-mexicano"; Juan de la Cueva, que bien pudo, según el propio Amado Alonso, aprender algo en la versificación del mexicano Ramírez, antes de volver a la Península para despejar el camino a la comedia nacional de Lope de Vega; Luis de Belmonte Bermúdez, probable autor de *El Diablo predicador.* Y en México vivió, con cargos universitarios y eclesiásticos, Sancho Sánchez de Muñón, autor en España de la mejor comedia del ciclo celestinesco, *Tragicomedia de Lisandro y Roselia,* si bien no queda testimonio de que aquí, donde vino a morir, haya seguido cultivando el teatro, aunque hubiera sido un teatro más apropiado a sus graves funciones y a la minoridad de la colonia.

Entre los dudosos comediógrafos mexicanos que a lo mejor son meros actores y directores, o bien promediaban los oficios, se recuerda a Juárez, Hidalgo, Buenrostro, Arias de Villalobos, Navijo, Riancho.

2. Aunque la acción escénica se desarrolla al tenor del teatro peninsular, no era fácil que la representación callejera se arriesgara desde el primer instante a las tres jornadas. Pero entre los jesuitas, y en el interior de sus colegios, se intenta un teatro humanístico, tanto en castellano como en latín, que llega a adoptar el extremo culto y renacentista de las cinco jornadas. Con estos dramas de bien conocida tradición académica, y representados por estudiantes, se solemnizaban las aperturas y clausuras de cursos. Hubo, entre otras cosas, "un pasaje de la vida de San Hipólito", un "Coloquio en varios metros latinos". En Puebla, a la dedicación de la Iglesia del Espíritu Santo, se representó una Comedia en castellano; y castellano es también el *Triunfo de los santos* (cinco actos y un prólogo en octavas), atribuible a los P.P. jesuitas Vincencio Lanucci y Juan Sánchez Baquero. Destinóse a los festejos con que la Compañía agradeció las reliquias recibidas de Gregorio XIII (1578). En esta comedia ambiciosa, la Iglesia, perseguida por Diocleciano, triunfa bajo Constantino, y los personajes humanos —los dos emperadores, el Papa Silvestre, Daciano y Cromacio, un nuncio, caballeros y alguaciles— alternan con los Santos Pedro, Doroteo, Juan y Gorgonio, y con figuras alegóricas de la Iglesia, la Fe, la Esperanza, la Caridad, la Gentilidad, la Idolatría y la Crueldad.

3. Al fin aparecen Fernán González de Eslava y el Pbro. Juan Pérez Ramírez. Como nuestros mayores dramaturgos criollos, exigen consideración aparte. El primero, peninsular llegado cuando frisaba en los veinticuatro, se volvió mexicano al punto que representa nuestra habla popular. En cambio, la lengua culta está representada por Terrazas, Antonio de Saavedra Guzmán —poeta de virtud dormitiva, aunque le hayan salido benévolos defensores— y por Ramírez.

Éste era mexicano por los cuatro costados, hijo de conquistador, hablaba el náhuatl y conocía el latín. Es el primer escritor teatral oriundo de América cuya personalidad sea

ya discernible. De él sólo conocemos una obra. González de Eslava, que era amigo de Terrazas, con toda la deferencia que corresponde al hombre modesto, y que se dirige a él con manifiesta admiración, no revela en cambio simpatía alguna para Ramírez —su menor en ocho años— y ni parece considerarse su amigo, aunque sin duda se encontraron en ensayos y fiestas, y juntos se vieron mezclados en la lucha de virrey y arzobispo.

En el *Desposorio espiritual entre el Pastor Pedro y la Iglesia Mexicana*, muestra Ramírez más talento literario general —su versificación es muy pulcra, y ya citamos al respecto la opinión de don Amado Alonso— que no talento especial para el teatro. El drama no suelta aún sus andaderas, y queda medio embarrado en el papel. Verdad es que estamos ante una obra de circunstancias, destinada a la recitación de salón. Comedia pastoril y alegórica, en ella hablan la Iglesia y el Pastor Pedro (el arzobispo festejado), las virtudes bajo figura de pastores de ambos sexos, y el Amor Divino, cura que celebra las nupcias. Hay un coro de cantores que entonan motetes latinos. El "bobo" de la escena hispánica, aquí como en nuestro teatro ulterior, se ve bastante juicioso, aunque todavía muy deslucido, y desde este punto y hora comienza a mostrarse comedido y urbano. Acaso su verdadera gracia estaba en sus suertes de cirquero:

> Yo daré mil castañetas
> y saltos en derredor.

4. González de Eslava ha sido afortunado. Mucho éxito gozó en su tiempo y logró vivir de su pluma. Mucha suerte tuvo con la posteridad. De ningún otro autor de entonces posemos una producción más abundante: ¡dieciséis *Coloquios espirituales y sacramentales*, más de ciento cincuenta poemas "a lo divino"! Pero, con excepción del *Entremés de dos rufianes* y unas cuantas poesías diseminadas, la obra profana se ha perdido.

La obra lírica de este "simpático poeta", como le llama Menéndez y Pelayo, pertenece a la tradición de los cancioneros religiosos, y más bien parece acarreada automáticamente en la lengua poética de su tiempo, con sus conocidas virtudes

expresivas y sus ingeniosidades apocadas. En el teatro da sus prendas mejores. Es suelto, fácil, gracioso aunque algo turbio y revuelto, picante y mordaz; excelente versificador, para quien la quintilla no tenía secretos; verdadero teólogo pero sumamente accesible y a la altura de sus auditorios. Su diálogo es la sencillez misma; su composición, directa y nada artificiosa, según el conocido tipo del teatro anterior a Lope de Vega. Su lengua es repertorio del provincialismo mexicano y del nahuatlismo, hijos precoces de la colonia. Abundan en él alusiones circunstanciales de interés histórico, que enmarcan la obra en su época. Y a veces se le nota el esfuerzo por convertir las actualidades en alegorías. Se advierte la tendencia mexicana a hacer del "bobo" el "prudente", como se verá en Ruiz de Alarcón. Descuellan los monólogos de Jonás (aunque el resto del Coloquio VII contenga más de un disparate), la disputa de la Riqueza y la Pobreza, la parábola de la viña (Coloquio XIII, de argumento semejante a *El heredero del Cielo,* de Lope), y la alegoría del Bosque Divino. Usigli prefiere a todos el primer coloquio, *El obraje divino,* donde no se siente, como en los demás, la obra de encargo. Aunque muy desigual, Eslava logra dar animación a su escena, y anuncia ya un teatro costumbrista de que en Ramírez no hay sospecha.

5. El Coloquio VIII o del *Testamento Nuevo,* de González de Eslava, parece relacionarse con cierto episodio muy anterior, que nos ilustra sobre la vida literaria en México. Era moda abrir disputaciones poéticas, juegos de ingenio de que sólo conocían las personas de autoridad eclesiástica, por considerarse imprudente su divulgación.

Allá por la Navidad de 1561, bajo los auspicios del arzobispo Montúfar, hubo un cambio de coplas entre Fernán González de Eslava, que defendía la Ley Vieja de Moisés, y Francisco de Terrazas y Pedro de Ledesma, que la atacaban. Corvera, muy dado a recitar lo propio y lo ajeno, se llevó las coplas a Guadalajara, cuya provinciana Inquisición, que no entendía de travesuras, procedió contra él por judaizante, obligándolo a ampararse en el Arzobispado de México.

Alguna huella dejaron aquellas jugarretas, pues todavía ocho años después, el Inquisidor Moya de Contreras, a poco

de su llegada, mandó abrir una investigación para esclarecer la conducta de González de Eslava, Terrazas y Ledesma. Y todavía más tarde, González de Eslava parece que quiso disipar toda duda a su respecto, en el Coloquio *Del Testamento Nuevo,* donde tomó esta vez la defensa de la Ley Nueva, por cierto con argumentos teológicos más contudentes que cuantos le habían opuesto sus contradictores de antaño.*

6. Cuando el inquisidor Moya de Contreras fue consagrado arzobispo en 1574, hubo festejos. El Pbro. Ramírez presentó su *Desposorio,* y González de Eslava, conocido como autor teatral desde hacía más de un lustro, obtuvo el mayor éxito con su Coloquio III. En los entreactos de tal Coloquio se insertaron dos entremeses: uno hacía burlas de un barbudo, y el virrey Enríquez de Almansa se consideró aludido; el otro era *El alcabalero,* conocida obra española del ciclo de Lope de Rueda, que pareció al virrey intencionada e inoportuna, por poner en solfa la alcabala recién establecida en México. La tirantez que existía entre la autoridad civil y la eclesiástica desde tiempos de Zumárraga estalló en escándalo. Para colmo, salió un pasquín contra el virrey. Se llamó a cuentas al Pbro. Ramírez; prendieron a Terrazas, aunque hijo de conquistador, "hombre de calidad y señor de pueblos", y sin duda lo soltaron pronto; y al pobre de González de Eslava lo incomunicaron por varios días.

7. Dejemos que el teatro duerma su incubación, y luego veremos que no pudo cumplir su promesa, como expresión de la amalgama entre la bronca y radiante hispanidad y aquella gama del sentimiento indígena que corre del patetismo sagrado a la melancolía. Por lo pronto, con el teatro misionario, según dijimos, se perdieron posibilidades de originalidad incalculable.

Y ahora, con el teatro criollo, fue mala estrella de nuestra incipiente escena libre el recibir, tan tierna apenas, el empellón de una competencia tan formidable como lo fue el drama peninsular de la época, uno de los más vigorosos en la historia de las literaturas.

Por último, aquel inmenso empeño de la educación es-

* A. Alonso, *Biografía de Fernán González de Eslava,* Instituto de Filología, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, B. A., 1940.

colar —donde la cultura era aún *paideia*, y no se respiraba en la calle, sino que era cosa trasplantada y sólo se la adquiría en las cátedras— desviaba sin remedio la poesía hacia el ejercicio de la retórica. La poesía se acicala de erudición. Aquella gente fue muy seria y severamente educada desde la infancia: no llegó a estallar la mezcla explosiva. Gran victoria de los tutores.*

* A. R., "Los autos sacramentales en España y en América", en *Capítulos de Literatura Española,* 2ª serie, México, 1945, especialmente pp. 122 *ss. Obras Completas,* t. VI, pp. 267 *ss.*

V. PRIMAVERA COLONIAL (XVI-XVII)

1. No FUE el XVI afortunado en la prosa literaria. Francisco Cervantes de Salazar, más grande humanista que escritor, dejó en latín sus *Diálogos* descriptivos de México, sus alrededores y su Universidad. Y lo mejor de su prosa, educada en la noble escuela de Pérez de Oliva y en la tradición de Luis Vives, se lo llevó su *Crónica de Nueva España,* donde sigue muy de cerca a Gómara, hasta para rectificarlo, y rectificarlo por cierto al gusto de los nuevos señores.*

Juan Suárez de Peralta, aunque intentó la historia pasada —*Tratado del descubrimiento de las Indias y su conquista*—, interesa más como testigo de sucesos contemporáneos. Oscuro Saint-Simon mexicano, conocía el palacio y sus secretos; sin duda vio más de lo que cuenta. En el habla media de la buena sociedad colonial, sin mucho arte pero sin malicia y con naturalidad que conmueve, resucita a nuestros ojos la conjura de don Martín Cortés, el ajusticiamiento de los Ávilas, el episodio de los corsarios ingleses arribados a Ulúa.

Mucho más nos agradaría —pero no es el sitio oportuno— detenernos en aquella prosa, ya a mazacote o ya a chorro abierto, de los cronistas misioneros, tan coloridos, sensibles y curiosos, o en las trémulas invectivas de Las Casas. Las maravillas del Nuevo Mundo saciaban, con el relato de cosas extraordinarias pero reales, la sed de fantasía que antes abrevaba en los imaginados portentos de los libros de caballería. La prosa —como dice el maestro Menéndez Pidal— no tenía aquí "domadores de la palabra", salía con más libertad, propendía a la sencillez y adoptaba con naturalidad las novedades indígenas, de que es clara muestra el "bilingüismo" de Sahagún. Es muy expresivo el contraste entre el hispano Mendieta, brioso y directo, y el ya novohispano Dávila Padilla, acicalado, medido y hasta "prebarroco" por momentos.

* J. H. Díaz-Thomé, "Francisco Cervantes de Salazar y su *Crónica de la Conquista de la Nueva España*", en *Estudios de Historiografía de la Nueva España* por varios autores, El Colegio de México, 1945, pp. 15-47.

2. Ya la Atenas del Nuevo Mundo, como se la comenzará a llamar en las postrimerías del XVI, bulle de vida literaria y va adquiriendo ese aire monumental que —algo abultado— apreciamos primero en los *Diálogos* de Cervantes de Salazar y luego en Balbuena. Su encanto, su fama, las promesas de su novedad, atraen una verdadera pléyade de España. No todos los ingenios peninsulares nos corresponden por haber vivido aquí más o menos tiempo, o por haber escrito aquí obras hoy perdidas, ni tampoco por haber enriquecido casualmente nuestra bibliografía con algunas publicaciones. Pero averiguar dónde el español se vuelve mexicano es enigma digno de Zenón, y tan escurridizo en las letras como después lo ha sido a la hora de las reclamaciones diplomáticas.

Gutierre de Cetina —cuya gloria pende de un madrigal, afortunado resumen de su poesía— apenas alude a América dos veces (y no una como se repite), en su ensayo humorístico o *Paradoja en alabanza de los cuernos:* los cuernos como parte del atavío indígena, y el nombre de "Cuernavaca". De su obra teatral en México no hay más que una noticia en su biógrafo. Su rastro puede haber sido la importación de la dulce lírica italiana, que aquí como en la metrópoli, dialogará con la robusta musa de Herrera.

Juan de la Cueva, afligido de nostalgia, pronto volvería a España. En sus epístolas, adelanta una primera visión de nuestro ambiente. Los tercetos, aunque algo duros, ofrecen la fidelidad de un buen retrato.

La tradición del paisaje poético mexicano, antes de llegar a Balbuena, pasa ahora por Eugenio de Salazar y Alarcón. Una buena porción de su poesía ya realmente nos pertenece. Su *Epístola* a Herrera, llena de noticias sobre la cultura mexicana, lo muestra más profuso que fecundo. En cambio, es ameno cuando, en las pinturas de naturaleza, se deja invadir por el color local, sin que le empañen los ojos el recuerdo de las alegorías grecolatinas ni las convenciones del paisaje literario. Su laguna de México, su Bosque de Chapultepec, bastan para calificarlo de buen pintor en verso. Su fluidez, cunada en Garcilaso, se eriza, a veces, de dificultosos aztequismos. Sus inventarios vegetales cobrarán ciudadanía en la poesía americana, vagos prenuncios de Andrés Bello. En

el idilio de Chapultepec, el recuerdo de la Flérida, más que la leche blanca, se desarrolla inesperadamente en una sinfonía de alburas, preludio a los motivos monocromáticos que Gautier inspirará al Modernismo de Gutiérrez Nájera y de Rubén Darío.

Si en México hubiera seguido escribiendo aquellas cartas graciosas y satíricas que escribía en España, tal vez su gallarda prosa, que tanta falta nos hacía, hubiera sido de muy saludable efecto en estas tierras. Pero Salazar y Alarcón se nos volvió en México muy solemne. Hacía versos para enumerar los cargos que desempeñaba, y dejó ordenado que sus donosísimas cartas nunca se publicaran, por ser cosas de burla, y que en cambio se recogieran cuidadosamente sus "puntos de derecho", de quien nadie se acordará jamás.

3. Se puso de moda en la Nueva España una "verbalidad" parecida a la poesía. Era, al menos, una noble inquietud. Brotaban versificadores como del suelo. "Hay más poetas que estiércol." Y más de trescientos cuenta Balbuena al finalizar el primer siglo. Pacificado el país, holgaban las armas; los indios bastaban para las faenas agrícolas y los oficios mecánicos; y el comercio, en tierra que se surtía a sí misma, carecía de estímulo. Las juventudes acomodadas eran cuerdamente conducidas al esparcimiento de las letras, en tanto ganaban grados eclesiásticos. Niños retóricos y declamadores deleitaban a las familias con sus proezas. No hay que sonreír: se engendró una sociedad culta y delicada. Ella hará posible a Ruiz de Alarcón y a Sor Juana.

Aquella sociedad hacía versos para honestar ocios. En los frecuentes certámenes y justas, apuntan ya las exquisiteces que pronto llegarán al exceso. Ciertos juegos de ingenio no debían trascender al vulgo, y quedaban en el secreto de personas responsables y autorizadas. Tales fueron las coplillas en torno a la Ley de Moisés —manera de las "disputaciones" medievales— cambiadas entre Eslava, Terrazas y Pedro de Ledesma, de que arriba hablamos. Según la tradición y estilo de Eslava, se seguían cantando, en algunos actos eclesiásticos, chanzonetas y motetes, como los componía Corvera, o como la graciosa "Ensalada de San Miguel" del P. Pedro de Hortigosa. Y sobre la difusión de los

nuevos modos nos da idea el hecho de que, también en Guadalajara, aparezca a fines de siglo el sonetista Palomino.

No es menos expresiva la inquietud de Pedro de Trejo, que acabó condenado a no escribir más versos (práctica que en todos los tiempos sería plausible, si hubiera jueces más que humanos), y que ensayó, con agilidad proteiforme, todos los géneros y maneras, desde arcaísmos de "arte mayor" o la difícil facilidad de la "copla manriquesa", hasta innovaciones de poemas en serventesios, nuevos enlaces del soneto y mezclas de endecasílabos normales y de gaita gallega.

La poesía religiosa —Córdoba y Bocanegra, el anónimo *Panegírico de la Anunciación*— trae los primeros acentos de Fray Luis. El "Anónimo de los Salmos" anuncia la aparición de un género que florecerá en los poetas salmistas del XIX.

4. El primero que se pone al paso de la nueva lírica española, imbuida de italianismo y humanismo, acaso iniciado en ella por Cetina, es Francisco de Terrazas, poeta latino, toscano y castellano, y nombre "acá y allá tan conocido" a creer la hipérbole de Cervantes. Suyos son nueve sonetos "al itálico modo" —superior a todos el que empieza: "Dejad las hebras de oro ensortijado", paráfrasis de Camoens— de excelente escuela y tersa factura en general, pero algo monótonos, siempre en torno al asunto de la belleza y la crueldad de la amada, asunto con que Petrarca invadió a Europa. Terrazas no alcanza la limpidez platónica de Herrera, otro de sus maestros. El tema agónico de la ausencia, del huerto cerrado e inaccesible, se desarrolla con desmayada blandura. Su epístola amatoria en tercetos nos parece algo machacona. Quedó incompleto su poema sobre el *Nuevo Mundo y conquista,* que escribía con lentitud y desgana.

Terrazas —después de Ercilla, en Sudamérica— inaugura para México esa historia de la conquista en verso, el "ciclo cortesiano", que fue aquí infeliz desde sus primeros vagidos. Su

lirismo más bien blando y dialéctico hace pensar que no era de seguro la epopeya el campo en que podía lucir mejor su talento. No le faltaba trazo vigoroso y rápido en las descripciones, como se ve en el fragmento de la pesca del tiburón; ni

cierto nervio dramático, que ejemplifica, sobre todo, la narración de Jerónimo de Aguilar; ni tampoco facilidad y aun cierta sutil elocuencia en las arengas, de lo que es buena muestra la que hace Cortés a los indios sobre su religión; pero no hay ningún fragmento suyo que nos pruebe que era igualmente capaz de pintar el valor y el heroísmo, la decisión y la resistencia de españoles y mexicanos, el choque de las fuerzas en lucha, y todos aquellos episodios sangrientos y gloriosos que son necesariamente el tema central de un poema épico sobre la conquista de México (A. Castro Leal).*

El idilio de Hitzel, rey de Campeche, y Quétzal, princesa de Tabasco, ofrece un cuadro de amores indios con antecedencia en Ercilla y descendencia en Chateaubriand y en el *Tabaré.*

El ciclo cortesiano se anunciaba en Terrazas, ya que no con brío, con dignidad. Pronto —aunque goza de momentáneos alivios— empieza a perder el resuello en José de Arrázola y en *El peregrino indiano* de Antonio de Saavedra Guzmán, el famoso diario de operaciones en rima, escrito "en sesenta días de navegación con balanceos de nao". Y el género ya apenas alienta en los "treinta y cuatro mortales cantos" con que Villagrá zurció trabajosamente la *Historia de la Nueva México.* De una vez digamos que el lenguaje poético había alcanzado suma excelencia, y donde menos se espera saltan los aciertos; y que para apreciar la estimación que de veras se concedió a los novohispanos no deben impresionarnos mucho las distribuciones de premios de Cervantes en su *Viaje del Parnaso* o de Lope de Vega en su *Laurel de Apolo.*

Las historias y epopeyas de la conquista escondían una finalidad práctica, que era el cobrar servicios. Buscaban un falso equilibrio entre la apariencia de realidad —cierto prosaísmo ya implícito en las tradiciones de la épica española, la cual puede completar a las crónicas y siempre fue reacia a lo maravilloso— y el afán de exagerar la deuda, afán de que ya se burlaba Oquendo a propósito de sus mentidas hazañas en un pueblo de Tucumán. Nos dicen que de este vicio no se libró nadie o casi nadie. Es cierto; pero que

* Francisco de Terrazas, *Poesías.* Ed., pról. y notas de A. Castro Leal, México, Biblioteca Mexicana, nº 3, 1941.

no sirva ello de disculpa: Cortés, Bernal Díaz o Ercilla no hicieron obra despreciable.

5. Bernardo de Balbuena está incorporado a nuestro parnaso. Si pertenece a la Mancha por su nacimiento y a las Antillas por su episcopado, nos pertenece por su educación y su poesía. Acaso debe a su permanencia juvenil en la Nueva España, singularmente en la Nueva Galicia —y aun a la soledad y aburrimiento de su provinciana parroquia—, la elaboración fundamental de sus libros. Si sólo dedicó totalmente a México su poema sobre la *Grandeza mexicana,* vuelve a recordar a México en sus obras posteriores: *El siglo de oro en las selvas de Erífile,* novela pastoril en metro que contiene una miniatura de la *Grandeza mexicana,* y *El Bernardo o Victoria de Roncesvalles,* epopeya donde la tristísima figura del Nayarit vuelve, de pronto, idílicamente embellecida por el recuerdo. En su corazón de gran poeta se confundían el amor de sus dos patrias y el orgullo de las dos distintas grandezas. Y el mismo arte de componer en un solo cuadro dos mundos diferentes se revela en su rara virtud para actualizar las imágenes antiguas o naturalizar las evocaciones italianas que constantemente visitaban su espíritu, prestándole ese singularísimo y extraño sabor calificado de "clasicismo romántico", y haciendo de su poesía un monumento de ese alejandrinismo moderno que ya todos llaman el barroco.

En natural evolución, la crítica encuentra la *Grandeza mexicana* más espontánea y sencilla, de lectura más fácil; la novela pastoril, más justa de estilo; y el poema heroico, más rico y trascendente. Pues, como decía Mira de Amescua, no tenía España otro poema comparable.

Dejando las páginas secundarias —aquella prosa que es escudero del verso—; lamentando la pérdida de otros trabajos, cuya sustancia se antoja que volcó y diluyó en los tres libros principales; prescindiendo de los temas no mexicanos —aunque por todas las zonas de su poesía circuló siempre nuestra atmósfera—, podemos repetir con su crítico que, al revés de fray Antonio de Guevara, Balbuena ha querido ofrecernos una "alabanza de la corte y menosprecio de la aldea".*

* J. van Horne, *Bernardo de Balbuena: biografía y crítica,* Guadalajara, 1940.—*Cfr.* en Bernardo de Balbuena, *Grandeza mexicana y Fragmentos del*

Su nota característica no está, como se aseguró de memoria, en el ímpetu y la feracidad tropicales (su paisaje es casi siempre erudito), sino en la exaltación de la Polis, de la ciudad, de la obra humana que asea y reedifica la naturaleza. Su fantasía misma se halla estimulada por la templanza del clima y la transparencia del altiplano; la cual, como alguna vez hemos escrito, ofrece el paisaje organizado, donde los ojos yerran con discernimiento, la mente descifra cada línea y acaricia cada ondulación. El colorido y la suavidad no estorban a la osadía y al nervio. Su colorismo no es abigarramiento, y hasta entiende de claroscuro. El mural palpita con el desfile donde nunca hay embarazos de tránsito.

Balbuena se adelanta al churrigueresco, así como entra en las revoluciones poéticas del Siglo de Oro por caminos independientes. Y si su retablo es abultado de relieves, ello no se debe a la hinchazón o desorden de las pretendidas exorbitancias americanas, sino a una estética o a una retórica conscientes, que gobiernan imperiosamente la palabra, obligándola a rendir toda su elocuencia: propia metáfora del "medido jinete y su acicate, en seda envuelto y varia plumería", que cabalga por la señorial avenida de los tercetos.

Si es cierto, como quiere Quintana, que Balbuena dio a la musa española "oro en gran cantidad y de elevados quilates", devolvámosle el símil advirtiendo que Balbuena no sería entonces volcán, ni yacimiento virgen, sino buscador, minero, orive, acuñador y artífice.

"Aquel pródigamente darlo todo" no fue locura: es método. El terceto no consiente alaridos. El poema mismo está sometido a un programa riguroso y verdaderamente geométrico que, por supuesto, no tiene el mal gusto de respetar al pie de la letra. Consta de nueve cantos en tercetos, y cada canto responde a cada uno de los versos de la octava inicial, que viene a servirle de sumario; a excepción del séptimo, el cual, por su naturaleza, se divide en dos miembros. Y nótese que se trata del penúltimo endecasílabo, como si el análisis se adelgazara aquí, para luego recoger la síntesis en el canto final:

Siglo de Oro y El Bernardo, México, Bibl. del Estudiante Universitario, nº 23, 1941, el prólogo de F. Monterde.

De la famosa México el asiento,
origen y grandeza de edificios,
caballos, calles, trato, cumplimiento,
letras, virtudes, variedad de oficios,
regalos, ocasiones de contento,
primavera inmortal y sus indicios,
gobierno ilustre, religión y estado:
todo en este discurso está cifrado.

6. Pronto la poesía va a asumir un aire doctoral. Última sombra de la musa errabunda y aventurera, un risueño coplero, medio pícaro y medio soldado, que anduvo en todo por Italia y Francia y Sudamérica, se encuentra en México a principios del XVII, y participa a uno u otro lado, según el humor, en la pugna de peninsulares y criollos. Hasta le es atribuible —sin certeza, porque mezclaba en su cartapacio lo propio y lo ajeno, como puede ser que lo haya hecho en su zurrón de viaje— aquel conocido soneto de la disputa hispano-mexicana: "Minas sin plata, sin verdad mineros." Tal es Mateo Rosas de Oquendo.

Como quiera, le debemos la primer parodia conocida del español que hablaban los indios:

Cada noche que amanece,
como la rana critando,
cuanto saco mi biscueso
la presco piento poscando...

Era hombre de gustos vulgares, de fácil verso, de vena satírica y costumbrista. Si sólo es mordaz en el Perú, la naturaleza y sus espectáculos lo vuelven en México más contemplativo y soledoso. La índole peruana y la mexicana se manifestaban ya, aquélla humorística y ésta melancólica, conforme a los futuros matices de ambas provincias literarias. Acaso para estos buscones "de la capa al hombro", supernumerarios de la nueva corte poética, pudieron escribirse aquellas palabras de un contemporáneo, única voz pesimista entre tanta salva de entusiasmo: "Los más vacilan de la necesidad, desmayan de falta de premios y aun de ocupaciones, y mueren olvidados, que es el más mortal achaque del que estudia." *

* A. R., "Rosas de Oquendo en América", en *Capítulos de Literatura Española*, 1ª serie, México, 1939, pp. 217 *ss.* y *Obras Completas*, VI, pp. 25 *ss.*

7. No es ya lícito, en buena doctrina, negar que don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza nos pertenezca, aunque su grandeza desborde el cuadro de la colonia y su metrópoli. Nada significa, en contra, el que haya ido a volcar su obra en los teatros madrileños, o el que en sus comedias sólo haya contadas alusiones a la tierra nativa: los indianos, el desagüe del Valle, etc. Él llevaba consigo a México. Aquí se modeló su ser en los primeros veinte años de su vida. Nuestra literatura era ya muy activa e intensa. Pudo adquirir su afición al teatro en nuestras Casas de Comedias. Posible es que aquí haya esbozado algunas de sus primeras piezas, como *La culpa busca la pena* y *La cueva de Salamanca.* Cierto que su literatura no guarda relación con la literatura novohispana de entonces, pero sí con el carácter humano que ya era aquí muy definido. Tras unos ocho años de estudios en la Península, regresa a México por tres o cuatro, y luego se traslada a Madrid.

Iba Alarcón "a pretender en Corte", fiado, sobre todo, en los méritos de su prosapia. Tuvo que esperar más de diez años, porque la suerte y hasta su desgracia física le fueron contrarias. Y entretanto, se puso a escribir y a representar sus comedias. Fue amigo de Tirso de Molina, con quien colaboró algunas veces. Con Lope de Vega no pudo entenderse. Tuvo éxito ante los públicos y ante la corte, pero entre sus compañeros de letras —el ambiente teatral era plebeyo y bronco— su jactancia de noble indiano y su figura contrahecha le atrajeron sangrientas burlas.

Un día, por ejemplo, al estreno de su comedia *El Anticristo,* rompieron en el patio una redoma con sustancias tan pestilentes que la gente tuvo que salirse y la obra acabó de cualquier modo. Sus émulos motejaban en él la figura, los apellidos y hasta la extremada cortesía de mexicano. Lo comparaban con el enano Soplillo, bufón de Felipe IV, con los demonios de Jerónimo Bosco, y aseguraban que no había manera de saber cuándo estaba de frente y cuándo de espaldas. La *D* del Don que el noble indiano se empeñaba en añadir siempre a su nombre, le decían que no era signo de calidad, sino su medio retrato. Y, en suma, le hicieron la vida insoportable por mucho tiempo. Dijo bien el intratable

Pellicer, su contemporáneo, que Alarcón había sido tan célebre por sus comedias como por sus corcovas. Al fin logra el poeta un cargo en el Consejo de Indias, y desde entonces se retira definitivamente a la vida privada.

Aunque escribió algunos medianos versos de ocasión, no aspiraba al lauro de poeta lírico. Su obra está en el teatro. Las comedias de Alarcón abrevan en Terencio y en Plauto y se adelantan en cierto modo a su tiempo. Salvando las fronteras, influye, con *La verdad sospechosa* —la más popular y aplaudida—, en el teatro de Corneille, quien la parafrasea en *Le Menteur;* y a través de Corneille, influye en Molière. También lo imitan Desmarets, Montfleury, para no salir del XVII.

En España, aunque autor muy celebrado y famoso, no puede decirse que deje tradición. Y se explica: en el mundo ruidoso de la comedia española, Alarcón da una nota en sordina, en tono menor. Donde todos, del gran Lope abajo, descuellan por la invención abundante y la fuerza lírica —aunque reduzcan a veces el tratamiento de sus personajes a la mecánica elemental del honor—, Alarcón aparece más preocupado por los verdaderos conflictos de la conducta, menos inventivo, mucho menos lírico; y crea la comedia de carácter. Donde todos eran improvisadores, él era lento, paciente, de mucha conciencia artística. Donde todos salían del paso a fuerza de ardides y aun dejando todo a medio hacer, Alarcón procuraba ceñirse a las exigencias de su asunto, y no daba paz a la mano hasta lograr esa tersura maravillosa que comunica a sus diálogos una articulación no igualada y hace de sus versos, aun sin ser musicales o bailarines, un deleite del entendimiento y, con harta frecuencia, un dechado de perfección. Donde todos escribían comedias por cientos y a millares, Alarcón apenas escribió dos docenas.

Su estructura y enredo adquirieron acabamiento en la comedia latina. De allá manan también sus moralidades, cuando poseen un alcance universal, ya se entiende; cuando pertenecen a aquel fondo estoico de Marco Aurelio y Séneca, absorbido por el Renacimiento y el Sigló de Oro. Desde Roma vienen sus tipos cómicos más propiamente alarconianos —un fanfarrón, un maldiciente, un "loco lindo" para hablar en

platense—, sitiados por la heroica cordura de los caracteres que los rodean. De allá, sus criados nobles o algo letrados. Cierto que sus caballeros —"pechos privilegiados" *— suelen echar mano a la espada según el gusto y la ética de la edad. Pero los héroes por excelencia alarconianos no son semidioses; hablan más que cantan, pisan la tierra. En las obras más características, conforme se emancipa de Lope, se alejan las situaciones trágicas y se acercan aquellas discusiones en tono conversable y discreto, y sobre extremos morales tan bien aseados y enfocados, que más de una vez se disuelven en cosas de la urbanidad.

Negarle lo maravilloso y lo heroico, aun cuando no sea la novedad de Alarcón, ha sido tan fácil como peligroso. ¡Oh, no! ¡Cuidado con las generalizaciones apresuradas! Hay que corregir el Alarcón de los Manuales con el Alarcón de las comedias. Ya vuela, con Don Illán, sobre la Toledo misteriosa, donde la Edad Media acumuló las arcanidades de su magia; o cabalga el afán de Fausto en la historia del morisco Román Ramírez; o bien el ameno acervo novelístico de su tiempo le comunica simpatías shakespirianas. Pero es innegable su evolución hacia algo que le es más propio y más "semejante a sí mismo".* Y entonces sus personajes serán esos amables vecinos que evitan los "chiflones" de aire, con quienes daría gusto charlar un rato por la noche, en el interior reposado, o a la puesta del sol, desde una galería abierta sobre el Manzanares.

Es sabido que la obra de Alarcón se sitúa en el punto, casi imperceptible, donde el bien se vuelve belleza. Pero también es rutina el reducir a sermones morales y a meros aleccionamientos la sátira enderezada al goce estético, la vena humorística que hasta lo emparienta —en *Don Domingo de Don Blas*, por ejemplo, originalísima comedia— con el George Bernard Shaw más irlandés y más chispeante; o que lo lleva a atacar asuntos sin asunto: tal en la revista o *Examen de maridos*, donde hay un "sí sé qué" de francés.

Todo lo cual viene a decir que Alarcón se apartaba un tanto —en nada excesivo, pero inconfundible— de las nor-

* Título de una de sus comedias.

mas que Lope había impuesto al teatro de su tiempo. El talento de observación, la íntima serenidad, aquella bondad nada quimérica, la fe en la razón como pauta misma de la vida, el respeto sin adustez a las categorías en todos los órdenes, la bravura de poesía cotidiana, son sus cualidades salientes. De aquí que se lo encuentre "moderno".

> Su estatua —ha dicho Menéndez y Pelayo— queda colocada para siempre donde la puso Hartzenbusch, en el templo de Menandro y Terencio, precediendo a Corneille y anunciando a Molière.

Pero con decir que Ruiz de Alarcón era mexicano se ha dicho todavía muy poco, o bien se ha dicho demasiado. El juicio que se contenta con estas meras consideraciones étnico-sociales no pasa de ser un escamoteo. Y más cuando se trata de persona tan singular, que comenzó por dejar caer las exterioridades y modas para volver a la eterna desnudez de los clásicos. El genio es, a veces, insólito. Ni en México ni en España se le hallan antecedentes a Alarcón; ni en España ni en México, descendencia inmediata. Algo extraño, pues, en ambos mundos. Extraño en cuanto escritor; el hombre, al contrario, es representativo de este pueblo, cuya índole —ya bien perceptible en sus días según sabemos— muestra al natural, puesto que se arrancó los postizos.

Tras de haberlo reivindicado definitivamente para la psicología mexicana, Pedro Henríquez Ureña resumirá así, más tarde, sus conclusiones:

> ...Alarcón llevó al teatro español caracteres singulares que *en parte* dependen de su origen criollo. Cuatro elementos componen su mundo: uno, su personalidad, su dón creador; otro, su desgracia personal, sus corcovas; otro, el pertenecer al mundo hispánico, a la cultura hispánica y al teatro español recién constituido; *último,* su condición de mexicano, hijo del país colonial, donde la vida es en mucho diferente de la metropolitana de Madrid. Esencial es en él la fuerza persistente pero medida, la intensidad con dominio de sí, la perseverancia: *Tiene el volcán sus nieves en la cima; Pero circula en sus entrañas fuego,* ha dicho otro poeta mexicano.*

* *El Teatro de la América Española en la época colonial,* Buenos Aires, Instituto Nacional de Estudios de Teatro, nº 3, 1936, pp. 9-39.

Con la obra de Alarcón, México por primera vez toma la palabra ante el mundo y deja de recibir solamente para comenzar ya a devolver. Es el primer mexicano universal, el primero que se sale de las fronteras, el primero que rompe las aduanas de la colonia para derramar sus acarreos en la gran corriente de la poesía europea. Vence la *capitis diminutio* de ser un colonial, un contrahecho, un pobre pretendiente. Compite sin mengua con los príncipes de la escena española, cuando ésta era una de las mejores. Entre todo aquel vistoso parterre, alma templada y sobria, no corta la rosa de fuego, no el clavel de sangre que lanza desde los florones de Lope sus gritos de pasión, sino la violeta suficiente que se ha dado en llamar modesta. Necesidad, arquitectura y razón forman un compuesto de belleza imperecedera. Su viaje por mares interiores no es una Odisea sin fondo, ni un rosario árabe de aventuras, sino un sondeo preciso y casi matemático. Del bien entender las realidades brota siempre un halo de poesía.

Aquel rostro de barbitaheño meditabundo, palidecido en afanes y pesares, no ha dejado de sonreír. Los contratiempos, las injurias, no han logrado vencer su confianza en la naturaleza humana, ni su confianza en la razón. Niega, con el arquetipo, los azares de la contingencia. Quiere al hombre humano, al que se emancipa del arrebato y reduce, en suave cortesía, los bajos estímulos animales; al que no se entrega a la casualidad; al que impone, en su acción y en su pensamiento, el sello de su querer consciente y libre. Tal es el consejo que nos ha dejado en herencia aquella flor de mexicanos.*

* Sobre Alarcón, aprovecho aquí varios estudios míos anteriores.

VI. VIRREINATO DE FILIGRANA (XVII–XVIII)

1. AQUELLAS corrientes que vio nacer el siglo anterior siguen su curso previsible. Las lenguas aborígenes, a manera de tributarias, se esfuerzan por acompañar lealmente a la literatura. Se cuentan por docenas y aun llegan a la heroicidad sus intentos. Las cultiva nuestra Décima Musa en sus "tocotines". El Br. Bartolomé de Alva, hijo de D. Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, se desliza a la docta audacia de traducir al náhuatl piezas de Lope y de Calderón. Y se habla de paráfrasis de Kempis, de los Proverbios de Salomón y del Eclesiastés en la lengua de Moctezuma.*

Base de las disciplinas académicas, el latín, adecuado a los certámenes y festejos tan al gusto de los directores espirituales, rinde reiteradas cosechas de hexámetros, dísticos, sáficos; se pliega, con Sor Juana, a la métrica romance; hace cabriolas con fray Juan de Valencia. Se cita, por curiosidad, un *Salterio regio* de aquel D. Guillén de Lampart que se soñó emperador de los mexicanos. Se sabe que el Pbro. Trejo puso a Virgilio en verso español. Éste o aquél hacían centones de poetas latinos.

La literatura hispánica de los dos grandes siglos irrumpe triunfalmente por la colonia. Todas las liras encuentran eco, desde Boscán y Garcilaso, Dióscuros del Renacimiento, hasta Gracián, último codificador poético anterior al "buen gusto" Las influencias que aquí se sienten son las mismas que allá circulan: Fray Luis, San Juan de la Cruz, Herrera, Lope, los Leonardos, Valdivieso, Hojeda, Quevedo, Pantaleón de Ribera, Jacinto Polo y los demás dramaturgos que se dirá. Y si suele hablarse con insistencia de Góngora es porque el registro más agudo sobresale en el coro, y porque el maestro cordobés se aclimató singularmente entre nosotros, produciendo lo que desdeñosamente ha llamado cierto crítico una "barata culterana". El retraso entre el innovador europeo y

* Según Beristáin, Fray Luis Rodríguez, franciscano español, Provincial electo en 1562 de la Provincia del Santo Evangelio de México.

el imitador o "académico" americano, observa Lanning,* no es de un siglo, sino sólo de una generación; y sin duda en el orden literario, que admite las anticipaciones individuales con relativa facilidad, muchas veces pudo ser menor todavía. Como quiera, y sin considerar aquí a otras regiones de las Indias, la perduración del gongorismo fue notable en la Nueva España.

2. El mayor volumen de la prosa corresponde, en el XVII, a la oratoria sagrada, a la hortación, a la reflexión mística, de que muchísimo se ha perdido. También a la crónica (general, local o de las órdenes religiosas) y a la ciencia. La lingüística indígena cubre nuevos campos. Así como los poetas andaban en el teatro, también solían ocupar el púlpito. Hay prosa literaria, cierto, en la descripción de certámenes, en general, mero marco para la antología. La poesía es el nervio de la literatura en el XVII.

Mateo Alemán llegó a nuestras playas envejecido, enfermo y cansado. Su opúsculo sobre García Guerra sólo tiene curiosidad histórica. Su *Ortografía* la trajo ya hecha de España, y sólo le añadió la generosa dedicatoria a México; pero ya no tuvo fuerzas para retocarla aquí, recogiendo las peculiaridades de nuestra habla, de que hubiera sido el mejor testigo, tanto por ser escritor de primera magnitud como por ser andaluz y por estar dicho libro inspirado precisamente en el deseo de crear una grafía más conforme con los sonidos de la lengua.

Acaso responde por la exigüidad de nuestro género novelesco aquel recelo que hizo prohibir desde 1531 la entrada a las Indias de toda "literatura de ficción". Ya sabemos que hubo tolerancia. Sabemos también que por acá se escribieron ciertos relatos más o menos livianos. De todas suertes, el ambiente no era propicio y tales escarceos no pasaban del manuscrito secreto. La novela sólo se consintió como instrumento de educación y doctrina, con una trama de lo más leve y a modo de "píldora dorada".

La más temprana que poseemos (y ya es forzar la mano el llamarla novela, aunque sea por respeto a los manes de

* J. T. Lanning, *Academic Culture in the Spanish Colonies,* Nueva York, Oxford University Press, 1940.

don Marcelino) es obra del Br. Francisco Bramón: *Los sirgueros de la Virgen sin original pecado,* 1620 ("sirgueros" vale "jilgueros"). Obra es de tímida ficción, muy superada por la audacia de los autos sacramentales; pieza pastoril con sermones, versos, suave musicalidad y su poquillo de teología en bombonera. No asoman, claro está, el habitual tema erótico ni los recursos a lo sobrenatural —filtros y hadas—, que eran vitandos y escabrosos. Los pastorcitos de biscuit están plantados, inmóviles, en un paisaje artificial. Las parejas no tienen más fin que sostener el diálogo, sin pasión ni celos, y apenas con su poco de simpatía entre Menandro y Arminda.

El objeto es loar a la Inmaculada Concepción en el trino de sus jilgueros o cantores, en charlas y breves representaciones y arcos de triunfo, que daban ocasión al festejo. Las descripciones de monumentos —larga tradición en las iconografías y pinturas imaginadas de la Grecia decadente— eran muy al gusto de la época. Símbolos marianos, empresas, tiradas dogmáticas, prédicas del Padre Sergio, y el *Auto de la Virgen* adelante mencionado (VI, § 3).

Al virrey y obispo D. Juan de Palafox y Mendoza, hombre laboriosísimo que ha dejado catorce infolios, se debe un pequeño tratado apologético *De la naturaleza del indio,* inolvidable entre los estudios de la materia, y una cuasinovela, *El pastor de Nochebuena,* que Gracián considera superior en el género de la alegoría.

D. Carlos de Sigüenza y Góngora —sobrino de D. Luis de Góngora—, además de poeta, fue matemático, astrónomo, cosmógrafo, historiador, cronista, biógrafo, memorialista, y hasta técnico de fortificaciones y artillería. Estudió las civilizaciones indígenas. Combatió las supersticiones vulgares que aún se revolvían con la ciencia astronómica. Su fama llegó hasta el Extremo Oriente. Dicen que el Rey-Sol lo invitó a su corte. Representa y suma toda la cultura de la Nueva España en sus días. Su lucidez, adelantándose al tiempo, le permitió percibir que el destino del Nuevo Mundo no está, como el del Viejo Mundo, en la acción militar. Si en Cárdenas (1591) encontramos el "resquemor criollo" bajo especie de diferencia entre el indiano y el peninsular, ya los sonetos satíricos del XVI anuncian entre ambas clases un prin-

cipio de animadversión (I, § 5). El viajero británico Thomas Gage —cuyas exageraciones, por lo demás, han sido objetadas algunas veces— asegura que, para sus días (1625), tal sentimiento se ha convertido en odio. En Sigüenza y Góngora más bien se manifiesta el empeño por definir lo mexicano, mezclando en la nueva sustancia de la nación criolla el orgullo de las tradiciones y virtudes prehispánicas. A la entrada del virrey Paredes, en el arco de triunfo erigido al caso, propone las imágenes de los emperadores mexicanos como otros tantos modelos de las virtudes del gobernante. Como observa Abreu Gómez, es realista, y siempre que puede, sustituye una fábula con un hecho averiguado. Piensa que a América le bastan sus propias grandezas, sin tener que pedir prestadas las de la antigüedad clásica. En toda la primera parte de su vida se nota un decidido afán por edificar las glorias nacionales y el culto de la patria. Se asegura que su entusiasmo se enfría un poco a partir del tumulto de los indios el 8 de junio de 1692; que entonces, en parecer inédito que de él solicitó el virrey, llega a proponer que se aleje a los indios del centro de la población; que se manifiesta más lastimado ante el desorden que ante la injusticia; que su amigo el Pbro. Antonio Robles, en su diario, y llevado por su sólo impulso de piedad, fue mucho más capaz que Sigüenza de apreciar la justificación que asistía a los indios. Pero, ante todo, no es lo mismo dejar un desahogo en un diario que presentar a la autoridad un plan de medidas administrativas. Además, fácil es que, en efecto, este hombre de museo e "intelectual" de solemnidad, haya tenido una visión más clara de las cosas históricas que no de las actualidades políticas. Tampoco se le puede exigir una plena maduración de la conciencia nacional en sus días. Por último, "a Sigüenza no podemos juzgarle bien, porque se ha perdido lo más importante de su producción, conservándose en cambio las obras que escribía de encargo".* Denuedo no le faltaba: para rescatar libros y documentos, cuando el incendio del Cabildo, no duda en arrojarse a las llamas. Su testamento —en que lega su cadáver a la ciencia como lo haría un sabio moderno—

* R. Iglesia, "La mexicanidad de D. Carlos de Sigüenza y Góngora", en *El hombre Colón y otros ensayos*, México, 1944, pp. 119-143.

insiste en aquel noble anhelo de salvar para la posteridad los tesoros del pasado mexicano que logró acumular a lo largo de su laboriosa existencia.

Aunque se precia de escribir con llaneza y tal como habla, nunca lo hizo así en el verso, naturalmente. En la prosa lo consigue mejor, cuando no le estorba el deber poético. Sus relaciones históricas son bastante escuetas y directas. Es célebre su invectiva contra el pulque, en su *Paraíso occidental;* y el *Triunfo parténico* (muestrario poético de aquella edad) trae un verdadero resumen de la pintura virreinal en el XVII. Su *Mercurio Volante*, sobre los sucesos de la reconquista de Nuevo México, se anticipa ya al periodismo.

Sus *Infortunios de Alonso Ramírez*, un natural de Puerto Rico, son una biografía, apenas novelada a lo sumo, de aquella existencia real y tormentosa. Ramírez habla en primera persona y nos cuenta lo que padeció, en poder de los piratas ingleses que lo apresaron en las Filipinas, y después, las aventuras de su navegación "por sí solo y sin derrota, hasta varar en la costa de Yucatán, consiguiendo por este medio dar la vuelta al mundo".

3. ¿Qué sucedía en el teatro? Acontece con Belmonte Bermúdez lo que aconteció con Cetina, y si al fin le es atribuible *El diablo predicador*, sería lamentable la pérdida de las comedias que escribió en México y que ni siquiera parecen haberse representado. La tradición del siglo anterior se mantiene en algunas obras. El *Auto del triunfo de la Virgen* que Bramón incluye en los *Sirgueros*, y que es lo mejor del libro, todavía despide el aroma del teatro misionario, sobre todo en el "tocotín" final. El estilo es llano y, en su sencillez, el desarrollo dramático muestra un dominio singular, y más, como advierte don Agustín Yáñez,* cuando Calderón todavía no daba su definitivo molde al teatro religioso.

El anónimo coloquio de *Los cuatro últimos reyes de Tlaxcala* es vino añejo en odres nuevos. Aunque continúa en el espíritu del XVI, el estilo es ambicioso.

Arias de Villalobos enlaza las dos épocas en su persona, por la continuidad de su acción teatral; pero no se conoce

* Prólogo a F. Bramón, *Los sirgueros de la Virgen*, México, Biblioteca del Estudiante Universitario, nº 45, 1944.

su obra dramática, y su poesía —a la que volveremos— lo sitúa del todo en el XVII.

Tal vez representen el tránsito ciertas loas independientes: loa sacramental *A la poesía,* de Jerónimo Becerra; loa *De las calles de México,* de Marmolejo: viacrucis a lo profano, nomenclaturas al paso de la procesión, futuro tema de Lizardi (*México por dentro y por fuera*).

En general, el teatro del XVII —Bocanegra, Maldonado, Ortiz de Torres, Ramírez de Vargas, etc.— es teatro de poetas en la escena, teatro lírico y de recitación, sin exceptuar a Sor Juana.

Hay relieve en Salazar y Torres. Asombro que comprueba las observaciones de Grijalba sobre la precocidad de los novohispanos, decoraba y comentaba de niño los más difíciles poemas de Góngora. Contra el fácil diagnóstico de los que aconsejan a la infancia el *Paquín,* no se entonteció con los años. Su linda comedia *El encanto es la hermosura* mereció ser atribuida a Tirso, y es innegable la calderoniana dignidad de *También se ama en el abismo, Tetis y Peleo, Los juegos olímpicos, La mejor flor de Sicilia, Céfalo y Procris,* a juzgar por los fragmentos que hemos leído. Menéndez y Pelayo no escatima elogios a "sus versos de donaire, especialmente en el poemita *Las estaciones del día*". Su *Romance del escudo de María,* cosa de certamen, es muestra de buen habla; y todos sus versos, de aquella musicalidad que notaba Adolfo de Castro. Usa con igual soltura el lápiz, la acuarela y el óleo, y va de las risas a la gravedad religiosa. Calderón lo apreció en sus días. Fue a hombrearse con los ingenios de España y podemos imaginarlo, aunque en menor temple, como un segundo Ruiz de Alarcón.

"Desde fines del XVII, y a lo largo de todo el XVIII, Calderón impera. Junto a él, como su sombra, está Moreto: a veces, Rojas Zorrilla, Lope, Tirso, Alarcón, entran en penumbra" (P. Henríquez Ureña, *loc cit.*).

4.* El abejero literario seguía zumbando y proliferando en modo creciente. Solemnidad y abigarramiento se confunden en la sustancia. La pequeña sociedad culta, apretada en

* La reconstrucción de esta época debe mucho a los trabajos de D. Alfonso Méndez Plancarte.

torno a los colegios y a las iglesias —núcleos vitales de la Nueva España—, mal podría presentar el mismo espectáculo de una nación europea, unificada, que viene arrastrando secularmente sus tradiciones. Es contrario al criterio histórico el exigir de ella una literatura del todo emancipada y que sólo vive del diálogo con un pueblo numeroso. Los certámenes y justas poéticas —en una sola aparecen más de quinientos nombres— nos permiten apreciar tres fases del fenómeno. En primer lugar, un tono general de cultura humanística y letras eruditas que difícilmente encuentra comparación, si a la calidad media se suma la superabundancia. En segundo lugar, el hecho, típicamente colonial, de un grupo selecto que es público de sí mismo. En tercer lugar, el caso, muy digno de observarse, de una aristocracia que convierte en fiestas del espíritu sus "parties" y "picnics", y sus salones en tertulias y ateneos poéticos. ¿Pues acaso las "cremas" de hoy en día no se conforman con meras mundanidades y triviales conversaciones? Y entre las minorías étnicas destacadas en tierra exótica por la administración civil o militar o por el comercio ¿no saben todos los viajeros hasta qué extremos de manso relajamiento suele llegarse? ¡Véase, en cambio, lo que acontecía en la Nueva España!

Nada tiene de extraño que estos mandarines —sobreexcitada su imaginación en el calor de la fragua donde se acrisolan juntos dos mundos y dos sangres, y estrechados por los preceptos de la Contrarreforma en que les tocó educarse— deriven a la ingeniosidad y a las acrobacias verbales, apoderándose vorazmente de las modas de la Metrópoli, que hasta parecerían importadas con una oportunidad traviesa y maliciosa.

Las grandes revoluciones estéticas que, en España como en el resto de Europa, acontecen por esos tiempos; las tempestades sagradas que cruzan las literaturas del Viejo Mundo, sacudiéndolas provechosamente, allá andan más o menos dispersas en la magnitud del escenario, y transportadas en una atmósfera que posee ya su régimen establecido de brisas y contrabrisas, de ciclones y anticiclones. Aquí se focalizan y aíslan como en un pequeño y activo laboratorio, verdadera estación experimental, propio invernadero. "La Nueva España

no pulsó la vitalidad estética de las escuelas, no advirtió su proceso: tan sólo ensayó la repetición de sus formas concluidas" (Abreu Gómez).

Y, de entonces en adelante, se hace, claro está, literatura de acertijo, acróstico, centón, anagrama, rueda, laberinto y "caligrama"; composiciones latino-castellanas al gusto de los gramáticos cordobeses y salmantinos —Pérez de Oliva, Morales—; versos retrógrados que se leen al revés o al derecho como en la decadencia romana, "palíndromas" ("Anita lava la tina"), "pangramatón" en que un verso se compromete a sumar todas las letras del alfabeto, "metronteleón" en que el verso emplea todas las llamadas "partes de la oración", y otras exquisiteces menos objetables al fin y a la postre que los "colmos" o las "palabras cruzadas" de nuestros días. De lo cual, o quedan ejemplos, o referencias, o preceptos: la *Teressiada* de fray Juan de Valencia, la *Poética* del P. Bernardino Llanos, etc. Y en la primera mitad del siglo XVIII prosigue el movimiento iniciado, en certámenes de intención sacra o profana, con "romances mudos" (en pictograma) y "ovillejos".

Todo, como en España, lo salpimenta Góngora, y los extremos de su invasión son sensibles en la cantidad de centones gongorinos, plaga de ambas Españas, y en títulos enrevesados de sermones y obras devotas que anunciaban ya a "Fray Gerundio", y que seguramente afean los libros de hombre tan docto y serio como lo fue Sigüenza y Góngora. Innegable flaqueo del gusto, estos títulos han bastado para que la crítica se dispense, a veces, de leer las obras. Pero juzgar de una literatura por sus extravíos y curiosidades no es lo más cuerdo; y menos cuando ellos vienen de fuera. En todo tiempo —aunque aquí se haya hecho con algún exceso, y aunque resulte aquí más visible—, la gente de letras se ha consentido jueguecillos de taller, "jitanjáforas".

Ya no hace falta defender la índole florida, manifiesta en los escritores peninsulares desde la edad de plata de las letras romanas; ni, más tarde, el preciosismo ingénito, o sus particulares manifestaciones en el gongorismo y el conceptismo, estos gemelos enemigos. Ya no hace falta justificar tales exacerbaciones dentro de la marea general del barroco,

que es todo un orbe mental y estético. Semejantes vaivenes se reproducen, aunque con distintas apariencias, a lo largo de toda la historia de la cultura, de que son como un vasto ritmo respiratorio e indispensable; a menos de vivir a medio resuello, lo cual sería fatal para el organismo y lo ha sido cuando acontece.

Ahora bien, explicar un estado social no significa aceptar necesaria e incondicionalmente la calidad de sus productos. Sería ingenuo pretender que hubo quinientos y más poetas de talla, y es preferible no enredarnos en retahilas de nombres. Basta que reconozcamos la creación de un fondo del paisaje, por cierto muy pulcro, sobre el cual corren algunas magníficas pinceladas de poesía religiosa, y resalta la figura más extraordinaria de nuestra lírica: Sor Juana Inés de la Cruz.

5. La poesía cívica y social es exorbitante y superabundante, y arrastra consigo multitud de asuntos sacros tratados en suerte que no merece llamarse lírica religiosa. Muchedumbre de panegiristas y versificadores de anales desfila en las procesiones, contribuye a los torneos literarios, a los florilegios de fastos públicos, y alza arcos de triunfo y monumentos semioficiales según la retórica del tiempo, en odas, canciones reales, octavas, liras, sonetos, romances, epigramas y jeroglifos: mezcla de ampulosidad y prosaísmo, inevitables extremos en el caso. Ni siquiera faltan poetisas, pálidas azafatas de la Décima Musa.

A voz en cuello, estos vates entonan loores de varones ilustres, Martes Católicos, Ulises Verdaderos, nuevos Perseos, Isabeles de España; bautizan, casan, consagran y entierran príncipes o predicadores reales: riegan flores artificiales en las tumbas; contemplan a la Virreina en el balcón; cortan libreas, ensillan cabalgaduras; se extasían ante el Monarca que cede su carroza al Santo Sacramento; emprenden viajes fluviales desde el Ebro hasta Chapultepec; hacen que Marco Antonio se trague las perlas de Cleopatra. Se exprimen la sesera para convertir a los santos en héroes mitológicos y viceversa; se empeñan en subir hasta las cosas divinas con acento culterano y sensual, o por los peldaños de los centones y las rimas forzadas; piden a Encina sus "galas de trovar", y sus fórmulas a Rengifo, para tejer versos en ecos; y maro-

mean laberintos en décimas que se vuelven sendos romances diferentes leídos de derecha a izquierda o de abajo arriba. Alardes, sin duda, menos gratos al cielo que las inocentadas del Juglar de Nuestra Señora.

La desaparición de Sor Juana inspira a Avilés un buen soneto conceptista. El "pantaleonizante" Santa Cruz Aldana tiene el buen gusto de celebrar con gracejo unas reales fiestas, prefiriendo a la gravedad culterana los donaires en la misma escuela aprendidos. Descuellan, en el coro, el ingenioso Salazar y Torres, el lapidario Miguel de Castilla, Ramírez de Vargas con sus fuegos a la dedicación del Convento de San Bernardo, romance nervioso; tal vez algunos más. Distinguida, consciente en su armonía gongorino-calderoniana, dueña de sus recursos y segura, pero no inspirada, es la poemática de Sigüenza y Góngora en la *Primavera indiana,* el *Oriental planeta,* las *Glorias de Querétaro,* sus versos insertos en el *Triunfo parténico.* Poeta en conflicto, sin la sensibilidad ni el dón suficiente para encontrar forma a sus preocupaciones intelectuales y científicas; "poeta en potencia... Su capacidad lírica descansa en la expresión de sus ideas, antes que en la traducción de sus sentimientos... Podría llamárselo pre-neoclásico".*

Pero, en general, la vista se confunde entre tanta peluquería de la misma tijera; entre tanto misacantano de glorias eclesiásticas, civiles y militares. Son frutos del régimen. Cada día aparecen más y da fatiga enumerarlos. Y nadie se atreva a decir al autor de estas líneas que tiene temor de Góngora. Uno es el temor y otro el respeto.

6. Junto a esta música retumbante, más afinados, ascienden los arpegios de la verdadera poesía religiosa. El lindero es indeciso; no respondemos de partir la realidad en pedazos. La lírica sacra recorre una gama que empieza en el tono popular y sencillo, se va cargando de secretos artísticos, cruza las zonas cultas, y llega a la epopeya de complicada taracea y repujado churrigueresco. De paso, hay instantes de excelsitud.

* E. Abreu Gómez, "La poesía de Sigüenza y Góngora", en *Contemporáneos,* México, 1930, núms. 26-27, pp. 61-89.—*Cfr.* E. A. G.; *Clásicos, románticos, modernos,* México, 1934, pp. 13-55.

Sus primeras manifestaciones están pidiendo la tonada. Así el "tocotín" de Bramón y algunas miniaturas anónimas: redondillas a San Felipe, romance al viaje de la Guadalupana. Ya las chanzonetas o "nocturnos" de San Pedro comienzan a enjoyarse, a la vez que —en sus burlas a orejanos, cojos, suegras y difuntos— anuncian el folklore de truculencias y muertes, calaveras de alfeñique, estampería de Posada, nuestro Bosco de la media calle. Y anda por ahí un romance del Carmen Descalzo que es ya una pieza gongorina.

Hacia fines del siglo, cunde la gustosa primavera de villancicos, de lo mejor en el tipo religioso-popular, lo más cantarín, lo más animado, en ambiente de verbena con farolitos y cadenas de "papel de China". Tanto en los villancicos anónimos como en los firmados —y en éstos sobre todo—, el popularismo y el cultismo, los símbolos teológicos y científicos, hasta la manía latinizante y el aztequismo, el "macarrónico", el disparate vizcaíno y el portugués aproximado, se mezclan de modo curioso y sin estorbarse.

Ya no era el villancico la mera canción de Navidad, sino que se abre a los más variados asuntos y ocasiones. Lo cultivan Ramírez de Vargas, en alarde de esdrújulos; Montoya y Cárdenas, en aire de jácara; Soto Espinosa y Gabriel de Santillana, en Navidades y "Negros", pues aquí, como en Góngora, el habla afroespañola ha hecho irrupción en el género; Azevedo, en Asunciones; Santoyo García, en Guadalupes. Lo cultiva sobre todo Sor Juana, y muchos más villancicos de los que aparecen con su nombre le son legítimamente atribuibles.

Aquel desenfado, que entonces nadie consideraba ofensivo a la religión, consiente familiaridades a la vez que refinamientos. Lo cual se percibe también en las "vayas", vejámenes y humillaciones al Diablo, de González de Contreras y Salazar y Torres, y hasta en las décimas de Rodríguez de Abril a la Purísima, que "se entiende" en amores místicos con el virrey Alburquerque. Don Ezequiel A. Chávez ha encontrado la palabra justa, al considerar esta poesía como "la más genuina y típica manifestación democrática". Españolísima fusión, que resultó mexicanísima, entre las diversas clases sociales, los distintos niveles de la inspiración y la cul-

tura, lo chocarrero y lo divino, el cielo y la tierra: punto de confluencia, inestable y delicioso equilibrio que por desgracia duró un instante. "La orquesta y las campanas dialogan", los versos y los gritos, los "payos" y los "azabaches con alma" (los negros), los predicadores y los bobos, y aun las musas y las gallinas. Pierres Gabacho y Juancho Vizcaíno se codean con el indio que adora al "chiquito de Belén". El Amor divino se arrulla al "no, no llore más, / Sí, sí llore más" —digno de las antologías de "Jardinillos", de Juan Ramón Jiménez. Entre el bullicio y el vistoso tumulto —propio grabado de Durero—, cruza el "pálido palafrén" de la Muerte.*

7. La poesía hagiográfica muestra devota gravedad en Arrieta, Solís Aguirre y el humilde Marcos Chacón, aunque buena parte de ella se nos pierde en la pedantesca mitología del género pomposo y social. Así, Almazán empuña la trompa de las *Soledades* para loar a María Magdalena.

Fray Miguel de Guevara incluye en su *Arte Doctrinal... Matlatzinga* cuatro sonetos célebres, aunque muy inferior el acertijo "del tiempo y la cuenta", primicia del conceptismo mexicano. Basta y sobra para el renombre de Guevara —si al fin es suyo— aquel "No me mueve, mi Dios, para quererte", que ha sido adjudicado a San Francisco Javier, Santa Teresa, San Ignacio o fray Pedro de los Reyes, traducido al alemán, al inglés, parafraseado en hexámetros, comprimido en décima, glosado, imitado, alabado siempre, verdadera joya de antología y sin disputa una manifestación excelsa de la lírica religiosa.

Y resulta que Palafox y Mendoza era también poeta, sólo olvidado como tal por la magnitud del pastor y apóstol, por la rectitud del gobernante y hasta por su obra de prosista. Apenas comienzan a difundirse algunos de sus *Cánticos* y sus *Poesías espirituales*. Culmina su lírica, al sentir de sus contemporáneos, en sus *Grados del Amor Divino*.

* ¿Se ha investigado alguna vez desde dónde viene la costumbre de poner nombres mitológicos grecolatinos a las pulquerías de México? *El triunfo de Baco, Las cuevas de Birján, Helena de Troya, Al Bello Apolo, Las Tres Gracias, Las Nueve Musas, Las Sirenas, Los Amores de Venus, La flecha de Cupido, Neptuno*, etc., ¿no indican aquella revoltura de humanismo y pueblo a lo largo del Virreinato?

> Pero nosotros, aun fuera de esa joya —dice A. Méndez Plancarte, cuyo elogio morigeraríamos un tanto, conservando la excelente síntesis— gozamos luz de poesía en muchos otros de sus versos, ya con gracia de conceptismo tradicional (como en sus décimas al "Sol y Luna / en traje de montería"); ya con estilo y gusto salmantinos, o de un Horacio ablandado por Lope; ya con la "santa audacia", muy personal, que parafrasea los Cantares en ágiles quintillas y redondillas; ora con un castizo primor sabroso de refranero sagrado, en la línea paremiológica de Santillana y el Rabí de Carrión, y aun con ingenuidad popular, más linda en personaje de tanto viso; ora, sobre todo —si son suyas, cual creemos, las *Liras de la Transformación del Alma*—, con esa "Noche cristalina", oscura y fúlgida, que le da la primacía cronológica y estética a la zaga fragante de San Juan de la Cruz, de quien sus otros versos ofrecen también esta resonancia.

Corchero y Carreño, ante algún auto de fe contra judaizantes, encarama estrofas de diez endecasílabos, *Desagravios de Cristo,* seca dialéctica, historia bíblica y argumento teológico, con algún relámpago poético: "Empañados los astros de zafiros, / Se llenó todo el cielo de suspiros."

8. Ya ha podido apreciarse hasta qué punto la vida diaria de la colonia ha logrado abrirse campo en las letras. Sucesos y verdaderas efemérides: autos de fe, lutos, asesinatos, justicias, toros, caballos (el velazqueño cuadro ecuestre del *Conde del Valle de Orizaba,* en el soneto de Ramírez de Vargas), traslado de la Cruz de Mañozca al atrio de la Catedral (celebrado por Solís Aguirre), inundaciones (Ayrolo Calar en el XVII, Cabrera Quintero en el XVIII), una sequía (otra vez el múltiple Ramírez de Vargas), las truhanerías de Martín Garatuza (Sor Juana). Junto a esto, el folklore entra también en la poesía: el présago y triste tecolote, el negro que lloriquea su son en los obrajes, la tilma de Juan Diego, el mezcal, las yerbas medicinales del indio, las chinampas enfloradas, las frutas, toda la batea del pueblo.

Naturalmente, la poesía profana no se limitó a los temas locales. Don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl había logrado incorporar a Nezahualcóyotl en la eterna meditación sobre la fugacidad de los bienes. Sus liras y su romance, de inspiración indígena, hieren cuerdas universales. Al "¿Qué se hizo el rey don Juan?", responde el "¿Qué es de Chihuapatzin?"

Un paso más, y ya en la *Canción a la vista de un desengaño*, de Matías de Bocanegra, se llega al poema puramente subjetivo, de tiempo y espacio generalizados. Esta canción ha provocado un verdadero furor de imitaciones y ha sido excesivamente elogiada. Empieza a parecernos fatigosa y diluida. Este nuestro primer fabulista ha echado a perder su fábula sobre los peligros de la demasiada libertad, estirándola artificialmente —tal vez por el hábito de la homilía, en que era muy celebrado—, como los malos conversadores echan a perder las anécdotas con alargamientos descriptivos.

Muy comentadas y glosadas han sido también las frías décimas de Isidro de Sariñana *Al desengaño de la vida,* ejercicio ascético en rima, sin el menor encanto, que no estamos ciertos hubiera complacido a Quevedo. Muy cerca le anda Nicolás de Guadalajara en su *Pacto con los sentidos,* otras mortecinas décimas en que se aconseja cerrar las cinco ventanas naturales para algún día gozar del bien sumo, pero donde hay más asco de la tierra que no amor al cielo. Si éstas son las "cualidades raras en el siglo XVII", que decía Pimentel, llamadas a corregir los estragos cultistas, el juicio se queda en suspenso.

A cada paso nos encontramos con Ramírez de Vargas. Y es que su musa era curiosa, fértil en recursos y asuntos, ya se enfrente con la sequía, ya cante los muy calderonianos rejones, ya pinte los fuegos de las verbenas. Es Ramírez de Vargas poeta a quien se le siente el timbre de la voz, hasta cuando la ahueca lastimosamente para que México y Vizcaya lloren la *Elegía por el capitán Retes Largache.*

Luis de Sandoval y Zapata, descendiente de conquistadores, había heredado un ingenio de azúcar; pero, como se dijo en su tiempo, también el ingenio y genio aventureros que acabaron por arruinarlo. Habrá que releer su quevedesco *Panegírico a la paciencia* antes de condenar su prosa, según la rutina viene haciéndolo. Porque ya no puede negársele la condición de poeta, uno de los mayores en la Nueva España para Landívar, y dotado de magia expresiva para su crítico más reciente. Le deleitan las flores y su belleza de un instante. Sabe labrar un soneto a las metamor-

fosis de la materia prima, que él llama "viudeces", con ser tema escolar y abstruso, manoseado un día por Acuña. Como es filosófico, es erótico: "¡Abrásate en el fuego que buscabas —dice al amante, jugando la metáfora de la mariposa—, Dichosamente entre sus lumbres arde!" Tiene ojos abiertos al color, como se ve en su "Blanca azucena", y en aquella rauda contemplación que va y viene entre la mujer y el ocaso. Posee el rasgo trágico y narrativo para el ajusticiamiento de los Ávilas. Y sabe exclamar ante una cómica difunta:

Tan bien fingiste, amante, helada, esquiva,
que hasta la Muerte se quedó dudosa
si la representaste como muerta
o si la padeciste como viva.*

9. La epopeya de gran aliento ofrece a lo largo del siglo tres manifestaciones, una heroica y dos religiosas, aquélla vuelta de cara hacia el XVI y éstas hacia el XVIII: el *Mercurio* de Arias de Villalobos, el anónimo *Poema de la Pasión, La octava maravilla* del jesuita Francisco de Castro. Las tres epopeyas son torres desiguales, en el tezontle, pulido o labrado, de sus octavas.

Arias de Villalobos, a quien ya adivinamos, más que conocemos, en el teatro de tránsito, probablemente trajo a la Nueva España el primer trasplante de Góngora. Hubo un instante en que pareció ponerse a la cabeza del Parnasillo. Pero el "solo" de su poesía de ocasión, el discurso en verso que acompaña a su *Obediencia... a D. Felipe IV*, pronto se ahogan en el conjunto. Su *Mercurio*, canto histórico y descriptivo a la capital del Virreinato, supera a Cueva y aun a Salazar y Alarcón, pero no se mide con Balbuena. Entre altibajos, trae pasajes atractivos sobre la conquista, con la habitual mescolanza de aztequismo y cultismo, a que añade una indecible gracia anacrónica.

El Poema de la Pasión es así como nuestra *Cristíada*, y de repente se ilumina en destellos de aquella "poesía hematólatra" que evoca, de lejos, a Prudencio, y de cerca, la escultura de los santos de palo.

* Reminiscencia de "Tomé de Burguillos": "A la muerte de una dama representante única": *Yacen en este mármol la blandura...*

La octava maravilla, obra guadalupana, ha padecido la maldición que persigue a Góngora. Pero bajo la semejanza aparente, hay en Castro una moral sentenciosa que le es propia. Su poema es en verdad un raro y noble esfuerzo, esfuerzo mayor que el resultado, poesía de investigación, tortura y gimnasia sintácticas, enciclopedia de alusión y metáfora. La avanzada gongorina no puede ir más lejos. Es la Última Tule del barroco, estilo que, a partir de ese instante, sólo podrá retroceder, tras de estacionarse inútilmente por unos lustros.

10. No falta en Sor Juana Inés de la Cruz uno solo de los rasgos hasta aquí descritos, y la suma bastaría para definirla, a condición de no olvidar el imponderable de la belleza literaria y de sumar otra dimensión nueva en la hondura del pensamiento. Ella y Ruiz de Alarcón —¡qué dos Juanes de México!— son nuestra legítima gloria.

Juana se nos presenta todavía como una persona viva e inquietante. Se escudriña su existencia, se depuran sus textos, se registra su iconografía, se levanta el inventario de su biblioteca; se discute, entre propios y extraños —en México, en los Estados Unidos, en Alemania— el tanto de su religiosidad, no faltando quien, en su entusiasmo, quiera canonizarla. Por ella se rompen lanzas todavía. Es popular y actual. Hasta el Cine ha ido en su busca. Y como se ha dicho sutilmente, no es fácil estudiarla sin enamorarse de ella.

La controversia sobre la religiosidad de Sor Juana es algo ociosa. Muy natural que, en época de creencias, una criatura de su temple, decidida a vivir para el espíritu, que por eso se hace monja y posee ya sus vislumbres místicas, acabe por entregarse del todo a la piedad. Llegó por etapas sucesivas. Su abuela distante diría que emprendió el camino de perfección a través de las moradas interiores de su castillo. Si aquélla, la española, domina una de las cumbres más altas y tempestuosas, la mexicana se enseñorea de una graciosa colina, con vistas apacibles. Si allá el ventarrón ardiente y seco barre las llanuras de Castilla, acá el suave aroma de los jardines —con su poquillo de ambiente de tocador— se esparce por los salones virreinales. Teresa, arropada en la tosca estameña, descalza y desgarrada de espinas. Juana, en chapines, protegida en seda, ocultando el llanto —patrimo-

nio de las almas nobles— con leve, pudorosa coquetería. Asediada por la mundanidad, festejada, busca en el claustro el abrigo de sus letras, y cuando al fin las descifra todas, alcanza la caridad sin mácula. Cuando ya nada le faltaba, descubre que le falta todo.

> Sor Juana, cierto ¡qué espíritu más difícil de comprender! Para los ortodoxos resulta demasiado libre, tanto en poesía como en costumbres. Fue mucha mujer esta mujer. Si en nuestro siglo la tomaríamos por un portento ¿cuál no sería el asombro... a fines del siglo XVII, entre las mujeres de su época? Pues si nos referimos al escabroso punto de sus versos de amor ¿cuántas imaginaciones no se despiertan? ... Sabemos tan poco... que es casi imposible prescindir del factor imaginativo...*

Con todo, hay en este "camino de perfección", cuatro "moradas" o etapas bien notorias. Primera, la infancia en el pueblecito natal: precocidad inaudita, desordenado afán de saber, rebeldía de autodidacta. Segunda, la corte virreinal: apogeo de encanto femenino y sabiduría, cerco amoroso —y decepción acaso—, único tributo que aquella sociedad, no madura para darle el gobierno de una tertulia literaria al modo francés, sabía rendir a sus talentos. Tercera, refugio en el claustro: aunque el convento de las Jerónimas era una pequeña academia, le proporciona algo de soledad, y también el indispensable respeto para una doncella negada al matrimonio y negada a ser "pared blanca donde todos quieren echar borrón". Cuarta y última, "la puerta estrecha": celada de cerca por su férreo director espiritual, el P. Núñez, esta musa de la biblioteca convierte en limosnas sus cuatro millares de volúmenes, sus instrumentos músicos y matemáticos, sus joyas y pertenencias, vive aún dos años de mortificación y ascetismo y, a la cabecera de sus hermanas enfermas, se deja contaminar por la peste. Es la ruta, casi, de una María Egipciaca sin pecado. Murió a los cuarenta y cuatro, en una de las épocas más lúgubres de la colonia. Entre heladas, tormentas, inundaciones, hambres, epidemias y sublevaciones, cielo y tierra parecían conjurados para hacer

* M. Toussaint, prólogo a las *Obras Escogidas* de Sor Juana Inés de la Cruz, México, 1928.

deseable la muerte. La rodeó el aplauso, pero también la hostilidad; pues, de uno u otro modo, todos querían reducirla a su tamaño.

Debemos prescindir aquí de los escritos devotos, incluso la *Carta atenagórica,* tardía respuesta al sermón de Vieyra, quien se creía superior a los Padres de la Iglesia. Las últimas páginas de esta carta tienen un encanto de *sacra conversazione.** Prescindimos también del *Neptuno alegórico,* explicación, en emblemas y jeroglifos, del arco triunfal al virrey Paredes. Su prosa se estudia, sobre todo, en la *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz,* esta "confesión laica" como la llama Abreu Gómez. Es análisis de la propia formación intelectual y verdadera exposición de su método de estudio y trabajo. Aparte de su trascendencia humana, psicológica y filosófica, este documento representa, a nuestro sentir, la mejor prosa mexicana en la época. A la riqueza y buen estilo tradicionales de la prosa española, añade cierto rigor de palabra justa y hallazgos de expresión que, a la vez, poseen valor estético y científico. Salvando épocas y distancias, se lo puede poner al lado de la *Introducción al método de Leonardo de Vinci,* de Valéry. Y sin necesidad de admitir contagios de doctrina, es indudable que pertenece a ese mismo orden de "filosofía de la estufa", investigación del yo solitario enfrentado con el universo, de que dan ejemplo los Robinsones Metafísicos, desde Aben-Tofail hasta el *Criticón* de Gracián, pasando por el *Discurso* cartesiano.

La monja se entrega a sus reflexiones,

> teniendo sólo por maestro un libro mudo, por condiscípulo un tintero insensible, y en vez de explicación y ejercicio muchos estorbos..., como estar yo leyendo y antojárseles en la celda vecina tocar y cantar; estar yo estudiando, y pelear dos criadas y venirme a constituir juez de su pendencia; estar yo escribiendo y venir una amiga a visitarme, haciéndome muy mala obra con muy buena voluntad.

Logra concentrarse con esfuerzo, conquista nitidez y precisión mental extraordinarias; se objetiva, se desprende de sí

* Es una desgracia que se haya perdido *El equilibrio moral: Direcciones prácticas morales en la segura probabilidad de las acciones humanas.* ¡Esa "segura probabilidad" era tan prometedora!

misma y, como Montaigne, se convierte en tema de su física y su metafísica. Plantea, sincera, la conducta del escritor en relación con su ambiente, sin disimular un instante el derecho que concede a su independencia. ¡Cuánta razón hubiera tenido la pretendida "Sor Filotea de la Cruz", si en vez de querer vedar a Sor Juana el ejercicio de las letras humanas, simplemente le hubiera aconsejado —como muy bien dice don Ezequiel A. Chávez *— resistirse "a las instancias de tantos que abusaban de su bondad, pidiéndole versos a todo propósito", que es por donde padece un tanto su poesía.

No tiene menor hondura el examen de la vocación. Oyendo estudiar a su hermana, aprende a leer sola a los tres años. Escribe a los cinco. Antes de los seis, evitaba el queso, porque oyó decir que "hacía rudos". A los ocho, es poetisa. Quiere ingresar a la Universidad de México, aunque sea vestida de hombre, puesto que no se usaban mujeres. En México, aprende gramática y latín en veinte lecciones. Sus "cuatro bachillerías" le bastan para confundir a los Doctores que la someten a prueba. Nueva Catalina de Alejandría, se desembaraza de los argumentos y réplicas, según dijo el Virrey, "a la manera que un galeón real se defendería de pocas chalupas". Donosa respuesta a Schopenhauer, cuanto a los cabellos largos e ideas cortas de las mujeres, cuando algún estudio se le resistía, se castigaba cortándose cuatro o seis dedos del pelo, siendo así que es "tan apreciable adorno" y mucho más "en tan florida juventud", y se encerraba a solas hasta no vencer a su Quimera. Aunque cierta prelada "muy santa y muy cándida" le mandó que no estudiase, por creer que "el estudio era cosa de Inquisición", y Sor Juana la obedeció durante los tres meses que aquélla duró en el mando del convento, sólo la obedeció "en cuanto a no tomar libro", pues más no estaba en su potestad, y "estudiaba en todas las cosas que Dios crió, sirviéndome ellas de letras, y de libro toda esta máquina universal". El amor de las letras nació con ella, no puede evitarlo: *Vos me coegistis*, y Dios sabe lo que hace, Dios que —según el refrán portugués— escribe derecho con líneas tuertas:

* *Ensayo de psicología de Sor Juana Inés de la Cruz*... Barcelona, 1931.

Si es malo, yo no lo sé.
Sé que nací tan poeta,
que azotada como Ovidio,
suenan en metro mis quejas.

Verdadera contribución al esclarecimiento de la experiencia intelectual, Juana, no solamente descubre que la alternancia de disciplinas es un reposo; que "mientras se mueve la pluma, descansa el compás, y mientras se toca el arpa, sosiega el órgano". Sino descubre, además, que hay una manera de concatenación entre las agencias mentales, y que éstas entre sí se auxilian por una suerte de metáfora interna.

> Y quisiera yo persuadir a todos con mi experiencia, a que no sólo no se estorban, pero se ayudan, dando luz y abriendo camino las unas para las otras... Es la cadena que fingieron los antiguos que salía de la boca de Júpiter, de donde pendían todas las cosas eslabonadas unas con otras.

Sor Juana es música y poetisa, matemática y teóloga; y de pronto, lo que no entiende en un lado, lo entiende en otro. Y si en Sigüenza y Góngora se encuentra la última ciencia conquistada y establecida, en Sor Juana, aunque a veces haya atraso, hay también tanteos y exploraciones, por ejemplo en la acústica, y hasta investigación experimental, como cuando puso a bailar un trompo en harina para estudiar las curvas que describía, o cuando especulaba sobre triángulos de alfileres, y hasta sobre las reacciones del huevo, la mantequilla y el azúcar en el brasero.

Ahora bien, el caso no se queda en mera pericia de estudiante. Los arcos cruzados tienen una clave maestra. Se va trasluciendo una armonía universal entre todas las convergencias del saber. Todos los conocimientos resultan ser ancilas para el conocimiento de Dios, enciclopedia a lo divino armada en estupendo sorites. Cultivada entonces la aptitud alegórica en la mentalidad de la época al grado que puede apreciarse por los autos sacramentales, se revelan con facilidad los enlaces de las nociones. Sor Juana se encamina, sin obstáculo, del humanismo al sobrehumanismo. Ésta es la última enseñanza de la *Respuesta a Sor Filotea;* anuncia la etapa final de su existencia y prepara su pascaliana no-

che de Getsemaní, reacción vigorosa que fundirá el orden activo y el intelectivo en el orden místico. A Roma no sólo se llega por la inmediatez del éxtasis y el arrobo: también por los grados de la inteligencia. Y entiendo que no es de sana teología negar los servicios de la razón.

Sin duda es Sor Juana una de las organizaciones cerebrales más vigorosas. Pero ¿por qué ha de negarse en ella a la poetisa, para reconocer a la "intelectual"? ¿Será violación de alguna norma el que los buenos poetas hayan sido sabios e inteligentes? Hay monstruos de la Gracia, es verdad. Son éstos, y no los otros, la excepción.

"No parece gran elogio para Sor Juana —decía Menéndez y Pelayo— declararla superior a todos los poetas del reinado de Carlos II." No lo es: los siete lustros de aquel reinado fueron "época ciertamente infelicísima para las letras amenas". El reinado de la Décima Musa parece que dura todavía, aunque haya reparos al gusto ambiente, y aunque tengamos que olvidar algunas poesías de encargo para los virreyes o las catedrales.

El teatro de Sor Juana es sobre todo teatro poético y pertenece al ciclo de Calderón. Aunque *Los empeños de una casa* es obra animada, de graciosas situaciones y hasta interés por la vida de la poetisa, que ella misma explica y describe por boca de Leonor, nada iguala al lirismo de la escena arrancada de la canción: "No es tal-Sí es tal", que parece un juego de volante. Y en *Amor es más laberinto,* donde la fábula cretense busca el disfraz de "capa y espada", sobresalen los fragmentos sobre el relato de Teseo y el discurso del Embajador ateniense. Por de contado, en los autos sacramentales la vena poética corre más libremente y menos preocupada de las incidencias escénicas. En el *Divino Narciso* logra Sor Juana una verdadera obra maestra; y en las loas de sus tres autos, la inquietud por la cabal cristianización del indígena revela —y esto va a cuenta del espíritu científico y no ya de la lírica— una rara comprensión de las religiones naturalistas. También es importante su interpretación del arrianismo en el auto sobre *El Mártir del Sacramento* (San Hermenegildo). De Sor Juana poseemos en total dos comedias con dos sainetes, tres autos con

sus loas y algunos villancicos escénicos y letras cantables; y todavía el segundo acto de *Amor es más laberinto* se debe a la colaboración de Juan de Guevara. La exigüidad de la obra dramática, en comparación con la lírica, y más si se considera que Sor Juana era constantemente solicitada para contribuir a los festejos de la corte y la iglesia, es indicio suficiente sobre la verdadera inclinación de su musa.

En cambio, las características de Sor Juana en la poesía lírica son la abundancia y la variedad, no menos que el cabal dominio técnico en todas las formas y los géneros. El oficio nunca deja nada que desear. Silvas, liras, sonetos, romances, redondillas, villancicos, loas y tonadas son de una factura que acusa, por una parte, el enriquecimiento acumulado durante siglos por la poesía española, y por otra, el dón de Sor Juana, dón que es también imperiosa necesidad de versificar según ella lo ha confesado. Juana representa el fin de una época poética. Hasta ella llegan todas las apariencias asumidas después del Renacimiento por la lírica del Siglo de Oro, y acaso en ella pueden apreciarse por última vez, como en una galería de valor. Y todavía nos ofrece novedades como esos decasílabos de esdrújulo (por ejemplo, el retrato de la Condesa de Paredes), que merecen llamarse versos sorjuaninos.

Sor Juana escucha las voces de todos los puntos del horizonte, y no pasa de grosero error el figurársela como estrictamente sujeta al gongorismo, o como necesariamente difícil cuando ella no se lo propuso. Su poesía religiosa sigue el curso diáfano de Fray Luis o de San Juan de la Cruz, y a veces da muestras de aquella castiza sencillez que no necesita nombre en la historia literaria; o "canta con voz de ángel" en los villancicos —según la palabra de Toussaint—, o retoza y juega con el pueblo en jácaras, ensaladas, congos, vizcaínos, latines, tocotines y "adivinanzas" indias.

A poco, se remonta a las reflexiones morales, en aquellos sonetos de equilibrado conceptismo que tienen un vaivén pendular, y parece que pintan exactamente lo que borran, propia imagen de la perplejidad, para rematar en algo como un fallo inapelable sobre la disyuntiva o encrucijada que es toda meditación de la conducta. Y otras veces, se va trotando

en esos romances medio conversados y medio cantados —privilegio de esta españolísima forma—, que pueden compararse con los mejores de la época.

El amor auténtico, apasionado y lloroso, rendido de abnegación o espinoso de celos y de sentimientos encontrados, le dicta sonetos inmortales; liras que manan como agua clara, romances o redondillas como la *Ausencia* o "los efectos del amor", en que no es posible concebir más acabada alianza entre la espontaneidad y el arte.

En el poema del *Primero sueño* —nuestras *Soledades*—, Sor Juana escribe para sí; es decir, ni por encargo, ni movida de ningún impulso sentimental, sino por mero deleite del espíritu. "No me acuerdo —dice— haber escrito por mi gusto, si no es un papelillo que llaman *El sueño*." Hay que acercarse con respeto cuando los poetas quieren hablar a solas. Si el supremo criterio del juicio está en entender la intención, la sola declaración de Sor Juana basta para acallar "la gritería de trescientas ocas". Don Ezequiel A. Chávez ha concedido toda la seriedad que merece a este poema onírico que analiza los seis sueños de una sola noche:

> La primera división pudiera llamarse *Sueño de la noche* y de la *Vivencia nocturna;* la segunda, *Sueño del sueño universal del mundo;* la tercera, *Sueño del sueño del hombre del sueño fisiológico;* la cuarta, *Sueño de los sueños; la* quinta *Sueño del sueño del conocimiento —de su teoría y de su método—* y la sexta, *Sueño del despertar.*

Las divisiones no son explícitas. Muy cerca de mil versos corren en esa continuidad de metamorfosis con que piensa el durmiente.

De suerte que cuando la poetisa siguió más de cerca al maestro cordobés, todavía supo vaciar en el molde ajeno su propia sangre, su índole inclinada a la introspección y a las realidades más recónditas del ser. Aquí los sones y luces de la estética gongorina son tan sólo medios expresivos de algún intento que no pára en la exterioridad del fenómeno; son catacresis para evocar algún objeto sin nombre. O mejor aún, las cosas prácticas, de Bergson, que la acción racional aísla y ordena en sucesiones, se confunden y remodelan de otra suerte, aprovechando el relajamiento, el gran bostezo

del sueño. Entonces parecen revolverse en los lechos de la subconsciencia y del yo profundo, donde la integridad vital conserva otros mundos latentes, mundos que aspiran a la representación simultánea o instantánea. ¿Se han asomado los suprarrealistas a los sueños de Juana?

Hazaña de la inteligencia ha sido usar los instrumentos de la más quintaesenciada cultura, y aun cierto fenomenismo a lo Arato y cierto materialismo a lo Lucrecio, para dar forma a esas larvas vegetativas e intuitivas. Estamos por decir que Juana se atrevió unos pasos en el puente que lleva del "parnasismo" de Góngora —resumen de visualidad grecolatina entendida según el sensorio renacentista— a una poesía de pura emoción intelectual. La descripción artística, la mitología, la erudición, la historia, la ciencia (acaso voluntariamente retrasada unos minutos para que sea algo misteriosa), la filosofía, se entretejen íntimamente. El poema contempla, desde afuera, el mundo dormido; pero hace algo más: se acerca al durmiente como un vampiro, entra en él y en su pesadilla, busca una síntesis entre la vigilia, el duermevela y el sueño. El Góngora de las *Soledades* se contenta con dejar reposar al hombre, bulto inerte en medio del paisaje nocturno. Juana pretende incorporar en la continuidad anímica el paréntesis de la noche, integrar al soñador en la marcha del universo. Y se detiene ante los abismos que se abren a su paso. En el *Primero sueño,* como en la *Respuesta a Sor Filotea* —haz y envés de la misma tela—, el ansia de abarcar el cosmos no encuentra solución en sí misma y se salva en alas de la teología.

Sorprende encontrar en esta mujer una originalidad que trasciende más allá de las modas con que se ha vestido. Sorprende este universo de religión y amor mundano, de ciencia y sentimiento, de coquetería femenina y solicitud maternal, de arrestos y ternuras, de cortesanía y popularismo, de retozo y de gravedad, y hasta una clarísima conciencia de las realidades sociales: América ante el mundo, la esencia de lo mexicano, el contraste del criollo y el peninsular, la incorporación del indio, la libertad del negro, la misión de la mujer, la reforma de la educación. La misma que, a veces, parece una chica traviesa, una chica que anda en fruslerías, muñecas,

"comiditas" y "matatenas", otras se nos muestra tocada con el birrete de las facultades; y al fin, luce un halo de santidad.

Toda la Nueva España se evoca en el nombre de la Décima Musa, es cierto. Pero aquel lirismo arrebatado y dionisiaco a lo divino; el borbollón de lágrimas que fluye en los versos de amor; el vértigo de poesía pánica a que llegó un instante —ese ascender angustioso hasta los límites de la posibilidad humana, aunque sea para fracasar y postrarse ante la angélica—, ni tienen nombre, ni época, ni lugar, ni pertenecen más que a ella.

11. Antes de examinar las novedades de la crisis que se aproxima y que da su verdadero perfil al siglo XVIII, importa recordar el arrastre literario de la época precedente. Las aguas se retiran, pero de manera lenta y gradual. El pasado se resiste o defiende en Isla y su *Romance mudo*, en los jeroglifos de Mendieta Revollo, en Apello Corbulacho y su soneto de "ab-eb-ib-ob-ub", en Velasco Arellano y sus octavas a Felipe V, en Pedro Manuel de Gama y su "Panegiris de San José", en *Las Tres Gracias* o en *La luz del faro* de Orcolaga, en Fernández del Rincón y sus lindos sonetos a la brevedad de la rosa, en el poema conceptista de Miguel de Reyna Zeballos sobre San Juan Nepomuceno, en el calderoniano Alejo Cossío, que imita el monólogo de Segismundo.

En cambio, Muñoz de Castro, Gutiérrez Godínez, y quizá algún otro poeta de las Academias que comienzan a aparecer en Puebla y en México, se afanan por prescindir de galas inútiles, aunque por lo pronto sólo caen en el prosaísmo. Gil Ramírez, que hace desfilar las ciudades de la Nueva España entre epítetos convencionales, no logra caracterizar a ninguna mediante una visión directa y personal; pero en la descripción de la "Pirámide Gastronómica" —que él recoge como anónima, aunque tal vez puede atribuírsele— hay una audacia de bodegón mexicano, pintura de frutas y comestibles, y también un singular humorismo, que contrastan con el solemne atavío retórico de las octavas reales, nobles "antañonas" no acostumbradas a estos donaires.

El "resquemor criollo" ha llegado ya a provocar incidentes personales, y lanza gritos contra "los gachupines que nos comen el maíz", en las asonadas de indios y negros.

Desde el siglo XVI, y no sólo entre los eclesiásticos, viene sonando la protesta contra el monopolio de los altos cargos de la Iglesia mexicana por los españoles, uno de los motivos que han de empujar al clero secular en las luchas de la independencia. (Recuérdese a Solórzano en su *Política indiana.*) La temperatura a que ha llegado este sentimiento puede ahora apreciarse en la aguda mordacidad de un Pbro. Avendaño, "vengador de la nación criolla", contra un Dr. Coscojales, aunque éste sea deudo de la Virreina; o en *El muerdequedito* de un Villa y Sánchez, escritor tan quevedesco en verso como en prosa. El brioso apólogo de éste sobre "la calabaza, el pino y el ciprés" late ya con un pulso nuevo.

También es un síntoma de los tiempos la poesía de crónica roja, asesinatos, degüellos, hechos sensacionales, del cacique zapoteca Patricio Antonio López, primer poeta indio en español desde los días de Alva Ixtlilxóchitl. Su *Breve, claro, llano, simple, narrativo y verdadero romance* hace pensar en las "tragedias" de España y está en la línea folklórica del "corrido" mexicano. El género amanece con la *Breve relación* a la muerte de Felipe III (1621), y pueden señalársele raíces más antigüas en Arias de Villalobos y en Sandoval Zapata. Sor Juana ha dicho: "Un corrido es lo mismo que una jácara."

En cuanto a fray Juan de la Anunciación, abate florido de la provincia, que apenas empezamos a conocer gracias a don Alfonso Méndez Plancarte, es una verdadera sorpresa. Último fruto del Siglo de Oro novohispano, se lo tomaría por directo e inmediato precursor del Modernismo y del primer Rubén Darío. Su virtuosismo métrico pasea por el "minué" (endecasílabo de gaita gallega) para cortejar a una dama en un jardín o para pintar un amanecer; ensaya el eneasílabo (tan vetusto como olvidado y lleno de porvenir), en su *Tono a Santa Rosa de Viterbo;* fluye en la musicalidad del romancillo al "Amor tirano"; juega con las seguidillas a Cupido, sin miedo a la locución vulgar ("por mi vida que te los casque"); charla en los romances, divertidas "mañanitas" en las *Glosas de reventar de esquina;* intenta décimas en un desusado metro de trece, sin contar otras peregrinas innovaciones; y sostiene siempre un tono lírico y una travesura in-

confundibles. Los orígenes y la formación de este poeta están todavía por averiguar. Acaso se los encuentre, más que en la mera tradición literaria, en los cantables y en la música. Rubén Darío confesaba antecedentes métricos en los autores del Género Chico.

Por último, el "ciclo cortesiano" o epopeya de la conquista hace nuevos intentos. Francico Ruiz de León versifica *La conquista de México* de Solís en su *Hernandía;* y aunque tal poema suele considerarse como la mejor obra del género, entiendo que el poeta es más apreciado por su obra gongorino-religiosa, *Mirra dulce,* publicada posteriormente en Bogotá. En cuanto a la incompleta *Cortesíada* del P. Agustín Pablo Pérez de Castro, llamado generalmente el P. Agustín Castro, sólo queda la referencia.

Pero la poesía de tipo Seiscentista no tardará en cortarse las alas, como contaminada de sobriedad científica, para conformarse con un vuelo menos remontado. Luzán, Moratín, el "buen gusto", el prosaísmo costumbrista, nos envían sus influencias. Naturalmente que el Siglo de Oro no se deja derrotar en un día. Así como en el púlpito aún se oye la oratoria "gerundiana" —pues, junto a nuestros Gongorillas, tuvimos nuestros Paravicinos de andar por casa—, así hay muchos poetas menores que, como decía Urbina, al pasar

> de un siglo a otro su bagaje de versos, no hiciera otra cosa sino lograr prolongar la ensordecedora garrulería o el rimado prosaísmo, de cepa genuinamente española, ya un tánto modificado aquí y allá... por el pseudoclasicismo de la reciente escuela.

Y Urbina manda en el montón a los Larrañagas, a José Agustín de Castro (no confundirlo con el P. Agustín Castro), González de Zárate, Rueda y Berañejos, Carlos y Manuel Calderón de la Barca, Francisco y Elvira Rojas y Rocha. Entrado el siglo XIX, hay todavía un gongorino, Juan de Dios Uribe, autor de un elegante soneto a una fuente "muy rica de jaspes, pero sin agua".

VII. LA ERA CRÍTICA (XVIII–XIX)

1. El siglo xviii es época de intensa transformación para el orbe hispano. A partir del advenimiento de los Borbones, se perciben cambios profundos. Se liquida una jornada. La era de creación artística entrega sus saldos a la clasificación, la crítica y la historia. En cierto modo, a los atenienses suceden los alejandrinos. La Nueva España ha alcanzado la mayoridad.

Si en el siglo xvii dominaron los intereses poéticos de la cultura, en el xviii domina el interés social. Los trabajadores del espíritu, varones de laboriosidad increíble, asumen un aire de escritores profesionales y se consagran, por una parte, a poner en orden la tradición; por otra, a edificar una nueva conciencia pública, recogiendo las novedades del pensamiento europeo y dando expresión, a la vez, al sentimiento de un pueblo que se sabe ya distinto de la antigua metrópoli, que ha comenzado a llamarse patria. Los hombres representativos de esta crisis suelen ser a un tiempo teólogos, filósofos, historiadores, anticuarios, cultores de diversas ciencias, humanistas, literatos y periodistas; condición enciclopédica que debe tenerse muy presente, ya que no podemos presentarlos aquí en todas sus facetas.

Son rasgos de la época la adopción de una filosofía de lo inmanente (que no niega lo trascendente), la concepción del filósofo como ciudadano del mundo, la noción revolucionaria de que la autoridad se origina en la voluntad del pueblo, la condenación de la esclavitud negra o indígena, la reivindicación de la cultura prehispánica, el sentido de la nacionalidad mexicana, y por último, el auge de la cultura clásica; la cual vino a ser, si no la determinante, al menos la noble madrina de la futura independencia.

2. La lingüística indígena sigue desarrollándose. El historiador Clavigero hablaba y escribía el náhuatl, el otomí y el mixteco, amén de conocer las gramáticas de otras veinte

hablas del país. José Agustín Aldama escribió el mejor tratado de lengua azteca conocido hasta entonces.

Pero el apogeo de la latinidad es, sin duda, la característica más singular de la época.* Considerando los tempranos orígenes y la continuidad de los clásicos en la Nueva España, ha podido asegurar Carlos González Peña: "Si alguna tradición literaria puede señalarse a México, ella es la clásica." Ahora bien, en el siglo XVIII el latín deja de ser una lengua muerta, una mera disciplina escolar o un juego de certamen poético, para incorporarse de pleno derecho en la vida de la literatura. No sólo se vuelve cosa propia por la maestría con que se lo cultiva, sino por el decidido espíritu mexicano de nuestros humanistas.

Debe recordarse, en primer término, a los jesuitas, que pronto serán expulsados de todos los dominios de España (25 de junio de 1767). En Italia, en la emigración, continuarán su obra con los ojos puestos en México. Su hostilidad hacia los Borbones ha de mezclarse de algún modo con las novedades del pensamiento europeo y de la teoría política francesa, para determinar esa maraña de motivos heterogéneos que encontrarán salida en la rebelión nacional. Pues el mayor vínculo entre la colonia y la metrópoli era la Iglesia, y el núcleo de la acción eclesiástica estaba en la Compañía de Jesús.

Por lo pronto, el destierro de los jesuitas deja a la sociedad americana sin tutores espirituales.**

Pero si el conocimiento particular, técnico, carece en adelante de armonía y de sistema, y marcha como en orden disperso, ni ello es peculiar de México, ni se debe sólo al destierro de los jesuitas. Es un fenómeno general de la cultura europea. Destruidos los antiguos cuadros, el conjunto se fragmenta a modo de rompecabezas, en tanto que el liberalismo científico obtiene una nueva organización. Ésta, por desgracia, resultará efímera o muy distante aún de la meta, según lo sabemos por las catástrofes bélicas del siglo XX. En ellas

* *Cfr.* G. Méndez Plancarte, "Índice del humanismo mexicano", *Ábside,* México, 1944, y *Los fundadores del humanismo mexicano,* Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1945.

** G. Decorme, S. J., *La obra de los jesuitas mexicanos durante la época colonial,* I. México, 1941.

se liquida el olvido de los fines éticos, en medio de una pasmosa aceleración de las técnicas.

En la pléyade de humanistas del Setecientos no figuran sólo los jesuitas, sino también el clero secular y miembros de varias órdenes religiosas, mexicanos o mexicanizados, todos los cuales son como unos precursores teóricos y más o menos indirectos de la independencia:

> El siglo XVIII fue, dentro de los límites impuestos por el régimen político de la colonia, acaso el siglo de mayor esplendor autóctono que ha tenido México. En los siglos XVI y XVII, si bien el país produjo un grupo de grandes e interesantes figuras..., la vida intelectual era dirigida por europeos... el siglo XIX, en México, no ha sido inferior en talento puro al XVIII; pero tal vez lo ha sido en el saber, en el trabajo intelectual acrisolado. La vida pública —carrera de pocos bajo los virreyes— ha absorbido las mejores energías de México en el siglo de independencia, y la labor intelectual no ha sido, para los más, sino una tregua momentánea en medio a la acción política y social... Los últimos años del siglo XVII —años en que brillan Sor Juana y Sigüenza— abren la época de esplendor intelectual autóctono que se extiende a todo el siglo XVIII. No fue éste, aquí, siglo de gran literatura castellana (tampoco lo fue, hablando en todo rigor, en España): los mejores poetas, como Francisco Ruiz de León, eran gongorinos retrasados. El culteranismo producía una que otra flor fugaz y delicada. La poesía latina, en cambio, tuvo cultivadores famosos, de los más ilustres entre cuantos en los tiempos modernos han pulsado la lira clásica: Diego José Abad; Francisco Javier Alegre; Rafael Landívar, guatemalteco educado en México, cuya vida rústica describió magníficamente: todos ellos hijos de la Compañía de Jesús (P. Henríquez Ureña).*

3. Abad tradujo a Virgilio y escribió un poema latino en hexámetros, *De Deo, Deoque Homine,* compendio de la doctrina teológica seguido de una vida de Cristo. Se elogian en él la concisión sentenciosa y grave, "el arte con que llegó a encerrar en tan limitado espacio toda la economía del cristianismo" —aun dejando sitio a ciertas alusiones de temas mexicanos: el Pico de Orizaba, la flor de la "pasionaria", la luciérnaga, la Guadalupe—, y la oportunidad de las efusiones líricas con que anima la materia didáctica. Se le objeta el

* *Antología del Centenario,* II, 661-2.

no estar exento de resabios del cultismo manido o alambicamiento adquiridos en la frecuentación juvenil de la *Argenis*, de Barclayo. Se justifican sus neologismos por la novedad del asunto. Se advierte que, con los años, su estilo llegó a una gran tersura. Puso en latín el soneto de Guevara "No me mueve, mi Dios, para quererte". Cantó también al protomártir mexicano San Felipe de Jesús.

El teólogo e historiador Alegre, preclaro latinista y "ornamento grande de la emigración jesuítica", cuyo estilo ha merecido compararse al de Melchor Cano, había dado sus pruebas en el poema *Alexandriados* —conquista de Tiro por Alejandro—, obra de mocedad que siguió puliendo y aumentando, pero que no pasa de ser un noble ejercicio. Lo propio puede afirmarse de su égloga *Nysus*, imitación de la segunda égloga de Virgilio, superada en la traducción que de ella hizo Joaquín Arcadio Pagaza. Su verdadera hazaña fue poner en latín la *Ilíada* (y aun la *Batracomiomaquia*), aunque, como decía Ugo Foscolo, resulte una *Ilíada* mucho más virgiliana que homérica. Entre sus pocos versos castellanos figuran sus medianas traducciones de las *Sátiras* de Horacio y la afortunada paráfrasis de los tres primeros cantos del *Arte poética* de Boileau, realzada ésta con liberales ensanches de doctrina, como corresponde a un hijo de la tradición hispana, y enriquecida con notas de peregrina y sabrosa erudición, que acaso se vio obligado a redactar de memoria y sin tener textos a la vista.

Landívar, con su poema latino *Rusticatio Mexicana,** es el Virgilio de nuestra poesía y se sitúa en la línea de Balbuena y don Andrés Bello. No sólo pinta nuestro campo y sus habitantes, sino también sus trabajos, ocios y esparcimientos: los lagos y volcanes —especialmente la aparición del Jorullo—, las cataratas de Guatemala, los manantiales y fuentes salutíferas, la campiña oaxaqueña, el valle y la ciudad de Tepic; la cochinilla o púrpura mexicana, el guajolote, la chachalaca, el tordo, el zopilote, la torcaz, el zenzontle, el colibrí, la vida y caza de los castores, las fieras; el cultivo

* Traducciones en verso: parciales, José María de Heredia, Joaquín Arcadio Pagaza, Dávalos y Mora; íntegra, P. F. Escobedo. Traducciones en prosa: I. Loureda y Octaviano Valdés.

del añil y de la caña de azúcar, los rebaños, la ganadería y el uso de las lanas, el laboreo en las minas de oro y plata; las chinampas de Xochimilco; corridas de toros, peleas de gallos, palo ensebado, juego de pelota. Gran poeta neolatino, su mérito no se limita a la proeza lingüística. Sin duda es el único en su época que posee valor universal. Sólo le faltó —dice Menéndez y Pelayo— haber escrito en lengua vulgar, para arrebatar la palma en el género descriptivo a todos los americanos, sin exceptuar al cantor de *La agricultura en la zona tórrida.* En él se aprecia, mejor que en ninguno, hasta qué punto el latín había venido a convertirse en un medio natural de expresión. Si la llamada "poesía jesuítica" padeció, en general, por su índole de arte bizantino aplicado a juegos de ingenio y no alimentado en el aire de la vida, otro es el caso de Landívar, cuya auténtica inspiración, visión dinámica y bravía, amorosa contemplación idílica y amenidad constante lo levantan muchos codos sobre el nivel medio de la escuela. Entre sus influencias posibles hay que mencionar a Poliziano, a Frascatorio, a Pontano; pero la principal influencia que ha recibido es la verdad de América, sin que obsten las larguras y los convencionalismos estéticos y mitológicos propios del género y de la edad.

Algunos nombres hay que añadir al ciclo de poetas humanistas. Limitémonos a recordar los principales. El jesuita Agustín Castro —autor del ya mencionado fragmento épico, *La Cortesíada* y de cierto *Tratado de Prosodia*— describió en metro latino las ruinas de Mitla, tradujo a Fedro, Séneca, Anacreonte, Safo, Horacio, Virgilio, Juvenal, Milton, Young, Pope, Boileau, Gessner y el seudo-Ossian; y en verso castellano, compuso una descripción de Antequera de Oaxaca. Su curiosidad era universal. Puso a Bacon en español, escribió de anatomía. Y en sus epístolas *Horacianas,* comentó a Lope de Vega y dejó una nueva "arte poética" construida según los monumentos de la literatura española. Pero sus obras quedaron manuscritas y andan perdidas en los archivos de su destierro —Ferrara, Bolonia, Forlí, Castel San Pietro—, y sólo nos queda la referencia de su empeño por reducir la antigua métrica cuantitativa a la moderna métrica silábica. Lo cual no fue en él, como en el Carducci de las "odas bár-

baras", una mera transportación poética, sino, además, el efecto de una teoría equivocada sobre la identidad de ambas métricas, teoría de que todavía en nuestros tiempos participaba Leopoldo Lugones.

El filipense Julián Gutiérrez Dávila dejó manuscrita una *Historia mitológica* en que parafrasea e imita a Ovidio y a otros antiguos. Su verso ofrece la singularidad de usar a veces "semiconsonantes" o "acordes" ("batalla, estrella, maravilla"), sistema que posee algunos vagos antecedentes en Manrique, Villegas, Quevedo, Sor Juana, y que volvió a ser inventado en nuestra época, independientemente, por Daniel Castañeda (*Teoría general de la rima*, México, 1935), y por Jules Romains y George Chennevière (*Petit Traité de Versification*, París, 1923), aparte de que lo hayan empleado poetas españoles contemporáneos como Enrique Díez-Canedo, desde 1910 por lo menos. Su *Canción de Polifemo* debe añadirse a la ilustre descendencia del Idilio XI de Teócrito (Carrillo y Sotomayor, Góngora, Lope) y es, a la vez, su página más feliz y la más ceñida al original ovidiano.*

El Pbro. Cayetano de Cabrera y Quintero fue traductor de Juvenal y nuestro primer traductor de Horacio, poeta latino y castellano y prosista desafortunado en su pesadísimo libro histórico *Escudo de armas de la ciudad de México*. En el *Himeneo celebrado*, a los desposorios del Príncipe Luis Fernando y la Princesa Luisa de Orleáns, junto a seis cantos en español de estilo gongorino, hay dos latinos con inspiración de Claudiano. Escribió, además, otro poema latino en honor de Eguiara y Eguren; 200 epigramas, traducidos la mayoría en décimas castellanas, varias series de himnos y odas sacras, algunas loas y una copiosa cosecha de poesías sueltas. Todavía se asegura que compuso, además de *El iris de Salamanca*, una comedia en náhuatl, *La esperanza malograda*. Si no poeta de gran aliento, fue artista elegante. En él se atemperan ya, aunque no en los títulos, las puerilidades de otros días, como lo muestra su "Predicación de San Francisco a la aves". El tema —no la forma por cierto— parece

* Entre la descendencia mexicana Montes de Oca y Pesado. Ver A. Méndez Plancarte, "La *Historia Mithologica* de Gutiérrez Dávila", en *Abside*, México, 1941, V, 5 y 6.

trasladarnos a aquellos candorosos albores del teatro misionario.

El carmelita fray José de San Benito, español de origen, vivió en México y aquí publicó sus poemas latinos sobre José, el Hijo Pródigo y el rico Epulón. El P. Andrés Diego Fuentes es autor de un poema latino guadalupano; el P. Vicente López, de unos himnos latinos a la Guadalupe y un *Aprilis Dialogus*, y el P. José Mariano Iturriaga de un poema latino sobre la evangelización de California cuya publicación y traducción ha ofrecido don Gabriel Méndez Plancarte. José Rafael Larrañaga tradujo a Virgilio en metro castellano, primera versión completa hecha en México, aunque nada recomendable. Su hermano Bruno José Larrañaga, entre otras composiciones latinas y castellanas, anunció una *Margileida*, consagrada al elogio de fray Antonio Margil, en centón de versos virgilianos. Mociño y Alzate se encargaron de hacer justicia a los Larrañaga.

> La general decadencia de nuestra poesía —y de toda la poesía castellana— de fines del siglo XVIII, envuelve en su gélido prosaísmo esas postreras manifestaciones de la poesía latina en nuestra época colonial. Hay, sin embargo, una valiosa excepción: el poema latino en cien hexámetros que constituye el canto II del *Poema panegírico, hispano-latino, dedicado a la Inmaculada Concepción*... por el franciscano fray Joseph Plancarte, noble poeta casi ignorado por nuestros historiadores, pero quizás superior a todos sus contemporáneos y aun al propio fray Manuel de Navarrete, de quien fue, en cierta manera, precursor (G. Méndez Plancarte).*

4. Cuando Sigüenza y Góngora, al sobrevenir el incendio de las Casas Consistoriales, se arrojó denodadamente entre las llamas a fin de salvar los libros y códices: "por amor de las letras y de la patria", según ha dicho el P. Cavo, parece que haya ejecutado el acto simbólico de esta época que reseñamos. No es otro, en sustancia, el afán que mueve a los hermanos Torres Tuñón, mexicanos panameños que juntaron diligentemente los testimonios de nuestro pasado en la

* Pedro Rodríguez Arizpe publicó en 1748 una *Instrucción para hacer versos latinos*, reimpresa en 1806, lo que prueba la perduración de esta costumbre. Posteriormente, Manuel Calderón de la Barca publicó en verso unos *Preceptos de latinidad*.

Biblioteca Turriana, legada por ellos a la Catedral de México. Los humanistas del XVIII, poseídos del ansia histórica, saben que a la memoria incumbe la conservación de las culturas. Las antigüedades mexicanas, la biografía, la bibliografía, ocuparon parte no pequeña de sus desvelos.

El P. Agustín Castro, a quien conocemos ya como humanista, poeta y hombre universal, había trazado el plan para una historia de la literatura hispanoamericana que dejó en los comienzos. La tarea de inaugurar tales estudios estaba reservada a José de Eguiara y Eguren. Éste, con intención polémica comparable a la del joven Menéndez y Pelayo cuando salió en defensa de la ciencia española, se enfrenta con el deán alicantino Manuel Martí, quien se dejó decir que en América —y singularmente citó a México— todo era ignorancia. Aunque Martí había recibido encargo de compaginar para la imprenta la *Bibliotheca Hispana Vetus* de Nicolás Antonio, no parece que se tomara el trabajo de consultar la *Biblioteca Hispana Nova* del propio autor, cuyas constancias hubieran bastado para frenar su desatinado aserto.

Eguiara y Eguren va a refutarlo. Hace traer de España una imprenta "ad hoc". Emprende, en latín, su *Bibliotheca Mexicana,* nuestra primera bibliografía metódica, que prepara la descendencia de Beristáin, Icazbalceta, Paso y Troncoso, Andrade, León, Estrada, Teixidor, Valle, etc., e inicia los ensayos sobre la historia cultural de la Nueva España. En los prólogos o "anteloquia", reseña las manifestaciones de la educación, las ciencias y las letras mexicanas, desde la época indígena.* Hay en sus páginas una exaltación que lo lleva a exagerar el elogio; pero la base documental es valiosísima y el espíritu de la obra es ya nacional.

Sobresale entre los historiadores, y es el primero en organizar una exposición metódica de la civilización indígena y de la aportación hispánica, el abate Francisco Javier Clavigero, teólogo, sabio, humanista y poligloto, como lo eran casi todos en este fugaz Renacimiento Mexicano del siglo XVIII. Aparte de cosas secundarias (la *Historia de la Antigua o*

* Juan José de Eguiara y Eguren, *Prólogos a la Bibliotheca Mexicana.* Nota preliminar por F. Gómez Orozco; versión española anotada con un estudio biográfico y la bibliografía del autor por A. Millares Carlo, ed. bilingüe, México, Fondo de Cultura Económica, 1944.

Baja California), su libro por excelencia es la *Historia antigua de México,* publicado en el destierro, y completado con unas *Disertaciones* en que refuta los errores difundidos sobre México por Paw, Buffon, Raynal y Robertson. Etnógrafo consumado, que entiende ya la historia como descripción del carácter de un pueblo, su obra es base indispensable, y conserva aún su valor, a pesar de rectificaciones parciales. Su exactitud y su precisión no excluyen la amenidad. Su método es justo; su estilo, claro.

Le siguen en importancia Mariano Fernández de Echeverría y Veytia con su *Historia antigua* (incompleta) que, por referirse a la dinastía tezcucana, sirve de prólogo a la obra de Clavigero, la cual singularmente se contrae a la azteca; el caballero Lorenzo Boturini Benaducci, gran coleccionador de materiales históricos, algunos de los cuales aprovecharía Veytia, pero que se han perdido en gran parte, y el P. Andrés Cavo, con su *Historia civil y política de México,* desenterrada más tarde por Bustamante bajo el título, harto descriptivo del asunto, *Los tres siglos de México durante el gobierno español,* libro que a su vez puede considerarse como la continuación de Clavigero.

Don Julio le Riverend propone una clasificación orientadora: divide a estos historiadores en neoclásicos —en general, los jesuitas: Clavigero, Cavo— y barrocos —Veytia, Boturini—; y me hace notar, en Boturini, cierto carácter de precursor del "Baedeker", así como su intento de aplicar a México el esquema de Vico (edades de los dioses, de los héroes y de los hombres); y en Veytia, la contemplación de los hechos de la historia indígena (muertes de príncipes, etc.) a través del prisma "versallesco" de las cortes de Europa.

Por último, Pedro José Márquez del Rincón, Manuel Fabri y Juan Luis Maneiro contribuyen, cada uno por su estilo, a la conservación del pasado nacional.

> Márquez, doctísimo comentador de Vitruvio y de Plinio, da a conocer en Italia, ante las sabias academias de Florencia, de Roma y de Bolonia, los antiguos monumentos de la arquitectura mexicana, y no se desdeña de explicar a sus lectores italianos el origen azteca del chocolate y de la jícara. Manuel Fabri y Juan Luis Maneiro, finalmente, consagran su

maestría en la lengua del Lacio a levantar —con aquellas biografías dignas de Nepote o de Plutarco (sobre Abad y Alegre respectivamente)— un monumento *aere perennius* a sus egregios hermanos y compatriotas (G. Méndez Plancarte).

5. Podemos considerar el siglo como dividido en dos etapas, más o menos de sesenta y de cuarenta años. La pugna entre el pasado y la novedad invade los órdenes filosóficos y científicos. La crisis se aprecia, en su movimiento acelerado de una a otra etapa, ante todo en la obra de los pensadores; pero también podemos seguirla hasta cierto punto en los movimientos de la opinión, según adelante se explica.

La nueva filosofía, mucho más ecléctica que puramente cartesiana como se ha dicho, habla para México, aquí mismo o desde la emigración, por boca de Díaz de Gamarra, Clavigero, Guevara y Basoazábal, Campoy, Márquez, Agustín Castro, Manuel Mariano Iturriaga, José Mariano Iturriaga —que ahora resulta también poeta latino—, Maneiro —estimable poeta castellano—, a cuyas campañas por renovar la teología escolástica se une el Br. Miguel Hidalgo, futuro Padre de la Patria; todos ellos tenidos por "doctores harto modernos". En el diálogo de Clavigero, "Filaletes", el amante de la verdad, vence a "Paleófilo", el amante de lo antiguo. En la filosofía estética, especialmente, se ejercita Pedro José Márquez, autor de un tratado *Sobre lo bello en general.*

Se desarrollan las ciencias físicas y matemáticas.

Observaciones astronómicas (especialmente de eclipses y de pasos de planetas por o cerca del disco solar), determinación de situaciones geográficas, trazo de mapas, proyectos de desagües y carreteras, examen de los terrenos y minas del país, clasificación de la flora, análisis de las propiedades curativas de plantas y animales, reglas para industrias, redacción de leyes, descripción de monumentos de la civilización indígena —todo lo abarcaron el esfuerzo y la curiosidad científica de estos infatigables experimentadores, que agregaban a su trabajo de gabinete la publicación constante de libros, propios o traducidos por ellos, de folletos y de periódicos... La escasez de medios para el cultivo de las ciencias en México los obligó muchas veces... a fabricarse aparatos para sus experiencias; pero a menudo veían recompensados sus empeños con el aplauso de corporaciones y sabios europeos. Ellos dieron comienzo a la empresa de estudiar científicamente, en

> conjunto, el país; de lo que hicieron dan testimonio todavía sus obras y la opinión de Alexander von Humboldt y de otros menores hombres de ciencia. Si esta labor científica del siglo XVIII ha sido igualada en México durante el XIX, ciertamente no ha sido superada (P. Henríquez Ureña).

Tal fue la ímproba tarea que realizaron Alzate, Gamboa, Velázquez de León, Gama, Bartolache, Mociño, a quien continúan La Llave, Lejarza, Oteiza.

El cuadro anterior, diáfano en la obra de los escritores, se completa al investigar lo que acontecía entre la gente media, los vecinos y hasta los "vendedores de pomadas", la opinión y el ánimo públicos, mudos testigos y sujetos de la transformación cultural. ¿Cómo averiguarlo? Poseemos un índice, un termómetro, en los papeles de la Inquisición, propia energía retardataria.* El estudio dé los respectivos procesos permite ver cómo las restricciones —fuera de los extremos agónicos del último instante— van desvaneciéndose gradualmente en la práctica, aunque sigan vivas en el precepto. Y esto, por una doble causa: la presión externa que ejerce el pensamiento del siglo y que resulta en mil ardides de violación y contrabando; y el aflojamiento interno de la vigilancia inquisitorial, prueba no menor del espíritu dominante.

La censura —relativa o absoluta— se aplica a publicaciones, estampas, barajas y personas. En la segunda etapa o etapa agónica, se atreve ya con virreyes, arzobispos, altos funcionarios, militares y marinos, y con los propios filósofos americanos, como Gamarra, Echeverría, Del Valle, etc.; y, bajo el virrey Branciforte, en quien se supone un excesivo celo de converso, la misma hostilidad exagerada descubre la popularidad creciente de las ideas francesas. Pero al mismo tiempo, se encuentran entonces dictámenes inquisitoriales de suma liberalidad y tolerancia. Explicables contradicciones en el accidentado camino de la modernidad.

El examen de las publicaciones tachadas indica, entre lo extranjero, un máximo de lecturas francesas, al que siguen en menor escala las inglesas, las italianas y, en contados ca-

* Monelisa Lina Pérez-Marchand, *Dos etapas ideológicas del siglo xviii en México, a través de los papeles de la Inquisición,* México, El Colegio de México, 1945.

sos, las norteamericanas. Durante la primera etapa, se trata sobre todo de obras piadosas irregulares, herejías, supersticiones, desacatos a la religión, al clero, a la autoridad, y se traslucen ciertas pugnas entre las órdenes militantes. Durante la segunda etapa, aumenta el recelo ante la filosofía, la política y la ciencia, indicios de su mayor difusión. "Hasta las cátedras de oposición de Universidad se han secularizado", exclama en 1756 un agustino. Y en 1781 se oye la queja de que la Inquisición no sea freno suficiente contra las "obras del *buen gusto*", lo que mezcla en uno la causa de la reacción ideológica y la literaria.

Entretanto, de uno u otro modo y con diversa fortuna según su respectivo carácter, se han filtrado en la Nueva España los escritos o las ideas de Descartes, Bossuet, Voltaire, Bayle, Raynal, Condillac, Malebranche, La Bruyère, Fénelon, Rousseau, Montesquieu, D'Alembert, La Mettrie, Maupertuis, Volney, Diderot, Gassendi, Newton, Locke, Adam Smith, el viajero Robertson, Filangieri, Leibniz, Biblias castellanizadas por herejes, Calvino, William Penn; alguna vez, el *Plan* de la República Jesuítica del Paraguay; y aun se tachan páginas de Feijoo y de los *Ocios políticos en poesías* de Torres Villarroel, último destello del Siglo de Oro en España.*

Los papeles de la Inquisición esconden todavía un tesoro sobre la poesía satírica censurada en la época. Las tendencias de esta literatura subrepticia saldrán a flor de tierra en el XIX.

6. Entre el gabinete del pensador y la opinión pública se ha creado un nuevo enlace: es el periodismo. Desde fines del XVII aparecían papeles volantes, cuando llegaban a Veracruz la flota de España o a Acapulco la Nao de China. En la primera etapa del XVIII se publican ya con cierta regularidad las gacetas de Castorena y Ursúa y Juan Francisco Sahagún. En la segunda etapa, el periodismo es más activo, con Arévalo, Bartolache (su *Mercurio Volante* recuerda el título de Sigüenza y Góngora), Valdés, y Alzate en sus cuatro sucesivos periódicos. En 1805, Villaurrutia y Bustamante inician el *Diario de México*. En 1812, cuando las

* *Cfr.* J. R. Spell, *Rousseau in the Spanish World before 1833*, Austin, The University of Texas Press, 1938.

Cortes de Cádiz declaran la libertad de imprenta, Fernández de Lizardi funda *El Pensador Mexicano.**

Naturalmente que la prensa periódica, en cuanto es instrumento político, se condiciona por la libertad del pensamiento. Este mismo hecho acentúa el tono literario y científico de las primeras gacetas. Antes de *El Despertador Americano,* que lanza el grito de rebeldía (Guadalajara, 20 de diciembre de 1810), todo estaba sometido a censura, tanto civil como eclesiástica.

> Las manifestaciones periodísticas en el régimen colonial son elocuentes en este sentido. *La Gaceta de México y Noticias de Nueva España,* de Juan Ignacio de Castorena Ursúa y Goyeneche, y la misma *Gazeta* que en sustitución de la anterior publicó Juan Francisco Sahagún de Arévalo Ladrón de Guevara, lo mismo que los otros periódicos que se sucedieron, todos de vida efímera, hasta la *Gazeta de México,* fundada por Manuel Antonio Valdés Murguía y Saldaña en 1784, nos describen festejos, procesiones, grandes y fastuosas ceremonias religiosas, autos de fe; pero nada que directa o indirectamente nos muestre el dolor, la inquietud, el anhelo del pueblo mexicano que, por medio de almas selectas, y en contra de todas las prohibiciones, experimentaba ya los primeros balbuceos de conciencia nacional.**

7. La prosa va, pues, a manifestarse en el periodismo y en la lucha política. Pero todavía, antes de finalizar el siglo, encontramos algunos moralistas de mentalidad un tanto rezagada, como fray Joaquín Bolaños y el Pbro. José Mariano Acosta Enríquez, que parecen proponerse temas académicos mucho más que contemplar la realidad de su tiempo. Mientras los humanistas, aunque escribían en lengua dormida, tenían la inteligencia alerta y fertilizada al contacto de las verdades operantes, algunos ociosos se entregan a solitarios devaneos.

De Bolaños poseemos *La portentosa vida de la muerte.* Pudo ser novela, y los pasajes satíricos y costumbristas anuncian ya a Lizardi. No lo logró: la serie de cuadros no llegan a unirse siquiera en torno a la figura del héroe, que aquí

* A. R., "*El Periquillo Sarniento* y la crítica mexicana", en *Simpatías y Diferencias,* México, 1945, II, pp. 143 *ss.,* y *Obras completas,* IV, pp. 169 *ss.*

** J. M. Miquel i Vergés, *La independencia mexicana y la prensa insurgente,* México, El Colegio de México, 1941.

sería la Muerte. Pero este personaje se deslíe en conceptos o se disfraza, según el caso, de espanto, de emperatriz, de pícaro, para agitar la danza macabra de tétrico tinte medieval y de quevedesca pesadilla, entre las borrosas ficciones del Demonio y el Pecado. Las ráfagas del sermón todo lo arrastran y deshacen. Las predicaciones adelantan penosamente, salpicadas de ejemplos bíblicos y ramplonerías ampulosas. Como en Horacio, la Muerte lo mismo pasea por las torres de los reyes que por las cabañas de los pobres. Tema rancio en todas las literaturas, transportado de la Edad Media hasta la España de los siglos modernos por Manrique y Quevedo, pero superior a la capacidad de Bolaños, quien sólo consigue darnos como en embrión algunos desdibujados aguafuertes para la futura novelística. Se adivina ya a Lizardi (*Breve sumario y causa formada a la Muerte y al Diablo*, etc.).

Más apacible es el *Sueño de sueños* del Pbro. Acosta Enríquez, autor de transición entre el barroco y el neoclásico, de quien poco se sabe, aunque ya han comenzado a aparecer sus versos religiosos. Vivía en Querétaro, donde sitúa su sueño. Hilvana el discurso de cualquier modo, a lo que vaya saliendo de la pluma. Evoca las sombras de Cervantes, Quevedo y Torres Villarroel, sus inspiradores. No logra entenderse a dónde va ni qué se propone, y parece moverse siempre en el mismo sitio. Viaja por el Diccionario y por la Biblia; alardea de lecturas médicas modernas; también se codea con la Muerte; trae a colación las figuras del Cuento de Cuentos y añade algunas de su minerva; y acaba con un soneto deplorable sobre "la Carrera de la Tauromaquia, desde cuya orilla se delinea la Alameda de la Ciudad de Santiago de Querétaro".

Si se compara todo esto con la obra de tantos contemporáneos como hemos visto consagrados a labores de mayor enjundia —y a quienes pueden añadirse los nombres de López Portillo y Galindo, Vélez Ulibarri y Rivera Guzmán, todos los cuales supieron dar dignidad a la oratoria sacra—, estos desteñidos ensayistas resultan gente atrasada y provinciana, afligida de aquella insustancialidad alegórica que inficionó el púlpito y a la que ni siquiera escapó Gracián, su excelso

abuelo. Éste, en efecto, tuvo un día la mala ocurrencia de anunciar que leería, en el próximo sermón, una carta recibida de los Infiernos. Sus superiores, con muy buen gusto, lo mandaron a tomar el aire del campo.

8. En el teatro dominan irremediablemente las obras extranjeras, aunque no escasean en las gacetas las menciones de obras nacionales, con omisión de autores. Predominan, entre los dramaturgos españoles del Siglo de Oro, Calderón, Belmonte Bermúdez, Moreto, Rojas Zorrilla, Montalbán, Vélez de Guevara, etc. Los bibliógrafos, como Beristáin, permiten levantar una lista de unos veinte dramaturgos mexicanos. Hay comedias, coloquios, bailes, "heroicos" y "pantomimos", y ciertas representaciones gratuitas para el pueblo llamadas "guanajas" ("arrabales"). Sabemos de Cabrera Quintero y sus obras en español y en náhuatl; del P. Castro y sus *Troyanas;* de Iturriaga y sus tres traducciones de Metastasio; de Sartorio y sus "coloquios de la Purísima"; de Santos y Salazar, que también componía en español y en náhuatl; de Eusebio Vela, que demuestra grande actividad teatral en temas nacionales; del "arrastrado y prosaico" versificador José Agustín de Castro, autor de sainetes costumbristas como *Los remendones* y *Los charros;* del jesuita español Sacrameña; del Br. José Beltrán; del Pbro. Pérez Fuente. Ninguno podía competir con Calderón y Moreto, aunque muchos, como Rodríguez de Ledesma, Francisco de Soria, tal vez Juan Arriola, los imitan de cerca. Soria parece haber sido el más gustado.

Acaso la mayor novedad sea la introducción de la ópera por el Pbro. Manuel Zumaya, maestro de capilla de la Catedral, autor de la *Parténope,* y también de un drama, *El Rodrigo,* y otras óperas más, ya originales o traducidas del italiano. La irrupción de la ópera italiana es manifiesta en los primeros años del XIX: *El barbero de Sevilla* alterna con las piezas mexicanas del músico Manuel Corral —*La madre y la hija, Los dos gemelos,* letra de Roca— y las operetas de Fernández Villa, como *La noche más venturosa.* La zarzuela se había popularizado. La tonadilla escénica competía con el teatro. Pronto el sainete de D. Ramón de la Cruz será calificado por los gacetilleros como el género preferible.

La censura había comenzado a cernir muy fino en las últimas décadas del XVIII. Ha podido sostenerse que el teatro mexicano, a fines del siglo, se escribía más que se representaba. Todo es posible: la independencia lo encuentra en estado de postración.*

9. Otros apremios, que no las letras, agitaban ya los espíritus. Los neoclásicos, los árcades, van a intentar, hasta donde pueden, una restauración del gusto. Sus preceptos se mezclan en singular consorcio con los resabios del culteranismo, al que —en último análisis— se deben ciertas elegancias de estilo que, aquí y allá, ponen toques vivos en la monotonía del gris académico. Hechas las reservas que resultan de cuanto hasta aquí llevamos dicho sobre otros órdenes de la cultura, puede todavía sostenerse que el caudal de ciencia fue superior a la inspiración poética y a la crítica. Tocando apenas la frase de un autorizado humanista, digamos que Carlos IV, en su magnífico caballo de bronce, preside orgullosamente la decadencia de las letras.

* J. R. Spell, "The Theater in Mexico City, 1805-1806", *Hispanic Review,* I, 1º de enero de 1933, pp. 55-65.

BIBLIOGRAFÍA SUMARIA

ESTUDIOS GENERALES

Ver nota a la p. 298.

González Peña, Carlos. *Historia de la literatura mexicana.* Desde los orígenes hasta nuestros días. Editorial Porrúa. Tercera edición. México, 1945.

Jiménez Rueda, Julio. *Historia de la literatura mexicana.* Ediciones Botas. Cuarta edición. México, 1946.

Urbina, Luis G. *La vida literaria de México.* Madrid, 1917.

Vigil, José María. *Reseña histórica de la literatura mexicana* (inconclusa). México, 1909.

ESTUDIOS GENERALES SOBRE LA POESÍA

Menéndez y Pelayo, Marcelino. *Historia de la poesía hispano-americana.* Librería General de Victoriano Suárez. Madrid, 1911. (México, en el vol. I.)

Pimentel, Francisco. *Historia crítica de la poesía en México.* Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento. México, 1892.

Torres Rioseco, A. y Warner, Ralph E. *Bibliografía de la poesía mexicana.* Harvard University Press. Cambridge, Massachusetts, 1934.

ESTUDIOS GENERALES SOBRE EL TEATRO

Monterde, Francisco. *Bibliografía del teatro en México.* Monografías bibliográficas mexicanas. México, 1933.

Olavarría y Ferrari, Enrique de. *Reseña histórica del teatro en México.* Imprenta, encuadernación y papelería "La Europea". Segunda edición. México, 1895.

Usigli, Rodolfo. *México en el teatro.* Imprenta Mundial. México, 1932.

ESTUDIOS GENERALES SOBRE LA NOVELA

Castillo Ledón, Luis. *Orígenes de la novela en México.* México, 1922.

Gamboa, Federico. *La novela mexicana.* Eusebio Gómez de la Puente, Editor. México, 1914.

Iguíniz, Juan B. *Bibliografía de novelistas mexicanos*. Monografías bibliográficas mexicanas. México, 1926.
Torres Rioseco, Arturo. *Bibliografía de la novela mexicana*. Harvard University Press. Cambridge, Massachusetts, 1933.

ESTUDIOS GENERALES SOBRE TEMAS DIVERSOS

Abreu Gómez, Ermilo. *Clásicos, románticos, modernos*. Ediciones Botas. México, 1934.
Campos, Rubén M. *El folklore literario de México*. Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública. México, 1929.
Mendoza, Vicente T. *El romance español y el corrido mexicano*. Imprenta Universitaria. México, 1939.
Torres, Teodoro. *El humorismo y la sátira en México*. México, 1943.
Yáñez, Agustín. *Fichas mexicanas*. El Colegio de México. México, 1943. Jornadas, nº 39.

ESTUDIOS SOBRE LA LITERATURA INDÍGENA

Campos, Rubén M. *La producción literaria de los aztecas*. Talleres Gráficos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía. México, 1936.
El libro del consejo. Traducción y notas de G. Raynaud, J. González de Mendoza y M. A. Asturias. Prólogo de F. Monterde. Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma. México, 1939. Biblioteca del Estudiante Universitario, nº 1.
Épica náhuatl. Divulgación literaria. Selección, introducción y notas de A. M. Garibay K. Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma. México, 1945. Biblioteca del Estudiante Universitario, nº 51.
Libro de Chilam Balam de Chumayel. Prólogo y traducción del idioma maya al castellano por A. Médiz Bolio. Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma. México, 1941. Biblioteca del Estudiante Universitario, nº 21.
Ortiz de Montellano, Bernardo. *La poesía indígena de México*. México, 1935.
Poesía indígena de la altiplanicie. Divulgación literaria. Selección, versión, introducción y notas de A. M. Garibay K. Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma. México, 1940. Biblioteca del Estudiante Universitario, nº 11.
Popol Vuh. Las antiguas historias del Quiché. Traducidas del texto original, con una introducción y notas, por Adrián Recinos. México, Fondo de Cultura Económica, 1947 (Biblioteca Americana, nº 1).

ESTUDIOS SOBRE LA LITERATURA EN EL SIGLO XVI

García Icazbalceta, Joaquín. *Bibliografía mexicana del siglo xvi.* Librería de Andrade y Morales, Sucs. México, 1886.

García Icazbalceta, Joaquín. "La instrucción pública en México durante el siglo XVI." *Obras.* Imprenta de Victoriano Agüeros. México, 1896, vol. I.

Méndez Plancarte, Alfonso. *Poetas novohispanos.* I. (1521-1621). Imprenta Universitaria. México, 1942. Biblioteca del Estudiante Universitario, nº 33.

Rojas Garcidueñas, José de J. *El teatro de Nueva España en el siglo xvi.* México, 1935.

ESTUDIOS SOBRE LA LITERATURA EN EL SIGLO XVII

Abreu Gómez, Ermilo. "Prólogo." Sor Juana Inés de la Cruz. *Poesías.* Ediciones Botas. México, 1940.

Andrade, Vicente de P. *Ensayo bibliográfico mexicano del siglo xvii.* México, 1894.

Castro Leal, Antonio. *Juan Ruiz de Alarcón, su vida y su obra.* Cuadernos Americanos. México, 1943.

Méndez Plancarte, Alfonso. *Poetas novohispanos.* II y III. (1621-1721). Imprenta Universitaria. México, 1943-1945. Biblioteca del Estudiante Universitario, núms. 43 y 54.

Van Horne, John. *Bernardo de Balbuena. Biografía y crítica.* Imprenta Font. Guadalajara, México, 1940. Boletín de la Junta Auxiliar Jalisciense de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, vol. VI, núms. 6 y 7.

ESTUDIOS SOBRE LA LITERATURA EN EL SIGLO XVIII

Davis, Alexander V. *El siglo de oro de la Nueva España* (Siglo XVIII). Editorial Polis. México, 1945.

León, Nicolás. *Bibliografía mexicana del siglo xviii.* Imprenta de Francisco Díaz de León. México, 1902-1908.

Méndez Plancarte, Gabriel. *Humanistas del siglo xviii.* Imprenta Universitaria. México, 1941. Biblioteca del Estudiante Universitario, nº 24.

Antología del Centenario. Estudio documentado de la literatura mexicana durante el primer siglo de independencia. Obra compilada bajo la dirección del señor licenciado don Justo Sierra, por los señores don Luis G. Urbina, don Pedro Henríquez Ureña y don Nicolás Rangel. Primera parte (1800-1821). 2 vols. Imprenta de Manuel León Sánchez. México, 1910.

COLECCIONES DE TEXTOS

Biblioteca de Autores Mexicanos. Imprenta de V. Agüeros. México.
Biblioteca del Estudiante Universitario. Bajo la dirección de Francisco Monterde. Imprenta Universitaria. México.
Colección de Escritores Mexicanos. Bajo la dirección de Joaquín Ramírez Cabañas (hasta el número 6) y de Antonio Castro Leal (a partir del número 11). Editorial Porrúa. México.

NOTAS ADICIONALES

P. 309 Primeros frutos del latinismo mexicano: Hay que recordar en primer lugar al mestizo fray Diego Valadés, grabador notable y autor de una importante *Rhetorica Christiana* (1579), un año posterior a la *Rhetorica Ecclesiastica* de fray Luis de Granada. (Ver prólogo de G. Méndez Plancarte al vol. *Humanismo mexicano del siglo xvi,* Biblioteca del Estudiante Universitario, nº 63.)

P. 349 "La novela manuscrita mexicana más antigua de que tenemos noticia es *La caída de Fernando,* de Antonio de Ochoa, que data del año 1662." (Ernest R. Moore, "La primera novela histórica mexicana", *Revista de Literatura Mexicana,* I, nº 2, octubre-diciembre de 1940, pp. 370 *ss.*)

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE GENERAL

II

PASADO INMEDIATO

III

LETRAS DE LA NUEVA ESPAÑA

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en el mes de mayo de 1997 en Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), Calz. de San Lorenzo, 244; 09830 México, D. F. Se tiraron 2 000 ejemplares.

Colecciones del FCE

Economía
Sociología
Historia
Filosofía
Antropología
Política y Derecho
Tierra Firme
Psicología, Psiquiatría y Psicoanálisis
Ciencia y Tecnología
Lengua y Estudios Literarios
La Gaceta del FCE
Letras Mexicanas
Breviarios
Colección Popular
Arte Universal
Tezontle
Clásicos de la Historia de México
La Industria Paraestatal en México
Colección Puebla
Educación
Administración Pública
Cuadernos de La Gaceta
Río de Luz

La Ciencia desde México
Biblioteca de la Salud
Entre la Guerra y la Paz
Lecturas de El Trimestre Económico
Coediciones
Archivo del Fondo
Monografías Especializadas
Claves
A la Orilla del Viento
Diánoia
Biblioteca Americana
Vida y Pensamiento de México
Biblioteca Joven
Revistas Literarias Mexicanas Modernas
El Trimestre Económico
Nueva Cultura Económica

En la variedad de temas que durante su fecunda tarea de escritor abordó Alfonso Reyes (1889-1959), sobresalieron aquellos que se referían a España, al continente hispano y en especial a México. Sin embargo, los afanes del ilustre polígrafo se mostraron en infinidad de cuestiones que en algún aspecto mantienen relación con la cultura en general. El ancho campo de su trabajo va de la filosofía y las ciencias a las costumbres y las expresiones del lenguaje común. No desdeñó tocar asuntos nimios o de índole netamente popular, sino que por el contrario solía frecuentarlos al lado de las materias habituales en su pluma. A la vez, nunca el escritor y el periodista fueron en él una contradicción, pues las dos maneras coincidían en sus formas expresivas. Ejemplo de ello es este tomo de *Obras Completas,* preparado con textos que comprenden los años 1912 a 1946 y que revelan al sabio en quien la ponderación no domeña la sagacidad de los giros y la amenidad del relato.

El libro inicial, *Grata compañía,* reanuda su vieja conversación con las literaturas y las ideas de Europa —Stevenson, Chesterton, Proust, Goethe, Rousseau, Descartes, Burckhardt, Queiroz, Keyserling— y continúa su ininterrumpida pasión por España y el continente hispánico: Unamuno, Aranha, Lugones, San Martín, Caso, Henríquez Ureña. Las páginas sobre Chesterton, a quien Reyes leía y tradujo en más de una ocasión, resultan particularmente intencionadas por cuanto recogen de la gran figura inglesa el pensamiento paradójico y las relaciones del escritor tanto con sus contemporáneos como con la historia misma.

Un texto útil para comprender la época de formación intelectual de Alfonso Reyes es *Pasado inmediato.* El ambiente de la generación de la cual habrían de surgir notables escritores se caracterizó por la reacción contra las ideas positivistas, el nacimiento de nuevos grupos dedicados al estudio y por la publicación de revistas que contribuyeron a formar las corrientes que en cierta forma coincidieron con la Revolución mexicana. En esas actividades, destaca el Ateneo de la Juventud, en cuyo seno se reunieron los mejores espíritus jóvenes que hicieron la revaloración de la cultura nacional.

En el último título de este volumen XII, *Letras de la Nueva España,* al dibujar el panorama literario desde la llegada del Conquistador hasta los albores de la Independencia, Reyes no se olvida de considerar las manifestaciones literarias indígenas, dispersas en todo el territorio, ni tampoco desaprovecha la oportunidad de señalar —al correr del texto— los rasgos peculiares de ciertos escritores en los que se ha querido descubrir los antecedentes del carácter nacional de nuestra literatura.

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA



